


THE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LOS ANGELES

REINO DE NAVARRA.

CONTINUACIÓN DEL

SITIO DE FUENTERRABIA

ESCRITO EN LATIN POR EL

P. José de Moret,

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,

NATURAL DE PAMPLONA Y CRONISTA DEL MISMO REINO,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

Don Manuel Silvestre de Arlegui,

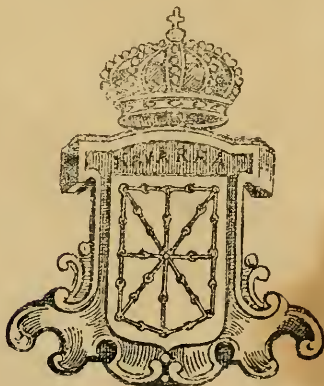
NATURAL TAMBIEN DE PAMPLONA

Y

Maestro de Gramática en la de Sangüesa.

Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica.

TOMO DUODÉCIMO.



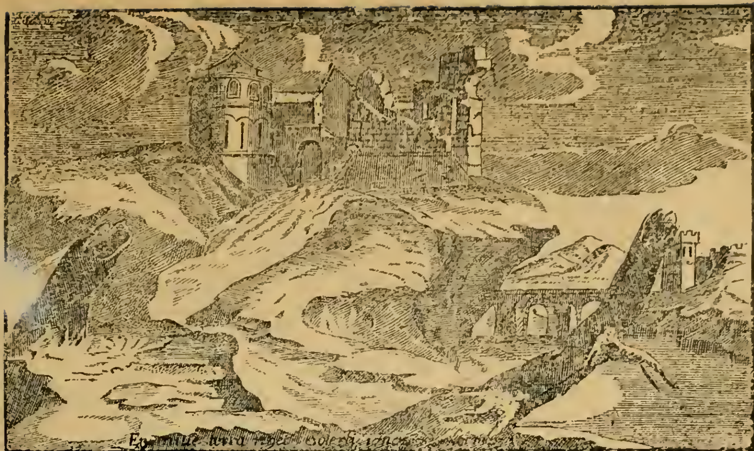
TOLOSA:

Establecimiento tipográfico y Casa Editorial de Eusebio López.

SOLANA 8 Y CORREO 7

1892.





LIBRO SEGUNDO.

Ya el día primero de Agosto se aseguraron los sitiados en el recelo que tenían de que el enemigo trabajaba con minas el ataque; porque D. Domingo de Osorio, que en otro [1] tiempo había sido sargento mayor, y desde el principio del sitio se hallaba en Fuenterrabía, dijo claramente que había visto que debajo de tierra salía una estaca, y á demás de eso una barrica en medio del foso, y que justamente había alcanzado á verlos, porque luego desaparecieron. Lo cual todos tuvieron por muy segura señal de que minaban. Viendo, pues, el Gobernador que amenazaba la última ruina, llamó á D. Martín de Sepúlveda, que poco antes había entrado en la plaza, quien en otro tiempo corrió mucho con el Almirante, para que se fuese á hacerle saber cómo se hallaban en el último aprieto, á no socorrérseles á toda prisa. Mandóle también que por sí mismo se enterase de todos los adelantamientos del enemigo y del estado de las fortificaciones así interiores como exteriores, y que lo pusiese todo por escrito; y que con toda fidelidad se lo declarase al General, intentando de este modo el Gobernador dar incentivos al General para que con la espuela de la necesidad se esforzase, ya también asegurar de antemano su fama, ó para quedar disculpado si los conquistasen;

Agosto 1.º
1 _ Día 32 del sitio.

ó para que, haciendo patente el aprieto en que se habían visto, acrecentase su fama, si acaso salía con victoria. Instruído de este modo Sepúlveda, salió de la ciudad en compañía de dos paisanos para que le enseñasen el camino. Pero no vivía el Almirante ajeno de este cuidado; porque, apenas llegó á los reales de Hernani, conociéndose desigual para socorrer á los sitiados por tierra, aceleró el socorro por mar: y dispuestas muchas chalupas con tropa y [1] comboyes, mandó el día dos de Agosto saliesen á toda prisa del puerto de S. Sebastián, pues sería más fácil que se introdujesen éstas por la boca del Bidasoa, y fué por capitán de ellas D. Alfonso Idiáquez. Envió para su escolta á D. Francisco Mejía con siete navíos de línea, y le mandó que presentando batalla á las naves enemigas, asegurase el rumbo á las chalupas para que al favor de la alta marea pudiesen introducirse á la ciudad. Y ya se había hecho á la vela, cuando, divisada desde lejos una armada, los detuvo al salir de la Concha. Era la de Sourdisio, Arzobispo de Burdeos, que llegó más tarde de lo que quería y pensaba; pero bastante á tiempo por aquella nuestra lentitud de siempre y por la detención de hoces. Y habiendo enviado á D. Baltasar de Torres con una ligera galera á reconocerla, volvió diciendo que la armada era de treinta y siete navíos de línea. Ya otros desde el principio del sitio guardaban la boca del río, otros cuidaban de Pasajes, y otros también contínuamente andaban costeando la Guipúzcoa. De suerte que la armada francesa se componía en todo de cincuenta navíos de línea, sin contar otras muchísimas embarcaciones menores. Y no atreviéndose el Almirante con la venida de Sourdisio poner por obra su determinación á cara descubierta, esperaba que del mismo modo podrían las chalupas introducirse á escondidas, y de noche; y así, mandó á Idiáquez que probase fortuna. Pero se malogró el lance por no haber medido bien tanto el tiempo del amanecer como el de la alta marea: pues habiendo llegado casi á la garganta del desembocadero, retirado desde allí por la baja marea, que repentinamente sobrevino, y descubierto por las guardias enemigas, porque ya empezaba á amanecer; y embistiéndole algunas chalupas equipadas, hubo de volver sin hacer nada.

Al paso que á Fuenterrabía le iban faltando las esperanzas de los forasteros socorros, iba también quedando desnuda de fuerzas de las fortificaciones interiores; porque aún el mismo día en que se dejó ver la armada del Arzobispo en los dos costados del baluarte de Leiva se hizo grande estrago, cayendo al foso al rigor de las balas los cestones que llenos de tierra habían amontonado los del lugar porque la muralla quedase más elevada, y principalmente el Palacio fué bravamente combatido. Ni traía tampoco muy buenas noticias Laredo, que vino de Madrid, y había conseguido del Rey la gracia de capitán de la compañía que había sido de Eguía (fué introducido por aquellos mismos paisanos que el día antes encaminaron á Se-

1 Día 33.

púlveda); aunque es verdad que decía que toda España resonaba con el aparato de los socorros: pero llenaba poco esta noticia á los sitiados al ver al enemigo casi entrar por la brecha y tan lejos los auxilios. Al otro día con otra nueva desgracia se les aumentó también la zozobra. Con las lluvias de los días pasados, maltratada la [1] estacada, en que obraban los paisanos, y desmoronada con las frecuentes descargas de bombas, cayó rendida de estos dos contrarios, y á una con ella una porción del caballero que estaba encima. Tendióse al punto delante una vela de navío para ocultar la ruina. Pero el enemigo, silbando y voceando desde lejos, dió á entender que penetraba el misterio; por lo que jugó la artillería más á menudo que lo que acostumbraba, pero con menos acierto en los tiros, porque la vela estorvaba la puntería. Persuadiéronse los nuestros que convocando el enemigo las chalupas, entraría luego por la brecha: y ya para el último lance iban encrespando los ánimos y aparejando las armas. Pero se abstuvieron los franceses del asalto, ó porque recelaron que con la alta marea sería difícil la retirada, porque se acerca casi hasta la trinchera; ó porque respetaban el valor de los paisanos. Me tiene dicho D. Juan Garcés que fué dictamen de algunos que los franceses hubieran cogido á Fuenterrabía si por aquella parte hubiesen intentado con esfuerzo el ataque al principio del asedio, cuando los defensores suelen estar aterrados con los primeros riesgos. Pero entonces, ni aun abierta la brecha, se atrevieron; porque labrados los defensores con el sufrimiento de los trabajos, y familiarizados ya con los riesgos, hacía las veces de una perfecta trinchera su valor. Apenas dieron lugar los enemigos, se procuró remediar aquel mal, levantando en aquella parte por dirección de Isasi una espalda segura. Solícito el Gobernador de asegurar la fortificación, al punto dispuso un plan para levantar una espalda. Pero le incomodaba en la obra la continua descarga de los franceses desde el ataque fronterizo. Pudieron más con todo eso el valor y la porfía en el trabajo que el miedo del riesgo y la fuerza del enemigo; porque habiendo emprendido los paisanos la obra bajo la conducta de Butrón, atravesando y enderezando hácia todas partes bigas puntiagudas y formando un terraplén, en solo tres días con asombro del Gobernador remataron la espalda, de labor muy segura. Mas entonces se suscitó la duda de si la guarnición se debía retirar allá dejando desembarazada la antigua fortificación, porque estaba ésta un poco más adelantada. Juzgando Butrón por indecoroso ceder al enemigo aún un pie solo; abrazando el espacio de la antigua fortificación, clavando vigas, y haciendo un terraplén á toda prisa, lo fortificó tal cual al pronto con ánimo de aprovecharse de la segunda fortificación solo cuando les rechazasen de la primera. Aquella noche tres franceses, que se avanzaron al favor de la oscuridad, é intentaron poner fuego al cuerpo de guardia del portal de Santa María, que comunica con la mu-

1 Día 34.

ralla por medio de un puente levadizo; sentidos de Garcés, que guardaba aquel paraje con la gente de su estandarte, y recibidos con mosquetes, habiendo quedado el uno muerto, hubieron de volver á los reales con escarmiento y sin logro del incendio. Al muerto le dieron sepultura los nuestros.

El dia treinta y cinco del sitio notó el alférez Esteban de Lesaca nueva señal de que el enemigo se arsanaba en minar, [1] habiendo advertido que por debajo de tierra en el foso asomaba una estaca pegante á la muralla en acción de medirla, la que había desaparecido al punto sin que se divisase quién la manejaba. Los recelos de los complicados indicios confirmaba también el enemigo, que no se dejaba ver en ninguna parte cerca del foso, y antojábase mayor el riesgo por lo mismo que no estaba manifiesto. Ni era menor que el cuidado por el enemigo la pesadumbre por los compañeros. Pues viéndose el Almirante por la tardanza de las tropas, [2] que se decía venían, desproporcionado á descercar á Fuenterrabía, y para una batalla campal, había determinado enviar á los sitiados algún acelerado socorro; y ya por mar no podía ser, por haberse acrecentado todas las guarniciones marítimas del francés, y porque la armada del Arzobispo todo lo corría. Por lo que, habiendo llamado á Ubilia y otros que muchas veces habían atravesado felizmente por entre los cuarteles del enemigo, les preguntó si descubrían algún modo de poder introducir á Fuenterrabía un destacamento de trescientos soldados y si se atrevían á concurrir á la ejecución de este pensamiento. Respondió Ubilia que habia camino, y que él se obligaba á dirigir la marcha. Y habiendo tenido los de Fuenterrabía noticia de este designio por los paisanos que poco antes habían entrado con Laredo, lo reprobaban por muchas razones. «Porque la [3] marcha de un desta-»camento tan grueso, habiendo de pasar cerca por medio de los »cuarteles del enemigo, no se podía esperar se hiciese con tanta cau-»tela, que no lo advirtiesen los franceses. Y que si los sintiesen al »tiempo de pasar, era manifiesto su riesgo; pues al paso que eran so-»brados para jugar el lance con secreto, eran pocos para defenderse, »y como quiera que saliesen al presente, se cerraban ya para en ade-»lante todos los pasos por donde con grande utilidad corrían de una »parte á otra las noticias sin que lo percibiese el enemigo. También condenaban que á una con este designio no se diese providencia acerca de víveres y demás cosas necesarias para la tolerancia del asedio, cuya escasez se dejaba ya sentir. Que *qué socorro era aquel, que no aumentando bastimentos, aumentaba comedores?* Fuera de eso, temían que con haber enviado este refuerzo de pocos días descuidasen nuestros jefes para en adelante, ó porque se persuadirían que habría quedado bastante guarnecida la ciudad, ó porque sería

1 Dia 35.

2 Piensa el Almirante meter algún refuerzo en la plaza.

3 Encárgase Ubilia de esta comisión.

fácil esta persuasión, fiando en que satisfaría bastante la fama del socorro introducido. Acrecentaba el miedo el mismo enemigo, á quien ya los espías habían noticiado los intentos del Almirante y había llegado á tanto grado de propia satisfación, que un día antes que se introdujese este socorro, desde un cuartel cercano al foso, llamando algunos franceses á los nuestros que defendían la muralla, les gritaron: *Para mañana se os dispone por tierra alguna gente de socorro, pero á manos de los nuestros pagará el castigo de su severidad.* Herido el Gobernador de tan atroz razonamiento, consultó con los jurados y oficiales acerca del remedio. Fácilmente la misma urgencia hizo conformar á todos en el dictamen de que inmediatamente con duplicados correos se le debía dar parte del Almirante, y disuadirlo del intento, cuando no alcanzasen las razones, exponiéndole el peligro y la segurísima pérdida de los socorros por haberse traslucido su designio al enemigo. Pero embarazó á los correos la altamarea: por lo que se apoderó de sus ánimos la pesadumbre y zozobra por las vidas de sus compañeros, olvidándose de sí á vista de tan conocido riesgo de los otros. Y habiéndose divisado al día siguiente, que se encaminaban hácia Pasajes ocho navíos de los que [1] guardaban el puerto de Fuenterrabía, al instante, como las sospechas á una con el miedo inducen siempre á los hombres á [2]creer aquel mal que se teme, persuadíanse que habrían sido enviados con ánimo de que, poniendo á la espalda nuevas tropas, quedasen rodeados los auxiliares.

Mas en los realesde Hernani apresuraba el Almirante el socorro tan desapacible á los sitiados, ó con la esperanza de que no se [3]malograría su pensamiento, ó porque temió no sería bien visto si en un riesgo tan apretado de un pueblo fidelísimo no diese alguna muestra de socorrerlo. Habiendo, pues, llamado á la tarde á trescientos soldados escogidos entre toda la tropa, los animó á la empresa, ya con la esperanza de grandes premios, ya también con el mismo motivo del riesgo á que iban. Díjoles: *que fuesen á sus muy leales compañeros, y se hiciesen participantes de su gloria: que no podrían ejecutar cosa más agradable para el Rey y para él, pues con dificultad se acomodaba á tener sin ejercicio el título de general, metido en los reales, y viendo tan de cerca la ruina de tan gallardos ciudadanos: que él acudiría con la presteza posible con todas las tropas á la defensa de todos.* Recibieron con gusto los soldados la orden de su General; pues hacían justamente vanidad de haber sido elegidos para tan grande hazaña entre tanta gente, fuera de que se suavizaba la grandeza del riesgo por la misma afabilidad y bizarría del General, á quien hacía tiempo que la tropa estaba encariñada. Habiéndolos animado así, dióles por jefe á Ubilia, á quien también en nombre del

1 Dia 36.

2 Determina el Almirante introducirlo.

3 Exorto del Almirante á trescientos hombres, que se entresacarón para socorro.

Rey ofreció el hábito de la Orden de los Caballeros de Santiago. Dióles también para que mostrasen el camino algunos[1] de Irún prácticos en aquellos parajes, por estar confinantes con Fuenterrabía. Apenas, pues, que oscureció, salió de los reales el escuadrón, yendo Ubilia delante gobernando las filas, y emprendió el [2]viaje por las más espesas y estraviadas selvas, y ocurría algún cercano cuartel de los enemigos, de los que había cerca de Oyarzun, pero se alargaban á otras poblaciones distantes de los Reales, era preciso desviarse con algún largo rodeo. En estas vueltas y revueltas se gastó mucha parte de la noche. Apenas llegaron á un profundo valle en medio de los dos reales (porque distaban poco los de Irun y los de Fuenterrabía) y no se podía evitar la cercanía del enemigo; entonces vieras que la gente caminaba atemorizada, ya por la misma grandeza del riesgo, ya por aquel asombro, que induce la oscuridad junto con el silencio de la noche: escondían, ahuecando las manos, las mechas que llevaban encendidas: reprimían aún los suspiros á que precisa la fatiga: caminaban con mucho tiento porque no hiciesen ruido las piedras con que tropezaban: si sucedía sentirse algun ruido más que el regular, ó que los árboles sonasen algo por motivo del viento, todos se paraban, miraban hácia todas partes, todo les zozobraba entre aquellas tinieblas que les representaban horribles fantasmas: las sombras de las matas se les antojaban enemigos: apuntábanles con las escopetas, imaginando que allí estaban emboscados; y solo se aquietaban, ó por la quietud y reposo que se seguía, ó por los exploradores, que, enviados delante, avisaban que no había qué temer. Sábese que en esta jornada caminó el destacamento con un silencio tan prolijo, que aún las órdenes que los de delante daban se comunicaban á los otros sin hablar palabra solo con las manos, y por señas, ó deteniendo, ó tirando cada uno al que tenía al lado. Llegaron finalmente á unas grandes lagunas en las que el riesgo no era menor, y era mayor el trabajo de caminar. La parte del Septentrión, del Oriente, y casi todo el Mediodía por donde se había de entrar á Fuenterrabía están llenos en gran trecho de balsas de agua que introducen las mareas, y no retroceden por lo bajo del sitio. Además de las aguas, lo resbaladizo del piso por el mucho lodo, la espesura grande de los juncos en fuerza de la humedad, y demás heces del mar dejan todo aquel camino absolutamente impracticable, sino que alguno por una extrema necesidad que tenga visos de desesperación se arroje á experimentarlo. En medio de las lagunas sobresale un pequeño alto empedrado, en donde está el puente Mendelo: pero ya éste lo tenían bien guarnecido los franceses, y era preciso alejarse de él. Habiendo, pues, entrado en las lagunas, no podían afirmar los pies por lo resvaladizo del lodo, y si los afirmaba, no podían después sacarlos; pues al paso que era fácil para engañar á los pies que lo pisaban, encaja-

1 Sale la gente al oscurecer.

2 Descripción de su marcha.

dos una vez, con dificultad los soltabà. Afligidos también, fuera de esto, del impulso de las olas, que entre sí combatían, acongojábales un indecible trabajo. A poco que anduvieron, experimentaron otro mal: aun no había bajado bien la marea, de suerte que se pudiese vadear, y los que conducían las primeras filas escasamente tenían el pecho fuera de las aguas. Y ya se habían acercado al puente, cuando Ubilia mandó á la gente detenerse, y que se aguardase al perfecto esguazo de la baja marea Entonces se le representó á la tropa con más viveza el semblante del riesgo. SIEMPRE suele ser menor el miedo de los que obran que de los que esperan la acción; porque aquel mismo acometer y conato de obrar es como un alivio del tomor; pero si á la mitad de las operaciones te paras, desembarazada la fantasía de la fogosidad del obrar, ocupan aquel vacío el horror y la viva representación del peligro. Veíanse por una parte rodeados de enemigos y divisaban las luces de sus cuarteles, miraban por otra el inmenso espacio de lagunas que aun les quedaba por vadear; y más, que estaban cansados. *¿Qué temeridad más extraordinaria* (decían) *como haber dispuesto semejante jornada por entre tropas y fortalecidos reales de enemigos para tan poca gente; y más, que como si no sobraran enemigos, les presentasen como tales á los mismos elementos, y á la Naturaleza? ¿Si los llevaban á dar batallas al Océano?* Mientras que detenidos discurrían tan desconsoladamente, uno de ellos, irlandés de nación, ó por casualidad,[1] ó porque por la detención concibió que habrían caído en manos del enemigo, y que los demás compañeros estaban naturalmente disponiéndose para pelear; cuya persuación tanto más lugar tenía, porque la obscuridad y el profundo silencio que se guardaba no permitían entenderse con toda claridad las órdenes; ve aquí que dispara un fusil, conmuévense al punto los cercanos centinelas del puente Mendelo, y en un instantante á gritos y tiros hace llamada desde aquí á los inmediatos guardias y á todos los reales: y como por sus espías estaban prevenidos (aunque nunca supieron por dónde) del socorro que intentaban introducir los nuestros, prontamente acudieron de todas partes hacia el puente. Empezó entonces nuestro escuadrón á desordenarse y á tirar cada uno por su lado. Ubilia con algunos pocos prosiguió adelante; pero los más volvieron atrás, unos por miedo, otros por lo que veían en los otros, y otros, finalmente, impelidos de la fuerza y empellones de los que daban prisa por escapar. Fuera de ochenta, todos los demás retrocedieron; y encaminados por los de Irún, prácticos en aquellos parajes, llegaron sanos á Hernani. Ubilia, y ochenta que iban en las filas delanteras, nadando unos y otros ayudándose de los mosquetes y orquillas con indecible valor, salieron finalmente al alba á Fuenterrabía, habiendo faltado dos solamente, que así por el espanto como por no acertar el camino entre lo obscuro y embarazoso de

1 Rara casualidad con que un irlandés malogró toda la diligencia, con que caminaban.

2 Entra Ubilia en Fuenterrabía con ochenta hombres.

las lagunas, se desviaron de los compañeros; y temiendo á los franceses, se mantuvieron escondidos entre los juncos lo restante de la noche; pero cerca del mediodía entraron en la ciudad. Los principales de los que entraron fueron: D. Francisco Heredia, D. Iñigo Salazar, capitanes; D. Francisco Molino, alférez; un capitan irlandés con alguna gente suya; y un capitan de Cantabria, vizcaino, con un alférez de su nación, famoso éste por el hecho de que estando de guardia en Cádiz, pidió al mismo Rey el *Santo*; y finalmente entraron algunos guipuzcoanos. Aunque de ningún gusto fué para los sitiados este auxilio por las razones que dejamos dichas, no obstante, prevaleció el aprecio de ver que habían emprendido semejante riesgo por defenderlos; y así, los agasajaron cumplidamente. Y preguntándoles con ansia acerca del estado de nuestras cosas y del número de las tropas, ellos, nada melancólicos por sí, ya también porque se veían en salvo del pasado riesgo, mezclando con el cariño algo de artificio en no querer parecer odiosos huéspedes si se hacían portadores de funestas noticias, dábanlas muy alegres, y les pintaban las cosas de mejor semblante que el que tenían. Solo Heredia dijo descubiertamente, que hasta fin de Agosto no había esperanza alguna de componerse ejército en forma. Cayeron de ánimo los sitiados apenas lo oyeron. Y juntando el Gobernador á los cabos y principales de la ciudad, díjoles que era de sentir que se debía insistir nuevamente al Almirante: y que para ello fuese un noble de la ciudad, y le asegurase cuán de cerca le amenazaba la última ruina: y que no hallando en los reales de Hernani algún pronto socorro, pasase á Navarra, y practicase la misma diligencia con el de Velez, quien se decía estar prevenido de buenas tropas: y finalmente, que si ni por allí hubiese esperanza ni socorro pronto, inmediatamente por la posta se plantase en Madrid, y sin ningún rebozo enterase al Rey del aprieto en que se hallaban. En este dictamen conformaron todos.

Con esto, el siguiente día, que fué el [2]treinta y ocho del asedio, escritas las cartas para el Rey y para los generales, se dispuso que fuese D. Pedro Sanz Izquierdo, segundo alcalde de Fuenterrabía, (porque el gobierno de esta consiste en dos alcaldes, de los que el que sale en primer lugar tiene el mando en lo militar, y tal era Butrón aquel año; y el que sale en segundo cuida de lo político) y que aguardase hasta la noche. Habiendo, pues, salido Izquierdo, halló cerrados con centinelas y guardias todos los pasos, cuyo inconveniente ya se lo habían previsto desde que tuvieron noticia del mal mirado socorro que se les disponía, y lo lloraban viéndolo puesto en práctica. Por lo que hubo de volver Izquierdo, sin haber podido lograr el paso de ningún modo. [3]Desauciado el Gobernador de la esperanza de socorros forasteros, ya toda la defensa libraba únicamen-

1 Dia 37.

2 Dia 7 de Agosto y 38 del sitio.

3 Reprueban muchos las salidas, siéntelo el Gobernador, y hace un bello razonamiento.

te en el valor y arrojo de hazañosas empresas: y así, encrespado á más ardientes designios, conspirando con su genio los apuros de la necesidad, solo pensaba en repetir las surtidas y encamisadas que se habían interrumpido. Comunicó su pensamiento con los cabos. Había entre estos no pocos que, contemplando el corto número de defensores, reprobaban las surtidas. Lo que comprendiendo Pérez por las expresiones de algunos, que con toda modestia lo contradecían, y de otros en más número, que lo aprobaban, sí, pero con alguna tibieza; juzgando por oportuno atraerlos á la conformidad de su dictamen con el peso de las razones, aunque los podía precisar con la severidad del mandato, en presencia de muchos hizo en favor de su propuesta el razonamiento siguiente: »No es tanta mi extrañeza como mi sentimiento al ver que mi determinación no logra la aprobación de todos. Verdad es que las grandes cosas, cuya ejecución se roza con »los peligros, siempre han producido contrarios pareceres. He de »procurar, pues, vuestra conformidad en los dictámenes, ya que logro vuestra adhesión en los afectos. Ninguna empresa á que precisa la necesidad es árdua; ni su aspereza corre por cuenta del que »la aconseja, sino por las leyes de la necesidad, que la mandan. Cuán »grande es el aprieto en que nos hallamos, no hay necesidad de que »yo lo diga; ya lo véis: y puédese colegir de esto mismo de que yo, »que lo querría disimular, lo estoy publicando. Dispónesenos un ejército muy poderoso, pero que no puede obrar en nuestro alivio hasta »fin de Agosto. Pues ¿qué? Acorralados en las murallas y sin esforzaros á cosa mayor ¿pensáis poder aguantar y dilatar el sitio hasta »entonces:? ¿que permanecerán tanto las murallas, cuyos cimientos »está minando el enemigo? No tardarán mucho en caer, si no les dáis »pronto socorro: dejaros sin defensa, y con su repentina ruina quedaréis descubiertos al enemigo, á no salir á hacerle frente. La defensa de una plaza sitiada consiste en que recíprocamente defiendan los muros á los defensores y los defensores á los muros. Flaquee una de estas dos partes: no tiene remedio; entonces es preciso »disponerse á una batalla campal. Ya hemos llegado, pues, á este riguroso extremo de no poder defender las murallas si no nos determinamos á salir y pelear con todo esfuerzo. Contra el enemigo, que »con toda seguridad cubierto debajo de tierra mina nuestro terreno »interior, nada pueden obrar ni los baluartes, ni los pedreros que »hemos enderezado contra sus flancos. A sus propios enemigos protegen nuestras murallas. Solo, pues, nos queda una esperanza para »el vencimiento, y consiste: en que, ya que el enemigo se nos esconde, nosotros le busquemos. Considerad vosotros si será mejor que, »saliendo, peleemos de una vez; y que desbalijando sus obras, conservemos de este modo para en adelante nuestros muros; ó que desbaratados estos, desiguales en fuerzas, y descubiertos, porque estarán patentes las brechas, tengamos que, reñir con el enemigo siempre que á él se le antoje, como si estuviéramos en una campaña. »Así, pues, que lo que nos parece más peligroso es lo que, más hace »para nuestra defensa, si no es que monte más en vuestra conside-

»ración el riesgo presente, que la seguridad venidera, error de que »vosotros estáis muy lejos; porque el anticipar un riesgo y burlarlo »con la prevención, esto lo suelen hacer no solo los fuertes soldados, »ansiosos de ganar fama, sino también los prudentes filósofos, ate»nidos á buscar la seguridad. Ahora, pues, el modo con que he pen»sado que ejecuten esto nuestros soldados y quiénes de vosotros va»yan por cabos, os diré en pocas palabras. Apenas que la vanguardia »haya penetrado con denuedo las fortificaciones enemigas, concitando »el mayor tumulto, y desbaratadas las guardias cercanas, lleguen á »señorearse del campo: desembarazado ya de enemigos con tal sor»presa, deben acudir á la batería que está junto al mar, y prevenidos »de martillos y clavos, clavar al punto aquellos cañones de quienes »recibimos más daño: y como acudirán inmediatamente los enemigos, »es menester que, dejando el terreno poco á poco, los llamen á más »cercanía de nuestras murallas. La retaguardia registre en los fosos »las minas que hayan hecho: pónganles fuego, disparen contra los de »dentro, desmoronen los tablados y cubiertos, y hagan salir á des»cubierto á los que estuvieren debajo de tierra. Para cuando vuelvan »hácia la muralla, yo haré desde los baluartes que no sean rodeados. »Y me parece mejor que se haga esta encamisada poco antes del »alba, y la razón es; porque, acometiendo de noche, es improviso y »mayor el esfuerzo, y así burlaremos á los de Hendaya para que no »avisen á los del campo con la señal que acostumbran. Para registrar »las muchas obras del enemigo, necesitamos alguna luz, aunque sea »escasa. Y luego para cuando acudan los enemigos con aumentada »guarnición, la claridad del día nos dará una segura retirada. Yo me »persuado que, como habíamos ya interrumpido las salidas, hemos »de coger enteramente descuidados á los enemigos, nada recelosos »de nosotros, y por eso á la discreción de nuestros cuchillos. Y si »á alguno le pareciere que mi pensamiento es de dudoso éxito, ten»ga entendido que yo tal vez sería de su mismo dictamen si los que »han de manejar la acción fueran otros. Pero vuestro valor, y la con»sideración de que esto ha de correr por vuestra conducta, hace que »conciba yo ahora como acertado y seguro esto que en otra circuns»tancia tendría por dudoso. Habiendo perorado así con aplauso de muchos (aunque había quiénes permanecían en el dictámen contrario, y el fogoso espíritu del Gobernador lo asemejaban á una tea, que con el excesivo ardor ella misma apresura su fin) [1]señaló doscientos y cincuenta y ocho soldados entre paisanos españoles arreglados, hibernios y guipuzcoanos auxiliares: dióles capitanes y oficiales señalados en valor y fuerzas; dispuso armas, y en especial fuegos arrojadizos, para hacer el daño posible en las labores; martillos y demás instrumentos para clavar los cañones; y que, prevenidos de todo, se juntasen antes de amanecer en la plazuela de palacio. [2]Algo más tar-

---

1 Determina una encamisada de doscientos y cincuenta y ocho hombres.

2 Dia 30.

de que lo que se había dispuesto trajeron los capitanes la gente puesta en forma. Y habiendo encontrado Butrón al Gobernador paseando en la plaza cerca del amanecer[1], y que bramaba por la tardanza de la tropa, procurando retraerlo del intento (porque Butrón era uno de los que reprobaban la encamisada) aunque le puso por delante el inconveniente de que ya empezaba á amanecer; de nada sirvió, sino que, llegando en esto los soldados, habiéndolos animado con pocas, pero muy vehemente razones, los sacó por el portal de la estacada.

Asaltando, pues, las fortificaciones con gran denuedo, no obstante que ya los de Hendaya dieron aviso de la surtida, acomenten á los franceses, matan á los que hacen frente, destrozan alcanzando con prontitud á los que escapan, y desbaratan sin dar lugar á que se pongan en orden á los que de todas partes acudían: y en suma, todo lo llenaron de heridas, muertes y terror. Ni dejaba de conspirar á ello el Gobernador desde el cubo cercano de Leiva; porque dejándose ver de todos, llamando á cada uno por su nombre, y alabando con magníficas expresiones, según que á cada uno veía esmerarse, gritando que del éxito de este solo combate pendía la suma de la defensa del sitio, de este modo con las razones, con los movimientos y con el gesto del semblante avivaba la batalla. Y ya había llegado á lo interior de los cuarteles, y obraban cerca del bastión de la batería: y los que estaban mirando desde los muros, habiendo concebido grande esperanza, conspiraban con festivo clamor á los felices principios, cuando todo lo trastornó la fortuna, que nunca ha sido constante en favorecer los negocios humanos, y en especial los de la guerra. Por demasiado arrojo descubierto y patente con todo el cuerpo sobre la muralla el [2]Gobernador, y en fuerza del conato olvidado, ó despreciador de suyo de los peligros, mientras que á gritos aviva la refriega quitándose el sombrero de la cabeza, y accionando con él para que mejor le conociesen, los más cercanos de los franceses, llamados del traje y razones del que veían animar á la tropa, se volvieron para él, y lo habían hecho blanco de sus disparos: y no tardaron mucho en lograr el lance, porque una bala de mosquete pasándole por la misma encomienda encarnada de la cruz de Montesa, de cuya Orden era, transpasándole la muñeca izquierda, y rompiéndole las costillas, se le quedó poco más abajo del corazon: y al mismo tiempo reforzando los franceses la vanguardia, cargaron con más vigor contra los nuestros, y los que estaban cerca del mar, habían empezado á rodear el costado derecho. Entonces los que desde el baluarte procuraban con granadas defender la espalda á los nuestros mientras que, afligidos, acuden al Gobernador, que desfallecía por instantes al rigor de la mortal herida, y lo llevan á la cama, dieron lugar al enemigo de internarse más; y ya estaba tan mezclado con

1 Envíalos no obstante de haber amenecido.

2 Hieren los franceses mortalmente al gobernador.

los nuestros, que cualquiera operación que se hiciese desde los baluartes tanto estrago haría en los compañeros como en los enemigos. Rodeados, pues, solo les restaba en medio de aquella desesperación un consuelo correspondiente á su valor: solo tenían la atención á no morir sin venganza y disminuír lo posible al enemigo el gozo de la victoria. Dejando, pues, de disparar, porque, metidos entre los enemigos, era imposible cargar los fusiles, encendióse una sangrienta batalla. Reñían unos con las lanzas y con las espadas, otros cogiendo con las dos manos los fusiles por el cañón, descargaban con las culatas sobre las cabezas de los franceses cuándo hácia adelante, cuándo hacia atrás: y oíanse mezcladamente los ayes de los que morían y las lástimas de los que los estaban viendo desde las murallas; de que resultaba un destemplado clamor. Pero por instantes iba empeorándose la suerte de los nuestros por la muchedumbre de franceses que acudían: y como eran desiguales en número, y además de eso, desacomodado para ellos el paraje, iban matándolos como á reses. Y ya habían sido hechos prisioneros á una con otros muchos los capitanes D. Francisco Diest y Alfonso Laredo, que, habiéndose metido en los mayores riesgos, habían sido gravemente heridos, cuando desordenados, rotas las filas, haciendo el último esfuerzo, pudieron siquiera con las armas abrirse camino, aunque con pérdida de muchos. El alférez Roa, herida la cabeza con dos tajos, el capitán Don David Barri, D. Pedro Jaralín, y otros compañeros de la huída pudieron salir á la trinchera. Ciento fueron lo menos los muertos y heridos en esta infelicísima surtida. Ni era menos la aflicción y pesadumbre por la herida del Gobernador, á quien por instantes le iban faltando las fuerzas y el habla. [1]Pero no obstante, lo poco que restó de vida y de habla lo empleó bien. Sereno, no obstante, la cercanía de la muerte, habiendo recibido los Sacramentos con toda devoción (sólo que no se atrevió á recibir el viático sacramentalmente por menudearle los vómitos de sangre, pero lo recibió con el afecto, habiéndoselo llevado) haciéndose venir á su presencia á Butrón, Isasi y otros nobles (Eguía no fué á verle: pareciendo á todos demasiada expresión de su enojo) dióles instrucciones acerca de fortalecer la ciudad para en adelante, y de la disposición de las obras, tan acertadamente y tan al caso, que las más de ellas se practicaron después, de suerte que sus consejos en la muerte rindieron la misma utilidad que sus órdenes en la vida. Acudiendo después mucha gente, con un fervoroso razonamiento procuró insinuar á todos la fidelidad y constancia, y finalmente les pidió perdón de los errores que por la inadvertencia hubiese cometido, de modo que á todos hizo saltar las lágrimas. Entre estas pláticas á las doce horas de recibida la herida, al caer la tarde, murió con indecible sentimiento de todos, que aun en vida engrandecieron su afabilidad, fortaleza de ánimo y demás

1 Muerte del gobernador.

2 Vana observancia á cerca de la muerte de Pérez.

prendas, y ahora, perdidas, las lloraban, y celebraban más en su muerte, como que CON ella suelen también morir las envidias y se suelen sustituír las compasiones. Enlutados los capitanes, llevaron su cuerpo á enterrar á la iglesia de Nuestra Señora, acompañando los soldados y paisanos vueltas las armas hacia el suelo, desaliñadas las insignias militares, y en suma, con toda aquella pompa que permitió el rigor de las cosas. [1]Llamábase Miguel Pérez de Egea, de una familia de Cerdeña: siendo naturalmente de un ánimo marcial, lo labró con el arte y ejercicio. Sobresalía entre las demás partidas su habilidad en disponer fortificaciones. Culpáronle algunos de temerario, otros lo calificaban de valiente. Ordinario error de los que tanta alabanza dán á los viciosos extremos de la virtud como á ella misma. Ya en Madrid tomaron algunos el agüero de su muerte; porque, estando para partir el sitio, despedido ya del Rey, entró al gabinete de Guzmán, y habiéndose cumplimentado en la salutación y despedida; al tiempo de salir cayó repentinamente muy de lleno, de suerte que los circunstantes al verlo caer tan sin motivo se dejaron llevar de un presagio melancólico de que este viaje le había de ser funesto.[1]

Gozoso el de Condé de haber abatido el orgullo de los defensores con tan horroroso estrago, llegó á estarlo cumplidamente con la presa de los prisioneros, cuya ansia por saber lo que en la plaza pasaba, aunque grande, no había surtido efecto hasta este día. Ahora, pues, como lo logró, mandólos traer á la tienda pretoriana, y los emprendió con varias preguntas: ¿qué de fuerzas había en la plaza?, ¿qué número de defensores?, ¿qué provisión de bastimentos? y en qué sentido se explicaba la guarnición? Los soldados respondieron con variedad é inconexión. Mas no es de pasar en silencio la respuesta de un soldado irlandés, que, preguntado acerca del número de los defensores, respondió constantemente que bien habría en Fuenterrabía tres mil hombres escogidos: de lo que se ofendió tanto el de Condé, que llamándole *desvergonzado mentiroso*, le dió de palos con su propio bastón. Luego llamó á los capitanes Diest y Laredo, á quienes había mandado curarle, y los examinó cada uno por sí. Ellos exageraron sobre toda verdad el número; pero con mentira, que fuese más verosímil para que así la creyesen. Reconvínoles el Príncipe sobre que los demás prisioneros no habían dicho tal, é instóles que dijesen la verdad. Dijeron ellos que se les hacía poco favor en preferir las declaraciones de los soldados á lo que ellos decían, como quienes habían asistido á las secretas juntas del Gobernador, y estaban bien enterados de lo más arcano; que los soldados atenidos á ejecutar lo que se les ordena, parte de las cosas no saben por poca curiosidad, y que parte se les oculta por providencia. Vuelve á Diest el Príncipe, y le pregunta si han empezado los de Fuenterrabía á arrepentirse de su temeridad y porfía totalmente infructuosa; qué semblante les ha-

---

1 Juan Barclayo en su Argenis, en la pag. (mibi) 112 trae un agüero muy semejante, que se tomó acerca de una caída casual.

2 Declaraciones que hacen los prisioneros españoles.

cía el ver la ruina de sus casas, el estrago de sus bienes y el cercano riesgo de sus interesados. A lo que respondió Diest: »Ya, señor, los »de Fuenterrabía se han desprendido de todas las compasiones hu»manas, de suerte que por la lealtad abandonan cuanto suele llamar »la atención de los hombres; en tanto extremo, que con recíprocos »tos están juramentados á padecer por la fidelidad los mayores ex»tremos, y que, como alguno se descuide en alguna expresión hacia lo »contrario, lo precipitarán por la muralla: con lo que enmudeció el »de Condé con recelo y sospecha de que decía la verdad al ver que con ello correspondía lo que experimentaba. Tampoco los nuestros, aunque rechazados y afanados en la huída, se descuidaron en coger un prisionero. [1]Era este un veterano del regimiento del de Condé: y á pocas instancias declaró que ya las minas llegaban al baluarte de la Magdalena; que se había dado principio á su demolición; y que la primera piedra había arrancado el mismo Príncipe como en expresión de su empleo, asistiendo al acto todo el golpe de la nobleza francesa, que con mucho gozo y aplauso le congratulaban las primicias de la rendición. Pero que á todos parecía desusada la obstinación de los defensores; y que frecuentemente repetían que los sitios de nuestro tiempo en las expediciones de Flandes se concluían con más brevedad: y que aun sin llegar á tan desesperados extremos, no sólo no había desmerecido la lealtad de los defensores, sino que habían sido aplaudidos. Decía también que de los suyos hubo en esta surtida muchos muertos, y nobles los más, y que uno era su capitán. Hubo quienes aconsejaron que se pidiese suspensión de armas por dos horas para enterrar los respectivos compañeros difuntos. Pero no se hizo por no dar al enemigo lugar de persuadirse que se hacía demasiado sensible la pérdida y lo trajese para ilación del corto número de defensores. Por lo que la noche siguiente dieron en cara los franceses á los nuestros la impiedad de dejar á los compañeros privados de los sufragios funerales, lo que ellos, aun con ser enemigos, reputándolo como especie de inhumanidad, lo habían cumplido aún con los nuestros: por cuyo favor se les dieron desde la muralla las gracias.

Muerto Pérez, entró segunda vez [2]Eguía en el gobierno con mucho beneplácito de todos; porque aún los irlandeses se habían congraciado con él por medio año de Butrón. Fué verdaderamente maravilloso y absolutamente increíble el enojo con que quedaron enardecidos así los paisanos como todos los demás, y el ahínco con que se aplicaron á la defensa. A nadie se le oyó expresión alguna menos valiente: sino que todos al instante empiezan á convidarse á los riesgos; reparan con mayor afán todas las obras derruídas; ponen en manos del nuevo gobernador sus intereses y los despojos que ministraba la ruina de sus casas; llevan todos sus materiales á las murallas; [3]mez-

---

1 Declaración de un prisionero francés.

2 Entra otra vez Eguía al gobierno.

cladas en el trabajo las mujeres con el mismo ardor, que si éste fuera el primer día del asedio. Buen ejemplar de que AL VALOR no amortiguan los estragos, sino que lo avivan más! Gozoso estaba el Gobernador con estos buenos principios, cuando la misma noche consecutiva á la muerte de Pérez un centinela, puesto á propósito en el cubo de la Magdalena para que acechase los movimientos del enemigo, avisó [1]que en aquel instante había oído los primeros golpes debajo de tierra contra la muralla. Acudieron al punto Eguía y el P. Isasi, y asegurados de que era así, llamaron al alcalde Butrón, que por su mucha práctica en la América era inteligente de minas y obras subterráneas. Y éste al instante mandó abrir un zanjón en el terraplén del baluarte. Pareció, no obstante, cesar en ello un poco para asegurarse bien hacia dónde dirigían la mina para que con menos trabajo se pudiese cortar, encaminando en derechura la contramina; porque esto pareció sería, lo uno más breve, lo otro de menos detrimento para la muralla, que no el que sin asegurarse bien del paraje en que minaba el enemigo hubiesen de andar serpenteando con la contramina. [2]Al día siguiente de la salida se emprendieron muchas y grandes obras; porque á los dos bastiones del baluarte de Leiva, así el que mira hacia el de la Magdalena como al de la Reina, le pusieron cordón y su estacada: además de eso, se empezaron á levantar dos espaldas de obra muy segura, una sobre el terraplén del mismo baluarte, frente á la batería que obraba grandemente en el alto de la Gracia, la otra contra las máquinas que estaban colocadas en Ondarraizo, junto al mar, y de quienes, mal cubiertos los defensores, experimentaban igual daño. Asegurado Butrón de la dirección de la mina, empezó á romper el muro: cosa que verdaderamente causaba admiración ver conspirar contra los muros igualmente el rigor de los defensores que el de los enemigos: y que, como si toda la tierra no fuese bastante campaña para herirse y matarse los hombres, disponga la industria de éstos dentro de las mismas entrañas de la tierra otra nueva palestra para el enojo. Y los franceses, ó fuese por añadir terror á los nuestros, que estaban atemorizados con el estrago del día antecendente, ó fuese por quitar la sospecha de que trabajaban en minar con más ardor que otras veces, jugaron la artillería contra todos los baluartes desde los siete fortines; pues se sabe de fijo que se dispararon contra el lugar aquel día más de setecientos tiros de cañón, ni había estancia segura á los defensores por la espesísima descarga de balas y cascos que de las despedazadas máquinas les pasaban por sobre las cabezas. Arrojaron también bombas al encuentro de los que, dejada la guardia de las murallas, se retiraban á lo interior de la ciudad. El mayor estrago fué en el baluarte de Leiva, porque aun el través que cae hácia el de la Magdalena lo maltrataron tanto, que, lleno el foso con las ruinas, componía una subida no

1 Adviértese en la plaza que los franceses hacían alguna mina.

2 _ Dia 40.

muy difícil al enemigo, como la brecha hubiese sido algo más extendida, para que fuese capaz de más gente armada: también al medio cañón nuestro, que les hizo tanto daño en el foso, enterró la ruina de una porción de muro que cayó encima, porque él estaba algo más bajo: y rompieron por medio el arco con que el de Leiva se une á la cortina, que corre por todos los baluartes. Tengo averiguado que aquel y el siguiente día se sintió en tierra de Pamplona al favor del cierzo el estruendo de la artillería que se disparó en Fuenterrabía, siendo la distancia catorce leguas españolas, que son cerca de cincuenta mil pasos. No obstante tan horroroso estrago y tan fogoso ardor de combatir, no hubo más que seis muertos. Enviáronse aquella noche correos al Almirante con aviso del daño recibido, quienes, habiendo pasado toda la noche rodeando caminos, y rodeados de peligros, finalmente lograron feliz su temeridad.

Luego que así por la fama, como por lo que escribía el Almirante, se supo en la corte de España [1] que por la tardanza de Hoces, con la gruesa armada del Arzobispo estaba cerrada por mar Fuenterrabía, y que aun no había suficientes tropas por tierra, entró en mucho cuidado de que con la rendición de esta ciudad (por persuadirse que podría tardar poco, sorprendida de un impensado sitio) desmereciese en las naciones extranjeras el crédito del nombre español, que poderoso fuera y floreciente en todas partes, particularmente este año, conocido por débil en su propia casa á las primeras pruebas, pareciese esforzado, no tanto por sí, como auxiliado por ajenas fuerzas. Y espoleando este pundonor, concebíanse designios grandes en repetidas juntas de los consejos de Estado y Guerra. Preparábase en aquella sazón una grande armada de sesenta navíos en Lisboa, en el desembocadero del río Tajo, con la mira de recobrar el Brasil, cuyas costas casi todas se habían apropiado los holandeses, habiendo sorprendido los fuertes y echado de allí las colonias portuguesas con nuevo y raro ejemplar de haber osado esta nación, y con feliz éxito, alejar tanto sus fuerzas, teniendo que mantener guerra dentro de casa. Esta armada, pues, decían muchos era mejor echarla sobre el enemigo, tomando el rumbo hacia la costa de Cantabria; y que, incorporando al paso á Hoces y los navíos que estaban tripulados en el puerto de San Sebastián, cargasen sobre las tropas francesas marítimas, desiguales con mucho. Que, ¿qué nos serviría el recobro del Brasil, si quedásemos vencidos dentro de casa? Que ¿si se reputaría por prudente la diligencia de apagar un incendio fuera y dejar que viva el que dentro abrasa? Que si las extremidades de un cuerpo están sanas, es porque sano y robusto el corazón las beneficía: que primero es el cuidado de conservar que el de adquirir: que en la opinión de las naciones, que es la que hace el principal papel en las guerras, pesaría más una plaza perdida en España que todo el Brasil restaurado: y que al pronto no había otras fuerzas de qué agarrarse:

1 Cuidado de la corte: trata de providencias mayores con mucha variedad de dictámenes.

que era ocioso aguardar á Oquendo de las islas Baleares, teniendo que navegar todo el Mediterráneo y Océano, que rodean á España, y no con galeras, que, aunque perezosamente, pero al fin se gobiernan á remo, sino con abultadas naves de vela, sujetas al arbitrio de los vientos: que en el estío son frecuentes las calmas: y que, aun cuando hubiese vientos, de nada serviría si no eran contrarios, y se fuesen cada instante alternando, como era preciso, habiendo de venir la armada por una línea circular: que eran pocas las naos que en Cádiz tenía el Duque de Magueda: que las fuerzas de Hoces eran insuficientes como mucho, ni bien aparejadas, si él solo había de tirar el dado en la guerra; y que andaba perezosa la disposición de las provisiones, cuya escasía gritaba: que con solo quitar al francés el dominio de mar, y asegurando por esta parte á Fuenterrabía, inutilizar las operaciones de las tropas terrestres, se lograba utilidad correspondiente á los gastos de la armada. Y que ni por eso se interrumpía el designio del Brasil; supuesto que aconseja la Naútica no deberse pasar la equinoccial antes del mes de Septiembre. Por lo cual, que todo venía bien y nada se omitía de lo que anteriormente estaba proyectado.

Pero Guzmán no entraba bien en designios que no fuesen del todo lustrosos y magníficos. Decía, pues, que era lisonjear á los franceses si se hiciese ver que habían llegado á trastornar un socorro destinado ya para el Brasil, y á alterar las ideas de nuestra Monarquía: que era mal visto se tuviese más atención á solo Fuenterrabía que á la dilatadísima costa del Brasil, y á un dominio de tan grande extensión, y que era muy diferente la esperanza para el recobro de una y otra: que estando separado el Brasil nada menos que con la inmensidad del Océano, no podría quedar esperanza alguna para su recobro, si se dejase pasar aquella ocasión, por la tibieza con que se suelen mirar las cosas que estan distantes: que el resentimiento de la pérdida de Fuenterrabía, como cosa doméstica, sería mayor; y que, por lo mismo, esta afrenta estimularía con más vehemencia los ánimos: que cuando Aníbal estaba talando la Italia y batiendo casi los portales de Roma, no por eso los romanos dejáron de pasar su campo á la África ni rebajaron los socorros destinados ya para España. Ponía también en duda que, no estando aún bien equipada esta armada, pudiese llegar con bastante oportunidad á subsidiar á Fuenterrabía; y que si se malograsen uno y otro lance? qué nos quedaría sino la burla y risa de las demás naciones? Que los varios acaecimientos del mar no merecían consideración: que la providencia humana solo atiende al ordinario curso en todo género de cosas: que todas las costas de España se corren en quince días; que si cuesta un mes, ya se tiene por larga navegación: que no se descuidaría Oquendo, esforzado de suyo y hombre ansioso de gloria, y más viniendo esperanzado del vencimiento, teniendo que cojer de camino así la escuadra de Hoces como la de Teijo, porque con las veinte y cinco que él mandaba se venía á componer una armada de cincuenta navíos, igual á la francesa en el número, pero pujan-

te en fuerzas y en la práctica de la tripulación. [1] Había algunos á quienes hacían fuerza las razones de Guzmán; y en otros, aunque no, la razón, obraba su autoridad. Y no habiendo tomado resolución alguna hasta consultarlo con el Rey, destinó éste para las cost.s de Cantabria solo uno de aquellos navíos del buque, que suelen ser los de Indias, esto es, de mil toneladas, y de sesenta cañones, llamado *Santa Teresa*. Dió decreto de que toda la armada restante se destinase para la recuperación del Brasil, y prohibió severamente que nada absolutamente se minorasen los socorros dispuestos ya para Flandes é Italia. Ventilóse también con este motivo, aunque con menos discordia. si convendría saliese S. M. en persona á mandar el ejército, ó que á lo menos desde alguna ciudad presidiada en la cercanía de los reales gobernase la guerra. Pero pareció más del caso que la manejase desde la Corte, porque al paso que con el desusado movimiento del Príncipe se acrecentaría el crédito del enemigo, se disminuía la fama de nuestra Monarquía, como que inferirían un deplorable estado nuestro por la aspereza de los remedios, lo que sería mejor reservar para el último aprieto. No obstante, se dió orden de que los caballeros de las tres Ordenes Militares y la restante nobleza estuviesen prontos con caballos y armas para el primer aviso.

Interin se controvertían de este modo en la Corte de España estos designios, ya los franceses apretaban el cerco con ruidosa máquina de trabajos; porque el mismo día en que se celebra la natividad de San Lorenzo fué más vigorosa la batería contra todos los baluartes, y en especial contra el de Leiva; y al otro día prosiguieron con el mismo afán en combatir las murallas, y con tanto más satisfacción, cuando veían á los nuestros atemorizados: pues, ó sea que no satisfacía á su ardor la lentitud de las minas, ó sea que contemplaron que, desmoronado en tanto grado el baluarte de Leiva, no quedaba á los sitiados medio con que desviarlos de los fosos, afanáronse en reparar sus antiguas galerías: é intentaban al favor de estas asaltar el baluarte de la Magdalena. Y aunque los nuestros estaban destituídos del medio cañón con que tantas veces habían arruinado en el foso las obras francesas, no obstante, tenían recurso á dos cañones del baluarte de Leiva, los que, desenterrados entre las ruinas, habían asentado en un paraje algo más elevado con ánimo de guarnecer la brecha abierta poco antes en el flanco y contener los franceses que hacia ella abanzasen, si, como se temía, intentasen por aquella parte el asalto. Y vino de perlas, que de allí mismo se descubría aquella porción de foso en que ahora nuevamente trabajaban los franceses en las dichas obras. Enderezáronse, pues, los cañones contra ellos, y se menudearon con prontitud los disparos, hasta que, desmoronadas todas sus obras, oprimidos muchos, desistieron de su fatal empeño. Pero por cuanto se temió que el baluarte de la Magdalena cedería finalmente como se adelantasen las minas, hicieron una grande cortadu-

1 Destina el Rey para socorro el Navío Santa Teresa.

rá detárs del mismo baluarte, y con la tierra que de allí sacaban se iba terraplenando el cubo para detener así al enemigo si entrase por la brecha. Y no era mal fundado este recelo, sin embargo de que á los minadores de ambas partes retardaban en su trabajo los muchos manantiales con que á cada paso topaban. Así, pues, todo este día tanto los nuestros como los franceses emplearon en agotar el agua, pero con menos trabajo de parte de ellos, porque tenían bombas en mucha abundancia.

Al paso que se minoraban en los sitiados así [1]las fuerzas como la esperanza, aquellas por la infelicidad de las surtidas y ésta por haberse atajado ya por tierra y mar todos cuantos pasos podía haber para la plaza; al contrario en los franceses, todos los días se iban aumentando las fuerzas, pues el día doce llegaron á Hendaya cinco banderas; y otras muchas, esguazando el río, pararon en los reales. [2]El día trece, con ánimo sin duda de amedrentar á los de adentro, extendieron toda su armada á vista del lugar; porque ya este día se habían agregado once navíos de línea. Descollaba sobre los otros uno tan disforme, que parecía castillo: era su buque, capaz de mil y ochocientas toneladas; los costados proporcionalmente eran de una desmedida grandeza: causaba admiración y gusto al mismo tiempo ver desde lejos las desmedidas máquinas de torres que cargaban sobre su proa y popa, aquella inmensidad de los cóncavos en las velas y los soberbios armazones de disforme grandor que sobresalían con mucho entre toda la armada. Cerca de cincuenta navíos de guerra contaron los de Fuenterrabía aquel día en la Concha. ¡Divertido expectáculo, sino se mezclara la zozobra! Y los franceses no dispararon cañón este día, como que convidaban á que desde la muralla se hiciesen cargo de su armada; pero las obras que encaminaban contra el baluarte de la Reina se adelantaron mucho. [3]El catorce se desquitó el enemigo de las faltas del día antecedente, jugando incesantemente su artillería. Su mayor conato fué contra el baluarte de Leiva; pues fué tan espesa y horrible la tempestad de las balas, que, cediendo el pundonor á la grandeza del riesgo, escapándose poco á poco los soldados al ver que por instantes se aumentaba la furia, quedaron sin guarnición las casamatas de ambos costados, sin atreverse los cabos, aunque se guardaba una exacta disciplina militar, á tomar la correspondiente satisfacción por el abandono de la guardia. Acrecentóse el terror por la muchedumbre de bombas, que disparaban con grande arte; porque lo hacían á la tardeada, al querer anochecer, á deshora de la noche, y al amanecer; y esto sin guardar igualdad en la intermisión de los disparos, sino á propósito, cuando menos se pudiese recelar; para que así cogiesen descuidada la gente. Los muertos fueron muchos. Pero principalmente arrastró la conmiseración de todos la muerte de [4]D. Miguel de Oyarzábal, un sacer-

---

1 Día 13.
2 Día 14.
3 Día 15.
4 Muerte de un Sacerdote, llamado D. Miguel de Oyarzábal.

dote virtuoso, á quien todos amaban. Á éste, pues, habiéndole levantado en el aire una bomba, y haciéndole pedazos al reventarse, hasta las trincheras desde medio de la ciudad volaron al rigor de la llama sus destroncados miembros, salpicadas de su sangre las casas y los campos, horrorizándose, á mi ver, la Naturaleza y maldiciendo tan infernal invención. Persuadiéronse los franceses que los de Fuenterrabía, quebrantados con tales destrozos, deponiendo su ferocidad, no dilatarían mucho la rendición; y ya por Francia corría el rumor de que se había entregado; cuya noticia, creída con demasiada facilidad, como regularmente sucede en todas las noticias alegres, excitó en muchos el apetito de venir al pillaje: y con esta esperanza entraron este día en el puerto cuatro vajeles y mucho número de chalupas. Entonces los sitiados, viendo que si las tropas de Hernani daban asenso á este rumor, caerían de ánimo y cesarían en sus operaciones, como infructuosas; como no había otro modo de asegurarlos de que aun persistían constantes, pusieron una bandera roja de seda en lo alto del Palacio para que los centinelas que desde las cercanas colinas la podían divisar entendiesen que aún había valor y fortaleza. Y al ver los franceses la bandera, concibiendo en ello una especie de soberbia y obstinación de los nuestros, se encendieron en tanto enojo, que desde todas las baterías la empezaron á cañonear: hiciéronla el blanco de todos sus disparos, prometiéndose cada artillero el agüero de la victoria en el acierto de un tiro. Pero parece que por lo mismo que lo deseaban tanto, les salió al revés. Pues no obstante la furiosa tempestad de balas, se mantuvo firme tremolando suavemente con el viento; con que excitaba en los nuestros risa, si en los franceses rabia. Aquella noche hubo mucha conversación desde las cercanas trincheras con los nuestros. «Preguntaban, si estaban »borrachos ó locos á; ¿qué mas pensaban hacer? Que habían ya sa»tisfecho todas cuantas obligaciones carga el valor sobre los varo»nes fuertes; que el pasar más allá sería mal vista temeridad: que el »Almirante, vista la diferencia que había del trabajo de la campaña »á la ociosidad de la Corte; de la necesidad y peligros de aquí á la »delicadeza y abundancia de allá, se había vuelto á Madrid: que el »de Velez tenía que atender á los propios cuidados de Navarra. Y »por último preguntaron qué querían dar á entender con aquella »bandera? A todo esto se les respondió: que ellos no contaban con »las tropas de fuera, pues no las necesitaban para nada: que aquella »bandera roja se había puesto para dar á entender que no habían »de parar hasta arruinar del todo á los franceses á sangre y fuego; »que por lo tanto desconfiasen de que sus frívolas amenazas podrían »amortiguar el valor de tan esforzados hombres. De aquí pasaron á »decirse de ambas partes, como dicen, las Pascuas y gritarse las fal»tas y tachas de cada nación. Llamaban los franceses á los nuestros »*locos*, neciamente obstinados, inflados de una vana esperanza, y en »suma, que presto perecerían. Los nuestros les gritaban *cobardes* »y *topos*, y que no hacían cosa alguna que no fuese á lo ratero: »que este era el lance de verse su valor: que bien patentes estaban

»las brechas; que las asaltasen, cumpliendo con la obligación de bue- »nos soldados. El quince se mantuvieron en innacción unos y otros, como si se hubiera capitulado suspensión. Este día le consagraron al culto y celebridad de la Asunpción de Nuestra Señora; pues así los paisanos como los presidiarios confesaron y comulgaron: y se cantó una misa ante la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe (aquella, que, estando ya encima el enemigo, se introdujo en la ciudad) con mucho concurso del pueblo, que, puesto en el extremo apuro, imploraba su más eficaz intercesión. Y les inspiró la devoción tal confianza, que, sin fundarse en otra cosa, dieron todos en aquel día sin falta moverían ya las tropas de Hernani, en tanto grado, que se subieron muchísimos á los más elevados parajes de la ciudad, y se mantuvieron mirando á los altos cercanos de Hernani á ver si se hacía algún movimiento. Y aunque por ahora les falló la esperanza; pero el suceso acreditó que no fué temeridad el pensarlo, y que el no enviarles luego María Santísima el alivio, no fué negarlo, sino dilatarlo para que, exasperados más y más los peligros, tanto más sobresaliese su fortaleza en aguantarlos. Ya el diez y seis, como que el día antes le guardaron festivo, volvieron al bombardeo. Y la principal diligencia de los nuestros era sobre la contramina, pues aún no se habían hallado las minas. Y temían que la prisa del francés en ellas burlase los intentos de los nuestros. También este día se vieron cruzar á la vuelta de Francia once navíos desu armada.

Interin pasaba esto en Fuenterrabía, ya el Almirante, convocados á Hernani los socorros de las comarcanas provincias,[1] componía un cuerpo de seis mil hombres; porque la Guipúzcoa había franqueado tres mil á diligencias de D. Pedro Idiáquez y D. Pedro de Ipenarrieta, diputados suyos (llámanse así en España aquellos sujetos que los reinos y provincias eligen en sus cortes ó asambleas para que atiendan á la conservación de los privilegios y libertad de sus estados). La Vizcaya envió un regimiento de ochocientos hombres á la orden del esforzado capitán veterano D. Juan de Echaburu: y de Alava llegaron quinientos. Fuera de eso, hacía días que D. Lope de Hoces desembarcó cerca de Bilbao mil y doscientos irlandeses; porque los restantes yá habían venido de Madrid al principio del asedio.[2] Ni menos diligente el Marqués de Velez, después de haber cubierto los desfiladeros del Pirineo, guarnecido bien á Pamplona y afianzado el gobierno de Navarra á D. Martín de Redín, llevaba para socorro un cuerpo de cuatro mil y quinientos soldados; y además quinientos nobles voluntarios, entre todos los cuales como unos quinientos hombres había sacado, unos del presidio de Jaca, otros de las comarcanas ciudades de Castilla, Logroño, Calahorra y Alfaro, que cuando la revuelta de Francia se mandaron agregar para guarnición de Navarra: esta gente iba distribuída en cuatro regimientos. Nombró por

1 Grueso de tropas españolas.
2 Tropas que lleva el Virrey de Navarra.

sus coroneles á D. Fausto de Lodosa, señor de Larráin; y Sarría, á D. Gaspar Enríquez de Lacarra, *Señor* entonces, y poco después nombrado *Conde* de Ablitas; á D. Felipe Navarra, Señor de Oriz y Lebrija, y á D. José de Donamaria, Señor de Ayanz. Dió el mando de toda la tropa con título de Maese de campo general (que es el inmediato empleo al general) á D. Francisco Caraciol, Marqués de Torrecusa, de conocido esfuerzo y valor, capaz de arrojarse por ganar fama á la mayor empresa, para quien en esta expedición iba asentado la fortuna los cimientos de su lustre y fama tan esclarecida despues. Fuera de eso, había dispuesto cuatro estandartes de caballería, antigua guarnición del reino: de los que, habiendo entresacado una ala de cincuenta hijosdalgos, la capitaneaba D. Jerónimo de Ayanz, Señor de Guendulaín: á estos llamaban antiguamente guardias de Corps, y ahora les llaman *Los Remisionados*. Por el Conde de Lerín, Condestable de Navarra, mandaba con título de gobernador D. Pedro Pacheco la caballería de Corazas: y con el mismo título D. Francisco Lombana la del Marqués de Pobar. Y con título de teniente se dejó á D. Fernando Ortiz el mando del estandarte del Duque de Lerma. Ya llegaban al número de cuatrocientos los caballos de estos cuatro estandartes, cuyo inspector era D. Diego de Rueda Herrera, Caballero de la Orden de Santiago. Con estas tropas, pues, bien abastecido de víveres á marchas aceleradas iba el de Velez á juntarse con el Almirante, habiendo hecho el viaje por el valle de Santesteban y por el comarcano de las cinco villas. De cuya marcha, noticioso el Almirante por carta del de Velez á los cuarenta y ocho del sitio arrimó cerca del enemigo hacia Hernani todo el grueso que había compuesto. Y ya el mismo día el de Velez, á la vista de los mismos franceses encaminó por los montes inmediatos á los reales de Irún en extendidas filas las tropas de Navarra; pero puestas en forma de batalla, por si hacía algún movimiento el enemigo. Cerca de Oyarzun vinieron á juntarse ambos generales con sus tropas: y aunque igualmentente colocados en alta dignidad, procuraron vencerse mútuamente en las oficiosidades de cortesanía y cariño, lisonjeándose con la hermosura de las expresiones urbanas, *que esperaba* (se dijeron uno á otro) *hacer brillar su conducta con tan buen lado:* luego plantaron dos tiendas igualmente suntuosas, y asentáronse las tropas algo distantes, sí, sus respectivos cuarteles, pero dentro de unos mismos reales.[1] Apenas los franceses tuvieron noticia por sus espías de que los nuestros levantaban el campo de Hernani y que el de Velez venía, pegando primero fuego á las casas, abandonaron á Oyarzun, Lezo, Rentería y Pasajes, y metiéronse dentro de los reales. Pero el haberse dejado en Pasajes cuatro cañones, acreditaba que, aunque ya tenían premeditada, habían ejecutado su retirada con sobrada aceleración. Guarneciose al punto á Pasajes con un esforzado escuadrón de vizcainos á la orden de Echaburu, admirándose

1 Desamparan los franceses los lugares de que ya eran dueños.

los nuestros de que siendo éste un puerto tan acomodado, y no mal guarnecido, los hubiesen tan prontamente abandonado. Como los de Fuenterrabía veían extenderse tan largamente por el aire el humo de los encendidos lugares, y como por otra parte advirtieron que por lo último de la cordillera del monte Jaizquibel, que corre desde Fuenterrabía á los Pasajes, se había ido metiendo en los reales toda la gente francesa, de estos antecedentes inferían, que ya nuestra gente habría movido y que el enemigo habría desamparado los lugares. Notóse también aquel mismo día que pasando el río catorce banderas francesas, se habían parado en la orilla de la parte de Francia, junto á los vados. Ni se atinaba bastantemente con qué mira habrían hecho esto, sino es que acaso, como rebosaba la gente, que en mucho número se había de todos aquellos lugares congregado, les pareció poner respetable aquel paraje para que por allí nada pudiesen los nuestros intentar; porque dicen que aun esto se había hablado en los reales, conviene á saber: que pasando el Bidasoa sin riesgo alguno dentro de Navarra, como no tuviesen sus márgenes guarnecidas, podían muy bien introducirse socorros á Fuenterrabía en la bajamarea.

El mismo día en que los nuestros movieron de Hernani empezó el enemigo á minar por una hoyada el baluarte de la Reina. Ni se podía desviar á los gastadores; porque en el mismo foso del lugar habían hecho otras cortaduras más profundas, de suerte que ni por los costados desde los ángulos que miran al baluarte de la Reina se les podía hacer daño alguno, porque no se descubrían nada fuera del foso. Más: para defenderse de los que del fronterizo lienzo de la Reina podían incomodarles, se habían cubierto muy bien con caponeras segurísimas, asegurando sobre los labios de las cortaduras bravos maderos, que solo podían desbaratarse con tiros de artillería; pero ésta no se les podía asestar por lo mismo que estaban cerca y debajo. Y eran varios los dictámenes para el modo de atajar esta desgracia. Algunos decían que sería más seguro disponer contraminas por la parte de adentro. Pero los más tenían esto por superfluo; supuesto que tenía el baluarte un respiradero de bastante capacidad, y en lo más bajo por la parte de adentro un arco, que para esto sin duda se dispuso en su primitiva fábrica. Con que se esperaba que sin especial estrago podría reventar cualquiera mina. Como si todo esto no fuese bastante, cada día recibían incrementos sus pesares. [1] El cuarenta y nueve del sitio avisaron los franceses á D. Lope de Hoces, que venía con su escuadra de doce navíos de línea. Y corriendo la noticia por toda la armada francesa,[2] levantando anclas catorce de los navíos que estaban sobre Fuenterrabía, como también los otros que recorrían la costa, abandonando este puesto á toda prisa, dieron tras él. Ahora: como los sitiados advirtieron el rumbo y la aceleración de la armada, sospechándose que sería por la venida de Hoces, cuya improporción contra ella era tan manifiesta, y ponía en cuida-

1 Día 49.
2 Advierten los franceses la venida de la armada que mandaba D. Lope de Hoces.

do el éxito; por otra parte sin noticia alguna de lo que corría en los reales, porque de ningún modo podían transitar los correos, nada satisfechos también de que viniese el regimiento de Guzmán, ni las tropas que de Cataluña se aguardaban, y guardaban para el último aprieto, medida ya en la ciudad la última ruína por las minas, que tenía tan adelantadas el enemigo; aún, pues, tenían más trabajos: no tenían plomo que disparar; y aquel mismo día también faltaba un hombre joven del lugar con vehementes indicios de deserción, por haberse ido sin explicarse con nadie: por lo que se presumía que ya el enemigo estaría noticioso de los designios suyos y tendría tomadas sus medidas. Disparóse, no obstante, incesantemente contra los que se afanaban en la demolición del baluarte de la Reina, echando sobre sus defensivos ollas de fuego y armas arrojadizas de toda especie; pero no con menos ardor disparaban los franceses así al estandarte rojo del Palacio como á las fortificaciones contiguas: é hízose tanto extrago en el baluarte, que á los cincuenta del sitio, habiéndole destroncado su compañía á D. Juan de Beaumont, que lo guarnecía, por haberle muerto los más soldados, hubo de agregársele D. Juan Esáin, pasando su estandarte, que estaba en la inmediata estacada de los paisanos, y sobre un débil rebellín. Y tuvo mucha cuenta la providencia de duplicarse la guarnición, porque sobre esta parte recayó finalmente el mayor rigor de la guerra. [1]Aquella misma noche los sobreestantes de las contraminas de la Magdalena dieron por fin con el enemigo, de cuya noticia, gozosos Eguía, Butrón, y el P. Isasi, al punto acudieron allá, y por un pequeño agujero se enteraron bien de todas las obras del enemigo. Pusieron luego allí los más valientes soldados para que éstos, metiendo por el agujero los fusiles, incomodasen é inquietasen en el trabajo al enemigo con incesantes disparos: y cogidos los gastadores franceses en un paraje, á quien lo estrecho conspiraba á hacerlo fatal, como no podían de ningún modo librarse de los balazos, caían lastimosamente los más á ser enterrados con la misma tierra que con tanto sudor habían escavado.

Al otro día aquel paisano, de quien se creía hubiese desertado al enemigo, volvió sin pensar con carta del Almirante, en que decía que ya él había movido de Hernani, y también que el de Velez había llegado con sus tropas de Navarra; y que parte de las tropas, que á toda prisa venían de Cataluña, se habían incorporado ya en los reales y que parte se esperaban de día en día. Y preguntando el Gobernador al joven cómo sin orden de nadie se había metido en un riesgo tan conocido, dijo que lo había hecho por su mujer é hijos, á quienes lo repentino de la invasión francesa, viniendo ellos del campo, no les dió lugar á meterse dentro de la ciudad, de cuya salud estaba cuidadoso; juntamente también por ver el aprieto del lugar, y que por traer alguna noticia de fundamento en cuanto á nues-

---

1 Día 50.

tro ejército, con grandísimo peligro había penetrado por medio de las espesas guardias enemigas. Como los gastadores franceses advirtieron el agujero que los nuestros habían descubierto, no hacían sino taparlo y atacarlo á toda prisa con buenos cantos y sacos llenos de mucha arena para que, reprimida y estrechada así, la llama hiciese á proporción el estrago. Lo que conocido por los nuestros, quitaban los sacos, apartaban las piedras, descubrían de nuevo el agujero, y con asistencia de las mujeres echaban agua en cantidad. Pero al mismo tiempo que á toda prisa se afanaban los nuestros en esta maniobra con el miedo de que se anticipasen los franceses; éstos por otra parte con tinajas enteras y barriles llenos de pólvora y con mucho número de bombas no hacían sino llenar y atacar bien la mina, cuyo exterior fogón cerrado á toda prisa, ya todo en forma, [1]diéronle fuego; el cual apenas se comunicó á las entrañas de la mina, vieras que toda aquella tierra al contorno se erizó con grandísimo temblor, y aún hasta los baluartes cercanos hicieron sentimiento. Desvaratados los mal compuestos obstáculos de una y de otra entrada, salió por ambas mucha llama mezclada con el humo, cuya fuerza levantó en alto á seis soldados que trabajaban dentro, y metidos entre un granizo de cantos y de chinas, los llevó en grande trecho por el aire hasta muy adentro del lugar; de suerte que las piedras cayeron sobre los tejados de las casas. No obstante, mayor fué el estrago en los franceses; porque habiendo con la prisa asegurado poco el fogón, que no pudo resistir al rigor de la pólvora, vuelta la llama contra sus mismos autores, levantó en el aire y mató á treinta. Casi no se había podido traslucir entre la nube del humo el relámpago de la llama, cuando, resonando las cajas y los pífanos, se hizo señal de asalto á la tropa, que para esto tenían escogida; y en un instante á todo remar se plantaron delante de la estacada de los paisanos muchas chalupas equipadas de tropa, dejándose ver al mismo tiempo dos escuadrones lucidos por su buen porte y brillantez de las armas, el uno frente á la muralla de San Nicolás y el otro tocante al mar: quienes, instigados de los exortos de las cajas, se iban ya acercando al baluarte de la Magdalena; y sería sin duda la flor y nervio de la tropa francesa; porque verías todos con sus penachos y plumajes de varios colores, bandoleras blancas de seda, que les cruzaban desde el hombro al costado, sus buenas cotas de malla y escudos aforrados con chapas de acero muy brillantes, gente ciertamente vistosa; unos con picas muy largas y otros con sables. Pero apenas que desvanecido con el viento, el humo se vió, contra todo lo que se esperaba, entero y sin especial lesión el baluarte, porque se desahogó indemne la llama por las grietas que por una y otra parte halló: entonces, pues, vieras á los franceses, que, convertida su cólera en furor y rabia, espoleados de la misma grandeza del peligro, en que por temeridad se veían metidos, no hacían sino registrar, si se des-

1 Dan fuego los franceses á una mina; que obró más contra ellos mismos.

cubría algún paraje por donde entrar. Ni tardaron mucho en encontrarlo: debilitado por el fuego de los días auteriores, cayó con grande ruina el costado derecho de Leiva, y se había descubierto una brecha, estrecha sí, pero no muy difícil de superarse. Allá, pues, se volvieron todos, y aunque mal seguro el piso por entre aquellas ruinas, acometen animosamente y esfuérzanse con denuedo á montar la brecha. Pero los sitiados los recibieron con tan espesa borrasca de balas, cantos y granadas, que los rechazaron con bastante estrago. Con muerte de muchos hubieron de desistir de su temerario arrojo, y arrastrando vueltas las picas por la arena en señal de sentimiento, se metieron en los reales, é igualmente las chalupas desaparecieron en un instante. [1]Dicen que aquel día corrió gran peligro el de Condé. Es el caso que habiendo salido de su tienda á acalorar la acción con su presencia, aunque de lejos, teniendo en la mano derecha desenvainado el espadín y habiendo afianzado la izquierda sobre el hombro de un amigo; estando en esta postura, despedida por un cañón de Fuenterrabía, llamado *Santa Barbara*, una bala de diez y ocho libras, hizo pedazos al amigo, sobre quien descansaba, de que quedó horrorizado el Príncipe, y después que se le pasó el miedo, ocupó su lugar la cólera; de suerte que cuando volvió á su tienda, en presencia de un soldado nuestro, que estaba allí prisionero, formando en el suelo una [2]cruz con el espadín, juró que no le había de quedar ninguno á vida. Avirtióse también que al punto que dió fuego á las minas, se metieron en chalupas más de cien mujeres de Hendaya. Tan satisfechos estaban del vencimiento, que hasta las mujeres se remangaban para el saqueo. Aquella misma noche se despachó á D. Miguel de Ugalde con cartas para el Almirante, noticiándole los adelantamientos del enemigo y el aprieto en que se habían visto aquel día, quien, no habiendo podido cautelarse de los centinelas, se pasó por entre los guardias con temeridad inimitable; y corriendo, burló á los franceses, que ansiosamente le siguieron, y finalmente llegó á Oyarzun. Alternaron con los pesares de este día los placeres,[3] que amanecieron, con amanecer el siguiente; el que se notó que en lo alto de la cordillera del monte Jazquíbel había hecho asiento un grande escuadrón de los nuestros cerca de la ermita de Santa Bárbara: y aunque al principio los tuvieron por enemigos por aquel general achaque de los ánimos apoderados del miedo, que es la inclinación á creer lo peor, se conoció claramente que eran tropas amigas; porque se vió que á toda prisa, desalojando los franceses de toda la porción baja de los reales, y que está más inmediata á Fuenterrabía, se iban retirando á las fortificaciones junto á las cordilleras del monte cerca de la ermita de Guadalupe, que tiraban nuevos fosos y cortaduras, apresuraban otros ataques; y en suma, que se iban vistiendo de nuevo para mantenerse sobre la defensiva. La

1 Riesgo del Príncipe de Condé.
2 Fusrte expresión del Príncipe de resulta del peligro.
3 Diade 21 Agosto y del sitio 52.

gente, que se vió eran tres mil hombres, que adelantó el Almirante á la orden del Marqués de Mortara, con dos utilidades dar aliento á los sitiados, al dejar ver á distancia de dos millas las lucidas banderas amigas, y haberse hecho dueños del monte, tan del caso para forzar las trincheras. También el de Mortara, para que claramente los conociesen, lo que hizo fué al tiempo de señorearse del alto, meter mucha bulla y algazara, extender las banderas y hacer salvas frecuentes de mosquetería, á que correspondieron los sitiados con las mismas demostraciones de júbilo, disparando seis tiros de cañón. Y porque hacia aquella parte de los reales engrosaron mucho los franceses la guarnición, pareció enviarle al de Mortara ocho estandartes más, tres de ellos navarros; cuatro de españoles, que estaban al mando del Almirante y uno de irlandeses. Pero no por eso los franceses amainaron un punto su ardor contra los muros; porque habiendo quitado las ruinas de la mina volada el día antecedente, otra vez empezaron á minar el balurte de la Magdalena; pero enfadados de esta lentitud, emprendieron á hacerlo cubiertos con firmes galerías. Pero muy maltratados con los cañones de Leiva, de que arriba hablamos, y desmoronado su armamento, pagaron el castigo de su desatinada porfía.

Mientras que, pues con enemigo coraje por ambas partes los unos tientan la última ruina y la rechazan los otros, frecuentes disparos de artillería, oídos en la mar á mucha distancia, con manifiesta señal de chocar algunas armadas pusieron en grande expectación á las dos naciones. Era la escuadra de Hoces; los motivos de cuya tardanza, su llegada y funesto éxito, por no interrumpirlos con digresiones, diré ahora seguido el hilo de su narración. Después que en la Coruña recibió Hoces la orden de S. M.[1], habiéndose detenido muchos días en equipar la escuadra, y no sin secreta murmuración de algunos que notaban esta morosidad, finalmente levantó áncoras: y á la mitad del viaje, habiendo arribado la armada á un lugar de la costa de Cantabria llamado puerto, quejándose de la falta de pólvora, segunda vez echó áncoras, ó por ser así sosegado por su complexión y natural; ó porque en realidad padecía esta falta, y esperaba de paso agregar á su armada setecientos asturianos, que andaban á corso: ó sea que un género de vaticinio de su venidera pérdida preveía el desastre de su escuadra. Suplido, pues, abundantemente por el Almirante de todo aquello que pedía, no habiendo en todo esto comparecido la gente asturiana, hubo finalmente de hacerse á la vela hacia Guetaria, que dista de Fuenterrabía como treinta mil pasos, á donde tenía expresa orden del Rey de llevar la escuadra, porque de Pasajes ya en el intermedio se habían apoderado los franceses. Pero poco antes de llegar á Guetaria, le llegó carta del Almirante, en que le noticiaba que los franceses habían abandonado á Pasajes, y que estaba con guarnición española. Metióle en confusiones esta

---

1 Suceso de la armada mandada por D. Lope de Hoces.

carta, y formando junta de los capitanes de navíos y principales oficiales sobre qué rumbo se debería seguir, fueron varios los dictámenes.[1] Decían los menos *que se debía parar en Guetaria: que esta era la expresa orden del Rey, en la que nada se presenta respectivo al presente lance de huir los franceses dejando desembarazado á Pasajes: que los soberanos más quieren ministros que obedezcan que no que interpreten: que EL obediente en su misma puntualidad, tiene como á la mano las disculpas de lo que faltó mal; pero AL que interpreta solo se le aprueba lo que surte bien: que además de ser orden del Rey, era también más acertada esta determinación por el riesgo tan manifiesto; porque si pasasen adelante, á medio de viaje habia de encontrarlos las armada enemiga, para cuyas fuerzas navales tan poderosas no había proporcionada competencia:*[2] *que antes de llegar á Pasajes, al mismo querer entrar en el puerto los atropellarían; y que por fin, aunque llegasen á entrar sin tropiezo, esta interpretación de una orden Real siempre quedaba muy expuesta á la desaprobación. Y que, si les parecía mejor lo contrario, viesen cuán arriesgada era la determinación, tanto de parte del enemigo como de parte del Rey.* Al contrario los más; esforzaban *que se debía tirar hasta Pasajes, tanto por ser el puerto más seguro, como más oportuno también para auxiliar á los sitiados, que había sido el único motivo de enviar la escuadra: que quedarse en el puerto de Guetaria, abierto, nada fortificado, y tan distante de Fuenterrabía, ni era mirar por los cercados, ni tampoco por sí; porque no tardaría mucho en ponérseles encima el enemigo: que lo llamaban puerto de Guetaria; más era una ensenada que puerto; pues por el Oriente, por el Poniente y por la parte Septentrional estaba expuesto á cualquiera insulto sin poderlo remediar: que acorralar allí la armada sin las seguridades que dá el puerto, ni con el desembarazo y libertad que para un combate ó para una retirada suministra la anchura de las aguas ¿qué era sino plantársela en un plato al enemigo y meterse ellos en las redes como peces?: que en las órdenes Reales no se debe atender puramente al sonido de las voces, sino especular la mente del Soberano, la cual quien la interpreta mejor es la pública utilidad; y que no se debía mirar qué orden había dado el Rey, sino cuál hubiera dado, si hubiera sabido que ya el francés se había retirado de Pasajes: que si los generales solo por órdenes expresas terminantes han de practicar sus operaciones siempre que tengan que aguardarlas de lejos, se les irán como de la mano varias oportunidades, las que, una vez malogradas, no aprovechándose de ellas una conducta de cerca, tarde las reparará una providencia de lejos: que al alcance humano se sujeta poco todo lo que no esté presente, ó á lo menos cercano; en lo que no hace sino conformarse con toda la Na-*

1 Distintas opiniones sobre rumbo de la armada.
2 Esfuérzase el dictamen contrario con poderosos argumentos en favor de la autoridad de un General.

turaleza, cuyas operaciones son más remisas cuanto más distan del paso: que el ministerio del general y el del soldado se distinguen en que aquél proyecta y manda y el otro meramente obedece. Y que si nada se ha de ha dejar al prudente arbitrio de un general, ¿para qué se le pide más talento que al soldado? Que por parte del enemigo tanto riesgo había en quedarse como en marchar, y aun mayor si se quedaba, como á quienes el enemigo cogería metidos en una estrechez: que al contrario para la marcha; les quedaba la esperanza de algún favor, tanto en la pequeña escuadra de Teijó, de cinco navíos de la costa de Galicia, con quienes celaba el puerto de San Sebastián, tres millas antes de Pasajes, como en otros que allí mismo tenía equipados D. Alonso Idiáquez, todos los cuales no dejarían de asistir si á su presencia fuese inevitable algún choque con la armada francesa: que al contrario si el encuentro fuese en Guetaria, aunque quisiesen no podían apartarse del puerto diez y seis mil pasos, mucho menos penetrar en busca del socorro por medio de una armada tan respetable. De suerte que el dictamen contrario (decían) *era de tal naturaleza, que voluntariamente se privaba así del alivio por parte de los compañeros, como de la seguridad de una huida: y no solo no evitaba el riesgo, sino que lo aumentaba en las estrecheces.* Interin las razones de estos dos encontrados pareceres se esfuerzan con tesón por sus respectivos autores, ya la armada se iba acercando á Guetaria. Embarazado Hoces de las dificultades tan grandes por una y otra parte y sin saber al principio qué hacerse ni por dónde partir; finalmente, como viese que de cualquier modo corría riesgo, le pareció mejor esperar al enemigo que hacer de su parte por toparlo: y haciéndose cargo también que una orden Real era mucha defensa en cualquier evento, torciendo el rumbo sobre la derecha, encaminó hacia Guetaria su capitana,[1] cuyo ejemplo siguió lo restante de la armada. Como los franceses ya la habían atalayado de lejos, la aguardaban dispuestos á una batalla. Pero como la vieron parar en Guetaria, lo que hicieron fué dejar una porción de naves en observación de la boca del Bidasoa y correr con todas las demás fuerzas como si fuera á un abordo seguro. Pero no obstante, se detuvieron antes de llegar á tiro de cañón junto á la costa de Zarauz, lugar distante unos mil y quinientos pasos, puesta la armada en acción de acometer, resguardando con sus naves largamente esparcidas toda la entrada del puerto,[2] que es muy ancha, para que por ninguna parte pudiese Hoces escapar. Cinco días enteros mantuvo el francés esta postura, ó porque tenía que disponer los navíos de fuego, ó porque esperaba viento favorable así para la más segura dirección de estos, como para que fuese más vigorosa la invasión de los principales. Y en todos los cinco días nada más hicieron los nuestros que hacer nada y estarse sobresaltados y aturdidos: y

---

1 Indeciso Hoces, al cabo determina quedar en Guetaria.

2 Rodéalo la armada del francés sin embestirle en cinco días.

como es propio de semejante constitución, se hablaba mucho y se ejecutaba poco. Algunos, en quienes no se había amortiguado el valor, eran de dictamen que se debían prevenir los conatos del enemigo y salir rompiendo al ancho mar. Esta inacción del francés, teniendo tan patente el puerto, decían, no podía ser otro que esperar alguna oportunidad, la que sería mejor estorbarla con anticiparse ellos: y los demás no desaprobaban esta determinación, sino que lo áspero de ella les inducía pereza en abrazarla. Otros decían: que sería mejor desembarcar algunas gruesas piezas de artillería y subirlas al monte de S. Antonio (llamado así por una ermita consagrada á este Santo) que está rodeado por el mar, á excepción de la parte por donde comunica con el lugar, y compone de este modo una ría extendida hácia el Poniente á la mano derecha entrando al puerto. Ponderaban muchísimo la utilidad de esta determinación: esforzábanlo con decir *que estando la armada debajo, y de lado, se le podía incomodar mucho desde el monte, y con más seguridad en la puntería que disparando desde las naves, cuyo vaivén la dificulta: que de los cañones del lugar no había que esperar alivio alguno, porque, caso de pelear, quedaban á la espalda de los nuestros; y apenas se trabasen tal cual las armadas, si se había de disparar, había de ser pasando los tiros por medio del velamen de la nuestra.* Pero los acobardaba la dificultad y aspereza de subir hasta la cima del monte, y como es propio del miedo, pesó más la dificultad cierta que la utilidad en duda.

Finalmente; al quinto día, que era el cincuenta y tres del sitio, habiéndoseles levantado cierzo, inchadas las velas con el barlovento, con mucha algazara, resonando las cajas y los pífanos,[1] embistieron con denuedo: y apenas se pusieron en distancia proporcionada, dieron su descarga por todas las troneras á un tiempo; y dando vuelta prontamente con las naves, al modo que se hace en una lid de caballos, y cargando de nuevo los cañones, descargando ahora una y después otra, causaron sumo estrago en nuestra armada, intimidada del continuo fuego del enemigo, cosidos unos con otros los navíos, porque la estrechez del puerto no permitía ensancharse. No obstante, hicieron los nuestros alguna resistencia, y encarando los flancos, se dispararon los cañones: y como si estuvieran resguardados con murallas, ó fuese batalla campal, recibieron y aguantaron quietos las descargas. Pero teniendo los franceses por más fácil y seguro dar fuego á las naos, que abordarlas, en el mismo ardor de la refriega, que se sostenía en alguna distancia, arrimáronse poco á poco con navíos de maderamén viejo y carcomido, beneficiados además de eso con pez, resina y azufre, y llenos de material seco, de suerte que prendiese con facilidad por todas partes el fuego, y una vez prendido, fuese duradero. Dispuestos así estos brulotes, al favor del viento, que soplaba por la popa, y con la ayuda de algunos marineros ende-

1 Función naval.

rezáronse hácia los nuestros[1]. Y apenas se arrimaron,[2] cuando, dándoles fuego, saltaron los marimeros franceses á las lanchas, y se acogieron á los suyos, desempeñando el viento lo demás que ellos dejaban por hacer. Contra esta maldita invención nada habían providenciado los nuestros; ni la estrechez permitía burlar el daño: y si lo intentaban, era con riesgo de estrellar las naves. Vieras, pues, á todos atemorizados, atropellarse, mandar todos y ejecutar nadie, embargados en su maniobra los marineros, sin saber de qué mal huirían, pues por una parte temen al fuego, por otras las peñas de la costa. Ya el fuego al favor del viento había prendido en algunas. Ahora, pues, Hoces,[3] habiéndole de pronto ocurrido que en quemándose éstas, las demás pararían en poder del enemigo, impresionado vivamente de esta especie, abrazó una determinación, dura por cierto: manda á los capitanes que cada uno pegue fuego á su navío, para que así no se aproveche el enemigo: y él por sí, tendiendo la pólvora por la plaza de armas, dió fuego á la capitana. Prendió éste con facilidad en las naves embreadas; pues esto al paso que es resguardo contra las aguas, es el mejor alimento de la llama. Ya el fuego después de haber quemado el velamen y la restante jarcia, se había apoderado de los costados y de lo interior de las naves: era objeto verdaderamente lastimoso ver cómo el enemigo les pegaba fuego y cómo los de adentro le atizaban: no dirías sino que unos y otros de común acuerdo conspiraban á un mismo fin; pues todos ponían unos mismos medios: ni podía el valor pretender mayores influjos que los que ahora eran efectos de lo pusilánime. Saltaban, pues, todos atropelladamente á los esquifes por lograr la antelación de primeros;[4] y como ni los esquifes ni las chalupas de los de Zarauz sufragaban á la muchedumbre, unos caían por no coger más y otros, porque los empujaban: allí nada servían ni las súplicas ni los mandatos: á todos la vida arrastraba la atención más que el cariño á los hijos ó el respeto á los superiores. Tirábanse muchos á medio de las olas, unos, porque por el humo erraron el salto; otros porque se fían en la habilidad de nadar. Como las chalupas no podían resistir tanto el excesivo peso de los que cargaban sobre ellas, como la fuerza de los que, estándose ahogando, pudieron agarrarlas iban á pique, sin que allí sirviese nada á los diestros la habilidad de nadar; porque los que no la tenían, agarrándolos con la congoja de la muerte, estrechamente abrazados con ellos, no les permitían el manejo, y así, se arrastraban consigo á lo profundo. Ni pienses que por eso era menos cruel la fortuna de los que en las naves habían quedado. Reducidos á aquella última parte,

---

1 Esta operación tiene cuando menos la antigüedad de la conquista de Tiro por Alejandro; pues los sitiados enviaron un gran navío dispuesto del modo que nuestros brulotes, para quemar unas torrezuelas y los árboles, sobre los cuales cargando piedras y tierra para llenar un estrecho de mar de cuatro estadios, al cabo juntó Alejandro á la ciudad de Tiro con el continente. C. rt. lib. 4. n. 3.

2 Arrima brulotes el francés.

3 Resolución temeraria de Hoces.

4 Descríbese la turbación y desastre de la quema.

que quedaba libre del incendio, no hacían sino implorarse mútuamente el socorro; y apretando ya el fuego por las espaldas, con horrendos alaridos pedir, aunque sin fruto, misericordia, hasta que por falta de sufrimiento á la actividad de las llamas, todos se arrojaron al mar, disfrutando siquiera la oportunidad de morir una muerte menos acerba. Aun había más mal. La determinación de quemar la armada como cosa en fin intentada sin rastro de prudencia y con todo atropellamiento, la misma fortuna corrió su ejecución: no les pasó por la cabeza el disparar primero los cañones que estaban cargados. En suma, cundiendo el incendio y llegando á las troneras, y de aquí á los cañones cargados, descargó por ambos costados la horrible borrasca de balas con mucho estrago de los que cogió en contorno: hizo pedazos muchos esquifes, que ya se libraban, y mató á muchos que habían salido á la orilla: aun en el monte hizo impresión el estrago, del que aun hoy se mantienen algunos vestigios. Pero excediéndose por grados el mismo mal, así mismo aun fueron más ágrios los fines; por que cayendo las tablas quemadas á la Santa Bárbara, prendió el fuego en los barriles de pólvora; y encrespada su furia en un instante hasta lo sumo, y como este misto encendido es por naturaleza declarado enemigo de la estrechez, rancando y desbaratando los costados y todo el trabazón de los navíos, desde el primer madero hasta el último, precedidos de un horroroso estallido, viéraslos ir por el aire humeando medio quemados, y volaron aun los cañones de artillería montados sobre las cureñas, y en suma, todo aquello que no había consumido el primer estrago al caer así extendidamente al contorno, oprimieron estas ruinas á muchas barcas: aún las casas del lugar, con estar éste en un alto, quedaron maltratadas las más, y muchos, que, libres del naufragio, besaban la playa, con esta desgracia hallaron la muerte en el mismo puerto, atemorizados los que quedaban con el miedo de algún otro infortunio y subiendo de punto el temor, al paso que EN las grandes desgracias más formidable se hace un nuevo peligro después de una seguridad consentida y más sensible el llanto tras una alegría explicada. Multiplicados, pues, así los peligros, daban todos á correr, pero sin saber á dónde, porque el humo, que era muy espeso, les quitaba la vista, y tal vez al querer huír del riesgo, topaban con él: y resonaban por toda la playa los votos que hacían los que se veían con la muerte tan de cerca, los hayes de los que perecían y los gritos de los que amonestaban á otros el modo de librarse: y para que la desgracia tuviese todas las circunstancias de sensible, oíase en todo esto que los franceses desde lejos á silbidos daban en rostro á los nuestros con su turbación y calamidad. Fué objeto de la mayor compasión dentro del lugar una recién casada, de gentil hermosura, que, habiendo venido á Zarauz desde otro lugar inmediato por ver cuanto antes á su marido, y sentándose á descansar en las escaleras de la iglesia como en lugar más seguro, la dejó muerta un madero que le cayó encima. Otro caso hubo, que no fué siquiera asunto de la lástima, pero lo fué de la admiración: un cañón del peso de dos mil y quinientas libras, habiendo volado desde lo

más bajo del puerto por encima de las más altas casas del lugar, vino á caer sin hacer daño á nadie al camino real: y aun hoy se mantiene allí como para testimonio de las fuerzas que alcanza la furia de la pólvora. Al instante corrió con toda verdad la noticia de que entre abrasados, ahogados y muertos, ó por los cañones suyos, ó por los de los enemigos; y finalmente oprimidos de las ruinas, pasaron de mil y quinientos;[1] sino que para rebajar la perdida hizo la política de los capitanes correr la fama de que á excepción de trescientos todos los demás se habían librado. Pero el primer número aseguran los de Zarauz, en quienes no se descubre interés alguno para pensar que mienten, y es lo que se hace más verosímil á cualquiera que considere bien la dureza de los lances. Contáronse entre los muertos muchos capitanes y tenientes capitanes generales de armada y otros oficiales de Marina, es á saber: D. Juan Bravo de Hoyos, Capitán antes de escuadra, y D. Juan Pardo de Osorio, Almirante de la escuadra de Galicia, ambos caballeros de la Orden de Santiago; los almirantes D. Alonso Mesa y D. Pedro Marquintana; de capitanes galeones D. Antonio Raigada, D. Baltasar de Torres, D. Cristóbal Garnica, D. Gonzalo Novalino y D. Pedro Fernández Cora; de capitanes de la tropa D. Diego Rubino de Celi y Rodrigo también de Celi, D. Diego Cárdenas y D. Alonso Fernández Rebellón; de alféreces D. Arias Pardo y D. Esteban de Zamora; y finalmente de pilotos mayores D. Domingo Encinal y D. Jacobo. Pero ninguna cosa muestra mejor la atrocidad de la desgracia como el infeliz estado de los que llegaron á quedar con vida, pudiendo cualquiera sacar de cuenta cuán grande debió de ser un mal, que aun á los que se libraron deparó en el estado que verás. Eran estos como unos dos mil; los más absolutamente en carnes, porque se habían desnudado para nadar y algunos de estos estaban á más maltratados en algunas partes del cuerpo: ni se anduvo la fortuna en atenciones con la gente principal; pues se vió que muchos, ricos poco antes, y que por razón de sus empleos militares habían gastado lucido tren, constituídos ahora en la mayor infelicidad, andaban mendigando de limosna la comida y los más deshechos andrajos con que acallar los gritos del empacho natural: y como los cortos intereses de los de Zarauz no alcanzaban al número de los necesitados, vagos por aquellos caminos, y menesterosos absolutamente de todo, tenían que aguantar no solo la pobreza, sino la vergüenza de tenerla, y algunos el recuerdo también de los abundantes intereses anteriores. Hasta que en el ejército y en aquellos otros pueblos circunvecinos hallaron tal cual alivio se anduvo del modo que he dicho, algunos días perdida de uno en otro caserío toda esta pobre gente, que propiamente eran inútiles despojos del fuego y heces de la mar. ¡¡¡Melancólico espejo del abatimiento, á que está sujeto el orgullo de los hombres!!!.

No obstante fué algún contrapeso de la pérdida de la armada lo que

---

1 Número de los muertos.

pasó con el navío Santiago, dicho así por su patrón: el que empeñado D. Pedro Montanio, su capitán, en indemnizarlo de las llamas, hubo de lidiar no menos con Hoces que con el enemigo, habíale mandado muchas veces que diese fuego á la nave para que así no se aprovechase de ella el enemigo; y como él no ejecutase la orden, mandó Hoces intimarle que obedeciese só pena de la vida. Pero haciéndose cargo Montanio, que casi no podía resultar del enemigo mayor mal que de la orden de Hoces; atropellando por todo, por órdenes y amenazas, como indecorosas, sacando fuerzas de la flaqueza, habiendo animado á su gente, hizo firme resolución de pasar por todo primero que pegar fuego al navío. Y ni desfavoreció la fortuna su valiente determinación, ni se faltó él á sí propio con la consideración de que solo á fuerza de valor y buena suerte podría disculpar la obstinación de su arrojo: con un pequeño desvío burló el encuentro de los brulotes que contra él se dirigieron, de suerte que pegando estos en la orilla, allí se abrasaron sin daño de nadie y á las naves, que, desprendiéndose de la armada, pegaron contra él: con continuas descargas del cañón y de mosquetería (pues la tropa se portó con aquel coraje, á que encrespa la última desesperación) combatió con tanta braveza, que, habiendo varias veces intentado abordarlo, rechazó con grande estrago al francés, que bramaba de cólera, y mantenía porfiadísimo su combate por no llevar una victoria manca y no cumplida. ¡Ordinario vicio del natural de los hombres, que, aunque les salgan muchas cosas conforme á su deseo, como alguna la más menuda no salga bien, verás que no celebran aquel gozo, pero sí que lloran esta desgracia!. [2]Y tanto más enfurecido estaba el enemigo, cuanto era menos lo que faltaba al completo de la victoria, un solo navío contra una armada entera, que por todas partes le azotaba; que ninguna impresión había hecho en él el estrago de sus compañeros; que maltratado con las ruinas, no tenía cosa con cosa en su jarcia. Espoleados, pues, de este sonrojo, no hacían sino con embestida fatigar á Montanio. Pero él, con mucha economía en las descargas, sin permitir aquellos tiros, que se emplean en solo aterrar al enemigo; antes, habiendo dado orden de que no se disparase, sino en mucha cercanía de los franceses; en proporcionándose estos, que cada vez le acometían con más bravura, en una borrasca de pelotones y balas despedía de pronto todo aquel enojo que había estado representado en algún rato. ¡Cosa verdaderamente grande, y que apenas logrará el crédito de los venideros: un solo navío en un puerto patente del todo, y que si no fuera porque estaba un poco orillado para impedir que lo rodeasen, se podía decir que estaba en ancho mar; combatió siete días seguidos (pues otros tantos porfió el francés por abordarlo) contra una armada entera, y tan cumplida en la tripulación: y ni aún así se rindió; que es prueba clara, de que el la-

1 Suceso del Galeon Santiago, que siete dias se desendió de toda la armada francesa, y se libró.
2 Esta sentencia está repetida por Moret en el tom. 1. lib. 1. de los Ann. cap. 2.

mentable incendio de la armada más se debe atribuír á felicidad del enemigo que á su valor! En todo esto no con menos sentimientos que los franceses estaba Hoces desde el promontorio, que se mete en el mar, viendo la feliz resistencia de Montanio en medio de tantos peligros, no solo con envidia del valor, en que no tenía parte su influjo, sino, lo que es más, ansioso de que la desatención á su autoridad, ya que no podía él castigarla, hallase siquiera el pago merecido en los rigores del francés. Avivaba más su enojo por otra parte la vergüenza, como que el denuedo con que Montanio entró en la refriega y la felicidad con que la proseguía estaban claramente dándole en rostro cuán sin bastante motivo había incendiado una armada, cuya conservación acreditaba posible la vigorosa defensa de este solo navío. Y previendo la máquina grande de odio y públicas murmuraciones que por la pérdida de la armada resaltarían contra él, atormentábale el *qué dirán*, pues la fama también hace su papel entre los pesares de un triste. Por lo que, por lo mismo que Montanio mantenia con prosperidad el combate, hizo muy vivas instancias al alcalde de Zarauz para que desde un ataque que domina al mar asestase contra él la artillería, persuadiéndole que el navío no podía menos de parar en poder del enemigo. Mas como el alcalde rehusaseconspirar á ha cer mayor el extrago de los suyos; de este modo pudo Montanio, librando su navío, tanto de los rigores del enemigo como de su general, apenas dieron lugar los franceses, meterlo en el puerto de Pasajes sin haber costado mucho justificarse su inobedencia al General, vista la atrocidad de la orden de éste y la felicidad del empeño de aquél, por aquella indulgencia y disimulo que gasta la disciplina militar en los sucesos prósperos, que es igual á la severidad de que se reviste cuando las cosas salen mal. Bien sé yo que algunos atribuyen la gloria de esta hazaña á D. Nicolás Júdice y á D. Francisco de Espinola, como que estos en otras armadas habían tenido graduación superior á Montanio,[1] y por lo mismo, hallándose ahora en una misma nave, les correspondía tener el mando. Y así, dicen estos que la bárbara orden de pegar fuego á la armada se había intimado de parte de Hoces, no á Montanio, sino á estos otros, y que le respondieron que la diese por escrito. Pero yo hallo que Montanio era el capitán del navío: los de Guetaria lo celebran como á primer móvil del hecho: y es irrefragable testimonio la acusación que se le hizo luego, como á reo de inobediencia; aunque deshizo con facilidad este cargo, como lo deseaban los mismos jueces, diciendo que él tenía bastante tiempo para encender el navío allá cuando los franceses se le hubiesen empezado á introducir; que el no hacerlo no había sido menospreciar la orden de su superior, sino con una prudente interpretación haber diferido su ejecución hasta el último aprieto. Ni le paró á Hoces perjuicio esta desgracia para que luego en otra expedición naval no se echase mano de él. El valor y lealtad

1 El dueño de esta acción es Montanio.

acreditados con largas experiencias merecieron que se atribuyese el fracaso á hora menguada de este caballero. No poco conspiró á ello la benignidad del almirante, cuyo favor imploró de resulta de la desgracia, y lo tuvo de su parte reputando éste por especie de honra el amparo de un desgraciado y la segura inmunidad de su asilo. Pero con qué duro ceño miraba á Hoces el elemento del fuego, lo acreditó su muerte,[1] que fué al año siguiente; porque habiéndose nombrado generalísimo de una gruesa armada á D. Antonio Oquendo, y destinádolo con dinero y reclutas españolas para el refuerzo de las tropas religionarias, uno de los principales cabos que se le agregaron fué D. Lope de Hoces, quien se embarcó en un navío portugués llamado *Santa Teresa*, de aquel gran buque, cual suelen ser los de Indias: y habiéndole rodeado los holandeses en el estrecho de Caláis, y pegándole fuego, allí pereció á una con el navío. En tanto extremo HAY muertes tales y determinadas desgracias, que nos avisan que nos guardemos de ellas; y no obstante, solemos hacernos sordos á sus amonestaciones. Menos, como queda dicho, el de Montanio, los otros once navíos totalmente se quemaron en Guetaria sin que quedase cosa alguna de provecho; porque, después que el fuego había abrasado todo lo de encima, al paso que los vasos se iban aligerando, empezaban á sobrenadar las quillas, y de este modo hasta el último ripio se sacrificó á las llamas. Muchas piezas de artillería. aunque desfiguradas y medio derritidas, las sacaron del mar los buzos; y se sabe que de ellas se llevaron á Lisboa más de doscientas y cincuenta mil libras para volverlas á fundir, y no les vino mal á los portugueses para la rebelión que ejecutaron dos años después, pues estaban mal provistos de esta especie. Al instante corrió la fama de este fracaso, aún anticipándose á las diligencias de un mensaje, por aquellas alas, de que se ayuda cuando trae alguna mala nueva.[2] Consistió en que, poniendo en expectación á los guipuzcoanos, que se extienden por toda la costa marítima, el continuado estrépito de la artillería, como alcanza la vista á toda la costa que corre desde Guetaria hasta Iguer, pudieron desde los empinados altos inmediatos al mar divisar el incendio de la armada, cuya noticia luego se divulgó por nuestro ejército con indecible sentimiento de todos, no solo por la pérdida de sus compañeros; sino porque, desvanecida ya toda esperanza de algún socorro de desembarco, les era preciso atacar con las tropas que había á un enemigo, pujante no solo por el número, sino también por estar atrincherado. Los de Guetaria, como vieron todo el lance, discurrieron que allí harían el desembarco los franceses y emprenderían con ellos; por lo que á toda diligencia dieron parte al Almirante, quien al instante envió el estandarte de los gui-

---

1 Muerte de D. Lope de Hoces.

2 Esta propiedad de la fama insinuó Virgilio, cuando por allí empezó sus descripción. Æneid, IV.

Fama mallum, quo non aliud velocius ullum,

puzcoanos de Aya, que se componía de ciento y treinta hombres, para que subsidiase á la guarnición, que de antes había. Los de Aya, habiendo caminado sin parar cuatro leguas y media, llegaron al lugar. Pero nada hicieron los franceses.

El mismo día en que pereció en Guetaria la armada entró en Fuenterrabía [1]D. Miguel de Hualde con cartas de parte del Rey y del Almirante. La del Rey se reducía a que, aplaudiendo con cláusulas expresivas el valor, así de los de Fuenterrabía como de la tropa, los aseguraba de las providencias que tenía dadas para su más pronto socorro y los exhortaba á lo restante del sitio con prometerles grandes mercedes. El Almirante decía lo mismo, y para que diesen crédito á lo que decía éste, les aseguró Hualde que ya el Marqués de Mortara se había planteado en Santa Bárbara, y que se había abanzado una porción de tropa para el lance de atacar las trincheras. Y por cuanto no había modo de comunicarse los de la plaza y el campo, sino con el mayor riesgo[2], trajo también una cifra con que desde Fuenterrabía se pudiese dar á entender á los de Santa Bárbara cualquiera cosa: [3] la cual se reducía á que, plantando de noche en un sitio elevado algunas hachas encendidas, combinados los diversos movimientos de sus llamas, habían de hacer oficio de letras: invención de mucho trabajo y sin provecho alguno; porque en la distancia de dos mil pasos era totalmente imposible observar con puntualidad cada uno de los movimientos de las llamas: por lo que la invención hubiera sido de más utilidad si se hubieran conformado en dos cosas. Lo primero: que lo que se había de dar á entender no había de ser la menudencia de las letras, sino el todo del objeto, como, qué cosa les hacía falta; qué peligro les amenazaba, y en suma, todo aquello que discurriesen que podría suceder. Lo segundo: cada una de estas cosas se había de distinguir con notable desemejanza en los movimientos de las llamas, ó fuese en el número, ó fuese en el grandor, para que así no hubiese lugar á equivocarse. [1]No obstante; como LA necesidad jamás deja piedra por mover cuando anda en busca del alivio, todas las noches inmediatas pasaron los de Fuenterrabía escribiendo á sus compañeros los progresos del enemigo y todas las demás novedades, con la novedad de valerse de las llamas en vez de pluma, de tintero y de papel. Pero como los de fuera nada contestasen como había quedado pactado, se enfadaron de esto y lo dejaron:[2] pero se logró siquiera tener con ello pensativo al nemigo y empeñado en descifrar el enigma, tanto más ansiosamente, cuanto más impenetrable se le hacía, por aquella natural facilidad de los hombres

---

1 Dia 22 de Agosto y 53 del sitio. Entra Hualde en la plaza con cartas.

2 Trae Hualde una cifra, para comunicar los de la plaza con los de fuera.

3 Esta cifra tengo vista en Uvechero de Secretis, y la trabe también Porta en su Mag. Nát. lib. 16. cap. 13.

1 Usan la cifra los sitiados, aunque inútilmente.

2 Pero lograse el dar al enemigo, que recelar.

á creer que todo aquello que ellos no entienden no puede menos de ser cosa grande. Este mismo día la descarga de toda especie de fuego, aún con ser continuo, no pudo impedir que el enemigo al favor de sus galerías trabajase en el cubo de la Magdalena y prosiguiese sus minas cavando otra vez el muro cerca de la boca de la mina de antes. Pero Butrón, enterado de esta resolución, al punto se afanó en disponer la contra mina. [1]La misma noche se esmeraron los franceses en celebrar por todos los reales el gozo de la quema de nuestra armada con frecuentes hogares, tres descargas de fusil y con salva de artillería de todos los ataques, acompañada de los festivos ecos de cajas, pífanos y clarines, sin que en todo esto supiesen cosa alguna los sitiados, quienes al principio consintieron en que sería invasión del ejército español á las trincheras del francés, hasta que advirtieron que la dicha conmoción más constaba de pasos de contradanzas que de cuartos de conversión de un festín de Marte. Pero no por eso se cayó en cuenta cuál podría ser el motivo, sino que con nueva equivocación pensaban[2] que á propósito levantarían este alboroto por hacer ostentación y alarde de sus tropas y atemorizar así á los sitiados.

Dos días después de la función [3]naval volvieron de Guetaria la Almirante, Vice-Almirante, y algunos otros pocos navíos, y se incorporaron con todas las tropas restantes, que presidiaban la Concha, sin que hubiesen hecho demostración alguna de regocijo: lo que dió motivo para que se tuviese por cierto en Fuenterrabía que la función habría quedado de nuestra parte. Confirmábase este concepto por la advertencia de muchos, que notaron que volvían menos naves de las que habían ido. Pero presto se desvaneció este gozo mal consentido; porque [4]hacia el mediodía, habiéndose arrimado al cubo de la Reina el Marqués de Gebre, que mandaba todos los ataques más inmediatos al lugar, mandando cesar á los combatientes suyos, preguntó por el gobernador Eguía, y concertada una suspensión de armas para media hora, notició el infortunio de nuestra armada y echó un tiento en los ánimos de los sitiados para irlos madurando hacia la rendición, para cuya exhortación se valió de un religioso de la familia Franciscana, de aquellos á quienes por razón del capucho con que cubren la cabeza, llaman *capuchinos*, quien, dicen, que desde un [5]ataque cercano hizo á los sitiados (que le escucharon puestos de pié sobre la muralla y recostados sobre sus lanzas) el razonamiento siguiente: »Es muy al revés en mi concepto, y fuera de lo que en

---

1 Celebran los franceses la pérdida de nuestra armada, ignorada de los nuestros.

2 Día 55.

3 Piensan, pero mal, los nuestros que habríamos ganado la batalla navál.

4 Desvanece este mal con sentido gozo.

5 Razonamiento de un fraile capuchino, que de parte del francés procura persuadir á los sitiados la capitulación.

»otras guerras se practica, nobles de Fuenterrabía, el porte de la »presente. El enemigo se compadece de la infelicidad que os aflije, »siendo así que vosotros aún no habéis empezado á arrepentiros de »la obstinación que la motiva. Vienen suplicándoos los mismos que »han puesto la cosa en la necesidad de andar en súplicas: y vosotros, »que estáis en este apuro, no las empezáis á hacer. En cuán deplora- »ble estado os halláis, no es menester que yo lo diga: ya lo veís. Ya »vuestras casas están por tierra; arruinados ya los muros, dejan de ser »muros, porque ya son brechas: é igualados los fosos con los despo- »jos, ruínas de aquellos, están convidando á un asalto. Si todavía está »sano algún nervio en vuestros baluartes, lo debéis á la cortesanía »del vencedor, que más que con hierro os procura ganar con el aga- »sajo: y tardará en la ejecución de vuestro último estrago lo que tar- »déis en irritarla; pues perderá los estrivos de la paciencia, apenas »conozca que se la paguéis con el desprecio. Ni penséis que esto es »quereros atemorizar sin bastante fundamento; porque ya las minas »en muchos parajes están tan adelantadas, que solo con una honro- »sa rendición podéis evitar vuestra última ruína. Rumiad bien los »ejemplares de las ciudades que se han cogido á fuerza de armas, y »recapacitad qué provecho les acarreó su imprudente temeridad. »Tan desprendidos estáis de la racionalidad, que una sútil alabanza »que os pueden dar cuatro ignorantes por vuestra obstinación, ante- »ponéis á vuestras mujeres, á vuestros pequeños hijos y al amor de »la pátria. ¿O acaso con nuevo ejemplar esperáis que habrá alguna »disciplina militar tan exacta, que, enfrenando la desbocada libertad »de las conquistas, obrará más embotado el enojo y más comedido »el saqueo; y más de los soldados irritados, y que suspiran no menos »por el pillaje que por la sangre con que lo han merecido? Si en la »armada teníais alguna esperanza, no tenéis que tenerla: victima ha »sido de las llamas: ayer se abrasó toda en Guetaria. Pero no: vues- »tra esperanza no estriba sino en las tropas terrestres. Pero buscadme »modo de que se estire el número de las que son menos para que »igualen á las que son más. ¿Y esta tropa colecticia, casi desnuda de »caballería, queréis comparar con nuestras huestes, todas las cuales, »aún cuando hubiesen venido visoñas, ya ahora, después de tan em- »peñado y contumaz cerco, es preciso confesarlas veteranas, así por »lo curtidas en el trabajo, como por lo familiarizadas con los riegos? »Más: si apenas es creíble que los españoles se atreviesen á venir á »las manos con esta gente en una batalla campal; ¿es verosímil que »embistan á estos mismos, petrechados de las defensas que puede »dar el trabajo casi de dos meses y asegurados con palizadas, fosos »y tantos ataques? ¿Teméis también el *qué dirán*? Bueno: confieso que »es un reparo correspondiente á varones esforzados; pero por ahora »es ocioso. ¿Quién os puede pedir más pruebas de fidelidad y cons- »tancia que las que habéis dado? Vuestro valor aún los enemigos he- »mos de confesar: y será la más auténtica prueba de nuestro esfuer- »zo y parte de nuestras gloriosas hazañas el haber al cabo obligado »á la entrega á tan valerosa gente; y más temo yo, que, estando nos-

»otros asistidos de tan floridas tropas, tengamos que disculpar la »tardanza en venceros, que no vosotros la prisa en entregaros, pues »no podéis hacer más. Si aspiráis á haceros gloriosos, como es natu»ral, ya lo habéis logrado cumplidamente: si pasáis de aquí con vues»tras resoluciones y os empeñáis en más de lo que podéis, no solo no »abogará la Naturaleza por ellas; antes será quien más os fiscalice »de temerariamente ambiciosos. Los que afectan cosas desproporcio»nadas y sobre sus fuerzas vician con este deseo aún aquello que »laudablemente desempeñaron: NO se llama valor el que no se tem»pla á los avisos de la prudencia. Pero acaso diréis, que es cosa dura »entregaros al arbitrio del vencedor. Cosa fuerte es en realidad pone»ros en las manos de su voluntad; pero más fuerte en las garras de »su enojo. Aunque ni esa pretensión traigo. Lugar hay á unas hon»rosas capitulaciones, aunque en el apuro presente aún por las que no »lo fuesen se debía pasar. En esto mismo podéis conocer la benignidad »de nuestro Príncipe. Aquel mismo estado en que os halló la gue»rra os ofrece mantener, siendo así que de lo contrario el fruto de »tantos gastos será una pronta é inevitable asolación. Las leyes, las »immunidades, privilegios y todos los demás derechos y fueros de »vuestra villa os quedarán en su misma fuerza y vigor. Cuantos da»ños y menoscabos os haya causado la guerra, se os resarcirán del »erario del Rey de Francia. Lo que desea es que· tomándoos bajo »su tutela y patrocinio, yá no cuidéis vosotros, sino que corra por su »cuenta el auge de vuestras cosas, como si fueran suyas; aunque tam»bién por otra parte toca en el mismo honor del vencedor exornar y »engrandecer lo posible una alhaja, que es trofeo de su victoria. Ha »sido oficiosidad de nuestra atención advertiros estas cosas; y queda »á cargo de vuestra prudencia el que no haya sido en valde. Miradlo »bien: vá mucho en esta determinación; pero la respuesta ha de ser »en breve: yá no tendréis más arbitrio, ó para errar en más daño, ó »para acertar más en favor. Por pura atención del vencedor queda á »vuestra elección el que Fuenterrabía prontamente sea asolada, ó que »deba no solo quedar en su pié, sino también florecer. [1]Levantóse al punto un murmullo entre la gente por lo desapacible que había sido á sus oídos el razonamiento y sin aguardar á que otro tomase la voz, todos á un tiempo le gritaron con enfado: *que para prescribir coto á las valientes operaciones de los varones esforzados no tiene facultades el enemigo, como quien en ello no tiene interés alguno legítimo*: *que los privilegios y demás mercedes ofreciese el de Condé á aquellos sujetos que están hechos á poner los ojos en las dádivas, sin reparar en la mano de donde dimanan: que para ellos todo era vil y de ninguna estimación, no siendo de su Rey*: *que de la armada y del ejército ni sabían nada, ni hacían caso alguno; como que en nada de esto, sino en sus brazos y murallas afianzaban toda su esperanza*: *que cuando quisiese podía el de Condé pegar fuego á*

1 Exasperaose los de la plaza: su respuesta.

las minas: que se desengañaría como otras veces de que no tan presto se arruinan unos muros de Fuenterrabía; y que aún asaltados estos, resta todavía una muralla mas firme, cual es el pecho de cada vecino. Que en esta inteligencia se dejasen en adelante de semejantes pláticas, cuya ejecución era disparate pensar que se lograse, y por otra parte dificultosamente se acomodaba su coraje á la forma de escucharlas. Cerrado ya de este modo el paso de negociar con las lenguas, vinieron otra vez á las manos.

El sobresalto grande de España por la pérdida de la armada logró algún desahogo en la noticia, que se divulgó consecutiva á la otra, de una función de la caballería, que nos fué favorable. Había salido el Marqués de Torrecusa á ver los reales del enemigo, en cuya escolta con doce hombres navarros de la caballería de corazas fué D. Pedro Pacheco, capitán de ellos: y éste habiéndose arrimado bastante á las trincheras enemigas, como hubiese visto que había una guardia francesa delante de la estacada, animando á sus doce navarros y mandándoles que le siguiesen, dando de espuelas al caballo, se metió de carrera en la guardia. Sobresaltada ésta con tan improvisada acometida, y recelando que constaría de más fuerzas, desemparando el cuartel, dejándose allí los más las armas, se metieron atropelladamente detras de la estacada: y como ellos encareciesen el motivo de su temor, porque no pareciese que unos pocos les hacían huír; pusieron en grandísima consternación á todos los reales. Volvió á los suyos Pacheco con armas y algunos otros despojos. Habiendo después los franceses sabido el corto número de los agresores, estimulados de la vergüenza de que tan poca gente, paseándose con sus caballos hasta la estacada, hubiese casi hecho zumba de sus reales y sin el debido escarmiento; al otro día despacharon á tres escuadrones de caballería á la orden de Monsieur Dorsa acompañado de un destacamento de trescientos carabineros, que por su dirección quedaron atras emboscados. Y adelantándose con el escuadrón más esforzado con orden de que los demás le siguiesen, llegando hasta los mismos reales, embistieron al cuartel de los navarros, que algo distante de los demás cubría la entrada del camino en frente de Irún: y trabada una refriega, movido el de Velez de la vocería y alboroto, con el sentimiento de que á tropa de su encargo se le incomodase en el cuartel, y más por las instancias de Torrecusa, que decía era ignominia que tan libremente unos franceses rondasen los cuarteles españoles, mandó que saliese toda la caballería de los navarros y á más agregó el Almirante trescientos mosqueteros guipuzcoanos prácticos en aquellos parajes para que, si la caballería se veía en la precisión de retirarse, cubriese su retirada, ayudándose del boscaje y portillos de todos aquellos caminos. Por fuerza poco antes habían salido los más caballos al herbaje, ni al pronto se encontraron más de cincuenta, los más de ellos del estandarte de Ayanz, que aquel

2 Pequeño reencuentro de caballería, en que quedan airosos los españoles.

día se hallaba de guardia en el principal, y por eso tenía el primer derecho á cualquiera acción. Cogiendo, pues, Ayanz estos cincuenta hombres á toda prisa y persiguiendo furiosamente á Dorsa, quien con toda cautela iba poco á poco retirándose por meterlo en la encelada de los emboscados, aunque con pérdida de cinco hombres, con quienes tropezó la muerte por lo estrecho del camino, salió en fin con los demás á paraje en que se pudiese explayar. Aquí, pues, puestos en orden los dos escuadrones, y haciendo sus recíprocas descargas, sin que todavía ni por unos ni por otros se señalase la victoria, habiéndose visto los dos capitanes uno á otro, se embistieron con indecible coraje. A mala sazón en realidad faltó á Ayanz una carabina, por lo que, avanzándose Dorsa por un lado, lo agarró del cuello, acalorado en el deseo de volver con tan distinguida presa. Con la misma ansia Ayanz se agarró con la derecha del cabello del francés, que lo tenía muy largo; que esto era lo único que podía, teniéndole aquel abrazado. Habiendo de este modo luchado algo, conociendo Ayanz que su ancianidad cedía á la mocedad de Dorsa, y como tampoco había lugar á esgrimir la espada por estar estrechamente abrazados, echó mano de una pistola que traía al arzón; y desviando el cuerpo lo posible, le pegó con ella dos grandes golpes en la frente con toda su fuerza, á cuya resulta, perdiendo Dorsa el sentido, lo soltó; y acudiendo su teniente al desagravio y embistiendo con una espada á Ayanz, se defendió éste con la misma pistola, con que pudo quitar la cuchillada, aunque ya llegó á rasgarle un poco en la frente. Acudió en esto Pacheco, que también para entonces estaba herido, y con eso hicieron prisioneros lo primero al teniente y luego á Dorsa, que era milagro mantenerse dentro de la silla, estando él fuera de sí y su caballo fuera del gobierno de la brida. Como ya los cabos estaban prisioneros, con facilidad se rechazó á la tropa, y se les hizo desembarazar todo el campo. Volvió nuestra gente á los reales con mucho placer por la presa. Mandóse curar á Dorsa; y cuando hubo vuelto en sí, dando sentidas quejas de que le hubiesen quitado la espada, como que no era estilo, ni práctica hacerse tal con prisioneros de distinción, le dió el de Velez la suya: y por prisión más segura lo pasaron al castillo de San Sebastián. Apenas se divulgó la noticia de esta función de la caballería, aunque en realidad su resulta no era de especial monta; no obstante, como los nuestros, menos en número, habían vencido á los franceses en este brazo de tropa, cuyo pulso se temía superior al nuestro, serenó tal cual los semblantes, ya mustios desde la pérdida de la armada.

Al otro día de las pláticas del Marqués de Gebres, que fué el cincuenta y seis del sitio,[1] se advirtió que de la loma de Guadalupe se iban descolgando varios pelotones, y que cerca de la roca que está á la parte de abajo se iban ordenando en columnas: por lo que se consintió que sería disposición para el asalto. Haciendo, pues, al instante llamada; así la tropa como el paisanaje acudieron á sus respec-

1 Día 56.

tivos cuarteles en los muros, cogen las armas y solo aguardaban ver al enemigo. Al mismo tiempo Butrón, avivando á los gastadores de la contramina, dió finalmente con los franceses tan á buena sazón, que, poniéndose luego á abrir la boca, que había de inutilizar el efecto de la mina, al mismo tiempo por la otra parte no hacían sino atacarla, y como no sabían lo que pasaba, le dieron fuego. Pero la buena diligencia de Butrón preservó del daño, porque como halló la llama respiradero, se desahogó y desvaneció sin hacer daño alguno ni desmoronar la muralla. Celebróse por uno de aquellos grandes milagros de la fortuna el haber quedado con vida aquel día Bernardo Bardón,[1] castellano: éste estaba de centinela á un lado de la boca de la contramina, y cuando reventó, lo levantó la llama y lo voló hasta las mismas trincheras del enemigo, en donde lo recibió un alférez con la punta del espontón: recogiendo y deteniendo Bardón con las manos los intestinos, que le colgaban por la herida, y arrojándose al mar, por fuerza inquieto entonces, llegó finalmente á la estacada al abrigo de los suyos: y aunque tratado con más inhumanidad por las racionalidades del hombre que por las iras de los elementos, quedó, no obstante, con vida á esmeros del favor de la fortuna, que algunas veces ciertamente parece que juega con lo frágil de la naturaleza humana, no de otra suerte que algunos por hacer ostentación de su habilidad suelen tirar en alto algún vaso de vidrio y lo cogen sin dejarlo que se rompa[2]. La tropa francesa, que estaba destinada para el asalto; por el escarmiento de la mina anterior, por no verse por su temeridad en otro peligro semejante, aguardaba desde lejos el efecto de la de ahora. Y como vieron que todo había parado en humo, y que el baluarte quedaba ileso; con todo el ardimiento del consentido asalto y rabia de verlo frustado, más que con balas, fueron á cargar los cañones, que, disparados de todas las baterías, publicaron que la pólvora estaba mucho más refinada por el sentimiento de haberles fallado su esperanza. Tampoco faltó en este sitio el artificio de las estratagemas. El mismo día pidieron audiencia dos de Hendaya,[3] como que venían obligados de la amistad de vecinos, pero en realidad venían enviados por el de Condé para que se enterasen de lo que pasaba; aunque esto lo negaron ellos constantemente. Fuera de que es natural que ellos, aunque al presente todo corría viento en popa para la Francia, recelosos de lo que, no obstante, podría suceder, pretendiesen con estas fingidas expresiones de cariño no tener en todo caso resentidos á vecinos de más poderío. Hubo en la plaza sus disputas si se admitiría ó no la visita. Gritaban muchos que del enemigo no podía venir cosa buena, y que así se les echase luego á pasear. Prevaleció, no obstante, el dictamen de algunos que dijeron que del mismo veneno debía hacerse triaca, admitirlos y estar muy á la mira

1 Raro suceso y valor de Bernardo Bardón.

2 Asi conceptuaba Ovidio acerca de la providencia de Dios, como lo manifestó en su. Ludit in humanis divina potentia rebus.

3 Estratagema de los de Hendaya.

de si en la conversación se dejaban caer alguna especie por donde se rastreasen los designios del contrario. Y así, salieron á recibir la visita Fr. Francisco Arrazubia, Franciscano, y D. Juan de Cigarroa, Alférez de Fuenterrabía. Y al principio de la conversación los de Hendaya recomendaban sobre manera sus tropas, y ponderaban sobre toda verdad *que ya había en el campo treinta y seis mil infantes y cuatro mil caballos*, aunque el uno de ellos dijo después en secreto á Cigarroa; que la cantidad de uno y otro era verdadera si se hiciese la cuenta como por el vellón de Castilla: *que además de eso, las fuerzas navales constaban de siete mil hombres de desembarco fuera de la tripulación*, *que era numerosa*, *que ya habían llegado á Burdeos doce mil hombres de socorro*, *y que á toda priesa se encaminaban á Fuenterrabia*. Añadían los dos: *que estaba preso en el campo francés D. León de Leguía*, *natural de Fuenterrabía*, *á quien volviendo de Sevilla habían interceptado al querer de noche entrar en el lugar: que éste con la confianza de la amistad de antes*, *y habiéndoles primero pedido palabra de guardar secreto*, *los enviaba á que de palabra informasen á sus paisanos cómo en su poder había para ellos una carta de mucha importancia del Almirante*, y ofrecían traerla al otro día con toda puntualidad, como se les permitiese el venir: *que el Príncipe de Condé estaba pasmado de ver la obstinación de los paisanos*, *y que sentía ver retardaba la rendición por aquellos mismos por quienes consintió empezarla*, *y le ponían en paraje de enojarse*, *aunque contra toda su voluntad*: *que ya los cimientos de las murallas estaban minados en siete distintos parajes y que las minas estaban á punto de abrir el paso á la última asolación; pues solo faltaba la aplicación de la mecha. Y que así, mirasen al cabo por sus cosas*, *todas las cuales la más corta tardanza hecharía á perder*. A todo esto los nuestros los estuvieron escuchando, como que ya estaban enterados del número de las tropas enemigas, y con un airecillo y gesto no solo de no temerlas, antes de despreciarlas. En cuanto á la admisión de la carta, que decían, les respondieron: *que era preciso dar parte al Gobernador y á los alcaldes que su príncipe no había errado un punto en cuanto había opinado sobre la constancia de los paisanos*: *que les suplicaban encarecidamente que de su parte le dijesen que era así*, *y que todos ellos con sus intereses é hijos estaban determinados á padecer la última ruina antes que entregar al enemigo el lugar*. Con esta respuesta finalizó la visita.

Puntuales al otro día los mismos con la seña acostumbrada, acudieron á solicitarla otra vez.[1] Pero la respuesta fueron algunos balazos, por haberse recelado [2] que so color de la carta de D. León, se disfrazaba alguna estratagema: y según éste dijo después, todo fué pura ficción y forjado falsamente el recado. Qué intentarían los franceses con esta invención, y con qué ánimo la hicieron, no me atrevo á ase-

Día 57.

2 Malicia la por los sitiados, dan el merecido á lo [illegible] de Hendaya.

gurarlo por cosa cierta; sino que acaso se intentaba quitar á los de Fuenterrabía el empacho de entregarse con haber fingido esta carta, en que de parte del Almirante remedaba su letra y estampilla como en secreto por medio de un sujeto interesado, se les aseguraría de la debilidad de nuestro ejército y de la ninguna esperanza de socorro, á que, ó darían sinceramente asenso los sitiados, ó á lo menos podrían fingir que lo daban, si, desvirtuada al combate de tantos peligros su constancia, teniendo á la mano una disculpa tan honrada, diesen ahora en cobardes. Tentada así, aunque sin fruto, la fidelidad de los de Fuenterrabía, y auyentados para en adelante con un par de mosquetazos los mequetrefes del embuste, descubiertamente se declaró la obra de los franceses contra los muros: pues frente á la cortina que corre desde la Magdalena hasta el baluarte de Leiva, habiendo minado el contra escarpe del foso, habían pasado más de la mitad al favor de una galería. Pero prontamente se condujo al terraplén de la casamata de Leiva una pieza; la que, dirigida desde este paraje contra los combatientes, obró con tanta eficacia, que, desbalijada su galería, hubieron de cobijarse á toda priesa á la puerta que habían abierto en el contra escarpe. Dicen que el alférez Lesaca aquel día tomando una escopeta, como más del caso por la cercanía del enemigo, mató treinta franceses, y de ellos algunos que manifestaban lucimiento en el traje y en las armas, aunque disparaba á cuerpo descubierto porque la muralla ya estaba sin cordón. [1] Pero como LA mala consecuencia de un error es doctrina de acertar, instruídos del mal antecedente, los franceses emprendieron al otro día la misma obra con mejor fortuna; porque abriendo otra vez el contra escarpe, aunque algo más arriba y frente por frente del cubo de los cestones de donde les venía el mayor mal, emprendiendo su galería, burlaron el medio cañón que no se les podía asestar por estar tan cerca, y debajo, seguros también del otro cubo de la Magdalena, por no tener través por aquella parte. Remediaron con prontitud este mal los nuestros en el modo posible, rompiendo todo el grueso de cantería del costado del cubo de la Magdalena por la parte que mira al de Leiva; colocaron allí la pieza y con eso empezaron á batir de lado la galería del francés, que estaba atónito de ver la prontitud de esta extraordinaria obra. Pero para cuando los nuestros pudieron barrenar el muro y ponerlo en forma de tronera para disparar; ya habían adelantado los franceses tanto, que no era posible retardar sus progresos; porque, aunque caían muchos con la metralla y ruinas de la galería, renovándola, no obstante, con incansable trabajo, luego que la veían desmoronada aquel mismo día llegaron á la cortina de los cestones por la parte del de la Magdalena, y no sin daño de los que de nuestra parte cuidaban del medio cañón; porque el cubo por esta parte conforme al antiguo modo de fortificar es redondo; y no tiene aquellos ángulos cual se estilan en la fortificación moderna para rechazar del

---

1 Día 53.

foso á los enemigos y obrar con libertad los artilleros, de suerte que el medio cañón estaba descubierto á algunas piezas de las baterías enemigas, las que, dirigidas á él, incomodaban demasiado á nuestros artilleros. Pero era mayor el estrago en los franceses por la continua descarga que se les hacía de todo género de balas. En especial se dispararon dos bombas, las circunstancias de cuyo efecto son dignas de memoria: la una de ellas, que el enemigo había arrojado y caído adentro del lugar sin haber hecho daño, [1] la volvieron los sitiados á un pelotón de doce ó trece obradores franceses, vista la cual, á toda prisa se acogieron á la boca de la mina de donde habían salido, y estaban allí aguardando á que reventase. Y como por la extraordinaria tardanza (pasó cerca de medio cuarto de ora) hubiesen consentido, ó que se le habría caido ó apagado la espoleta, salieron, y muy gozosos la miraban, y ya sin miedo le andaban dando vueltas con la mano, cuando de pronto reventando con un fuerte estallido, hizo pedazos á todos. Salieron lastimados del fracaso otros tantos á retirar los cadáveres para darles sepultura, y tirándoles otra bomba, no bien había llegado al suelo, cuando sin darles lugar de huir, reventó, y envolvió á todos en el mismo estrago, tendiéndolos como por losas sobre los otros. Tan insidiosa es esta peste de la pólvora ó que obre pronta ó proceda lenta, y es: que DE los males que nos amenazan, el huír cuesta un precipicio y no es seguro el no huír.

Mas nada atemorizados por eso los franceses, apresuraban con increíble ardor todas sus obras así en la cortina recién cogida, como en las minas del baluarte de la reina, rechazando no con menor afán los sitiados su última ruina; pues, habiendo recelado que ya de esta vez el baluarte de la reina se desmoronaría enteramente, le rodearon en todo su ámbito con dos estacadas, que se terraplenaron y avocaron allá cuatro piezas para recibir al enemigo y echar aquí el resto de la esperanza, caso que aquel volase; obra que, habiéndola empezado este día, remataron el tercero con indecible asistencia de las mujeres suministrando el material, las desechas casas, cuyas ruinas presentaban al enemigo como si en su hechura no hubiesen sido bastante víctima de la hostilidad. Había más pena también que la que daba el enemigo por fuera [2]: con el calor del estío se iba aminorando el agua de los pozos y quedando sin hierro y plomo que disparar. Por lo que se echaron llaves á los pozos, y el agua se empezó á repartir con alguna parsímonia y hecho apeo del plomo, hierro y peltre, que había en las casas para su servicio, lo alargaron con bizarría los dueños para el uso público. De este modo se remedió para algunos días esta falta. En todas estas noches fueron muy frecuentes las parletas entre nuestra tropa y los franceses de las inmediatas trincheras, hinchados éstos de la confianza de que se harían dueños del lugar. La mayor bulla fué la víspera de S. Luís, Rey de Francia, por la noche. Empezó por la armada en obsequio del santo paisano la salva militar

1 Raro suceso de dos bombas.
2 Siéntese falta de agua, y de muvicio de balas.

con muchos *vivas*, y desde allí proseguida por todos los reales hasta Irún la alegría que publicaban con festivas hogueras, acudieron con este motivo más franceses á los ataques próximos á Fuenterrabía, [1] y llamando á los nuestros con descompasados gritos, les decían haciendo mofa: »Ya qué defensa prevenían para tan esforzadas tropas? »Que procurasen ponerse bien con Dios, que habían de asaltar al lugar y degollar desde el primero hasta el último luego que amaneciese el día de tan buen agüero para ellos por el recuerdo de su »santo Rey, á quien, ya desocupados, aquella misma mañana habían »de hacer función dentro de Fuenterrabía. A esto respondían los nuestros: »Que ni Fuenterrabía, ni su santo Rey consentían herejes: aludiendo á que la tropa de Forsa había profanado la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, haciendo de ella caballeriza: »Que »para qué esperaban al día, si estaban también hallados con las tinieblas de la noche, metidos siempre debajo de tierra como topos? »¿Si la guerra hacían á los infiernos? Que ya estaban bastante abiertos los muros, que se pusiesen á asaltarlos.» Entre estas afrentas y chispas del enojo volaban de una parte á otra las balas, pero con más bulla que efecto; porque entre las lobregueces de la noche solo se dejaba gobernar la puntería por el llamamiento incierto del oído.

El día veinte y ocho de Agosto [2] empezaron á picar el lienzo de la cortina de los cestones de que se habían hecho dueños el día antes. Y aunque los sitiados tiraban contra los gastadores grandísimos cantos, bombas, granadas y agua herbida en mucha cantidad, nada de esto aprovechaba, y así, fué preciso agravar los remedios. Butrón, sin cuya dirección no se movía piedra en esta especie de obras, conocido el pensamiento del enemigo, hizo que seis gastadores dispusiesen luego una contramina. Pero recelosos los franceses de esto mismo, no uno, sino dos ramales iban haciendo para deslumbrar así á los nuestros. Y estos nada satisfechos de la utilidad de la contramina, por la esperiencia que tenían de la incertidumbre de las obras subterráneas, preparaban mayor defensa: pegante á la misma porción de muralla que los franceses minaban dispusieron una espalda bien terraplenada á prueba de bomba, y la remataron con prontitud. También dispusieron un animoso muchacho, [4] que á nado procurase pasar al campo español con cartas para el Almirante y el de Velez, en que se les decía en cuán grande aprieto estaban y por cuántos parajes les amenazaba un ataque general, cuando escasamente había tropa para defender el asalto en solo una brecha. [3] Ya el nuevo Tritón había pasado grande espacio de mar, que en su alta marea estaba extendido por toda aquella playa, pero cerca de las guardias del

---

1 Día 59.
2 Conversación y dictérios de sitiadores y sitiados.
3 Envíase de la plaza un propio con cartas.
4 Al que desagrade esta figura la versión del Juvenis (Latino) concretado con las circunstancias que se dejan ver en el contexto, le prevengo que repruebe igualmente semejante figurado traducir en el Padre Novar cuando por asectator nos tradujo Achates en las guerras de Flandes.

puente Mendelo [1] lo pillaron; aunque tuvo la advertencia de tirar al mar las cartas que llevaba metidas en una caña, no obstante de ir escritas en cifra. Lleváronlo á la tienda del Príncipe, quien, preguntándole del motivo de su rumbo, como para el enemigo es de más recomendación lo culpado, y lo virtuoso es de mérito, y al paso que esto se ha de ocultar, conviene aquello fingir, dijo el: que en una riña había muerto á un hombre, y que venía huyendo de la justicia. Mas como el Príncipe no diese asenso á su dicho, lo mandó poner á cuestión de tormento. Pero no hicieron mal trato en su fidelidad los tratos de cuerda, ni desfavoreció á su valor la fortuna; porque, habiendo puesto después en segura prisión en un caserío, rodeado todo de centinelas de vista, saltó de noche por una ventana y con ser que estaba tan mal tratado primero del tormento y ahora del salto, pudo por aquellos boscajes, que él tenía bien sendereados, librarse de los muchos franceses que le siguieron: con que á su modo informó del estado de la plaza á nuestros generales, á quienes halló tratando acerca de la suma de la guerra y ocupados en las disposiciones de forzar las trincheras enemigas con el aumento que ya tenían de tropas.

Teniendo tan adelantadas tantas obras el Príncipe,[2] ó satisfecho de la conquista, ó deseoso de obtenerla por rendición, haciendo tanto alarde de su confianza, que ya intimaba amenazas, el día 30 de Agosto (porque el veinte y nueve, que no se señaló con alguna acción particular, emplearon unos y otros en la prosecución de sus obras) por medio de un tambor, de quienes ó de los pífanos es estilo de la milicia servirse como de legados para semejantes mensajes, envió una carta [3] como por último aviso y con la amenaza y aseveración de una ejecución militar, si no se le entregaban. Ella estaba escrita en francés, y no tanto en nombre del Príncipe, como por orden suya, según demostraba el sobreescrito. He tenido á bien el traducirla al pie de la letra. »El Príncipe de Condé, mi amo, generalísimo de las tropas, »por el cristianísimo Rey de Francia. Habiendo con las armas y obras »con cuyo uso tiene facilitado el asalto para cuando quisiere, puesto »á Fuenterrabía en el apuro de que implore su clemencia, deseando »evitar de su parte los horrores de una ejecución militar, forzosa con»secuencia en las ciudades ganadas á fuerza de armas, envía este »tambor al Gobernador, á la milicia y al pueblo de Fuenterrabía, y »les amonesta que le entreguen la villa bajo de aquellas condicio»nes que al Gobernador á los presidiarios y paisanos parecieren con»venientes. Y para que, ignorantes del mal que les amenaza, no ye»rren tal vez en su determinación, ofrece mostrar las minas y demás obras dispuestas para el asalto á cualquiera sujetos, para su inspec»ción quiera enviar la plaza. Y después de esta esperanza de alivio, »que primariamente ha ofrecido, pasa en segundo lugar á asegurar»les que no habrá recurso alguno á su piedad, y que habrán de pa-

1 Cójenlo los franceses. finje una mentira, no le vale, le dan tormento, pero nada declara.
2 Día 61.
3 Carta de íntima. que escribe el Príncipe á los sitiados.

»sar por todos aquellos rigores que los vencedores por derecho de »guerra suelen ejecutar en los que, temerariamente obstinados, vienen »á los desesperados extremos de un inconsiderado furor; fuera de »que pueden en Fuenterrabía quedar persuadidos á que han desem»peñado bastantemente cuanto corresponde á vasallos valeroso y »fieles á su rey: que del ejército español no les puede venir socorro »alguno, así por su flaqueza como también por la mucho mayor ro»bustez del cuerpo de tropas francesas y trincheras, con que éste se »hará fuerte á cualquiera invasión todo lo cual con buena fé ofrece »hacer patente á los mismos inspectores, en especial, habiéndose to»talmente arruinado las fuerzas marítimas de España. Del campo á »treinta de Agosto.

Apenas vieron los sitiados que un tambor tocaba la caja cerca del baluarte de San Felipe con aquella llamada que se hace para dar algún mensaje, enviaron á dos mozos, los cuales, vendándole los ojos para que no pudiese ver las fortificaciones y defensas de dentro, lo llevaron al palacio por el portal de la estacada. Ya para entonces había ido allá con mucha corte el Gobernador con los alcaldes de la villa y principales cabos, y para que no se le trasluciese al francés la falta, que ya se sentía, de bastimentos, hizo, que pidiendo viandas en varias casas y vinos de muchos géneros se le dispusiese una mesa, no solo expléndida, pero exorbitante: á donde, habiéndole llevado, ínterin en el consejo se consultaba la respuesta; alegrándosele los cascos con los manjares y á puro trago, empezó con festivos gritos á brindar *Por lo Rey de España* y aún después, cuando lo despacharon, que fué saltando por el foso y trastornándose, prosiguió en los mismos *vivas*. Eguía, leida la carta, pidió su dictámen al Congreso, y por unánime consentimiento de todos se le dió esta respuesta, hablándole del mismo modo en impersonal. «El Gobernador y el pue»blo de Fuenterrabía al Príncipe de Condé. La esquela de su Alteza »se ha recebido: y por los avisos que en ella se contienen, queda»mos agradecidos y le rendimos las gracias. Habiendo congregado »en consejo á los alcaldes y oficiales de la tropa, unánimes y con»formes dicen esto. *El Príncipe de Condé puede cuando más gusto »tuviere dar fuego á las minas; y lo mismo de las demás obra »disponer á su arbitrio lo que tuviere por conveniente: que al »mismo paso Nosotros, es seguro é indefectible, contrastarémos »con todo esfuerzo sus conatos, y que no dejaremos de hacer cosa »alguna, que sea correspondiente á vasallos tan leales de nuestro »rey Felipe IV, que Dios guarde: y por el amor y buen servicio »que se le debe; y todos nosotros con nuestras mujeres é hijos nos »ofrecemos nuevamente á todos los pasajes trágicos de la guerra »y á una muerte constante, primero que se entregue esta villa á »la potestad del Príncipe de Condé, ni de otro ninguno que en »nombre del Rey de Francia venga á sitiarla.* Por lo que, enterado el »tal Príncipe de esta resolución, al instante puede poner por obra lo »que tenga proyectado. Con esta respuesta despacharon al francés vendándolo también para la vuelta, enviándolo con él un recado de

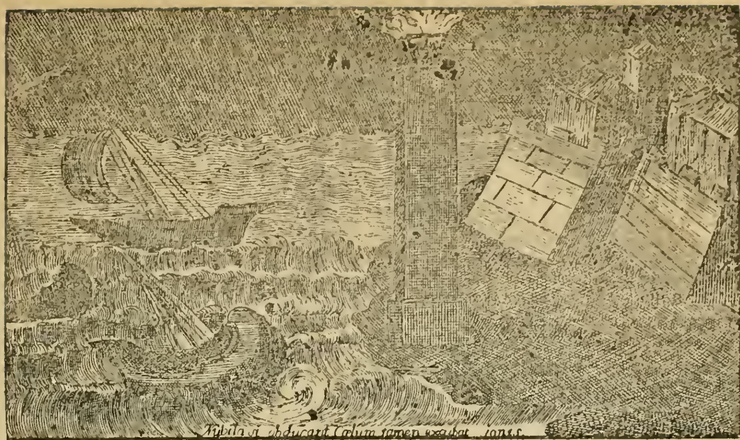
quejas de que, estándose tratando de la paz, hubiesen contra toda práctica proseguido sus hostilidades sin cesar un punto las baterías; aunque aseguró el tambor que el Príncipe había enviado á un paje á todos los ataques á dar orden de que cesasen de batir, y que naturalmente se castigaría á los artilleros. Como con tan seco recado se le desauciaba al Príncipe en la esperanza de que se entregase el lugar, consintieron en la plaza que al instante los franceses pegarían fuego á las minas, y que con todo el grueso de tropas darían el asalto. Y así, se tocó la generala por todas las guardias así en las murallas como en los baluartes; y con indecible ánimo toda la tropa y el paisanaje; encrespándose con recíprocos exortos para el último trance, iban aparejando las armas: y aún las mujeres á toda prisa llevaban á las murallas cuanto podía ser del caso para rechazar al enemigo, de suerte que andaban apresuradas todas las diligencias con sumo calor. Pero el enemigo aquel y el siguiente día gastó en cerrar y atacar bien las bocas de las minas y en aparejar todo lo necesario para el ataque, muy á lo satisfecho del asalto y en la inteligencia de que la morosidad de nuestro ejército consistía en la falta de fuerzas.

Mas ya los generales españoles se daban bastante prisa; porque á demás del manifiesto aprieto de los compañeros, quitaba todos los motivos de tardar una carta del Rey, que decía claramente no admitiría disculpa alguna si el francés se apoderase de Fuenterrabía á vista de dos generales y de dos ejércitos: ya también habían llegado las más tropas que se esperaban; pues días antes llegó el regimiento de veteranos de Guzmán, á quien por vía de honor se le había destinado para guardia de la persona Real. Poco después vino el Maestre de Campo General, D. Jerónimo Roo, agregado para el consejo del Almirante; el regimiento del Conde de Aguilar; trescientos napolitanos del regimiento de D. Leonardo Moles, y finalmente quinientos marineros conducidos por D. Alfonso Salamanca. Toda era tropa veterana; y como se sabía que estaba suspendida toda acción hasta que estos viniesen, como si en concepto de todos ya se les atribuyese la victoria y estuviese reservada para ellos la gloria de la función, entraron en los reales ufanos, impacientes y pidiendo con ansia la batalla. Y acrecentó todavía su valor el Almirante con haber mandado que las tropas que cubrían el monte Jaizquíbel se retirasen á los reales y haber hecho pasar á este atrincheramiento de tanto peligro al regimiento de Guzmán, medio por darle este honor, medio porque le tenía con cuidado la nobleza española; pues la mayor parte estaba agregada al regimiento, á quien se le dió orden de que se retirase. Prosiguió con el mando de esta tropa el Marqués de Mortara, por cuyo cargo corría el regimiento con título de Teniente Coronel de Guzmán. Y no obstante de estar bastante encrespados los ánimos de todos estos por el deseo de satisfacer así á la expectación como al honor del paraje señalado; aún los irritaban y encendían más los gritos con los franceses desde la cercana guardia del alto de Guadalupe los desafiaban y les hacían burla de mal dasaje en Leocata. Fortalecido, pues, el ejército con la llegada de es-

tas tropas, como si fuera con algún nervio; ya los generales españoles solo hablaban de una acción decisiva, haciéndose cargo que sería mal vista cualquiera detención. Pero antes de mover las tropas salieron el Almirante y el de Velez con los Maestros de Campo generales Torrecusa y Roo á hacerse cargo de la situación del enemigo, y subieron al monte Jaizquíbel, de que cuidaba el de Mortara, de donde descubrieron un paraje muy del caso que dominaba al campo francés, no era difícil la bajada hacia sus trincheras, y había á más entre los reales y el monte alguna llanura donde se podían explayar las tropas. Aún solo el monte tenía en la cima una extensión capaz de todas las tropas: y venía de perlas, que aseguraba bien su estación lo desgajado y roto de ambos costados. La subida de la tropa estaba bastante facilitada por el boscaje que mediaba entre el campo francés y el camino, ayudando también la aspereza del terreno, como algunas pocas compañías de fusileros, cogiendo de antemano el bosque, asegurasen el flanco ínterin subiese la tropa. Pareció, pues, trasladar allá todo el ejército, dejando un buen escuadrón que divirtiese al enemigo hacia la partė de Irún, y luego se dispuso que ínterin pasaba el ejército dos escuadrones de caballería trabasen todos los días algunas pequeñas refriegas con las guardias avanzadas del enemigo; porque en ellas se ejercitaba y adiestraba la tropa para otra función mayor, y por otra parte se animaban mucho los sitiados con sentir en alguna cercanía el estrépito de las armas auxiliares y la vocería de los suyos al embestir á la estacada; fuera de que AL emprender cosas grandes, cuyo logro está embarazado de muchas dificultades, no más que el empezar sirve de mucho consuelo.







LIBRO TERCERO.

Habiendo vuelto los generales á sus reales, para no dar lugar á que por su detención saliese el enemigo con su intento, hicieron consejo de guerra [1] con ánimo de ver luego hacia el enemigo, deseosos de oír los dictámenes de los individuos de la junta, á quienes se preguntó si descubrían alguna conducta ó modo de embestir á las trincheras con menos riesgo. Además de los mismos generales y maestres de campo generales, asistieron á ella D. Sebástian Granero, Gobernador general de la artillería; D. Diego Isasi, Coronel de Guipúzcoa; el de Mortara, á quien hicieron venir de su alojamiento, y los tenientes de maestres de campo generales de ambos ejércitos, D. Diego Caballero y D. Antonio Gandolfo. Habiendo, pues, en presencia de estos insinuado el Almirante en muy pocas razones (por ser tan notorio) el aprieto de Fuenterrabía, se extendió más sobre los loores que universalmente se llevarían los recientes ejemplares del valor y fidelidad de tan esforzados vasallos, esto es, de los de Fuenterrabía, y por el contrario, qué de infamia cargaría sobre la nación española si á vista y tolerancia de generales de tanta fama, y se puede decir de toda España, despreciada y abandonada tan noble porción de gente, desatendida en los gritos con que imploraba el pundonor de la nación, se dejase al arbitrio y mejor al escarnio del enemigo: que ya no había que aguardar más tropas; que la carta del rey no podía estar más apretada, previniéndoles *que no admitiría disculpa algu-*

1 Consejo de guerra y personas que asistieron á él.

na (con toda esta claridad les hablaba) Que por esta razón viesen si se les ofrecía algún medio término, cuando no de absoluta seguridad, que ni cabía en la presente constitución, ni era compatible con la grandeza de la acción; pero siquiera menos aventurado para atacar al enemigo y auxiliar cuanto antes á compañeros tan acreedores á ello. Primero [1] en el campo, y entonces en la junta se ventilaron dos opiniones, no solo diversas, pero opuestas *diametralmente*, que dimanadas de la misma oposición de genios de ambos generales, se habían extendido por el público, y se aplaudían por sus respectivos secuaces, que eran muchos por una y otra parte. De suerte que Roo se apasionaba por aquellos proyectos de total satisfacción y seguridad; aunque fuese menos la alabanza. Torrecusa al contrario, solo por los honrados y lustrosos, aunque fuese á costa de peligros. Aquél, muy á lo Fabio Máximo, flemático en echar de una vez todo el resto de la guerra, estaba hecho á mirar y remirar muy bien todas las cosas y parecerle que NUNCA se tarda mal si se remata bien. Este otro naturalmente fogoso, que cualquiera detención se le antojaba miedo, amigo de afanarse y apresurarse en todo, y que cada riesgo era para él nuevo estímulo para excitarle el apetito de más gloria, lo que salía bien por la tardanza siempre lo atribuía al tiempo y no al valor. Así, pues, como dos cachistas de contrario genio, el uno muy á lo seguro por guardar su dinero, el otro codicioso del ajeno, aunque exponiendo el propio, antes y ahora en la junta altercaron con su oposición en los dictámenes [2].

Roo el primero, según dicen, peroró así: [1] »Siempre estuvo expuesto á la murmuración pública el dictamen de los que aconsejan lo »más seguro; porque como que son olvidadizos del honor y enemigos de lo arriesgado, experimentan el desaire del público, cuya aura »popular sopla más lisonjera á los otros, que, poco celosos de lo venidero y engolosinados de lo dulce de la fama actual, estiman más »ambiciosamente temerarios el hacerse de nombrar que todo el bien »común. Pero ya há mucho tiempo que me he hecho cargo de que »no se puede decir absolutamente valiente el que no lo es para arrastrar al envidioso vulgo de los necios, y para mí tan despreciables »han sido en los consejos de guerra las diferencias y discordias en »las manos de los enemigos. Sea enhorabuena la fama el único blanco de cualquiera en todo lo demás, SI se trata de desperdiciar la »sangre y vidas de tantos mortales, es la mayor impiedad partir de »carrera por determinaciones aventuradas y muy contingentes. Los »que consultan la decisión de la guerra, de tres cosas principalmente deben hacerse cargo muy bien, del tiempo, del paraje, y de las »tropas, así suyas, como del enemigo. Y todas tres el que las contem»plare con atención, y cotejare al estado presente, verá que siendo

1 Variedad de dictámenes, que provieue de la diversidad de genios de Roo y Torrecusa.
2 Este final de los jugadores usurpa Moret en el tom. 1. de los Ann. lib. 8. cap. 4. párrafo 8 y le es muy familiar la metáfora sobre esto. Mira el mismo tom. lib. 8. cap. 4. párrafo 12.
1 Razonamiento de Roo.

»cada una de ellas capaz de retraernos el ánimo de venir á las ma-»nos y hacer la última experiencia, todas ellas están de parte de »nuestros enemigos. En lo que toca al número de las tropas, ya se »cuentan en los reales franceses diez y ocho mil infantes y dos mil »caballos, fuera de la grande armada, y con la circunstancia de que »está pegante á sus reales, libre de toda zozobra, así por la situación »que tiene, como porque desde el fracaso de Hoces, ni á pescar po-»demos salir, y que, si fuere preciso, harán que contribuya al alivio »de las tropas terrestres con hacer como por diversión un desem-»barco. Siendo, pues, así, que nos llevan mucho en el número, mu-»chas razones hay para creer que en la calidad serán la mejor y la »más florida porción de Francia. Lo primero: porque no han sido »alistadas tumultuariamente como las nuestras, sino entresacadas, me-»jor que agarradas, con madura elección, como quienes descargan »una guerra muy de antemano fraguada. Lo segundo: porque esta »expedición se ha dejado en manos de un príncipe tan de la estir-»pe real y compatriota de Richelieu. Y finalmente: porque siendo »esta la primera fiesta que representa Marte en el teatro de España, »nadie podrá dudar que habrán aparejado un ejército digno de la »expectación del título, y por cuyo primor de papeles en la estrofe »ya todo el mundo ha pronosticado la catástrofe. Y en fin, cuando »nos fallasen tantas y tan vehementes señales; cuando las tropas »de los franceses hubiesen al principio venido visoños todos, y »aún sin saber el ejercicio militar; ¿cuánto no habrán adelantado »con un porfiadísimo sitio de dos meses, siendo éste el más peli-»groso pasaje de la milicia y en que la disciplina anda más prolija »por razón de lo regular y frecuente de los empeños? El que coteja-»re estas tropas con las nuestras, escasamente hallará en nosotros »quince mil infantes y quinientos caballos. Con que así en todas las »fuerzas navales como en mucha parte de las terrestres no les llega-»mos con mucho. Nosotros con atropelladas levas no tanto tiramos á »poner un ejército lucido, como á completarlo de cualquiera modo, »y á toda prisa traerlo á donde llamaba el enemigo: y la calidad de »nuestras tropas se diferencia tanto del enemigo, como se diferencia »de una madura providencia, que va cargando con lo mejor, lo apu-»rado de una necesidad, que se agarra de lo primero que encuentra. »La situación también, así nuestra como suya, está dictando cuál »será más conveniente por ahora, ó qué es lo que indispensablemen-»te debemos hacer. Pregunto: ¿con este número y calidad de tropas »hemos de embestir á gente que se ha estado fortificando dos meses? »Y como si les pujáramos en fuerzas, ¿hemos de acometer á unos »hombres, que, sobre estar asistidos de lo inaccesible del terreno, »están abrigados con su contravalación, fosos y tantos castillos? Más: »los bosques nos son de mucho embarazo, las lagunas retardan los »pasos de nuestros pies, y las peñas nos tienen atadas las manos. La »Naturaleza es la mejor fortificación de ellos; de suerte que así ella »como el artificio se han empeñado en imposibilitar nuestras opera-»ciones. En suma; solo el que ha cargado con el dominio de la cam-

»paña, y es superior en fuerzas, puede ponerse á forzar unas trinche-»ras. Pero debe ser que el tiempo, ó convida, ó nos pone en la pre-»cisión de tirar el dado de una batalla tan arriesgada. Jamás podía ser »peor sazón. La guerra nos coje de nuevo en España. Y AL que le »falta el magisterio de la experiencia, dejarlo á su modo, pausado, es »darle la vida; que el avivarlo, la muerte. Los pueblos españoles solo »en la fama de sus hazañas en otros países y en el ruido que lleva es-»te ejercicio libran su defensa; pues sus villas están mal muradas, »las ciudades ni respetables con baluartes, ni cubiertas de cañones »y guarnición. Por lo dilatado de la paz y por aquel achaque de la »prosperidad en no recelar azar ninguno en adelante, nos hallamos »desnudos de fuerzas. Y en esta constitución ¿será poco perder la »única esperanza que tenemos? ¿O lo aventuraremos á un riesgo tan »conocido? Pues qué otras tropas, qué fortificadas ciudades, podre-»mos oponer al enemigo para represar el torrente de sus victorias? »No pues: que DESPRENDERSE de la última esperanza es solamen-»te propio de los apuros de una extrema necesidad. Y como nos-»otros mismos no nos metemos en ella, muy lejos estará de obligar-»nos á ello la pérdida de solo un lugar. Dicen: fuerte cosa es que se »conquiste á Fuenterrabía á vista y tolerancia de tantos capitanes y »de un ejército nada despreciable. Fuerte cosa es en realidad; pero »hay cierta casta de remedios, que son más caros que la misma en-»fermedad: y mucho más coste nos tendría que, perdida esta tropa, »sucediese esto mismo que ahora nos tiene con tanto cuidado, esto »es, que precisen entonces al lugar á la rendición, y que, como ES »natural, ensoberbecerse el enemigo con la victoria, no éntre en ca-»pitulaciones algunas, lo asalte, y lo saquee; que su vencedora ar-»mada repase talando toda la costa, que quedará indefensa; que la »Guipúzcoa quede al arbitrio del vencedor; que así Alava por la »ninguna defensa en su situación, como Navarra, fácilmente transi-»table desde Pamplona hasta el Ebro, queden expuestas al saqueo é »incendio de las correrías de una caballería tan pujante. Pues tantos »males, que ciertamente nos amenazan, solo se pueden evitar con »guardar entero este ejército. Ríndase por fin Fuenterrabía, ya que nos hallamos con la guerra encima cuando menos pensábamos en »ella, y nos pone en esta precisión lo repentino de la invasión. Pero »es menester que del mismo enemigo aprendamos á ser vigilantes, »y que, así como él se nos anticipó, asi también nosotros le paguemos »en la misma moneda: el verano que viene será nuestra con me-»nos pérdida y sin tanto riesgo. Entre tanto, dado que el estado pre-»sente no permite otra cosa, incorporados los dos gruesos, observe-»mos al enemigo; á donde quiera que vuelva la cabeza, acudamos »allá nosotros, y apostándonos en parajes ventajosos, estemos á la »mira de algún lance bueno, que no faltará, ó porque ellos no estén »bien enterados de los parajes, ó porque estarán demasiadamente »confiados. Y si lo apretado de la carta-orden del Rey no os parece »que permite la práctica de este mi dictamen, aún queda lugar á otra »determinación semejante: cogiendo un escuadrón de dos mil vete-

»ranos, allí, por donde esté el tránsito más fácil y breve para el lu-
»gar, echemos un tiento en las trincheras enemigas; de suerte que el
»miedo se les ha de poner en muchas y el arma verdadera ha de ir
»solo por una: y soy de sentir que lo demás del ejercito debe con-
»servarse entero.

Ya estaban tan impresionados los de la junta, que parecía que, aunque hiciesen fuerza las razones de Roo, no obstante, no seguirían en la práctica su opinión; porque la indiferencia que pudieron tener antes se desvaneció por la orden del Rey y por el miedo á lo que se hablaría, si rehusasen una acción en que, aunque de lejos, les empeñaba aquel, cuya voluntad era más eficaz razón. Ni hacía menos el empacho concebido por la emulación; porque de Italia y Flandes aquel año todas las noticias venían alegres y sobremanera favorables: y se corrían de que entre el agregado de los semblantes festivos por lo próspero de las armas fuera de España, solo ellos los tuviesen mustios por lo desgraciado dentro de ella. Instaban también con ardor que se atacase el Almirante y el de Velez, como quienes eran más interesados en la fama (porque por fin los demás tenían en la obediencia su disculpa) diciendo que solo se les pedía discurriesen el mejor modo de hacerlo, y que solo para ello se había convocado la junta; pues la expresa voluntad del Rey no daba lugar á otro. Y así, inclinadoslos demás á este dictamen, los confirmó más y más el eficaz razonamiento de Torrecusa, [1] quien en tono de alterado, y solo con el aire del semblante venía escribiendo su opinión. Dijo así: »Si
»siempre que se ha de pelear ha de ser sin riesgo, jamás se logrará
»victoria, sino de un enemigo bobo. Ningún favor le hace al *valor*
»esa filosofía moral moderna, que le quita los atabíos de durezas y
»dificultades y solo le permite por gala un vulgar corte de facilidades
»cuando él no reputa por decente traje suyo sino aquel que, coloca-
»do en penosa cumbre, llegó á alcanzarlo á fuerza de empeñarse en
»vencer lo escabroso y burlar lo inaccesible[2]. ¿Qué cosa grande ja-
»más se ha ejecutado con total seguridad? ¿qué famosa hazaña sin
»peligro? Ningún hombre en toda la vida emprendió cosa grande con
»certidumbre que tuviese del buen éxito. Aun las artes más mecáni-
»cas no tienen su ganancia sin alguna ventura. Las riquezas, los
»aplausos de la fama, y, en suma, cuanto se aprecia en este mundo,
»para los animosos y valientes, que no para los cobardes, los colocó
»la fortuna entre los despeñaderos y precipicios. Ya habéis visto pri-
»morosamente pintadas nuestras tropas y las del enemigo, y una re-
»seña muy particular de cada soldado. Excédennos algo en el número
»los enemigos. Y qué; ¿por eso los hemos de temer? LA tropa no se
»ha de mirar por la cantidad, sino por la calidad. Lo demás es hacer
»la cuenta de los botigueros cambiantes, que el que más cuenta más
»gana. En el todo de un ejército se ha de tener aquella misma consi-

---

1 Razonamiento de Torrecusa.

1 A lo menos Cicerón, uno de los filósofos morales antiguos. Excelso, dix etc ilustre loco sita est laus, y Ovidio Ardua per preceps gloria vadit iter.

»deración que se tiene en cada uno de los soldados, que si llega á la »estatura regular, y es valiente, se reputa por igual para reñir, aun»que el contrario sea más dispuesto y mayor montón. Y si no habla»mos con gente que se haya olvidado de nuestras costumbres, ya se »sabe que es propio de la bizarría española vencer con menos á »más [1]; aunque en parte discurro que no está bien sacada la cuenta. «A la armada cacarean que debe temer una gente que ha de reñir »en tierra y cuya invasión ha de ser repentina. Como si para el ene»migo no se hubiesen hecho las varias contingencias del mar para »poder desembarcar la tropa, no hubiese de tener embarazo ninguno »en desebarcarla y fuera lo mismo pisar la playa; que sin más ni más »encontrarse ordenada con el fusil al hombro. Por otra parte: natu»ralmente se habrán juramentado contra nosotros los elementos, »pues veo que todo es pensar que han de conspirar en favor de los »enemigos. En realidad, ya podríamos sofocar á todas las tropas te»rrestres antes que la pudiesen socorrer las de la armada. Ni tampo»co en eso nos llevan ventaja alguna; porque nosotros bien podemos »con todo el cuerpo de tropas embestir; pues entre tanto precisa»mente ha de divertirse mucha porción de los contrarios por los »ataques inmediatos á Fuenterrabía, sobre quienes cargarán y des»baratarán de pronto los sitiados, como conozcan que no les asiste »una buena guarnición. Pero las tropas francesas no pueden menos »de ser las más floridas en todo, una vez que se le han dado al Prín»cipe de Condé como en testimonio de su mérito. Digo yo á los que »dicen esto: ¿no era este mismo Príncipe de Condé á quien, aunque »asistido de las más floridas tropas, rechazaron el año pasado de los »muros de Dola sin que las tropas que le hicieron frente fuesen tan»tas como las que ahora nosotros tenemos? Dicen más: se han ejer»citado mucho con lo duradero del sitio y están hechas ya veteranas. »Es verdad: se han ejercitado, pero en hacer fagina y en acarrearla. »En los riesgos de la guerra ¿qué tantos? Con la escopeta y con la »lanza se hacen las tropas veteranas y no con el azadón, y aun de és»tos, á quienes los peligros adiestraron, ya han muerto los más va»lientes. Y en suma: qué concepto debemos formar del enemigo, las »pequeñas salidas de la plaza lo demuestran. Dicen también que el »paraje y el tiempo nos son incómodos. Al que rechaza la fuerza, »cual es el papel que nosotros hacemos, el acometer del enemigo le »hace, si no cómodos, indispensables á lo menos tanto el puesto »como el tiempo. De suerte que el que embiste es el que elige el pa»raje y la ocasión que el acometido solo puede recibirlos. Aunque »ni concederé decir de modo alguno ni que el puesto ni el tiempo »nos son de alguna incomodidad. Toda la fuerza de los franceses con»siste en la caballería; pero no le permite el manejo lo fragoso y es»cabroso del sitio; no tienen campiña alguna para ordenar sus filas,

1 Esta misma cláusula pone Moret en boca de los reyes D. Ordoño y D. García en la empresa de la famosa batalla de Valdejunquera. tom. 1. de los Ann. lib. 8. cap. 4. párrafo II.

»sacar y dar vuelta á los caballos, sino un poco de espacio delante »de la estacada. Pasada ésta, los bagajes, cargas y el aparato de las »tiendas es preciso que estorben mucho, de suerte que queda supe»rior á ellos nuestra infantería, que es ágil, así por naturaleza, como »por el ejército, y en ella consiste nuestra fuerza mayor. Con que ya »el paraje debilita á los enemigos en la parte por donde nos eran »pujantes. Tampoco seremos los primeros que han forzado trincheras. »El verano pasado embistieron á nuestro campo los franceses en »Leocata, y se hicieron dueños de él Ahora poco en Flandes Ferdi»nando de Austria con mucho menos tropa que nosotros acometió á »los holandeses fortificados con trincheras, y los rechazó con notable »pérdida junto al río Escalde: y no deja de haber mucha diferencia »del francés al holandés en fortificar. Y si somos flemáticos en imitar »las proezas de nuestra nación, corrámonos siquiera de no aprender »del mismo enemigo lo valiente. Por ambas partes nos fuerzan ejem»plares de quienes hemos de tener un honrado sentimiento de que »tengan influjo aun para nuestro vencimiento. Dicen que no viene »al caso exponer ahora un ejército, en que consiste todo el cuidado »de España. Pues ¿qué esperanza puede fijar España en un ejército »que sabe no ha de hacer cosa? De suerte que quieren que aposta»dos en nuestros alojamientos, observemos al enemigo como solda»dos de tapiz, que siempre están con las mazas levantadas y jamás »las descargan. Temen que si se pierde este ejército, se hará el ene»migo dueño de la Guipúzcoa, de Navarra y de Alava. Y ¿quién le »quitará al enemigo el intentar esto mismo, aunque nuestro ejército »quede sano, una vez que saben que no se ha de mover? ¿Quién ha »temido jamás á una espada que sabe que no se ha de desenvainar? »Prudencia llaman el que, provocados y ofendidos, no tiremos de la »espada con el miedo de que se nos rompa al tiempo de reñir, y »quedamos desarmados para después. Cuán mal fundado es el rece»lo de las malas consecuencias de estas tierras, bastará acreditarlo »con la experiencia. Tres años estuvo Fuenterrabía en poder de los »franceses. Ningún ejército en forma se les opuso, y no obstante, ni se »apoderaron de la Guipúzcoa, ni se dejaron sentir en Navarra ni en »Alava las correrías. Toda la guerra se redujo á los muros, represada »allí, sin necesitarse de otra cosa que de las armas de los comarca»nos y la natural aspereza de los montes. Insisten en Fuenterrabía el »verano que viene será nuestra con menos pérdida y sin tanto riesgo, »como si tuviera menos coste arrebatar de las manos del enemigo lo »conquistado, que estorbarle la conquista. Las plazas recién cogidas »siempre se guardan con más cuidado, como el sentimiento por la »parte de los que la han perdido, és más vivo al principio, y por eso »más temible la venganza. Si Fuenterrabía se pierde, ¿quién no cono»ce que hemos de tener dentro de España una guerra pesada y lar»ga? Y sin embargo, el miedo de un mal, vano en gran parte y dudo»so en el todo, tiene para ellos más fuerza que estotra indefectible »mala consecuencia. Pero lo que es más de extrañar es; que, negando »que todas nuestras tropas juntas sean suficientes para el hecho, pre-

»tendan, no obstante, destinar dos mil hombres veteranos para que »éstos, abandonados totalmente de los demás, se metan en una em»presa, que aún para un ejército sería formidable. ¡Quién jamás ha »oído dictamen de tanta inconexión en su principio con el fin! Ni en »éste tocó la medianía, en que consiste lo virtuoso, tan arrojado y te»merario después como detenido y cobarde primero. Pues no antes, »con todo el golpe de las tropas hemos de embestir á los reales ene»migos, que éste es el camino medio y más saludable, porque en no »acometer con poca gente el riesgo es igual, aunque de distintas co»sas en lo primero, de la fama, y en lo segundo de la pérdida. El »que emprendamos esto con todo esfuerzo, como quiera que estemos »olvidados del antiguo nombre de nuestra nación (porque si le tuvié»ramos presente, apenas había necesidad de esta junta) indispensa»blemente lo pide la presente constitución de las cosas. Los españo»les, que siempre han solido hacer resonar sus armas en los más re»tirados ángulos del mundo, ahora se ven empeñados en defender »su casa, que aun á las bestias más cobardes y sosegadas las mueve á »cólera. Los más valientes vasallos y compañeros que por leales han »padecido los mayores trabajos, actualmente constituídos en el ma»yor aprieto, imploran el socorro á nuestros brazos. El que no lo ha»yan recibido, es por culpa nuestra, y el que aún estén en estado de »recibirlo, es á esmeros del esfuerzo de ellos propios, que han dila»tado hasta ahora el sitio, superando todo la expectación de las gen»tes. ¿Qué piensan que nos han ido trayendo acá de toda España, »para que como quien ve los toros del balcón, estemos viendo el es»trago y última ruina suya.? ¿O permitiremos que su confianza en »nuestros alientos les haya salido vana, ó que les pese de la duración »de los suyos? Demos á nuestra propia opinión siquiera lo que han »dado los demás. Llaman contrario un tiempo en que las armas es»pañolas corren con tanta prosperidad de batallas en Italia y en »Flandes. Un tiempo en que á los franceses en muy pocos días se »les ha quitado la fortaleza de Bren, que hemos conquistado á Ver»celi, que en reñida batalla hemos vencido á los holandeses junto al »río Escalde, y en suma, sin dejar á los franceses aprovecharse del »grande aparato de tropas, los hemos rechazado y rebatido con mu»cho estrago junto á la ciudad de San Audómaro. ¿Solo de nosotros »han de guardar silencio los Anales? O si hablan, ¿ha de ser con des»crédito? ¿Y por fuerza no ha de ser simplicísima la felicidad con que »se ha corrido este año? Con que ¿solo nosotros hemos de ser como »víctima desgraciada, que contrapese la felicidad que logramos »en todas partes? Nosotros hemos de ser el conducto por donde se»pa el enemigo este secreto, esto es, que los españoles fuera son in»vencibles, y que para vencerlos, es menester buscarlos en su casa. »¿Pues no seguiremos con la ayuda de Dios la fortuna del reino y del »año, y el ejemplo de los buenos? Y si todavía se mantiene alguno en »su tema, ea, enviadme á mí con alguna gente escogida á esta hon»rosísima hazaña. Continuarán las manos en aprobar el dictamen »que profirió la lengua. Ello, sea cual fuere mi fortuna, ha de hallar-

»me empleado en cosas hazañosas. Porque LOS que algo emprenden »ya tienen siquiera el arbitrio de lamentarse de su desgracia, pero »LOS que muy á lo poltrón á nada se adelantan, solo pueden quejar»se de su flojedad.

Mereció Torrecusa la aprobación de muchos, y enviando los generales quienes preguntasen á cada uno su dictamen, decían lo mismo; porque los más se inclinaban á dar la batalla, unos por la esperanza de adquirir fama, otros por miedo á la censura pública y en especial los nuevos alumnos en la escuela de Marte; que estos (además de aquella ferocidad, de que se suelen revestir los que no tienen práctica de la guerra) como sus respectivos empleos se les habían conferido, no por méritos personales, sino en atención á la nobleza que los distinguía, temían que su morosidad á la primera ocasión se interpretase cobardia. [1]En suma; se adelantaron los dos Maestres de Campo generales y sus inmediatos subalternos y agregáronseles por compañeros D. Diego Isasi, D. Carlos Guasco, D. Jerónimo Tutabila y el teniente coronel D. Benito Quiroga; por cuya dirección empezaron á marchar las tropas, habiendo primero enviado al coronel D. Pedro Girón para que inmediato á los reales de Irún, apenas que percibiese el tropel de nuestra gente, que bajaría de Santa Bárbara, embistiese él para divertir así al enemigo. Diéronsele dos mil hombres. Y en el boscaje que corría desde donde se apostó Girón hasta Santa Bárbara se puso el coronel D. Antonio Espejo con mil y quinientos hombres[2] á su disposición y orden de ejecutar los mismo que el otro. Ya Girón el treinta y uno de Agosto había subido á una colina, llamada *San Antonio*, distante de Fuenterrabía no mil pasos cumplidos, y que puede desde allí divisarse muy bien:[3] y en efecto, habiendo los de la plaza advertido que la dicha colina estaba ocupada de gente, dudosos al principio si sería auxiliar ó enemiga, apenas advirtieron que salían de allí centinelas contra los reales enemigos, apiñados en aquellos muros los vieras saludar con mucha algazara y bulla á los compañeros y haciendo salvas con ocho piezas, la que más á mano se hallaron en el Palacio y baluarte de Santa María, dieron á entender en el modo posible que, aunque quebrantados de tantos trabajos, aún vivían, y que nada habían aflojado del valor de antes.

[5] Ahora, pues, los franceses, cuidadosos del movimiento de los nuestros y del contingente éxito de la batalla, con ánimo de prevenir la acción del enemigo, apresurábanse, avivaban todas sus maniobras, y no omitían cosa por concluir el sitio antes de empeñarse en alguna acción. [6]El día primero de Septiembre, habiendo logrado que

---

1 Empiezan las tropas á marchar con ánimo de dar la batalla.
2 Dia 62.
3 Divisan los sitiados la gente y conocen que es auxiliar.
4 Afàn de los franceses por la conquista.
5 Dia 63.
6 Vuelan la mina y abren brecha.

hácia el mediodía serenase algo el cielo (porque aquel y el antecedente había estado sin cesar lloviendo copiosamente) cargando y atacando á toda prisa la mina que habían dispuesto contra el baluarte de la Reina, dieron fuego en la punta de una cinta de pólvora, que corría hasta la boca de la mina en la distancia de trescientos pasos. Apenas el centinela que asistía por aquella parte, advirtiendo el curso de la llama, gritó *mina, mina*, cuando, comunicada la llama por el fogón á la mina,[3] conmovido con grande ruído desde lo último de los cimientos el baluarte, sacudidas también las murallas al contorno, cayó repentinamente con estrago casi increíble; porque con la diferencia de que los ángulos no son muy anchos, por lo demás uno de los mejores de Europa, de peña viva, alto más de setenta piés y treinta y dos de grueso además del terraplén, no obstante, lo maltrató tanto el estrago, que bien cogería la brecha quince hombres por frente. El estrago hubiera sido doble mayor á no ser que conmovidos el ángulo y la porción de muro que desde allí se extiende hácia el portal de Santa María, aunque rascados y levantados en alto con la fuerza de la llama, hubiesen otra vez derechos y sin desmoronarse nada sentádose sobre los mismos cimientos de antes. Pero ni aún con todo este estrago salieron con la suya los franceses, porque un poco más atrás de la muralla arruinada se descubrió otra del grueso de diez piés, y de la misma altura y figura; porque ya de antes estaba partida la muralla con un arco, que por la parte de abajo, capaz de pasearse dos hombres, partía lo grueso del baluarte y corría toda su longitud. Habiendo, pues, llegado la violencia de la mina hasta el hueco del arco, no penetró el incendio hasta más adentro, desde donde aún quedaba el grueso de diez piés; porque los sitiados habían dispuesto una contramina, haciendo venir el respiradero al mismo arco que estaba oculto. Pero con la conmoción de la mina este pequeño respiradero se había hecho un grande agujero: y una vez que no había modo de asaltar luego el lugar, se tiraron á él los franceses. Y con el mismo denuedo saltaron allá los nuestros á rechazar á los enemigos [1]Trabóse un reñido combate: los que, ansiosos de ganar fama en la acción, fueron de los primeros el capitán Esáin, que atropelló por encima de los despojos y ruínas, que aún humeaban, por ser recién volada la mina; á imitación de él su alférez D. Domingo Valardi y á porfía los demás soldados de su estandarte; también Beaumonte, aunque muy defectuosa su compañía; el capitán Daniel, irlandés, con un pelotón de los suyos y poco después Osorio con un destacamento escogido; y aunque no podía errarse un solo tiro del enemigo, por estar apiñados en aquella estrechez, ni tampoco explayarse, porque la contramina de la bóbeda no permitia más que á dos por frente, y al contrario obraban por la otra parte más franceses, porque por allí cogían más; no obstante, se defendieron bravamente á proporción del paraje y del número: y retirando á los que delante,

---

1 Asaltan los franceses la brecha y defiéndenla los de la plaza.

ó estaban muertos, ó cansados de reñir, otros de refresco, que estában detras de los primeros; ciertamente acaloraban de cuándo en cuándo la refriega con tanto tesón por ambas partes, que ni la perversa situación del paraje, en que apenas caía un tiro en vacío, ni la desapacible fortaleza y mal olor, por estar abrasado todo el suelo, ni el humo ni el polvo, que de resulta de la mina no les dejaba abrir los ojos, nada de esto los entibiaba el coraje con que peleaban. Seis horas enteras disputaron un tan corto espacio de terreno; hasta que los franceses, asistidos de todas las trincheras inmediatas, atravesando bigas y cargando encima los deshechos de la mina, cortaron la comunicación y se cubrieron de los nuestros; con que quedaron dueños de la brecha. En esta refriega murieron muchos y esforzados franceses, y no dejó de tener coste grande á los nuestros. Pero minorábase esta pesadumbre por la otra mayor, de que el enemigo ya estaba tan vecino, y amenazaba la última ruina; porque era claro que había luego de penetrar el lienzo segundo, que había quedado ileso en el estrago de antes. Cuya determinación facilitaba no solo el haberse hecho dueños de la contramina, sino también la oportunidad de que en el través del fuerte que mira hacia el de Leiva había de tiempos anterios dos puertas, cuyo inconveniente no estaba bastante remediado, con estar cerradas con ladrillo y un mal terraplén por atrás. Por éstas, pues, se creía que el enemigo haría con menos dificultad el asalto. Por lo que pareció mejor dejar patentes las dichas puertas, porque con eso no haría daño la llama, hallando este desahogo, caso que otra vez intentasen volar el lienzo. Ni hubo tardanza alguna en ponerlo por obra, porque ya en el mismo tiempo en que estaban deliberando se dejaron sentir los golpes con que disponían el barreno; con que se hubieron de destinar cincuenta gastadores para que dispusiesen la contramina seguida hasta el foso. [1]Al otro día imploróse también al cielo el socorro, porque sin él nada valen los designios de los hombres; y así, se publicó procesión de rogativa con la imagen de Nuestra Señora, á que asistió el concurso que pudo permitir la consternación en que el enemigo los tenía.

El día dos, pasadas todas las tropas al monte Jaizquíbel, cerca de la ermita de Santa Bárbara, hicieron alto los generales. Y ya dispuesto todo para la batalla, el regimiento de Guzmán, puesto en el primer ataque en inmediación á los reales del enemigo y lo restante de la tropa distribuído en nueve escuadrones, estaba esperando la orden de acometer al amanecer del día siguiente, cuando una tempestad extraordinaria [2]trastornó todas las ideas de una batalla. Primeramente una espesa niebla, levantada del inmediato mar, se sentó sobre ambos reales y cubrió en gran trecho los cercanos montes. Poco después, deshecha en agua, después cuajada en granizo por el fresco viento que corría, despidió mucha porción de granizo mezclado con

1 Día 64. Hacen los sitiados rogativa pública con Nuestra Señora.

2 Descríbese una tempestad que trastornó todo lo proyectado.

lluvia. Aumentábase la fuerza del nublado por lo recio de los vientos, que se llevan todo tras sí y hacían que aquella azotase las caras de los nuestros. Además de esto, el continuo trueno reververado por el encuentro de los montes y una especie de relámpagos, rara, que menudeaban entre lo espeso de las nubes como manifiestos pregoneros de la ira de Dios; como EN las zozobras están los ánimos más bien dispuestos para cualquiera superstición, se interpretaron como agüero del mal éxito de la batalla. Ni era esta tempestad como aquellas que suele haber en el verano; que, desmedidas al principio, se desvanecen pronto; sino porfiada, y cada instante más atroz, duró sin cesar un punto dos días enteros. Como los reales franceses estaban colocados en paraje más bajo, y á donde no alcanzaba el viento, sino por refracción, y tenian hechas su especie de tiendas por no tener otro que hacer, con los despojos traídos de los caseríos saqueados, ellos pudieron tal cual tolerar la tempestad. Pero los españoles no hubo trabajo que no padeciesen estos días. Ya dijimos cómo se habían alojado en el monte Jaizquíbel, en donde, como en campo raso, pegaba el viento más de lleno y más fuerte. Tiendas no había, sino para pocos; porque ya se perdió en gran parte el uso de ellas, y ahora la tropa suele cubrir con algunos céspedes, que se echan sobre unos palos atravesados de parte á parte. Tampoco, como no hacían más que apostarse, tuvieron tiempo de cortar céspedes; y en realidad no les ocurrió; porque se pensaba forzar luego las trincheras enemigas. Y aún las pocas tiendas que se dispusieron no bastaban á la violencia de los vientos, que los sacudían cara á cara. Se apagó luego cuanto fuego había en los reales. Mantuviéronse, no obstante, afligidos de tan grande mal ínterin se persuadían que la tempestad brevemente cesaría. Pero cuando desconfiaron de ello, y al cabo de haberse pasado la mayor parte de la noche, ven que nada afloja la furia del temporal; primero entre dientes con alguna cautela y luego sin rebozo alguno empezó la gente á pedir la retirada á los comarcanos lugares y á amenazar que de lo contrario desertarían. Manteniánse, no obstante, sin salir de las amenazas, de modo que se conocía claramente que la detención solo consistía en que nadie se atrevía á romper; hasta que al cabo la obstinación del temporal quitó el empacho. [1]Y al principio disimuladamente, favorecidos de la noche, desertaban algunos; pero á poco después que los demás se impresionaron del mal ejemplo, piquetes enteros desertaban con tanta cautela, como dejarse las armas en el mismo paraje que cada uno debía ocupar en el escuadrón. [2]Pero no dejaba de tener su merecido la deserción: sin ejercicio la vista por lo tenebroso de la noche y deslumbrada la razón por no saber qué hacerse, se estrellaban contra los troncos de los árboles; y como el piso estaba resbaladizo, y era cuesta abajo, vieras que con facilidad caían dando vueltas y

---

1 Empieza la tropa á desertar.
2 Trabajos de los desertores.

con el ímpetu vulcaban á otros, que ya iban más adelante. Y aún era mayor el trabajo que tenían en pasar los riachuelos, que iban sobradamente vivos por las soberbias avenidas, que, saliendo de la estrechez á que las reducían los montes, ya ríos, lograban el ensanche en las campiñas, que era imposible transitar. Ya algunos, que quisieron vadear, tanto hombres como caballos, fueron víctima de los furiosos remolinos. En suma, habiendo pasado toda la noche y parte del siguiente día entre estas miserias y descaminos esta troga sin orden, sin unión y sin cabeza, salieron unos á Oyarzun, otros á Lezo y á Rentería y otros también á los dos caseríos de Pasajes, que separa el arenal que está en medio. Pesados huéspedes, pero que aún así fueron acreedores á la compasión.

Lo mismo fué, amanecido el día, descubrir la melancólica soledad del campo por la vergonzosa deserción del ejército diseminado, que caérseles encima como una nube al Almirante y al de Velez, ya casi desesperados. [1]Eran más de siete mil los desertores, aunque es verdad que todos eran visoños y de baja calidad; porque los veteranos y voluntarios nobles que habían venido así de Castilla como de Navarra y otros reinos, siempre se mantuvieron en las vanderas; y ceñidas algo las filas, asistían en gran número á hacer corte á los generales. Y al principio solo el silencio publicaba la pesadumbre con que estaban estos: pero á poco, respondiendo á los gritos que les daba el bien público, no obstante que parecía que el particular trabajo de cada uno y lo inaguantable de la tempestad apenas podían dejar atención á los cuidados públicos; hubieron de pensar en las providencias: [2]y así, enviaron al punto al de Torrecusa y á Gaudolfo á buscar y hacer volver los desertores, quienes al cabo de haberse fatigado todo el día y sin provecho alguno, como hubiesen sido igualmente infructuosas las súplicas que las amenazas, enviaron á decir por escrito que no había modo de traer á pliego á la gente mientras el temporal se mantenga fuerte. Participada esta novedad á los jefes y trasluciéndose á los soldados, si sentimiento tomaron al principio por la deserción, ahora hirió en lo más vivo del corazón. Clamando que esto era haberlos abandonado y dejado en manos del enemigo, aquí terminaban sus quejas, olvidados de que también las merecía lo riguroso del temporal. Ni se paraban puramente en el hecho, sino en lo que éste indicaba; pues bien se dejaba conocer qué esperanza se podía tener en el ardor de una batalla de una gentualla á quien no había podido tener ni la honra ni los gritos de sus capitanes, ni aquella militar reverencia que infunden las banderas; ni los hacía volver al otro día el arrepentimiento, al haber sido reconvenidos cara á cara por sus superiores. [3]Manteníanse los leales sin moverse: y no obstante la complicación de lo melancólico con lo bilioso, tira-

---

1 Aflicción de los generales al ver lo numeroso de la deserción.

2 Envíanlos á llamar, pero en vano.

3 Constancia de los soldados buenos.

ron la segunda noche y casi todo el otro día, en que nada aflojó el ceño de la tempestad, con un trabajo á que casi no podían alcanzar las humanas fuerzas, haciendo prueba del último grado que puede tener el sufrimiento de un hombre: pues sobre estar destemplados todos, ningún refuerzo hallaban en los alimentos, que también se habían maleado con la humedad; ni tenían dónde echarse á descansar un poco, si no lo hacían sobre el lodo y charcos; ni las borrascas continuadas permitían mantenerse el fuego.

Está averiguado que en esta ocasión, ó fuese de hambre ó del uso de algún mal alimento,[1] ó por el desvelo, ó porque con el preciso destemple á una perenne lluvia de dos días conspiraría la penalidad de verse en este trabajo, hallaron muertos á algunos con las armas en las manos en el mismo parage en que se plantaron armados la primera noche. Los cuales ejemplares de fidelidad, al paso que se celebraban con toda alabanza, atemorizaban para en adelante á los que veían tal desastre Rodeados de tantos trabajos, el Almirante y el de Velez hicieron venir de Lezo al de Torrecusa y á Gandolfo para tener con ellos [2] y con los demás jefes un consejo de guerra, que se redujo á que, protestando primero con todas veras que, aunque á costa de mucho trabajo habían juntado las tropas ordenándolas, y ya determinadas á la decisión y á descercar á los compañeros, las habían empezado á guiar hacia las trincheras enemigas, ahora al parecer sin culpa alguna de ellos, sino puramente por airado ceño del cielo, declarado hasta aquí contra las cosas de España, no solo no habían podido disparar algún fusil, sino también se hallaban desvanecidas y dispersas, por lo que les suplicaban diesen su dictamen sobre que juzgaban en tan fatal constitución sería más conveniente así al bien común como al decoro de S. M. Muchos eran de sentir *que se debía contemporizar con la suerte que sin tiendas, sin fuego, humedecidos los bastimentos y aún la pólvora, ¿cómo era posible aguantar sin un manifiesto riesgo?: que ora prosiga siempre la tempestad, perecerán las reliquias, y en suma, el nervio del ejército, ora sustituída la serenidad, convide con la oportunidad del lance á los enemigos que están tan cerca, y que no pueden menos de saber la numerosa deserción, tendrán los españoles que sostener una acción desigual, desproporcionada con mucho á tan corto número de hombres mal curados, y que, una vez que no pueden tener el manejo de las armas de fuego, se puede decir medio armados no más; y al contrario los enemigos, todos briosos, bien armados y que embestirán con gruesas tropas, que entonces les será preciso rendirse al tiempo, y tal vez al enemigo, si se empeña en no moverse, y que más disculpable es sujetarse ahora á la Naturaleza y acasos de la suerte que no al enemigo: que solo se ofrece por único remedio ver si se pueden reunir los desertores al cuerpo,*

1 Prueba clara de su valor y lealtad.

2 Consejo de guerra.

como miembros desencajados, que será natural consientan al ejemplo de los buenos, y que, cuando no lo hagan, se les podrá obligar con la fuerza, pues CONTRA la terquedad más obra un castigo actual que mucho terror para después: que debe repararse el ejército en las aldeas circunvecinas hasta que levante el temporal: que se noticie al Rey el contratiempo, cuyo mal no puede atajar la más acendrada providencia del hombre: que se debe también dar parte á los de Fuenterrabía acerca del estado de las cosas, no sea que, acalorando por equivocación una esperanza mal fundada, se empeñen en una desesperada resistencia. Así se dispuso todo, y dejando con harto sentimiento el alto Jaizquíbel,[1] con la tal cual orden que permitió el temporal se retiraron á Oyarzun y á otros lugares circunvecinos. Se escribió también luego á los de Fuenterrabía: *que en resolver ó rehusar la rendición solo atendiesen á sus fuerzas, y no contasen sino las que estaban dentro de los muros,*[2] *á lo menos interin, sereno el tiempo, no fuese juntando el ejército, que disipó lluvioso.* Para esto se duplicaron las cartas y entregaron á dos irlandeses para que cada uno por diferentes partes intentasen penetrar hasta la plaza. Pero discurro que aquella misma buena suerte que tan á tiempo providenció las lluvias, porque ya los sitiados sentían la falta de agua; empeñada en favorecerles, estorbó que llegasen estas cartas, valiéndose de la misma vigilancia de los franceses para daño suyo. Y es que A LOS infelices ya por suerte aún los aciertos les salen como los yerros.

Cuando los franceses supieron la deserción de la mayor parte de las tropas,[3] que fué el día tres, no obstante que las copiosas aguas quitaban la gana de cualquiera diversión, ellos celebraron con mucha bulla y algazara la noticia. Y discurriendo el de Condé que una vez destituída de esta esperanza la plaza[4], al instante se rendiría, envió nuevamente un tambor con el último aviso é intimación de su indefectible ruina si dilataban un punto la entrega, asegurando que las tropas españolas habían quedado destroncadas por la deserción, y que no gastaría más cumplidos, muy en tono de amenazador, como quien se consideraba inmediato al vencimiento, pero al mismo tiempo ya se descubría algo de blandura entre la dureza de sus amenazas. Habiendo hecho junta de los principales para consejo de guerra, se oyeron las razones, ó por mejor decir, la sinrazón de algunos que se dejaron decir: *que ya se había llegado á los últimos apuros, que los muros estaban por tierra,*[5] *que el enemigo, superado el foso, era señor de las brechas, que los defensores habían venido á parar en muy pocos, y que aún aquellos que habían quedado, no estaban en buena disposición, porque se debían considerar desarmados, supues-*

---

1 Retírase nuestro ejército.
2 Carta á los de Fuenterrabía.
3 Dia 65.
4 Nueva intimación del Príncipe á los sitiados.
5 Explícanse algunos inclinados á la rendición.

to la falta de plomo. Que estas pláticas no pasasen adelante, se debió principalmente al tesón de Butrón, [1] que dejó sin voz á los que fomentaban aquellas, diciendo: *que él sabía muy bien si Fuenterrabía estaba ó no para muchos dias bien provista de guarnición, de víveres y de armas: que la falta de plomo no era tanta como se ponderaba, y que fuese la que fuese, él sustituiría plata por lo que faltase de plomo: que tenía él en casa de plata acuñada diez y ocho mil pesos en su especie* [2]: cada moneda de éstas vale ocho reales sencillos de la moneda de España, que, según el peso romano, vienen á ser mil y quinientas libras): *que todo este tesoro lo haría del común para que se fundiese en balas: que como haya valor, no faltaban empleos para él, pero que ni faltarían los instrumentos: que perecerán los enemigos á manos del mismo interés cuyo pillaje les engolosinará, y se acabarán de desengañar de que bien se pueden agotar los tesoros de Fuenterrabia, pero no el valor.* Finalmente, dejándose llevar del calor del razonamiento, con semblante amenazador, y alterada la voz, dijo: *al primero que averigüe* [3] *que me anda soltando especie alguna que suene á entregarnos, yo propio lo he de coser á puñaladas.* De este modo concibieron algún empacho de declararse los que estaban perplejos y los esforzados se confirmaron en su determinación valiente; con que á insinuación de Eguía, á quien siempre cuadraban designios de valor, imitando los demás el ejemplo de los buenos, y aún aquellos mismos que antes pareció estaban algo tibios, dando otro sentido á las voces que se habían dejado caer, y por no dejar rastro de sospecha, resistiendo ahora fervorosamente la rendición, respondióse al de Condé [4] con la misma valentía que antes: *que bien podía pegar fuego á las minas, que intentase el asalto, que ellos no necesitaban de socorros forasteros, y que Fuenterrabía sin ayuda de vecinos tenía para su defensa en sí sola lo bastante.* Echóse también un tiento á la fidelidad de Butrón, enviándole con el mismo tambor un recado particular de parte del de Condé, diciendo: *que mirase siquiera por su casa,* [5] *y que recapacitase con madurez entre sí el trabajo que le podía suceder teniendo una hija soltera en estado de casarse, única esperanza de su casa, que irremediablemente, en cogiéndose por fuerza la ciudad, sería pillaje de los vencedores y expuesta también á los ultrajes, que aconseja la licenciosidad de las armas.* Y sonriéndose Butrón, mandó que llevase al de Condé esta respuesta: [6]*que estrañaba tanta confianza en cabilar ya el paradero del pillaje sin haber vencido, que á quien no movían los perjuicios del bien común, era ocioso pensar que pudiesen vencer los particulares y domésticos, que si así se aterra á un hombre*

---

1 Disuádeles Butrón.

2 Ofrece diez y ocho mil pesos de plata para fundirlos en balas.

3 Pasa á amenazarles.

4 Respuesta de los sitiados al Príncipe.

5 Procura el Príncipe ganar á Butrón, intimidándolo.

6 Respuesta de Butrón.

valiente que tiene brazo y su espada en la cinta para defender de los enemigos el pillaje y hacer espalda á la honra de su casa, cuando todo lo demás fuese por tierra? Sé de cierto que el de Condé hizo estas mismas tentativas cuando envió el primer tambor, y después en las pláticas de los de Hendaya. A imitación de Butrón pusieron en manos del Gobernador [1] otros muchos á porfía cuanta plata tenían para el servicio de casa para que la fundiese en balas. Ciertamente pienso que quedó menoscabada en esta parte la gloria de los de Fuenterrabía por ojeriza de la fortuna, que á propósito anticipó la victoria para que no se pusiese en práctica una generosidad tan sobresaliente. Aunque dicen que esta edad nuestra está tan maleada, sepan los venideros que produjo ejemplares de la casta de los antiguos, para que nadie piense que la perversidad de sus costumbres puede tener disculpa en la malicia de los tiempos; puesto que NO hay siglo alguno, que no haya dado ejemplos dignos de la imitación, y en que pueda alguno decir con razón que no puede ser bueno una vez que otros lo son. Y ahora que veo á los sitiados superiores á las impresiones de la codicia, no me admiraré tanto de su fortaleza contra los enemigos, porque no hay cosa que no se sujete á un ánimo despreciador de los intereses.

Aquella noche pasaron los sitiados, pendientes sus animosos entre el miedo y la esperanza, aguardando tanto como el día, el efecto de las amenazas, del de Condé y del estrago intimado. Ni tardaron mucho los franceses, quienes ya de antemano tenían prevenidos algunos hornillos con que volar la porción que había quedado en pié en el baluarte de la Reina. 'Llaman así á aquellas minas de menos labor y que no serpentean como las otras, sino que en derechura penetran por el muro que se mina. Apenas, pues, quiso amanecer el día cuatro, habiéndoles dado fuego, voló de repente todo lo que había quedado en el dicho baluarte, y se hizo una brecha capaz de quince hombres por frente, y no de difícil tránsito para la caballería. Al buelo de la mina se siguió inmediatamente una gran borrasca de balas; porque ya habían asestado los cañones hacia aquella parte, no solo para impedir que los sitiados saliesen á defender la brecha, sino para retirarlos de allí en mucha distancia. De allí á poco los franceses empezaron á trepar con denuedo por las ruínas, pocos al principio, pero los más esforzados. Pero no con menos ardor los capitanes navarros Beaumont y Esáin, á quienes tocaba la defensa de aquella parte, animándose recíprocamente, y lo mismo á sus respectivos soldados, hicieron frente á los que asaltaban la brecha, empeñados en suplir las veces del arruinado muro. Y no pudieron los franceses resistir por mucho tiempo el ímpetu de los que cargaban sobre ellos: rechazábanlos, pues, precipitados por las ruínas hasta el foso con

1 Otros vecinos imitando á Butrón presentan al Gobernador la plata que tienen.
2 Dia 66.
3 Vuela el francés los hornillos.

mucho estrago. Pero ni salía barata esta victoria á los de adentro; porque una vez sacudidos de la espesura de los enemigos, quedando patentes á cuerpo descubierto á las baterias de la colina fronteriza, batiáseles con más ardor, porque el tiempo que estuvo el francés en la brecha por lo mismo no dispararon. Pero nada más adelantaron con esta fogosidad los franceses; pues los sitiados, embravecidos sus ánimos hasta un grado de fiereza en fuerza de la misma costumbre de los peligros, manteníanse como rocas en la brecha, sin embargo de que, salpicados de su propia sangre y de la de sus compañeros, veían frecuentemente que las balas se llevaban consigo por el suelo brazos y piernas y una especie de tiros, circunstanciada de modo que hacia más mortal y horrible á la muerte: aún después de muertos, tendidos sus cadáveres en la brecha, sensibilizaban que estaban muy vivos para la defensa. [1]Reforzados los franceses, á quienes capitaneaba uno, vistoso en las armas y de airoso talle, otra vez empezaron á montar la brecha, llevando delante humosas teas para penetrar sin riesgo al favor de su oscuridad. Otra vez embistieron los sitiados con mucho denuedo, y habiendo hecho al principio sus respectivas descargas, ya vino á probar la refriega á la lanza, á la espada y al empuje de los escudos. Embistió valerosamente el capitán francés, cuando, saliéndole al encuentro D. Domingo Osorio, le recibió con la punta de la lanza, que, dirigida por debajo de la visera, lo tiró al foso. Dicen que era un hijo del Presidente de la ciudad de Burdeos, á quien sustituyó el de Condé para esta acción en vez del Duque de la Valeta, que pidió encarecidamente la aventura de esta acción, pero receló justamente el Príncipe aventurar tal persona. Aunque perdido el capitán, no por eso aflojaron los franceses, hasta que, habiéndoles muerto los más de la vanguardia, retrocedió al foso la retaguardia: y á poco que allí descansaron, engrosados con nuevo trozo de gente, otra vez embistieron. Trabóse un combate feroz en la misma brecha: ningún tiro caía en vacío, porque, apiñados y mezclados unos con otros, ni les permitía extender sus filas la estrechez del paraje, ni podían huír de los disparos por la aspereza del piso. Mantúvose dudosa la acción algún tiempo, peleando animosamente los franceses, hasta que los sitiados, dando en tierra con los más valientes, los obligaron á retirarse. Y ya llegaban á las primeras trincheras, cuando se empezaron á descubrir nuevas tropas de auxilios, que capitaneaba uno vestido de negro, con cuya vista suspendieron la huída: é irritándoles el empacho al ver que iban sus compañeros tras el peligro de que ellos huían acalorados también, en la esperanza de esta gente de refresco recobraron el espíritu que ya habían perdido. Adocenados, pues, con los compañeros, habiendo pasado el foso con igual esfuerzo que las tropas que vinieron de refresco, reasumieron valerosamente el combate, excediendo éste á los anteriores tanto en el número como en el esfuerzo: pisando montones enteros de cadáveres, aunque

1 Otro asalto.

mal seguros los pasos por encima de ellos, de las ruínas de las brechas y de tanta multitud de armas tendidas por el suelo, penetraron, no obstante, por la brecha. Empeñados los sitiados en no apartarse de ella, por lo mismo que había costado tanto estrago su guardia, después de aquel primer desahogo de la ira, labrado en las balas y en todo género de armas arrojadizas, embistieron sangrientamente con las picas. Refinada la cólera de ambas partes, se exasperó la acción mucho más que antes. Vieras, pues, á los últimos del escuadrón francés, que venía en forma de cuña, empujar á los delanteros; y apiñados los de dentro uno sobre otro, atrasar y retirarlos, no solo con las armas, sino forcejando con los cuerpos y con los arneses: andaban equivocadas las jurisdicciones de la fortuna y del valor: resonaba en todo el lugar la vocería y estrépito de las armas: desprendiánse de todas las guardias gentes á la noticia del peligro, que cada instante era mayor, porque se iban multiplicando los enemigos y lo mismo el tesón con que reñían. Acudieron allá con la gente más sobresaliente el gobernador Eguía y Butrón, habiendo enviado delante á Ubilia con una esforzada partida de paisanos, en medio de que la estacada que corría á cuenta de éstos la tenían rodeadas las chalupas enemigas. A poco, enfervorizándose la refriega, llegaron dos capitanes irlandeses con un pelotón, que entresacaron de su cuartel. En suma; vieras que todos acudían á aquella parte del baluarte con admirable valor, y que se metía por los peligros, ansiosos de la gloria ajena, según que cada uno sobresalía en el aliento y alcanzaba bríos por la edad. [1]Ni dejó de usufructuar las glorias de este día la menor edad: una turba de muchachos, en fuerza del natural cariño á su pátria, que veían en el último trance, tenían coronado todo el lienzo que corre desde la Reina al de Leiva, unos con mosquetes, otros con escopetas; y poniéndose piedras debajo de los piés para poder sobresalir con la cabeza y descubrir las trincheras enemigas, hicieron un papel más sério que el que se podía prometer de las burlas de la pueril edad, disparando incesantemente con mucho estrago de los franceses que pasaban de una parte á otra. Ni es razón defraudar á posteridad de la noticia de una hazaña de dos de estos muchachos, inconsiderada, sí, por razón de la edad, pero memorable: como cuando llegaron no encontrasen piedra alguna sobre qué empinarse, porque todas habían cogido los compañeros; echando mano del cadáver de un vecino, que dejaron muerto cerca de ellos, lo tiraron hasta el cordón de la muralla; y plantándose encima y con hollar la muerte hallando la proporción que les escaseaba la menor edad para reñir y hacerse visibles al enemigo, ejecutáronle hasta tanto que, echándolo de ver Butrón, habiéndoles dado una blanda reprensión, les mandó que llevasen el cadáver á enterrar y trajesen piedras de otra parte. Con la asistencia, pues, de estos socorros, por instantes se iba exasperando más el combate, y era más numerosa la pérdida de los

1 Extraordinario valor de los muchachos de Fuenterrabía.

franceses; pero ya se procuraban desquitar. [1]Matárennos al capitán Esáin, que, defendiendo vigorosamente su puesto, cayó muerto en la misma brecha con una muerte honrosa verdaderamente. Ya mortalmente herido de tres balas de mosquete, sin que ninguna instancia, aún las fuerzas de los amigos, bastasen para retirarlo, mientras que con ánimo de embestir otra vez á los enemigos y rendir el último aliento en la misma faena de las armas, estaba con el borde del escudo limpiándose la sangre que le caía copiosamente á los ojos por un balazo que tenía en la frente, llegando en esto otro, que le atravesó el escudo y la cota, no solo lo dejó muerto, sino enterrado también, envuelto en la misma tierra que al impulso se movió. Hallado después con solo la cabeza fuera, lleváronlo á enterrar con notable sentimiento de los de Fuenterrabía, en quienes aún ahora después de quince años, como si hubiera muerto ayer, se mantiene fresca la memoria sincera y agradecida á este hombre, pequeño, sí, en el cuerpo, pero agigantando en el ánimo. [2]Murieron también D. Francisco Heredia, D. Jerónimo Jibaja, capitanes reformados y otros muchos también; entre quienes es digno de memoria el éxito de D. Domingo Valardi. Éste, imitando á su capitán Esáin (porque era alférez de su compañía) reñido del semblante y de alguna razón que le dió el capitán sobre que le pareció que andaba algo tibio, cerró tan coléricamente con los enemigos, que, habiéndolos hecho retirar y cargando sobre sus espaldas ciegamente, vino á caer muerto entre los mismos cadáveres franceses, tan inmediato á las trincheras de éstos, que no fué posible retirarlo para enterrar hasta la noche. [3]Con más felicidad el capellán de la compañía de Esáin, que era D. Alfonso Mendiguren, en medio de tanto extrago, metido á socorrer sus feligreses, á quienes veía en tanto peligro, desprendiéndose de la lenidad propia de eclesiástico, primero con la carabina y luego con la pica, no solo contuvo al enemigo, sino que le retiró algún tanto. Pero lo que más se señaló este día fué el indecible esfuerzo de las mujeres, que no dejó de ser mucho alivio para la tropa. [4]Viéraslas que pasando y repasando por entre las filas, llevaban á enterrar los muertos, retiraban los heridos y la curación de primera sangre por entonces corría por ellas. Otras, partidas así la maniobra, andaban muy de prisa acarreando del almacén ya las picas ya la pólvora, y en suma, las armas que se necesitaban, sin que sirviese instarles el Gobernador que se escusasen de tal riesgo. Pero él también necesitó que Butrón le retirase, insinuándole que mirase por su vida, no precisamente suya, sino del público, por haber notado que con demasiado arrojo andaba metido entre los que reñían, y que se humillaba á maniobras no del todo correspondientes. Advirtióse también con admiración que algunas de las mu-

---

1 Muerte del capitán Esáin.

2 Otros oficiales, muertos.

3 Riñe el capellan D. Alonso Mendiguren.

4 Ayudan sobremanera las mujeres.

jeres tuvieron valor para ir recogiendo, manosear y componer para el entierro trozos enteros y entrañas, que andaban por aquellos suelos, de algunas personas interesadas, que estaban hechos pedazos de la artillería: en tal extremo el amor al bien público no solo embraveció la ternura de este débil sexo, pero aún les desimpresionó de aquel horror, que es natural á un espectáculo tan lastimoso de prendas tan amadas. No pudieron los franceses aguantar ya más tan encrespada conspiración de todo sexo y edad. [1]Muertos los delanteros y los que más agriamente combatían, ya empezó á aflojar lo demás de la gente y á tirarse al foso. Al principio era una honesta retirada; pero apenas los de dentro cargaron con más ardor, viendo que estaban ocupados del miedo, pasó á ser atropellamiento y precipitada huída á las primeras trincheras. Pero no tardaron mucho los franceses en repetir el asalto; porque saliendo al encuentro á los que huían los principales jefes suyos, y tal vez los generales, según se podía conjeturar de la brillantez de las armas y capotillos encarnados, poníanles en la cara los espadines desenvainados, y castigaron á cintarazos la cobardía de los que corrían con demasiada aceleración: y de este modo pudieron hacerles parar, y que, allegada alguna gente de refresco, reasumiesen el asalto. Embistieron, pues, pero con cólera francesa: ordenadas á toda prisa sus filas, volaron otra vez por las ruinas resbaladizas de la mucha sangre: mas como era un valor no natural, sino concebido violentamente, duró poco, y más habiendo sido recibido por los sitiados con un nuevo y diabólico artificio. Consistió éste en disponer un barril lleno de piedras, en cuya tripa y en medio de estas iba una bomba atacada de pólvora. Por un pequeño agujero penetraba hasta el fondo de ella un canutillo también de hierro, pero mucho más largo que los que se ponen á las otras bombas, porque éste sobresale algo por la boca del barril; y plántansele en el tarugo la espoleta. Trajeron, pues, esta máquina del almacén; y cuando advirtieron que los franceses trepaban otra vez por la brecha, encendiéndose la espoleta, atrasaron con las picas al enemigo. Entonces, tirando el barril por la brecha abajo, arrastró consigo y oprimió á muchos: y luego llegado al foso, en donde había un hormiguero de franceses, como ya hubiese llegado á comunicarse el fuego, saltó con horroso estallido la bomba, y reventando á más el barril, despidió al contorno una gran borrasca de piedras con notable estrago de muchos; pues á los que cogió cerca, no solo los abrasó la llama, sino que los levantó en alto, y quedaron estrellados á la caída. Pero lo que principalmente mereció compasión fué un lastimoso fracaso de casi cuarenta franceses. Estos se habían acogido, hecho un pelotón, á uno de los ángulos del baluarte arruinado; cerca de donde por desgracia de ellos cayó el barril, que, después que desahogó su furia, les prendió el fuego en la pólvora que contra los nuestros llevaban prevenida en las cartucheras, con cuya llama se encendieron,

1 Otro asalto.

y fueron levantados en alto con un dolor tan vivo, que, no pudiéndole aguantar, rastreando se metieron á toda prisa en una balsa, que de resulta de las lluvias de los días antecedentes había allí cerca; donde, revolcándose en el barro, rindieron desdichadamente sus vidas. Con este estrago no solamente se contuvo, sino que se desbarató enteramente el escuadrón de los combatientes; y ya no alcanzaron á ponerlo en orden ni las órdenes ni las amenazas de su jefes: con que cesó totalmente el asalto que se tentó con tantos modos, todos infructuosos. Aquel día hubo de la plaza cincuenta entre muertos y mal heridos. De los franceses fueron, sin contar los heridos, trescientos los muertos, y toda gente muy lucida, según dicen, los más del regimiento del de la Valeta; y llegarían los asaltos á durar cerca de cuatro horas. Hacia la tardeada otra vez volvieron á las armas, porque se repitieron las amenazas y el miedo de que se reiteraban los asaltos; pues se advirtió que de los reales de Irún, y de los cuarteles que había cerca del puente Mendelo pasaban á toda prisa hacia Fuenterrabía muchas banderas; pero no pasaron de amenazas. La noche se empleó por ambas partes, unos en reparar y los otros en promover sus respectivas obras, facilitado el trabajo con la misma oscuridad. Los nuestros emprendieron al punto una banqueta en frente á la misma boca de la brecha para poder jugar la mosquetería con algún reparo, si no cubiertos del todo, á lo menos no tan descubiertos á los que intentasen el paso. Y colocóse un cañón entero en una de las casamatas de los cestones que miran á la Reina, para con él incomodar transversalmente á los que asaltasen. Fuera de esto enviaron por diversos caminos á Ubilia y á Ugalde; el primero, habiendo sido sentido de los franceses, hubo de volver atrás;[1] pero Ugalde con más facilidad pudo llegar á nuestros generales, á quienes halló ocupados en la faena de amasar el ejército.

Los franceses emprendieron de una vez muchas obras: empezaron á hacer tres zanjas para que pudiesen cubiertos arrimarse por ambas partes al asalto, porque así del baluarle de los cestones como de Santa María se les incomodaba mucho por los costados, siempre que tenían que sacar la tropa y ordenar la gente cerca de las ruinas de la brecha que mediaba entre dichas dos fortificaciones: al mismo tiempo trabajaron en disponer una galería de un tablazón muy seguro, que llegase hasta el enrono de la brecha al favor de la cual limpiaban la subida, quitando los cantos y piedras, y con garabatos apartaban los muertos para que los que otra vez asaltasen no se intimidasen al ver el estrago de sus compañeros. También en el terraplén que estaba cerca de la brecha dispusieron una mina. Persuadiéronse los sitiados que intentarían abrigados de la galería picar el baluarte para que la brecha se hiciese más capaz. Pero era muy otra la diligencia de los franceses; pues era su intención el que, conmovida con las minas la tierra y cayendo sobre las ruinas de la bre-

1 Pasa Ugalde al ejército.

cha, emparejase el piso, que por lo mismo estaba desigual. Los de adentro por retardar al enemigo en el trabajo, no hacían sino tirar grandísimos cantos, bombas y toda especie de arma arrojadiza. Pero la fortaleza de la misma obra fué bastante estorbo ínterin llegó la casualidad de que los mismos franceses desbarataron su galería. Y fué: que una bala de un cañón de batir, asestada por descuido del artillero algo más baja y descargando sobre la invención, le maltrató en mucha parte; y repitiéndole luego los nuestros con el cañón entero del terraplén de Leiva, se acabó de arruinar lo que quedó y oprimió á los que estaban debajo. En el baluarte de los cestones ni era menor el trabajo, ni era menor el recelo del asalto; porque ya los franceses lo habían barrenado con mina, y procuraban á toda diligencia perfeccionarla. Por lo que los de adentro un poco más atrás del baluarte disponían un reducto y empezaron á toda prisa á hacer una trinchera. Encargósele la sobrestantía de ella á D. Adrían Pulido, y se dispuso que los irlandeses la empezasen, y colocóse en ella el trabuco de las bombas para que, como pedrero cargado de bala menuda, esparciese su peste extendidamente, caso que, arruinado el baluarte, como se temía, entrase también por allí el enemigo. El día cinco se pasó [1] en el reparo y afán de estas obras, empeñados con el mayor conato y actividad, tanto más, cuanto SUELE ser más refinada así la esperanza como el miedo cuando está cerca el éxito de las cosas. Y además de la zozobra que causaba el aparato de tantas obras á un tiempo, no satisfechos con ella los franceses, no cesaban de aterrar con otra más eficaz, amenazando cada instante el asalto con gritos, con estrépito, con los repiques de las cajas, y finalmente sacando de cuándo en cuándo todo el día por aquellos manzanales inmediatos sus escuadrones. Lo que daba mayor cuidado era el no saber si había pasado ó no Hualde; porque aún no había hecho la señal de que había llegado á los reales españoles, hasta que á la tardeada, habiendo hecho humarada, como estaban de concierto en una colina cercana, se quitó la duda; y en esta parte siquiera tuvieron alivio los sitiados.

El día seis, repitiendo muy ágriamente [2] los asaltos, descargaron los franceses con mucho ardor el enojo que hasta entonces le habían tenido represado dentro de las amenazas. Los primeros crepúsculos manifestaron los socorros que de todos los cuarteles iban acudiendo á las trincheras más próximas á Fuenterrabía, y se divisaba que los ayudantes iban poniendo en orden mucho número de gente.[3] De allí á poco, habiéndose hecho señal de acometer, y recibiéndose con mucha algazara, saltó al foso su vanguardia con tanta alegría y satisfacción de que esta vez se hacían dueños del lugar, que llevaban también una pequeña vandera de tafetán blanco para enarbolarla apenas se plantasen en la muralla. A su confianza correspondió la

1 Día 67.
2 Día 68.
3 Otro asalto.

cólera propiamente francesa; pues habiendo trepado por la brecha sin detenerse, aun pasaron de aquel paraje, en donde había en tiempos dos árboles en el manzanal dentro del lugar. No hubo necesidad de tocar á la arma á los sitiados, pues toda la noche habían pasado sobre las armas en todos los ataques y guardias de la muralla, y apenas se vió el valor con que el enemigo trepaba por la brecha, con igual ardor le embistieron Beaumont, D. Juan de Roa, á quien Eguía había encargado la compañía de Esáin después de la muerte de éste, y de su alférez y Butrón con cuarenta vecinos los más esforzados que hizo venir de la estacada. Por ambas partes fué con mucho coraje la acometida. Como los franceses se habían con temeridad adelantado tanto, espoleábolos la misma desesperación y el ver que casi era más difícil retirarse que avanzar, fuera de aquella furia natural á esta nación en los primeros arranques y la alegría de que era suyo el lugar, á quien ya con la gana habían tomado, pero sobradamente temprano. También á los sitiados encrespaba á hacer el último esfuerzo, lo primero el paraje en que se reñía, nada menos que dentro de los muros de la ciudad: lo segundo ver delante de los ojos la última ruina, y más que todo, la misma valentía de los enemigos, como que con ella los estaban motejando de cobardes. Osorio, que aun en esta ocasión se halló aquí, viendo al oficial francés (dicen que era un pariente del Marqués de Gebre) vistoso con un capotillo de grana, le dió un recio urgonazo con la pica, y habiéndole herido, pidió cuartel; y diciéndole que ya no era á tiempo, repitiendo otro bote, lo pasó de parte á parte y lo tiró por la brecha abajo. Con el mismo ardor y con increíble presteza embistieron los sitiados á lo restante de la vanguardia, y aunque los de ésta reñían con mucho esfuerzo, los más quedaron muertos, estrago que, á no estar por medio el enojo, se hubiera arrastrado la compasión del mismo enemigo, porque por la gala de sus armas y vestidos se traslucía la nobleza de todos ellos. Mas ni tan atroz carnicería atemorizó á la retaguardia, antes como remangándose para la venganza, superaron sin detención la trinchera, y como si no pisaran montones de compañeros cadáveres, con aquel mismo garbo con que irían tras ellos, si vencedores hubiesen entrado en el lugar, llegó su embestida hasta la misma banqueta de los nuestros, é hicieron revivir la refriega. [1]Pero en el mismo paso muchos quedaron muertos y heridos, porque los sitiados descargaron mucha copia de armas arrojadizas de toda especie, y el cañón del baluarte de los cestones como los cogía de lado, hacía mucha impresión con sus contínuas descargas. Ni ayudó poco la maña de Alonso Morales, soldado de la compañía de Beaumont: diestro en arrojar granadas, las iba tirando muy á tiempo á donde veía que estaban apiñados los franceses; de suerte que ninguna caí en vacío, porque, sobre la destreza en tirarlas, conspiraban á ello lo estrecho del paraje, no pudiendo aflojarse las filas ni aclararse el escuadrón. [1]No obstan-

---

1 Otro asalto.

te, los franceses, aumentados y reforzados con socorros que se les enviaron, tercera vez intentaron superar la brecha y asaltar el lugar. Irritados los de la plaza de tan porfiado tesón y animados al mismo tiempo de la felicidad con que habían salido en todos los lances de antes, dejándose de la sorna de las armas arrojadizas, porque la furia de su coraje pedía más aplicación hácia el paso, empréndenlos vigorosamente con picas y con espadas, y desbaratadas las primeras filas, habiéndose hecho un considerable destrozo, rechazaron á los que quedaron. Al principio se retiraban los franceses riñendo, sin volver la cara. Pero como una retirada sin confusión alguna en ocasión que el enemigo aprieta es el pasaje más difícil que tiene la campaña, y más, habiendo de ser cuesta abajo y embarazada la brecha con las ruinas, sin que la vista pudiese influír para la seguridad, al cabo se vieron precisados á dar la espalda. Y entonces los nuestros, ensoberbecidos del suceso anterior, embisten con más enojo; y animándose con recíprocos exortos, salieron fuera de los muros, cargaron sobre la retaguardia, y no solo despejaron de franceses la brecha, sino que saltaron valerosamente al foso, echáronlos también de allí con notable daño, y no pararon de acosarlos hasta que pegaron con las mismas trincheras del enemigo. Los que principalmente se señalaron en esta acción fueron: D. Domingo de Osorio, natural de Deva; cuatro de Fuenterrabía, que fueron, D. Pedro Iburestera, D. Diego Miranda D. Tomás Arsu, D. Juan Basterrechea, y de Tolosa D. Antonio Sinsunegui. Acostúmbrese el idioma de los romanos al uso de las voces de los vascones, y ya que reputaría por propia la valentía de estos, no desdeñe como extranjeros sus nombre. Y no desfavoreció á lo hazañoso la fortuna: volvieron sanos á la plaza, después de haber desempeñado esta acción, solo que á la retirada hirieron á Miranda en la cabeza y á Arsu le pegaron un balazo al tiempo que el alcalde Butrón le daba la mano para ayudarle á subir á la muralla, pero ambas heridas más acarrearon de lustre que de peligro.

Con este ejemplar de esfuerzo se les desvaneció á los sitiados tan enteramente el miedo, que algunos se tiraron por la brecha abajo hasta el foso, y como por diversión se atrevieron á despojar los cadáveres, registrar las faltriqueras y sacarles el dinero con desprecio y manifiesta burla del enemigo, cuyas balas así de mosquetería como de los cañones les pasaban por el lado. Y más que el estrago irritó á los franceses la fuerza de este sentimiento.[1] Poniéndose, pues, otra vez en forma de batalla, y aumentados con alguna gente de refresco, embistieron con increíble saña. Y en realidad la vanguardia ya montó la brecha. Pero hiciéronles frente Osorio y seis de Tolosa con picas, vestidos con morriones y cotas. Osorio, habiendo herido de un bote de lanza al coronel francés que venía al frente, y quitádole el penacho del morrión, tan desairado lo dejó como tuvo de airosa la acción. Y sus seis compañeros á la primera envestida dieron en tierra con ocho de la vanguardia, y asistidos luego de más gente, re-

---

1 Otro asalto.

chazaron á los que quedaron. Ni fué menor el estrago en la retaguardia. Cerca de unos cuarenta de ellos se habían metido apiñados á un ángulo del baluarte arruinado; lo que advertido por los nuestros, que obraban en el través del cubo de los cestones, asestáronles el medio cañón, que además de la bala cargaron con palanqueta y metralla. Con el balazo que se levantó algo más, vino á tierra mucha parte del muro, por lo mismo que de antes estaba algo cascado, y oprimió con las ruinas á muchos que estaban debajo, y con los demás remató la metralla Rotos con tan gran destrozo los franceses, huyeron á todo correr á las primeras trincheras, y quedaron todos tan sobrecogidos del miedo por la contraria fortuna en tantas embestidas, que, habiéndose dispuesto nuevas tropas para repetir el asalto, y habiendo llegado hasta las obras inmediatas al foso, atónitos los soldados al ver el estrago de los suyos y el tesón de los nuestros, se pararon, y por más que los estimulaban tanto los repiques de las cajas como las amenazas de los cabos, no hubo forma de hacerles avanzar. Este día se riñó algo menos que en los primeros asaltos; pero se mataron algunos franceses más, porque se sabe de cierto que murieron más de cuatrocientos, y de hecho, fuera de algunas otras personas de distinción, halláronse muertos en la misma brecha cuatro capitanes, y otro tuvo la fortuna que, dejando allí mismo una pierna, que se la quitaron de un balazo; rastreando como pudo por la brecha y por el foso, llegó á los suyos. De los nuestros apenas hubo cuarenta entre muertos y heridos. Y de este número fueron algunas mujeres, que se hallaban mezcladas entre los que reñían. De los heridos de consideración fueron el capitán D. Juan de Roa (éste fué en el primer asalto) D. Adrián Pulido y D. Terencio, capitán irlandés, que mereció particular alabanza este día; porque, habiéndosele quebrado la pica en el combate, herido ya en la cabeza con dos tajos, con el pedazo que le quedó prosiguió en reñir hasta que después hizo lo mismo con una pica entera que cogió al enemigo, y poco después al tiempo de retirarse le pegaron un balazo en el muslo. Osorio, sin embargo de que la ropa tenía pasada de diez y seis balazos, y aún magulladas las armas, no obstante, salió sin herida alguna. Tan cierto es que las casualidades de la guerra se gobiernan por una cierta fuerza secreta, incomprensible al alcance de los hombres, y que en unos á la primera descarga los enojos de su ceño y con otros aún en muchas ocasiones obra tan favorable, que parece que se juega con ellos. Aguóse el contento de haber rechazado á los franceses por la desgracia de D. Juan de Beaumont. [1] ¡Reveses propios de la guerra, en que rara vez se brinda puro un placer.! [2] Peleando, pues, con grandísimo valor, lo hizo pedazos una bala de artillería al rematarse ya la función, acrecentándo-

---

1 Muerte de D. Juan Beaumont, y dióse la compañía á D. Luís. su hermano.

2 Dice el libro Economia de la vida humana, sección 7. fol. 29. La copa de la felicidad pura no está concedida al hombre mortal. Puedo congratularme de que en esta mi figurada versión coincidí en la expresión con el sabio chino, autor de aquellas máximas Santas, á quien he leido después de tener hecha esta traducción.

se la lástima por lo mismo que, puesto desde el principio para defensa de aquel baluarte, había sostenido todo el golpe del sitio, que cargó principalmente por allá. Dió el Gobernador el mando de su compañía á D. Luís, su hermano, con prudente máxima, como quien la entregaba á uno que había de vengar la vacante en que sucedía á un difunto hermano. De modo que se tuvo esta atención al muerto, y dióse este consuelo al vivo, fuera de que se había portado con mucho valor en los dos asaltos, y que estaba al salto para este empleo, porque era alférez de la misma compañía de su hermano.

Al paso que la victoria fué gozosa al principio, y se celebró con notables demostraciones de los sitiados, lo mismo fué remitirse algo el gozo, que intensarse en todos una grande zozobra de que tanto esfuerzos y tan señaladas proezas se inutilizasen, supuesta la tardanza de las tropas. [1] No se descubría señal alguna de haberse repara do el ejército, sin embargo de que á cada paso salían mirar á las colinas, en que antes se habían apostado los españoles, y echaban de menos en los compañeros el esfuerzo que ellos habían mostrado en rechazar al francés, con tanta más razón y casi irritados, por lo mismo que notaban la diferencia. Veían que con el estrago hecho en los franceses en los dos días no tanto habían quedado sus ánimos amortiguados, cuanto encendidos: que cerrada ya la puerta á una honrosa capitulación, lo menos sería pensar del pillaje, y todo en arrasar y pasar á cuchillo, sacrificándolos á ellos víctimas de tanto francés difunto y del mismo modo que en un particular duelo, aún cuando los desafiados son valientes, sucede que, herido el uno, aún el vencedor queda sobrecogido del espanto, así entonces quedaron los nuestros alegres, pero recelosos. Ni era mal fundado este recelo en cuanto al enemigo. Notábase que furiosos con la cólera, iban cuándo unos, cuándo otros, como remangándose á la venganza y por todas las tiendas y cuarteles trasluciese no tanto de consternación cuanto de enojo, que se concebía de resulta de comunicarse los respectivos parajes de sus desgraciadas funciones. Y no pienses que esta alteración de ánimos era solamente en el común de los soldados, cuyas expresiones más suelen provenir de aquel actual sentimiento de las cosas, que no del acuerdo ó mira de lo venidero: se dejaba conocer que corría lo mismo en los principales, en especial en una junta que aquel mismo día con el motivo de no haber surtido efecto los dos asaltos, procuró tener el de Condé. [2] Fué con mucho concurso de los mainates franceses. Todos fueron de sentir *que se debía dar prisa y afanarse en esto interin que el ejército español, á quien la tempestad disipó, vuelve á sus vanderas y andan divertidos los cabos en recoger la tropa*: *que si ahora se deja en reposo á los sitiados*, *¿qué hay que esperar cuando vean tremolar en aquellas colinas los pendones del ejército auxiliar?*: *que los impulsos de la temeridad son de poca duración*: *que si se pone en prueba muchas veces*, *de-*

1 Miedo de los sitiados, y enfado por la tardanza del socorro.
2 Consulta del ejército francés.

cae, y cae en cuenta de si misma: que su tardanza é inacción la interpretarían los nuestros como miedo y obrarían más temerarios, si conocían que empezaban á hacerse de temer: que se debía dar un asalto general á la plaza: que el valor recibe incrementos con la emulación de los regimientos y que la cortedad de los de adentro, repartida á un tiempo en muchas partes, no alcanzaría á la defensa: que, como intentaban el asalto solo por un paraje, luego venían de todos los cuarteles los más valientes y el nervio de la defensa que, dividido el asalto, manifestaría quién se portaba y quién no. En favor de este dictamen dicen que ninguno habló con más eficacia que el Arzobispo de Burdeos, que vino en un esquife hasta la tienda del de Condé, engreído con la victoria de Hoces, y engolosinado de la fama, sí, único vencedor en la batalla naval, lograse ahora ser uno de los principales en la terrestre, esforzando *que se debía dar toda prisa y dejar toda tardanza, que con ésta se habían malogrado muchas oportunidades en operaciones premeditadas y con un daño irreparable*, dando en cara á la milicia francesa que hubiesen estado tanto tiempo en la conquista de solo una plaza. En esta junta, según se supo después por los prisioneros, se determinó con unánime consentimiento que al otro día se cargase la mina del cubo de los cestones, y se atacase, y que el día consecutivo, en que se celebraba la Natividad de Nuestra Señora, volado dicho cubo con la mina, se hiciese un vigoroso y general asalto con todo el golpe de tropas terrestres y marítimas. [1] Encargóse el asalto de este cubo al regimiento del de Condé. Contra el baluarte de la Reina estaban destinados el de la Valeta y el de Forsa con sus respectivos regimientos. El de Burdeos pidió la estacada y el lienzo que cae hácia el mar, que ganaría llevando chalupas equipadas y lo mejor de la tropa de la armada. El de Agramont con el regimiento que mandaba se mandó tomar por escalada el baluarte de S. Felipe. Formada esta resolución, se deshizo la junta; con que luego se notó que por todas partes resonaban los reales con el estrépito ya de las órdenes de los cabos, del aparato del asalto y de menudearse las idas y las venidas de los soldados, disponer cada uno las armas, aprontar las escalas, y en suma, que todo se hacía con más fervor y con una prisa extraordinaria.

Advertíanlo todo los de la plaza, y del mismo aspecto de los reales fácilmente pronosticaban cuán grande tempestad amenazaba la incesante fluctuación de las gentes y aquella como crispatura de un mar que empieza á erizarse; [2] pero, no obstante, estaban muy sobre sí, preparados á cualquiera trance. Y en realidad: si uno se pone á considerar con alguna atención la escasez que por este tiempo experimentaban los sitiados de todo género de cosas y el infeliz estado dentro de Fuenterrabia, tendrá en mucho que en semejante apuro de cosas, conociendo la grande máquina de guerra que había de cargar sobre ellos, y mucho más después que se les desvaneció casi toda la espe-

1 Distribución de los ataques en el ejército francés para el asalto.

2 Moret en el tom. 1. de los Ann. lib. 1. cap. 3. párrafo 7. usurpa este mismo simil.

ranza de socorro forastero, no hubiesen caído de ánimo. [1] A Sagunto, á Numancia y otras ciudades ennoblecieron sus mismas cenizas, y en prevenir las ejecuciones del enemigo con una mal mirada fortaleza propia de la barbarie de aquel siglo. Pero sus defensores en su misma confesión concedieron la victoria al enemigo; pues de que sería suya, fué temprana declaración su anticipada muerte, y puede parecer que lo que hicieron fué arrimar ellos el hombro para que los otros los venciesen, y lo envidiaron, sí, pero no lo embarazaron. De suerte que en aquellas gentes hecha de menos la crítica un cierto punto de perfección, que consiste en no desesperar, aun cuando las cosas no dán lugar á la esperanza que está en mi juicio es la asignación del valor. [2] Al principio del sitio se contaban más de mil hombres de armas dentro de Fuenterrabía: de todos estos solo habían quedado cuatrocientos mal parados por los desvelos, flaqueza é inaguantable trabajo de sesenta y nueve días. Llevaban gastados novecientos barriles de pólvora, [3] que cada uno coge cien libras, no quedaban ya más de cuarenta y cinco, habiéndose en cada asalto de los días antecedentes gastado treinta, lo que hacía ver que los cuarenta y cinco no bastarían, si nuevamente se intentase el asalto por varias partes. Después que consumieron todo el hierro y plomo, echaron mano del peltre que tenían para el servicio de casa, y también se les acabó la mayor parte; de suerte que casi habían llegado al riguroso extremo de disparar con plata. Desde que empezó el sitio, en atención á la escasez se había ido dando la comida con tanta parsimonía, que al instante se quejaron los irlandeses. Habíalos afligido también la sed tanto, que se vieron precisados á cerrar los pozos, aunque ya se remedió este trabajo por las últimas aguas. Ya hacía con aquel cuarenta y tres días que rechazaban al francés, que obraba dentro del foso. Bien notorio era que Fuenterrabía había sido azotada de más de diez y seis mil balas de artillería, de modo que en algunos parajes ya no estaba más alta la muralla que lo que tenía de profundidad el foso. Habíanse tirado á dentro del lugar cuatrocientas sesenta y tres bombas, que apenas dejarían intacta alguna casa, y las más absolutamente quedaban arruinadas. El muy fuerte baluarte de la Reina estaba desbaratado al rigor de una mina, de modo que á pié llano podía meterse por él el enemigo. El de Leiva se sabía que habían de volarlo luego; pero por eso con mucha serenidad aguardaban al enemigo, que disponía un asalto general, y con él la última ruina; y asestada desde el palacio la artillería, no dejaban sosegar á todos los reales. Dos cañones principalmente hicieron aquel día dos tiros dignos de saberse. La noticia de que se había cogido ya el lugar ó se cogería luego, [4] y la codicia de comprar á menos precio el pillaje (como ha-

1 Paralelo de los defensores de este sitio con los más famosos del tiempo antiguo.

2 De este dictamen era Marcial, en quien en el libro II. Epig 56 puedes ver el distico siguiente muy oportuno al intento.

Rebus in angustis facile est contemnere vitam: fortiter ille facit qui miser esse potest.

3 Circunstancias que hace asombrosa la defensa de Fuenterrabía.

4 Dos tiros de artillería plausibles,

cienda de soldado) trajo á tres mercaderes ricos desde Bayona, que está distante unos diez y siete mil pasos. Estos, pues, consintiendo que el asalto sería en breve, retirándose del bullicio de los reales, se sentaron á comer en un manzanal. A poco, estando comiendo, se llevó á dos de ellos una bala, y al tercero le quitó una oreja, el cual, maldiciendo de la milicia, se volvió á todo correr á Bayona, y bien fundado correo, dijo allí *que ni Fuenterrabía se había cogido, ni se cogería tan pronto, según lo que á él le habían dicho á la oreja.* Pero este tiro surtió por acaso; en otro es de celebrar la habilidad. Habiendo pasado el río con esquifes, iba por el campo de Ondarraizo un entierro con grande acompañamiento, y se dejaba conocer que el cadáver era de alguna persona muy distinguida, por que, además de la diligencia de llevarlo á Francia, para llevar al hombro el féretro, iban cerca de veinte y cuatro vestidos todos con sus vandas encarnadas. Apenas desde la plaza se notó el concurso, sin embargo de que ya estaban lejos, se les apuntó con el cañón llamado *Santa Bárbara*, con tanta destreza del artillero, que pegó la bala en el mismo féretro, y disipó todo el acompañamiento, porque los que lo llevaban se acogieron á toda prisa á la primera trinchera dejando la infeliz carga, y tan infeliz, que ni el reposo de cadáver le permitía el ceño de la guerra.

Entre tanto nuestros generales, [1] habiendo ya reducido á las vanderas los visoños, y apostádose en el paraje que antes ocuparon junto á Oyarzun, favorecidos de la noche, bien informados por Hualde del apuro en que se hallaba la plaza, é instigados de las apretadas órdenes que nuevamente enviaba el Rey, pues decía claramente *que no admitiría disculpa alguna*, consultaron otra vez acerca de la suma de la guerra. Ni faltaban quiénes hacían revivir la proposición ya antes condenada, é insinuaban que era más acertado tirar á conservar este ejército, interpretando la tempestad como agüero, y asiéndose de la huída para prueba del éxito de la batalla, diciendo: *que con aquella les impedía el cielo tal empeño, y que con ésta se había dejado conocer qué confianza se podía tener de semejante ejército: que las borrascas y lluvias no llegan á la aspereza de una función militar, y que, cuando no más que un temporal algo cruel había cargado con la paciencia de tantos soldados; ¿si era fundada pretensión que los tales montasen las trincheras y venciesen á un enemigo más pujante dentro de sus mismas fortificaciones?: que de los desertores, siendo así que el tiempo ya había mejorado, muchos no habían vuelto: que se habían ido naturalmente á casa, cuya tardanza manifestaba que el temporal había sido solamente pretesto para la deserción: que la verdadera causa era el miedo de reñir.* Pero se opusieron el Almirante y el de Velez, diciendo: *que solamente se iba á consultar el modo de poner por obra la facción: que ésta ya estaba determinada de antes: que no habia motivo para omitirla antes:*

1 Resuelven los españoles dar la batalla.

que para la más pronta ejecución hácia la última carta del rey, que se manifestaba tan en contra de la lentitud: que puramente se les había llamado por si les parecía alterar algo del modo cómo se había dispuesto antes, y que lo demás no se tomaba en boca. Luego el de Torrecusa, y los que seguían el mismo dictamen, empiezan á ofrecer su más eficaz asistencia, á pedir la batalla y á defender su antiguo parecer: *que eran muy pocos los que faltaban de la tropa: que era fútil el agüero por la tempestad: el que, antes bien, como no lo interpretase el miedo, había sido próspero para los españoles, como que así quedaban separados de los cobardes los valientes, y con eso la cobardía de unos pocos no trastornaría la victoria, que siempre el pusilánime anda agorando los efectos de la Naturaleza.* Desvanecida así aquella proposición, volvió á tratarse del modo de la ejecución.

Unos tenían por más oportuna la noche para intentar la acción: *que semejantes embestidas son con muy poco miedo del que las hace; pero con muy grande del que las recibe* [1], *esto es, de los enemigos que quedan atemorizados de un mal inopinado; que hay mucha diferencia entre uno que de antemano fortaleció el ánimo contra el miedo y otro que sin pensar se halló sobrecogido de un riesgo: que al espantado todo se le antoja más abultado, y que tienen mucho de formidables las lobregueces: que con aquella confusa turbación se esparcen las tropas de los que se resisten ínterin no se aseguran hácia qué parte carga más el golpe del enemigo: que si los soldados ven antes de entrar en la función las trincheras de los enemigos, se amedrentan: que la noche cubre la estacada, el foso, los rebellines y máquinas: que no sin fundamento se dijo que* lo que primeramente se vence en las batallas son los ojos: *que varias veces con el favor de la noche pequeños ejércitos desbarataron á grandes*: y se traían para prueba varios ejemplares de la campaña de Flandes, la que se merecía especial atención y la victoria poco antes adquirida de noche en el dique de Caloo. Pero á los más agradaba la luz y el día, diciendo: *que es más lustrosa una victoria, cuyo testigo sea la claridad: que si se emboza bajo las tinieblas de la noche, se desacredita, porque se antoja como hurto y ratería. Y que sobre ser de más gloria y de más honor, aún se acreditaba más acertada esta determinación por el bien útil; pues la misma competencia sería el mayor estímulo entre la diversidad de gentes españolas gobernadas con tanta independencia de unas á otras, y que para este estímulo de la emulación se requería luz, y que hubiese como testigos los ojos de muchos, y que al contrario las tinieblas lo embotan: que se debía esperar al día, como que así se distinguirán el valiente y el cobarde: que el día es el que hace justicia del proceder de cada uno: que nadie se suele hacer casa de lo que de noche se hace mal, pero si las acciones son plausibles y honrosas, el más cobarde se toma mayor*

---

1 Dúdase si ha de ser de día ó de noche.

parte. Insinuaban también inconvenientes en atacar por la noche; pues que así lo más que se podía registrar eran las fortificaciones exteriores; pero que nada se podrían enterar de los reductos interiores, estradas encubiertas y demás resguardos en el centro de los reales, y que después de montar la trinchera, podrían tal vez empeñar al ejército en una emboscada: que por semejante ignorancia cuasi fué desbaratado el César con todas sus tropas en Durazo cuando atacó los reales de Pompeyo, siendo así que lo hizo de día: que los franceses aún vencedores en la batalla de Leocata por la noche, no se atrevieron en mucho rato ocupar nuestro campo, que ya estaba desembarazado: que se debe aguardar el día para que ponga de manifiesto lo interior de los reales y deje correr libremente el vencimiento.

Los más se adhirieron á este dictamen. Pero pareció mejor alterar algo en cuanto al modo de atacar y ordenar los escuadrones; porque antes se había resuelto que pasadas todas las tropas á las eminencias de Jaizquíbel,[1] bajase de allí el ejército, pero esto había de ser por unos parajes angostos, de modo que podían cojer por frente y podía el enemigo con facilidad rechazarlos. Con que pareció más conveniente que por aquella parte avanzase el Marqués de Mortara con una porción de gente, y que por un camino algo pendiente hacia la mitad de la subida del mismo monte atacase el de Torrecusa con un grueso respetable las fortificaciones del alto de Guadalupe. Uno y otro camino paraban en una moderada llanura delante de las mismas trincheras del francés, en donde debían juntarse ambos cabos, para que, extendida la tropa en la vanguardia, pudiesen con más vigor asaltar las trincheras, ó caso que se adelantase el enemigo y saliese á la llanura, lo cogiesen entre dos fuegos.

Esta junta se tuvo el día seis: y en ella se determinó que el día siguiente se fuesen arrimando las tropas á mucha cercanía de los reales enemigos, y aún que se apostasen, si pudiese ser, dentro de sus mismas fortificaciones exteriores: el día ocho, que es el consagrado á la Natividad de María Santísima, destinaron ya para una acción decisiva, á que se siguiese el descerco. Así, pues, que los españoles y los franceses con igual impaciencia, aunque con opuestas miras, aguardaban á un mismo día para que éste decidiese la suerte de la campaña. Pero la actividad del de Torrecusa previno á las resoluciones ya tomadas. Concluída la junta, dieron los cabos las correspondientes órdenes para que previniesen las armas, cuidasen de sí y de los caballos los soldados; quienes generalmente aplaudieron la determinación de la batalla, y se dejaba conocer que se empeñaban en ella con sumo ardor; pues se notó que en mucho número andaban por las tiendas de los capellanes confesándose,[2] y en fin, fortaleciéndose con los Sacramentos del rito cristiano para el último trance; pe-

1 Resuelven que sea de día.
2 Cristiana prevención de la tropa.

ro todo sin el menor asomo de aquel atropellamiento, que induce el miedo; antes con aquel asiento que piden las grandes operaciones, y la certidumbre de que se ha de seguir la muerte.[1] Repartiéronse las tropas al amanecer: á D. Pedro Girón además del tercio que él mandaba, se le agregaron el de D. Sebastián Granero y una porción de españoles de la armada y un escuadrón de la caballería del Marqués de Velez, que regentaba D. Fernando Ortiz, y se le ordenó que como antes inquietase desde cerca los cuarteles de Irún. Envióse á D. Antonio Gandolfo á que con el tercio de D. Francisco Mesia se apoderase del boscaje que quedaba entre el puesto de Girón y el alto Jaizquíbel, cerca de los cuarteles enemigos del puente Mendelo. Al de Mortara se le dejó la misma comisión de antes; y además del regimiento de Guzmán, se le dieron el regimiento de irlandeses, algunos estandartes de los españoles y la caballería que había llegado de Cataluña. Al de Torrecusa, puesto que había dado tanto calor para la determinación de la batalla, y pedía con ansia lo más difícil y peligroso de ella, para lo cual son menester soldados valientes por propia animosidad y que no aguarden á los empujes del que los manda; se le dejó que eligiese dos mil hombres, los que á él le pareciesen; y que en derechura avanzase hacia el alto de Guadalupe. Él al instante, instando muchos por ser elegidos, separó quinientos del regimiento del Conde de Aguilar y trescientos de la armada, agregados á este mismo; á todos los cuales regentaba D. Alonso Alarcón de Molina, con el título de teniente; también trescientos napolitanos del tercio de Moles; y novecientos navarros, seiscientos de los cuales eran del tercio de D. Fausto de Lodosa, yendo por sargento mayor D. Andrés Pérez de Trigueros, soldado yá muy veterano, y por capitanes los esforzados varones D. Francisco Garro, hermano del Conde de Javier, D. Diego de San Cristóbal, D. José Vayo, D. José Reta, D. José Muruzábal, D. Bartolomé Baigorri, D. Juan de Amezaga Lezea, y D. Blas Rodríguez. Los otros trescientos entresacó de los otros tercios de Navarra, ciento de cada uno de sus capitanes D. Pedro Ayanz, D. Juan de Egues, y D. Francisco Eguia Beaumont. A corta distancia detrás del de Torrecusa el Almirante y el de Velez junto con Roo, segundo maestre del campo general, reservaron puesto para atacar frente á las trincheras que estaban colocadas á la falda del alto de Guadalupe, de modo que estuviesen en proporción para auxiliar al de Torrecusa y pudiesen hacer alguna diversión á las tropas enemigas. Y en esta parte de los socorros quedaron el tercio de D. Cristóbal Bocanegra y el que dejó el de Mortara por mandar entonces al otro de Guzmán, y se había mandado que se retirase de Jaizquíbel; el otro, que se componía de los de Alava; y los tres restantes tercios de Navarra de los coroneles D. Gaspar Enríquez de Lacarra, D. José Donamaría, y D. Felipe de Navarra con la restante caballería de la misma nación, en número hasta cinco mil y quinien-

1 Distribución de los ataques.

tos hombres. Granero, Isasi, Guasco y Tutabilla, y otros oficiales principales asistían cerca del Almirante y del de Velez con orden de hacerlo por si algún acaso requiriese su más pronta asistencia ó dictamen. Hacían también más vistoso este lugar cerca de las personas de los generales el Duque de Alburquerque, el Conde de Sástago, el Marqués de Fromista, el de Espinal, el de San Damián y otros caballeros, y lustrosa comitiva del golpe de la nobleza.

Dispuesto el ejército en esta forma,[1] y dejándose oír por todos los reales devotas expresiones, con que se dejaba esta expedición en manos de María Santísima, cuya devoción es grande en España, y suplicándole fervorosamente que en el día de su Natividad prosperase las armas españolas,[2] empezó la tropa á salir del atrincheramiento, y se emprendió la marcha hacia el enemigo. Girón, que iba adelante, se apostó en el alto de donde le apartó antes la tempestad. Y él fué el primero que cerca de mediodia fué divisado por los de Fuenterrabía, con el alborozo que se deja conocer.[3] De allí á poco se aumentó éste por el mucho número de gente que se dejó ver en el alto de Jaizquíbel. El de Torrecusa, como tenia que pesar un valle profundo, se dejó ver más tarde. Pero, no obstante, era poco después de mediodía, cuando se descubrieron de la plaza lo primero su escuadrón al tiempo que montaba la mitad del alto Jaizquibel, y después la mucha gente que dejaba su socorro; tan fuera de lo que se esperaba, que, corriendo un centinela á dar la noticia al gobernador Eguía, no quiso dar crédito.[4] Rato antes que nuestras tropas se divisasen en las eminencias, como Eguía y Butrón estaban avisados en cifra por Hualde con tres ahumadas de que el socorro sería á los tres días, y veían que ya era el mediodía del tercero, y que no hacia el menor movimiento el ejército español, y á más, que no quedaba bastante día para la fragosidad de aquellos parajes, y discurrían que no bastaba para forzar las trincheras, enteramente habían desconfiado: y retirándose del concurso, quejándose entre los dos de que los habían burlado con falsas promesas; y faltándoles las lágrimas en fuerza del sentimiento y cólera. que formaron entre las sobradamente quejosas expresiones por la lentitud de nuestro ejército, pero con todo, sin aflojar un punto de su coraje, de modo que ni les pasase por la cabeza la rendición, habían ya resuelto pasar por todo y morir como leales y honrados: y dándose recíprocamente los últimos abrazos, habíanse de este modo animado para el último trance. Y no bien sustituída la serenidad á los semblantes se habían retirado Butrón á la estacada y Eguía hacia el baluarte de la Reina, parajes que uno y otro se habian ofrecido lo habían de ser para su muerte, cuando con la vocería, la bulla y la multitud de gente que les vino con el alborozo de que ya había movido la gente, convalecieron los dos de su

---

1 Día 69 y último del sitio.
2 Empieza el ejérrito á marchar.
3 Advírtienlo los de la plaza.
4 Desconsolada plática entre Eguía y Butrón.

grande desesperación. Y ahora que vieron acercarse los suyos hacia las trincheras del francés, y que el arrimarse tanto no dejaba dudar que era con ánimo de dar batalla, rebosando la alegría y levantando festivos gritos, subieron á los parajes más elevados del lugar, y con repetidas salvas de los cañones y mosquetes, que es el único modo que permiten las distancias, saludaron á los compañeros; y plantaron en la almena del palacio la bandera roja para asegurarles de su constancia con esta señal y animarlos con el ejemplo.[1] A poco, avivándose el atropellamiento, así de los españoles, que se acercaban más y más, como de los franceses, que de todos los cuarteles iban acudiendo, recelosos del éxito de la función, fueron en mucho número á la iglesia, y puestos de rodillas ante el altar mayor, en donde estaba la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, poco después también, acudiendo los sacerdotes, abrieron el sagrario, y descubriendo el Santísimo Sacramento, haciéndole primero oración, después encaminaron á Dios sus súplicas por medio de su Madre; que dirigidas así, nunca fallan.

[2]El de Torrecusa, penetrando en mucha cercanía del enemigo por un camino muy estrecho, por donde en muchos parajes con dificultad podrían ir dos á la par, poniéndose á considerar lo que le restaba por andar, notó que quedaba por la izquierda el alto Jaizquíbel, desnudo, patente, y de donde no podía recelar emboscada ninguna. Pero quedaba á la derecha un valle profundo, embarazoso por el mucho boscaje. Y recelándose por esto que al tiempo de pasar le cargasen por la espalda, envió allá á D. José Sarabia, teniente suyo, Caballero del hábito de Santiago, con los napolitanos para que le guardase el costado y la espalda ínterin montase á la eminencia. Habiendo salido de allí, y logrado puesto de bastante extensión; por medio de Alarcón formó en batalla á toda prisa la gente. Todo el tercio de D. Fausto de Lodosa le reservó para retén, y que los napolitanos hiciesen su deber á imitación de él. La demás gente ordenó así: los piqueros en medio; los dos costados defendía con bandas de mosqueteros, pero con tal disposición, que los fusileros estaban más inmediatos y los mosqueteros en las esquinas: y estas dos columnas iban sostenidas, la derecha por los capitanes D. Alonso Salamanca y D. Fernando Galindo con los de la armada y los soldados del Conde de Aguilar, y la izquierda por Egues y Eguía Beaumont con los navarros. En el costado izquierdo de los piqueros se pusieron D. Diego Eguía y D. Gabriel de Varaiz, que en otro tiempo habían sido capitanes. A cerca del primer lugar de la columna derecha, que es el de más honor entre los españoles, disputaron con honrosa emulación (pero no muy á sazón en realidad, estando tan cerca el enemigo) dos caballeros tan grandes en los pensamientos como en poder tenerlos: D. Beltrán de Ezpeleta, Vizconde de Valderro, diputado del reino de Navarra; y D. Miguel de Iturbide, Caballero del hábito

1 Conspiran los sitiados con oraciones.
2 Disposición del escuadrón de Torrecusa.

de Santiago: y alegaba cada uno sus graduaciones y empleos que antes habían tenido en la milicia: Iturbide, el haber sido coronel de la caballería; y Ezpeleta, maestre de campo. Y como el de Torrecusa se encogiese de hombros, deseoso de que la conformidad de las dos partes diese el corte á la contienda, porque como SOMOS tan desiguales los hombres en el balanceo de las injurias y el de las mercedes, esperaba menos agradecido al antepuesto, que, resentido al otro, cedió el Vizconde expontáneamente con sana y juiciosa resolución; porque el bien común no tuviese menoscabo alguno por una diferencia particular; pero habiéndole protestado que lo daba puramente al bien público, y que en su concepto el lugar más honroso en la campaña era el que cada uno defendiese con más valor. Dicho esto, se puso el inmediato á Iturbide. En la primera y segunda fila de los piqueros no se admitió á nadie que de antes no tuviese el baño de algún empleo militar. Contábanse veinte capitanes de experimentado valor. Todos los demás eran alféreces, hombres también muy alentados. Ordenado así el escuadrón, se empezó á mover. La estrechez de los caminos obligaba alguna vez á enrarecerse las filas. Pero apenas el camino más dilatado insinuaba poderse ordenar la gente, luego sin necesidad de que los cabos lo mandasen acudía cada soldado á su puesto. Vencidas estas dificultades, llegóse finalmente á aquel paraje en que la mayor altura del alto Jaizquíbel empieza á declinar hácia la llanura del de Guadalupe por un camino más ancho, sí, que el de antes, pero no más fácil de transitarse; porque en lo último de la falda hay unas peñas escarpadas fuera de la línea del atrincheramiento, en donde se habían apostado como unos doscientos carabineros franceses, que por el costado izquierdo incomodaban bastante á los nuestros. Entonces el de Torrecusa, sacando todos los mosquetes de ambas columnas, les dió por cabos á Egues y á Eguía, que estaban en la izquierda, y á Salamanca, que estaba en la derecha, y mandó embestir.[1] Empeñados estos con la emulación, y superada la aspereza del paraje, acometieron á los franceses; y desalojándolos de las peñas, los rebatieron hasta su trinchera, y apostáronse en el lugar que habían ganado, no obstante que obraban en ellos las baterías de los reales. De este modo logró nuestra gente alojarse en la eminencia mayor de Guadalupe, no obstante la dificultad de los caminos. Descubríanse de allí muy bien los reales enemigos,[2] que venían á estar algo más bajos, y se divisaba la disposición de sus trincheras. Casi de la misma puerta de la ermita de Guadalupe hasta el bosque de Justiz, que llega al castillo Higuer, corría una buena trinchera con su foso delante, cortada á ángulos para que así se pudiese obrar por la frente y por el costado contra los que embistiesen. Por la parte que corría la trinchera hacia el septentrión estaba bastante defendida por sí por lo escabroso y natural aspereza del terreno; pero por la parte que hácia el Occidente estaba accesible tenían hechas dos medias

---

1 Desalojan un destacamento de franceses.
2 Disposición del campo francés

lunas con su foso y trinchera en alguna distancia de la línea; pero con muy poca entre sí, en las cuales había cada dos cañones; y por mejor guarnición la tropa del Marqués de Forsa. Aunque la trinchera estaba enteramente seguida, estaba cortada en dos diferentes parajes, que servían de dos surtidas para la caballería. En el centro había muchos caminos, pero á excepción de pocos para la comunicación, los más estaban, ó cortados con fosos, ó fortalecidos con castillejos. Mandó el General parar su gente, y empezó á hacerse cargo de las trincheras enemigas, á ver por dónde se había de intentar el ataque. Y como la bella disposición de aquéllas no le dejase pensar sino melancólicamente, llamando á Alarcón, á Triguerio y á Sarabia, que ya había llegado con sus napolitanos á la retaguardia, retirándolos del concurso, les preguntó su dictamen. Es cierto que el haberse mandado pasar á toda prisa de la retaguardia instrumentos y haber ido gente á traerlos, parecía señal clara de que se habría tomado resolución de atrincherarse.[1] Y dicen que esta resolución dimanó de los mismos veteranos, corriendo de piquete en piquete el rumor de pedir los instrumentos. Pero esto no solo era de mucho coste, por ser lo más del terreno peña viva, pero ni era seguro en tanta proximidad al enemigo. Por lo que no se pensó en tal; antes toda la esperanza se colocó en la fortuna de una batalla y en los alientos de la tropa. Constituído Torrecusa en este apuro, fué muy conforme á sus deseos el que Sarabia, que anhelaba la principal gloria de este día para su nación, le hizo ver que tenía todo el tercio de los navarros dispuesto para la función, impacientes ya de ella con los estímulos de la emulación, y no del todo visoños, habiendo guerreado en los años antecedentes. Ni le cogió de nuevo este informe á Torrecusa: pues habiendo repasado las filas de este tercio, halló que estaban hablando entre sí con algún enfado en vascuence;[2] y preguntando el motivo, algunos, que iban con él, que entendían la lengua, le dijeron que estaban (digámoslo así) renegando de que estaban quietos y no se les daba orden de avanzar. Aun antes también el de Torrecusa había formado grande concepto de esta gente cuando cerca de los límites del reino á los tercios que estaban para pasarse á la Guipúzcoa halló muy ocupados en un ejercicio militar, ensayándose para la guerra: y muchos voluntarios nobles del mismo reino se habían incorporado á los piquetes de su tercio, á quienes el de Velez, aunque al principio los procuró tener consigo para que le hiciesen corte, no obstante, hubo de ceder á las instancias con que suspiraban por los más empeñados lances de la batalla. Ello fuese quien fuese el autor de ella, el hecho es éste.[3] Aprovechándose el de Torrecusa del ardor de la tropa, tomando el es-

1 Esta cláusula está en el original dos puntos más abajo; pero á mi me parece que este es su asiento natural, y el que Moret le dió, sino que en la impresión la deturbaron. No culpará esta licencia el que sepa que Maldonado sobre los evangelios dice que hay quiénes mande leer traspuestas unas palabras del Evangelio de pasión de San Mateo vers. 57. Ad. Cavpham:::

2 Impaciencia de los navarros porque no se emprende la batalla,

3 Determina Torrecusa darla antes de lo que se determinó.

cuadrón de Alarcón á la ligera, compuesto de piqueros y carabineros; y poniendo sus centinelas avanzadas hacia todas partes para que no pudiese la caballería enemiga sorprenderlos, dispuso que el tercio de los navarros y tres compañías, que había entresacado para desembarazar un alojamiento francés, embistiesen á toque de caja al reducto que estaba á la izquierda de los españoles, porque cogido éste, era más fácil de ganarse el de la derecha, porque estaba en paraje más bajo[1]. Iba capitaneando las primeras filas del tercio á la frente de la compañía de los de Sangüesa, D. Francisco Garro,[2] joven de grandes esperanzas, que avanzó el primero, tan celoso porque nadie se le anticipase, que, adelantándosele un soldado de su estandarte, que tenía fama de valiente, metidos ya entre la borrasca de las balas, lo cogió con la mano y lo retiró á su puesto, diciéndole: *que el capitán no se porta bien si no va delante para dar ejemplo*; *pero que el soldado como siga cumple bastantemente con su obligación.* Y luego pasando el foso, herido, y lleno de sangre suya, y el escudero á quien una bala de cañón le quitó de los hombros la cabeza y aunque lo tiraron dos veces al foso al querer montar la trinchera, y que fué milagro no quedar ensartado entre tantas armas de enemigos que le hacían frente; el primero con todo eso se plantó en el reducto y dejó desembarazado el paso á los demás. Ya los soldados de su estandarte y otros á porfía le siguieron, de modo que los franceses desembarazaron el lienzo que en el reducto hacía frente á los nuestros, y lo mismo hicieron de toda la fortificación; cuando en esto algunos soldados de á caballo enemigos, pocos, pero los más escogidos, favorecidos del humo de un cañón que se disparó á los nuestros, salieron al encuentro de improviso: y primero á pistoletazos y luego con las espadas (llevábanlas desnudas colgando de la muñeca derecha con unas cintas, porque no hubiese tardanza alguna en desenvainarlas ó envainarlas siempre que era preciso echar mano á las pistolas) acometen á los españoles: y habiendo sido turbado tal cual este escuadrón al tiempo de subir, y como no estaba sostenido de ningún piquero, porque todos habían quedado en la retaguardia; rechazáronlos casi hasta las peñuelas inmediatas: y animándose con esto su infantería, á quien tocaba la guarnición del reducto, recobráronlo después que casi lo habían abandonado á la primera asomada de los nuestros. Pero aunque fueron rechazados, cargando otra vez los nuestros á toda prisa los fusiles y animándose, porque vieron que su caballería no podría obrar por la aspereza del terreno, empréndenlos con mucho aliento: y aumentados con alguna gente que se les agregó, porque acudieron muchos del tercio de D. Fausto de Lodosa y algunos capitanes también del tercio del Conde de Aguilar con los más de sus mosqueteros, todos con mucho co-

1 Que fueron los navarros los primeros que embistieron las fortificaciones francesas en este lance lo tiene alegado el reino á lo menos en la petición de la ley 58 de la Novis. lib. I. tit. 6 de la gente de guerra.

2 Avanza Garro el primero con los de Sangüesa.

raje y de los napolitanos se habían entrepuesto en los piquetes D. Horacio Mañera y D. Tomás Pauiela, capitanes; haciendo una furiosa descarga, rompieron la caballería; y cargando sobre ella, la obligaron, no solo á que saliese de la llanura, sino también á que se acogiese dentro de sus trincheras y rebatida así, atacan sin tardanza alguna el reducto. Superadas sus trincheras, obrábase dentro de él, cuando la caballería francesa, saliendo de los reales en mayor número que antes, pegaron otra vez contra nuestra columna izquierda, que hubo de cesar en el ataque empezado, porque ES natural cuidar primero de defensores que no de ofender; y es que SON más eficaces los influjos del miedo que los de la esperanza. Embístense de ambas partes con gran coraje, y trabóse la función, desigual, sí, porque era de caballos contra infantes, pero igual en el denuedo de ambos. Vieras, pues, á los franceses andar en torno sus caballos, y en viendo desordenada alguna fila, darles de espuelas y meterse por allí, atropellar y descomponer á los que se oponían. Y los españoles, que iban en la vanguardia, como la cercanía y fogosidad del enemigo no les permitía el uso de las bocas del fuego, porque no había tiempo de cargar; vieras que unos les pegaban con las mismas culatas de los mosquetes ó carabinas, otros tirando estas armas y desenvainando las espadas, rechazaban á los que les embestían, traspasaban los ijares de los caballos y les desjarretaban las piernas: entre tanto nuestro centro hacía sus descargas, porque como los franceses estaban á caballo, se podía muy bien hacer la puntería sobre las cabezas de los de la vanguardia. Pero peleábase con desproporción de parte de los españoles; porque desde un fortín inmediato se les hacía un fuego muy vivo de toda especie, y á más, extendida su caballería por el frente y por el costado izquierdo, apretaban demasiado á los nuestros, que no estaban sostenidos de los piqueros, y con eso imposibilitados para conservar su terreno; con que ya habían empezado á cederlo; y era cierto que los rebatían, aunque llamaban á voz en grito que viniesen los piqueros[1], cuando en eso muy á tiempo, con suma presteza y valentía encáranse contra el enemigo veinte piqueros navarros de los voluntarios nobles que se agregaron al tercio de D. Fausto de Lodosa. Solo esto bastó para remediar lo que ya se consideraba desauciado, animar nuestra tropa, ya desmayada, y enfervorizar la batalla; porque hecho un pelotón de ellos, apiñadas las lanzas, esperaron todo el golpe de la caballería, que como traía á los nuestros de vencida, arremetió con demasiado coraje; con que entonces nuestros infantes, cobrando aliento con el arrimo de las picas, no solo se pararon, sino que se animaron á avanzar algún poco. Como la caballería francesa temió quedar ensartada entre las picas, volviendo las riendas á los caballos acechaban la salida; pero entonces nuestros piqueros, pocos sí, pero suplida la falta de gente con las sobras del valor, unidos y cosidos unos con otros, no hacían sino

1 Veinte piqueros navarros, que trocaron la suerte de la batalla.

oponer cuándo aquí, cuándo allí, el conjunto de las lanzas y atajar así al enemigo la salida, recibiendo por eso sin moverse las descargas que continuamente hacían los franceses con pistolas, pasando y repasando por delante. ¡Cosa verdaderamente asombrosa! Esta poca gente sostuvo inmoble las furiosas arremetidas de la caballería, que no la pudieron romper ni apartar de su puesto, no obstante que algunos quedaron heridos; porque á D. Francisco de Eguía, Caballero del hábito de Santiago, le dieron tres heridas en la cara, á D. Lorenzo Pérez hirieron en el costado, y del mismo modo habían sido maltratados D Juan de Egues y D. Juan de Balanza, Señor de Olleta; y finalmente D. José Vidaurreta después que quebró la lanza sobre un francés, que le hizo frente, atropellado por el caballo, cayó de cabeza por una cuesta que estaba allí cerca. Ninguno de los escuadrones cedía, y parecía que la función se mantenía con igualdad por las dos partes, porque á imitación de los piqueros obraba grandemente la mosquetería española, y esto que se les batía incesantemente desde el reducto cercano, no solo con mosquetería y bala de cañón, sino también con granadas. Viendo el de Torrecusa que no se avanzaba cosa, atenido solamente á obrar fuera de las fortificaciones, envió todo el retén que había quedado en la retaguardia, mandó venir á los napolitanos y con un capitán envió á decir al de Velez que aprontase nuevos socorros: y como en esto notase la prisa con que el de Mortara procuraba socorrer, ya cabían en su ánimo mayores esperanzas, que le hicieron dar de espuelas al caballo para plantarse delante de las primeras filas, sin que bastase á detenerle Sarabia, que le representó cómo todo el bien común pendía de la conservación de su persona, á que respondió Torrecusa: *que quedando con vida su teniente, nada se echaría de menos.* Y apenas se puso al frente de su vanguardia, notando la flojedad y remisión del fuego enemigo, de lo que infirió que con la prisa del cargar no se detenían los franceses en echar bala; intimando á su tropa este recelo, la esforzó dando una grande voz á que hiciese el último esfuerzo: y fué tan eficaz esta expresión y su ejemplar de valentía, que todos los soldados levantando á un tiempo una alegre vocería, avanzaron con extraordinario ímpetu, que no pudieron sostenerle los franceses; y así, empezaron á aflojarse algo las filas y á ceder el terreno. Al mismo tiempo salieron del ala izquierda los mosqueteros españoles, que, procurando rodearlos, empezaron á atajarles la retirada á sus reales. Esto bastó para que los que ya remisamente batallaban diesen á correr descubiertamente. Pero se hicieron fuertes algunos pocos, cuya vigorosa resistencia acreditó que si los demás se hubieran mantenido, se hubiera derramado mucha sangre: pues cercados por todas partes, manteniendo aquella misma viveza de reñir, en que se ve empeñado un valor por los mayores apuros de la necesidad, todos desde el primero hasta el último quedaron muertos. Dicen que era la guardia del Príncipe. Rechazada la caballería de la llanura, se ganó al punto el castillo, porque, asombrada su guarnición de la huída y matanza de la caballería, se retiró hacia el cen-

tro; á cuya sazón también la mayor parte del otro reducto á la derecha de los españoles lo desamparó. Alegre el de Torrecusa con estos progresos, juzgó debía aprovecharse de la turbación de los enemigos y cargar sobre ellos; no fuese que no continuando el movimiento, se entibiase el ardor de los vencedores, y al contrario, dejando tomar aliento á los vencidos, se encrespase el valor á persuasiones de lo pundonoroso; y más viendo en esto que el escuadrón de Montara bajaba á lo llano por la falda de alto Jaizquíbel y que ya su vanguardia tocaba cerca de las trincheras enemigas, y que también los tres restantes tercios de navarra venían á toda prisa por orden del de Velez; con que se echó sobre los reales con todo el grueso de las tropas. Fué algo lenta la batalla en esta primera acción de acometer, consistiendo en la aspereza del terreno y en la grandeza del peligro; porque, como ya se dejaba ver el centro de los reales, divisábanse puestos en forma de batalla muchos escuadrones de piqueros, sostenidos de copiosa mosquetería. Pero después que de la columna derecha salieron los más valientes españoles, y de la izquierda envió delante el de Mortara para sostenerlos un escuadrón de caballería andaluz á la orden de D. Andrés Aria Maldonado y otro de napolitanos, y cargaron rechazando los primeros piquetes; se dejaron vencer del miedo los franceses, cuya turbación en las filas y alguna asomada de huída indicaba el ruído de las picas, que tropezaban unas con otras, que los soldados tienen por señal patho-gnómica en las enfermedades de la guerra. Lo que apenas fué advertido por los españoles, como también desde la altura en que estaban el gran botín que en los reales les esperaba, espoleádose además de eso de lo glorioso de una victoria no esperada, cerraron los ojos á los peligros, lisonjeados de un anticipado consentimiento en el próspero éxito de la batalla; y animados con esta esperanza, embisten de nuevo á los franceses, bacilantes y desmadejados ya: y á la primera arremetida los obligaron á huír, de modo que atropellaron en la huída á todos sus jefes que intentaron, pero en vano, detenerlos, y reasumir la batalla; con que los nuestros, roto así todo el escuadrón enemigo, lo echaron absolutamente del alto de Guadalupe.

Ya por todos los reales se había extendido la huída y consternación; y de todas las fortificaciones interiores menos del fortín que cubría el alto *La Gracia*, que está inmediato al lugar, se iban retirando guarniciones enteras sin haber disparado un fusil, atemorizadas solo de ver los regimientos que del alto de Guadalupe se descolgaban; cuando, trocado enteramente el semblante de la batalla, casi nos quitaron la victoria lo primero la fortuna con aquella inconstancia de siempre y lo segundo la codicia del pillaje, que muchas veces ha malogrado las victorias [1]. Dejándose llevar los españoles de una de-

1 Este Aphorismo político fue dictado antes que por Moret, por Xenoph: Hostis fugiens cuam primum est persequendus: Nec vero Victor exercitus in spolijs illius legendis, donec fugientem prorsus profligarit, debet retineri. Por Tácito: Hostis opprimendi facillima tunc ratio, cum prædabundus, et improvisus vagatur. El mismo Tácito en otra parte: Prædæ aviditas magnas victorias avaris, et avidís militibus eripit. Polibio: Aviditas fæpe pulcherrimas rerum gerendarum ocasiones corrupit, et hosti alioqui trepido victoriam concessit. Phelipe Comminés: In conflictu avaritia, libidoque prædandi ut plurimum perdit victoriam. Tucydides abrazando las dos causas, que en nuestro caso intervinieron: Spes prædæ, vel nimius hostium victorum contemptus fæpé pulcherrimas víctorias corrup, itadeeque nonnunquam ex victis victores essecit.

masiada confianza, y juzgando que la victoria era cumplida, porque de todos los reales se traslucía la flaqueza, y más entrando á la sazón por las fortificaciones de la mano izquierda el Marqués de Mortara con un ordenado escuadrón, con quien hizo general la consternación del enemigo; se iban divertiendo en el despojo así de las inmediatas tiendas como de los franceses muertos, pocos al principio pero á poco, con el mal ejemplo de los primeros, muchos, desgalgándose piquetes enteros: y según el puesto que cada uno había tenido en la campaña, regulaba el pillaje por suyo, y no permitía que los postreros se hiciesen dueños de él, diciendo: *si lo habian de llevar sin riesgo alguno, y los que vencían se habían de quedar sin más interés, que la honrilla de vencer que para ellos era fútil y aérea?* De esta inconsideración resultó que se redujo á muy pocos el número de los que picaban la retaguardia. Lo que advertido por algunos oficiales franceses, pasando del desprecio del corto número de los nuestros á la satisfacción de que esta era buena oportunidad para ellos, empiezan á detener del brazo á los quehuían, embarazar el paso á los cobardes, y animar á los que algo bacilaban, diciéndoles: *¿ya de qué huían?: que volviesen la cara al enemigo: que diesen asenso á sus ojos, que verian cómo era fácil vencer al enemigo, por estar esparcido, cargado del pillaje, sin orden y sin gobierno alguno: que éste era el mejor lance de borrar su afrenta y de castigar la temeridad de los españoles: que todavía estaban todas las trincheras en pié, y como reasuman la batalla, acudirán todos: que el enemigo ocupado todo en robar, y por no saber aprovecharse de la victoria, les estaba convidando con ella.* Estas razones contuvieron á los más, que escapaban en la retaguardia, y en el mismo ardor del correr se pararon repentinamente, lo primero una porción no despreciable de infantería, lo segundo un fuerte escuadrón de caballos, que se puso delante de los infantes, y por fuerza en una campaña muy del caso para extenderlos. Atribuló mucho el riesgo por la no esperada resistencia: y aunque desiguales con mucho en el número, unos pocos infantes mandados por Triguerio, y una partida de caballos á la orden del capitán Eguía Beaumont, suspendiendo la carrera con que iban, compónense á hacer frente al francés, insinúan el riesgo á la tropa, divertida en el pillaje, y procuran con toda prontitud ponerla en orden. Y aunque los españoles que estaban cerca, dejando el pillaje, acudían á toda prisa á sus filas, y se iban componiendo en escuadrón, apenas corrió el rumor de que se renovaba la batalla, no obstante, ya la cosa estaba en muy mal estado, porque eran superiores los franceses así en el número de todas las tropas como en lo florido de la caballería. Pero mientras unos y otros procuran engruesar sus filas, y medrosos cotejan sus respectivas fuerzas, ésta inacción fué de mucho bien para los nuestros, porque así dieron lugar á que llegase la caballería que había salido de la columna izquierda. En mucho rato no se sabía de ella, porque estorbaba la vista una colina que había de por medio, pero ahora de pronto á un mismo tiempo españoles y franceses la vieron que trepaba un alto, que dominaba

el ala derecha de los franceses. Pero ni aún con este socorro eran bastantes para la acción los nuestros. Mas se completó la victoria, no tanto con el favor de la fortuna, cuyo ceño solo llegó á hacerles ver el peligro en que se ponían, cuanto por el miedo de que estaban sobrecogidos los franceses; pues fácilmente recaen en este afecto los ánimos que anteriormente fueron impresionados del mismo. Pues lo mismo fué ver la caballería que pensar solamente por dónde escaparían, y desmayarse enteramente[1] Lo primero dió á correr la caballería que estaba por frente, y desbarató el cuerpo de su infantería, á quien tan perverso ejemplo junto con el impulso inspiró la huída. Con que ya no hubo más batalla ni asomo de ella: y solo se veía una precipitado huída y una carnicería lastimosa, un destemplado clamor, compuesto de los ayes de los que corren y de las amenazas de los que persiguen por descargar sobre sus espaldas; mucha algazara de los vencedores al señorearse de todas las trincheras, y á cada paso por aquellos campos, tendidas las armas, que la cobardía condenó como inútiles y la gana de escapar calificó de embarazosas. Ya para total seguridad del vencimiento habían el Almirante y el de Velez con maduro acuerdo pasado con la retaguardia la estacada, y ganados los ataques de lo último de los reales; porque contingencia alguna no interrumpiese el feliz curso, aseguraron con muchas guarniciones los más oportunos puestos[2]; con que se aumentó en el enemigo la consternación y consiguientemente la huída.

Cuando el de Condé[3], que en el primer reencuentro había corrido á caballo hasta las trincheras del alto de Guadalupe, advirtió que ya su caballería estaba rechazada, las trincheras rotas, llenos todos los reales de miedo, y consternación por todas partes, y en suma, que la cosa estaba ya en tal mal estado, que sería imposible suspender el curso de la victoria, porque á manera de torrente se había extendido por todos los alojamientos; lastimándose de su desgracia, al ver que no solo se le iba como de las garras la presa, sino que se hallaba ya desalojado; dando de espuelas al caballo, se encaminó hacia el mar, y ni aún se detuvo en su tienda, con ser que pasó por junto á ella; y llegado que hubo á la lengua del agua, desmontándose del caballo, se metió á pié por el mar adentro para que se avivase; más la diligencia en arrimarle alguna de las chalupas: y en efecto en una de ellas hubo de pasar á la costa de Francia con pocos que le acompañaron uno que poco antes mandaba un ejército tan numeroso y tenía tan cerca una armada vencedora. Los más de los ge-

1 Este pasaje confirma lo que ya previnieron dos historiadores, primero Herodoto, cuando dijo en una parte: Ejercitum perterrefacit etc. profligat etc. in fugam vertit, si quod auxilium hostibus adventare vel cernatur, vel credatur. En otra: Attonitis iam hostium metu hominum animis quidquid supervenit sive ordinario, sive extraordinario naturæ cursu, id omne attonitis pavorem auget Después Thucydides: In certamine seu prælio auxilium cuantumvis exignum ex insperato pro nobis hostibus ostentatum, vel in eos irruens etiam eos victores in fugam vertir.

2 Todo esto fué muy conforme á las máximas que inspiró Herodoto. Una: hosti victo, ac perterrito, ut plena sit victoria nostra, insistendum. Otra: Victi hostes non prius relinquendi, quam castris quoque, quantum maximé fieri potest, fuerint ejuti nec illis spatium respirandi, seque in ijs confirmandi, etc. colligendi dandum est.

3 Suerte del Príncipe.

fes franceses siguieron el mismo rumbo. El Arzobispo de Burdeos se acogió á la armada. También hacia allí empujó la huída en mucho número las reliquias del ejército roto; de suerte que toda la costa que corre desde donde estaban las trincheras más inmediatas á Fuenterrabía hasta el castillo Higuer le ocupaba una lastimosa tropa de gente, por habérseles interceptado la huída; pues por fuerza las chalupas y barcos había quedado los más en la arena por la baja marea, como que parecía que aún el mismo mar miraba con mal semblante la acelerada huída de los franceses; y el número de las chalupas no alcanzaba con mucho á la gente que había de pasar. Apretaban, pues, por atrás los españoles; y como algunos de estos al favor de las alas que dá el vencimiento se habían adelantado ya, encarando sus fusiles á montones enteros de franceses;[1] vieras una infinidad de estos tirarse á medio de las olas: atropellábanse infantes y caballos por meterse los primeros en las chalupas, y ya metidos, procuraban retirarlas de la orilla, ayudándose de la prisa de los remos y de los palos, sobrequienes, afianzados, hacían fuerza para navegar otros al contrario por detenerlas, y no quedar excluídos de su abrigo, de modo que ni le disfrutaban ellos ni lo permitían á los demás por aquel género de necio consuelo, que halla lo medroso en hacer que sea de muchos un mal que se padece; porque las chalupas por una parte con la porfía de quererlas unos retirar y otros detener, y por otra parte con el peso de los que cargaban encima, iban al fondo, desasiéndose de ellas muchos, que, mezclados luego con los que iban á caballo, como no podían mantenerse á pié firme por las olas que desde el mar alcanzaban, se los sorbían las mismas olas: y si algunos quedaban sobrenadando, eran blanco de nuestra mosquetería, que desde la orilla los iban matando á balazos. Armas, caballos y gente, todo pereció, y lastimosamente, aunque es verdad, que los más caballos desprendidos de los ginetes volvían á nado hacia la orilla. No les hubiera costado tanto una reñida resistencia, ni hallarás fácilmente otro ejemplar de que se perdiese más número de gente en una huída que en una batalla.[2] Lo que prueba la grandeza de la pérdida es la grande y extraordinaria pesca que se hizo aquel año en el puerto de Fuenterrabía, y todos los peces gordos muchísimo,como si los hubieran tenido repastando. Algunos pocos se libraron entre los bosques inmediatos al mar, y cogiendo de noche algunas chalupas de la armada, se pasaron á la otra parte. Más feliz fué la huída de otros, que desde las trincheras de más abajo, con miedo de que el Almirante y el de Velez lo interceptasen huyendo del mar, por un camino que ya de antes estaba allanado para la caballería, entre unas lagunas torcieron por el alto de la Gracia hacia el puente Mendelo, y desde allí tiraron á otros cuarteles menores, que estaban en Irún, aunque no por eso lograron la retirada quieta é impune totalmente; porque los de

---

1 Turbación de los franceses en el agua.

2 Gran pesca que resultó de la matanza de los franceses.

Fuenterrabía cuando vieron que pasaban el alto, les asestaron y dispararon la artillería desde el fronterizo baluarte de la Reina y mataron algunos. Pero después que se pudieron cubrir de la puntería de estos cañones, no recibieron daño alguno; porque Girón no supo nuestra buena suerte, aunque ya llegaba á oír la bulla y gran tumulto de los que reñían, pero sin poderse asegurar hacia quién se inclinaba la victoria, porque le impedían la vista los altos y bosques que hay por medio; ni se le había mandado tampoco que diese batalla, sino puramente tocar algunas alarmas hacia los cuarteles de Irún. De este modo, pues, estos últimos franceses, habiendo llegado impunes á algunos cuarteles menores, á una con la guarnición que allí encontraron, favorecidos del silencio de la noche, y dejando allí la artillería y casi todos los bagajes, municiones y bastimientos, pasando el río, se anticiparon con la prisa del huír á Girón, que no entró en los reales hasta el amanecer del día siguiente.

Yá la victoria se había extendido por todos los reales, excepto el alto de la Gracia, cuya guarnición no solo nada atemorizada por el estrago de los suyos, pero embravecidos hasta el grado de lo furioso, en una agria descarga de balas arrojaron toda la ponzoña, cuyos simples eran la gana de vengarse y la rabia de ver desvanecidas sus esperanzas; y batían á Fuenterrabía con más hostilidad que nunca, asestados todos los cañones y mosquetes contra el baluarte de la Reina, de modo que ninguno podía casi mantenerse en la muralla. Y aunque los sitiados celebraban con notable alegría el trastorno del ejército francés, y que se hubiesen ya ganado por los nuestros las trincheras; y hacían también el mejor semblante al estrago y ruina de los enemigos, y finalmente, deseaban coadyuvar por sí al vencimiento, y salirse de la plaza á satisfacerse de los males que se les habían causado; no obstante, como NUESTRO ánimo es siempre más apegadizo hácia aquellas cosas que costó mucho trabajo conservarlas, los pudo contener dentro de la ciudad el miedo de que, ó la desesperación de los franceses, ó alguna de aquellas inopinadas casualidades de la guerra cortase tal vez á lo mejor el curso de la victoria y parase en ellos Fuenterrabía, si se dejase desguarnecida, inutilizando así tanta sangre derramada.[1] Pero cuando vieron la temeraria porfía de los franceses, no pudieron sobrellevar que los vencidos inquietasen más á los vencedores; con que cogiendo las armas como unos ciento y cincuenta, saltan por sobre las ruinas, y atacaron á las trincheras, en donde, matando á los que intentaron defenderse, y poniendo en huída á los restantes, hubieron de confesar, aunque á duras penas de su tenacidad, que padecían la suerte de vencidos. A la vuelta tres de Fuenterrabía se desviaron á registrar la mina con que barrenaban el baluarte de Leiva, y hallaron dentro á los gastadores franceses, que, ignorantes todaeía de la mala suerte de los suyos, estaban royendo las entrañas de los muros, y acabaron con ellos dentro

---

1 No pudieron los de la plaza contenerse al ver la porfía de los franceses.

de la misma mina. [1]El número de los muertos fué mucho menor que lo lustroso de esta victoria; porque los que murieron á hierro no fueron más de mil y quinientos; pero los ahogados se cree que fueron más de dos mil: ni los españoles quedaron privados de sus despojos; porque la primera alta marea que hubo sacó á la playa grande montón de cadáveres, porque el mismo mar se mostró partidario de los españoles, y parece que conspiraba á dar realces á la victoria; pues así como primero su baja marea imposibilitó la huída de los franceses, con dejar las chalupas en la arena, así después la alta marea sirvió de enriquecer el botín. [2]Cogiéronse dos mil prisioneros, ochenta banderas, veinte y cinco piezas de artillería, de batir las más, y muy grandes. Distinguíase entre todos un cañón, que tenía grabado el nombre de Richelieu y este epígrafe: *Ratio ultima Regum*, letra que se puso con sobrada moderación; porque no es esta la última razón que gastan los más reyes, sino la primera. Hallóse en los reales mucha cantidad de bastimentos de toda especie y el dinero de los pagamentos, porque se dejaron abiertas las tiendas de las tesorerías: y en la del Príncipe se descubrieron todas las secretas instrucciones para esta campaña; pues se encontraron muchísimas cartas del cristianismo y de Richelieu. Entre las cuales es digna de saberse una, escrita de parte de Richelieu al Príncipe, su data en Abebbilla á veinte y cinco de Agosto. [3]Allí dice: *que tiene por muy importante que se fortifique á Fuenterrabia*: *y que en este asunto proceda el de Condé con la misma prisa que si los españoles la hayan de sitiar luego al otro día que se coja*: *que para hacer esto*, *envía con el portador de la carta cuarenta mil libras y al obispo de Nantes con un ingeniero práctico*: haciendo la prevención *de que no se divierta en otra cosa ni un dinero de esta cantidad*, *ni el Obispo tenga otro cuidado ninguno*. Sábese de cierto que este mismo obispo tenía compuesto un sermón rumbático para el día de Nuestra Señora [4]para dar en la iglesia de Fuenterrabía el parabién de la victoria á los grandes de Francia. Tan satisfechos estaban todos ellos de que habían de ganar esta plaza. Todo este dinero paró en manos de los nuestros. Lo que daba gusto ver en los reales de los franceses eran los aparadores, llenos todos de bagilla de plata, y sus tiendas adornadas de muchas y preciosas alhajas, desatendiendo al desaliño, de que se hace vanidad en la campaña; y en la del Príncipe, su cama y colgadura de mucho valor, y fué parte del pillaje la encomienda de la Orden de *Sancti Spiritus*, engastada en piedras preciosas con su collar de oro. Se valoró todo el pillaje en un millón de escudos. Al instante acudieron muchos mercaderes, llamados, como sucede, de aquel menosprecio con que los soldados venden como quiera las cosas, porque ellos nada estiman más que el dinero de contado. Así como la ninguna

---

1 Vana prevención del cardenal Richilieu.

2 Otra igualmente vana del obispo de Nantes.

3 Número de los muertos.

4 Presa.

noticia que de la victoria tuvo Girón sirvió á los franceses de que no fuese tan sangrienta la batalla, así también su precipitada huída hizo que fuese casi de ningún coste para los españoles. Solo cuarenta se echaron de menos, y los heridos serían como unos sesenta: y en aquel número entraban diez y ocho, que mataron del tercio de Don Fausto de Lodosa;[1] y en éste treinta y seis que le hirieron. Entre los piqueros de distinción en este tercio, fuera de los heridos ya dichos, merecieron particular alabanza: D. Juan de Mutiloa, diputado del reino de Navarra; D. Juan Dicastillo, D. Juan de Angulo, caballero del hábito de Santiago, D. Lorenzo Samaniego, D. Fermín de Arburu y D. Ignacio Baquedano, quien tampoco se debe pasar en silencio por la particularidad de que, puesto para guarnición del primer reducto, que se cogió al instante, volvió sus propios cañones contra los franceses con mucho estrago de ellos. Del tercio de Aguilar Coello y D. José Garín, capitanes, habiendo embestido con denuedo en el primer ataque, quedaron muertos: y de los napolitanos fueron heridos D. Horacio Mañera y D. Tomás Paulela. Echóse de menos también entre los demás á D. Esteban Minuarcio, que por orden de Sarabia, á quien asistía con el título de ayudante, había penetrado hasta la vanguardia á dar orden á los capitanes para que avanzasen, y era uno de los que conspiraba á ello con ardor. A fé que pocas veces se habrá logrado con tan corta efusión de sangre una cosa tan grande como ganar unas trincheras, pertrechadas á porfía á esmeros de la Naturaleza y el arte.

Yo no dudo que se andará por adivinar el motivo, [2]porque ya sé que luego después de la batalla la anduvieron rastreando muchos de aquellos que con demasiado prolija crítica se ponen á filosofar de los sucesos de la guerra, como de miembros y de cuerpo, y de las causas internas y secretos designios de las cortes, como que son el alma de aquéllos. Y yo reputo como parte del desempeño de esta obra lisonjear su gusto y satisfacer su deseo. Algunos de los nobles de Francia, porque ya de antes estaban malquistos por diferencias particulares, y porque esto hace tal cual papel de consuelo en los sucesos adversos, insinuando algunos pocos culpados por disculparse á sí y á los demás, divulgaron con arrojo que España había negociado con oro la victoria. Y es cierto que luego á resultas del desastre algunos se dejaron impresionar de esta sospecha, aunque temerariamente concebida. Pero ello fué: ó que preparados sus ánimos de mala voluntad por sus particulares sentimientos, fácilmente se inclinaron á creer esta culpa en los otros, ó dió motivos para este recelo el mismo arrojo de los españoles en el ataque, por hacerse éste increíble á no darle alma algún espíritu secreto, ó arbitrariamente se agarraron de esta especiosa disculpa de su huída divulgando estos rumores, que suavizasen el vivo resentimiento de su estrago, porque

---

1 Sujetos que se portaron del tercio de Lodosa.
2 Cabilaciones de gacetistas.

hay muchas cosas que prueban que se espacio esta fama con falsedad. Por una parte el genio de Guzmán, que siempre estaba mal con gastos de esta especie, que frecuentemente solía llamar *dinero perdido*. Por otra el no haber sabido palabra el Almirante y el de Velez de un negocio, que sin duda se les debía participar. Fuera de esto, nuestro soberano, que el mismo día, y casi á la misma ora que fué la batalla, habiendo confesado y comulgado, le dijo estas razones á Guzmán: *hasta ahora Condé había suplicado á Dios que se sirviese defenderme a Fuenterrabia* [1] *de las armas de nuestros enemigos*; *pero ya es corregida y enmendada mi súplica*; *pues se la he entregado toda á Dios*, *y la he puesto á su voluntad y disposición*, porque lo primero al instante corrió la noticia de que había dicho estas razones, lo segundo; que así lo dicen los que estuvieron de corte aquel día, y esto es también muy conforme á la cristiandad de nuestro rey. Tampoco él hubiera permanecido en la desconfianza que le sobrevino con la funesta noticia de la pérdida de la armada, y de que el ejército se había disipado en fuerza del mal temporal, si él hubiese sabido de antemano que estaba corrompido el enemigo con la mina de la negociación. Por otra parte una cosa tan grande ni debió ni pudo, ni convenía tampoco encubrirse el soberano. Fuera de que los mismos franceses, habiendo á instancia principalmente del de Condé recibido información acerca de esto (que á tanto llegó este vago rumor) nada pudieron descubrir, aunque interesaban tanto en ello. Tampoco esto decía bien con los primeros pasos de los sitiadores, y con lo bien que se portaron en el sitio, y esta otra, que es la señal patho-gnomónica para distinguir lo verdadero y lo falso, al instante se desvaneció este juicio temerariamente hecho; cuando sabemos QUE LA VERDAD, cuanto más tenga de días, más logra de robuztez. Sé también que el Almirante, á poco que entró en los reales de Hernani, como hubiese hallado todo en tan mal estado, y no como á él se lo habían pintado, hizo mucho sentimiento de que hubiesen metido su persona en este aprieto, que, conociéndose flaco por la tardanza de las tropas, consultó secretamente con los más confidenciales de sus amigos acerca de la suma de la guerra, y que no faltó quien dijese que se debía procurar corromper el ánimo del Príncipe. Pero el Almirante, previniendo primeramente que el no admitir este consejo no era por miedo al gasto, pues solo de la renta de su casa le sería fácil juntar doscientos y cincuenta mil escudos, dijo que ni al respeto de su persona ni al honor de la nación española decía bien una victoria que publicase la fama haberse ganado en las manos y no con las manos; no con raudales, sino con caudales. Y como á las demás dificultades añadiese también esta otra: que no sería posible negociar esto por medio de los franceses con seguridad, ni se descubría modo cómo lo pudiesen hacer los españoles; el mismo que me tiene contado este lance insinuó este arbitrio: que al campo que está en medio de nuestros cuarteles y los del enemigo, que unos y

---

1 Devota oración del rey católico.

otros pudiesen divisar, saliesen como desafiados dos caballeros españoles, el uno de los cuales después de haber reñido fingidamente, había de tenderse como que era muerto; y acudiendo luego las guardias nuestras, corriese el otro al cuartel de los franceses como de miedo á la justicia, llevando en la mano la espada, que para esto debía de antemano estar ensangrentada; que con esta estratagema se insinuase en la amistad del Príncipe y hechase un tiento de negociación en su ánimo. Pero el Almirante, como era un hombre que entendía bien el carácter de su persona, hallándose armado, no se acomodaba á hacer plegarias ni por asomo, y más que si el Príncipe (como era de persuadirse de una persona tan inmediata al trono) no escuchase esta casta de ofertas, se había inútilmente desatendido á lo pundonoroso. Ocurríale también le calificasen con la nota de aquel refrán común, que *piensa el ladrón que todos son de su condición* Entre estas, pues, y otras consultas las tropas que de Navarra y Cataluña le llegaron le hicieron consentir en las esperanzas de una indisputable honrosa acción. Por lo que, desaprobando enteramente el consejo de los otros, todo se volvió á atender solamente á su autoridad y fama. Y nadie quiera mejor prueba de que no se recogió semejante especie de negociación, sino que no hubiese el Ministro dado en cara al Almirante con que la había abrazado.

Hay quienes creen que la victoria [1] se adquirió por visible favor se dejó el común de los vencedores impresionar de esta cristiana aprensión; ni tenían por despreciables los motivos que hacía concebir que Dios estaba de parte de los españoles, y consiguientemente adverso á las armas de Francia.[2] Lo primero: que Mos de Forsa, cabo principal, hereje calvinista, profanó la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, haciendo que sirviese de caballeriza y después allí mismo otro hereje como él, por orden suya hizo una plática blasfema contra Dios y su Religión Católica con mucho aplauso y gozo de Forsa, que decía: *que ahora moriría contento, una vez que había oído exponer en pública perdicación la religión de Calvino dentro de España*; aunque después los prisioneros dijeron que el Príncipe le había reñido ágriamente por esto, y que había dado rigurosa orden á los artilleros para que no asestasen los cañones á la iglesia de Fuenterrabía. Pero al contrario dentro de la plaza fué especial la devoción á Nuestra Señora de Guadalupe: y no fué menor la puntualidad en cumplir el voto que hicieron, que la religiosidad en hacerlo también los soldados del ejército español solemnizaron con particular obsequio el día de la Natividad de Nuestra Señora; pues se confesaron y comulgaron antes de la batalla, y el víspera habían los más ayunado expontáneamente, de Dios y particular intercesión de los santos [3]. Y no sin fundamento

---

1 Atribúyese al cielo la victoria.

2 Nuestro Rey de Navarra, D. Sancho García, es celebrado especialmente por esta religiosidad de atribuír á Dios principalmente las victorias. Asi lo publicaba la inscripción de una piedra en el castillo de San Esteban, ahora Monjardín Moret tom. I. de los An. lib. 8. cap. I. párrafo último.

3 Sus motivos.

sin que les estorbasen su cumplimiento ni el insoportable trabajo de caminar y de reñir, ni una vez conseguida la victoria aquella seguridad que siguió, que siempre suele ser olvidadiza de lo devoto; y los hombres siempre han sido más puntuales y prolijos en hacer á Dios rogativas por una necesidad, que no en dar las gracias después de remediada [1]. También el Marqués de Velez, varón de notoria cristiandad, que se había confesado y comulgado poco antes que se presentase la batalla al enemigo, sin embargo de que tenía tirada una cortina para que no le viesen, lo halló y notó un íntimo amigo suyo haciendo oración en lo más retirado de la tienda puesto de rodillas y derramando copiosas lágrimas. A todas estas cosas en común se atribuyó aquella fortaleza, que repentinamente se infundió en los ánimos de los españoles, y tan extraordinaria alegría en emprender la batalla, que ahora con increíble ardor clamaban ansiosos por ella los mismos que poco antes por falta de sufrimiento á la aspereza de un temporal desampararon las vanderas; pues como en el primer ataque les diesen por el costado izquierdo una viva descarga, se vió que algunos de la vanguardia hicieron zumba de las balas, que silbando les pasaban por las orejas, y habiendo levantado tierra una bala que cayó junto á los pies de un soldado, grito con linda gracia á los franceses, *que apuntasen más alto, que malográban muchos tiros.* Y persuadiese que sin auxilio del Cielo no podía ser el que solo dos mil hombres (que al principio no eran más) ganadas las fortificaciones exteriores montasen una trinchera, cuya guarnición eran siete mil hombres y un valiente cuerpo de caballería, y á quienes acudían socorros de todas partes, y es: que se les caían de las manos las armas á los franceses por un impulso secreto, que los desanimó como puede un trueno ó un rayo. Y que no quedaba lugar alguno de duda, puesto que por las circunstancias del tiempo y del lugar había rubricado el Cielo por suya la victoria; pues se venció al enemigo la víspera de la Natividad de Nuestra Señora, empezándose la función al mismo tiempo que la religiosidad de los sacerdotes entonaba las vísperas, y se mantuvo lo más vivo de la batalla y se empezó á señalar la victoria cerca de la misma puerta de la ermita profanada; habiendo además de esto cogido al predicador calvinista, aunque por descuido de nuestra gente se les escapó poco después. Dure, quiera el Cielo, en nuestra nación esta religiosa generosidad de dar las victorias á especial asistencia del Cielo, bajo cuya potestad están, y yá que su providencia atiende al gobierno de las cosas más menudas, se repute por irreligiosidad el pensar que lo próspero y adverso en las guerras, que es lo mismo que decir, las primeras y principalísimas atenciones de los hombres no tienen otro móvil que el ciego antojo de la fortuna, y que corren no más que sujetas al impulso que le dán los designios de los hombres.

---

1 Esta observación tan obvia á cualquiera, cómo se le había de haber escapado á Ciceron? Facilius (dijo) in timore benigni, cuám in victoria grati solent ese homines.

[1] Pero aun no me parece que he satisfecho bastante la obligación que me incumbe, si no paso adelante á mostrar cómo en este hecho se hermanaron los designios humanos con los divinos[2]; porque aunque tengo por cosa santa, reliosa y ajena de toda superstición el que las victorias se atribuyan á Dios, como que yo no entiendo por fortuna otra cosa que á Dios; y pienso que los altos y bajos de las guerras son sobre el alcance de la corta capacidad humana; porque, ó una palabra dicha inconsideradamente, ó una turbación movida sin motivo, ó finalmente, las cosas más fútiles, que no se pueden precaver por toda la cautela de los hombres, dán y quitan á cada paso las victorias, de modo que por esto es presumible que los antiguos oráculos de los Santos Padres con ningún otro título nos recomiendan á Dios que con el de *SEÑOR DE LOS EJÉRCITOS*, como que más parece que el mismo Dios entre todas las cosas de los hombres se agrada con especialidad de este dictado[3], no obstante templase de modo el supremo obrar de Dios, que no desdeña la cooperación de las criaturas; antes se insinúa primorosamente á las causas naturales al modo que los cuerpos celestes, los cuales reparten con los sublumares aquella su fuerza y eficacia de obrar. Ahora, pues, en las pérdidas de las batallas de todas las causas humanas ninguna suele ser más frecuente que la equivocación de los enemigos, y á ella atribuyeron luego los vencidos en esta batalla, y así lo manifestaron á los vencedores los mismos prisioneros. Entre los cuales un caballero francés, llamado Teletua, de la Orden de San Juan de Malta y ayudante del regimiento del de la Valeta, preguntándole el motivo de la huída, al instante expuso ésta, que lo diré yo más por extenso. Y es: que en el campo español había un espía, que con bien logrado fingimiento era sabedor de todo lo más secreto de la guerra: de modo que nada se trataba ó se disponía en nuestro ejército que al punto no llegase á la noticia del enemigo. Algunos han creído que fué un criado del de Velez, francés de nación, pero que lo disimulaba muy bien; porque ya los muchos años que tenia de servicio en nuestras tierras lo habían españolizado, al cual después del descerco, habiéndosele hecho causa por otras cosas semejantes, vieron quitarle la vida los españoles con mucha complacencia. Fuese, pues, este ú otro el acechador y espía de las secretas determinaciones de nuestro ejército, ello es que todo lo que trataron y resolvieron los españoles en la última junta que se tuvo en el cuartel de Girón la noche anterior á la batalla al instante lo supieron los franceses; y les aseguraron también que el siguiente día solo se ha-

1 Verosímil fundamento que por la parte de lo natural ocurrió.

2 Reputó siempre Morét por principal parte y obligación de Historiador este empeño; pues en el tom. I. de los An. lib. 8. cap. 5 párf. I. exhibe la causa natural, porque los reyes cristianos se ven tan sobrepuestos á Abderramán, no obstante la pérdida de la batalla de Valde-Junquera.

3 Moret tom. 1 de los An. lib 7. cap. 2. párrafo 5. dice: En príncipes guerreros (habla de su piedad y religion) suele ser este afecto más frecuente, por lo que los riesgos de su empleo inclinan á solicitar propicio á Dios; y por ser experiencia aún más sensible, que en las demás cosas humanas en la guerra, que la felicidad de ella pende más que de la industria humana, del favor divino.

bía destinado para ganar algún puesto cómodo en alguna inmediación á los reales enemigos, como en realidad se determinó. Y en esto estuvo que ellos se persuadieron que aquel día no habría función alguna; ó cuando le hubiese, sería una arma ligera; y á lo menos que los españoles no tirarían el dado de la ventura con todo el golpe ó último resto de tropas. A esta equivocación atribuía Teletua la precipitada huída, porque con la improvisa invasión quedaron atemorizados los franceses; y es: que Torrecusa la emprendió vigorosamente, ó por la oportunidad que hallaba, ó, como otros discurren mejor, por secreta orden que tuvo del Almirante y del de Velez; los cuales, apenas se concluyó la junta, como habían experimentado que todas sus resoluciones paraban en la noticia del enemigo, sin poder saber el conducto, al tiempo de despedirse el de Torrecusa, le dijeron en secreto al oído *que aventurase del todo aquel día la acción: que ellos le asistirían á tiempo.* Esto había dicho también al maestre de campo D. Fausto de Lodosa el mismo Teletua, á quien cogieron prisionero los de su tercio, y reconocía él que esta había sido la causa y no las otras; y eso que era Lodosa un hombre de un talento especial y de una juiciosa crítica, y que entendía que lo que los mandrias llaman *fortuna* no son más que las ocultas causas humanas y naturales, y que por eso no se aquietaba, sino con prudentes fundamentos[1]. Y fuese el dicho ú otro el motivo de darse aquel día la batalla; ello es que por la equivocación de los franceses se concluyó más presto de lo que esperaba; porque embarazados por lo repentino de la precisión que tenían de reñir, y sobrecogidos de aquella turbación, que de suyo trae cualquiera novedad, y de tan extraordinario arrojo de embestir los nuestros con mucho menos número de gente unas trincheras tan fortalecidas; y sospechándose por ello que para esta confianza no podía menos de haber algún motivo superior; al punto cayeron de ánimo los franceses. Acreditó el suceso de esta batalla: lo primero, que hace mucho al caso para la victoria haber de antemano con madura previsión fortalecido el ánimo contra el miedo, y sacudirlo de sí con familiarizar la idea del riesgo que se ha de emprender: lo segundo, que á los espías, aunque sean los más fieles, se les ha de creer con muchísimo tiento y con la precaución de que SIEMPRE se ha de esperar del enemigo más mal que el que se noticia; y que el general para cuando se halle apeado de sus primeros intentos ha de tener ya otros reservados como de retén.

Concluida que fué la batalla y aseguradas las trincheras por todas partes con numerosa guarnición,[2] repasando el Almirante y el de

1 Moret tom. I .de los Anales lib. 3. cap. 3. párrafo I. El parar en la providencia de Dios se tiene por de ingenios lerdos. y que no quieren fatigarse; como quiera que su gobierno es tan suave, que, insinuándose con las causas naturales y encaminándolas ocultamente á su designio, parece que las cosas ellas mismas se hacen: que si fuera muy visible la mano que las mueve, poco hacia la piedad en reconocerla y adorarla.

2 Entran el Almirante y el Marqués de Velez en Fuenterrabía.

Velez todas las obras del enemigo, y pasmándose ellos mismos de la victoria; después que empezó á anochecer, se encaminaron hácia Fuenterrabía con mucha comitiva de los grandes y principales del ejército, en donde, recibidos con mucha luminaria y aplauso de *VIVAS* y parabienes, montando la mayor parte de la caballería por la brecha que había en el baluarte (dióse esto lo primero al honor de los sitiados, lo segundo, para hacer más ilustre el triunfo, esto es, lo uno, que el mismo pasar la caballería mostrase cuán arruinadas debían de estar aquellas fortificaciones; lo otro, que como que los portales no bastaban para el concurso, era preciso entrar por las brechas) habiendo entonado el *Te Deum* en la iglesia de Fuenterrabía en hacimiento de gracias, como es de costumbre, devotos reconocieron deber la victoria á Dios, libertador, y á su Madre Santísima, y de allí, como el palacio estaba todo maltratado é indecente con las ruinas, los llevaron á casa de D. Miguel de Casavante, un generoso vecino de los principales de aquel país, aunque en realidad tampoco su casa estaba del todo exenta del mal trato de las bombas. Y habiendo allí recibido y abrazado con las más expresivas demostraciones de cariño al Gobernador, á Butrón y á los demás sujetos distinguidos de la ciudad y de la guarnición, y aplaudidos con magníficas expresiones por el tesón con que se habían defendido, y asegurándoles que podían esperar del Rey grandes mercedes; también ellos de su parte y en nombre de la tropa y de los vecinos les dieron las gracias, reconociéndoles la conservación de su vida, de su libertad y de sus intereses, de modo que en política contienda de hermosas expresiones, los unos dando mil parabienes por la victoria, los otros cediendo la principal gloria de ella á los que habían dado oportunidad para vencer, con haber dilatado el sitio tanto tiempo en medio de tantas incomodidades y riesgos del mayor aprieto; entre estas conversaciones, pues, y festejados de los repiques de las cajas, de las festivas hogueras que había por todos los reales, de repetidas salvas de los cañones y mosquetes, y en fin, de los *VIVAS* y aclamaciones del ejército que celebra su vencimiento, pasaron una noche gustosísima, y muy desemejante á las anteriores.

Al otro día Butrón, para que los cadáveres no excitasen alguna maligna intemperie en el aire, lo que hizo fué tomar cien paisanos, y con ellos recorrió los reales enemigos; y arrastrando todos los muertos á los fosos delante de las trincheras, y desmoronando los ataques y baterías, cuya tierra echaron encima, enterraron á todos los franceses con sus propias obras.[1] Y los dos Generales saliendo á la mañana á ver el lugar, les descubrió el día lo furioso del sitio y los trabajos que habían padecido los sitiados, mucho más de lo que ellos habían pensado, y hasta entonces lo había callado la oscuridad de la noche: no se veía por todas partes sino la mayor desolación, que daba lástima; derribados todos los edificios; las calles, pues, intransita-

---

1 Salen los Generales á ver la ciudad; y se pasman de ver el maltrato de ella.

bles en muchas partes con las ruínas de las casas; de modo que casi no hallaban á Fuenterrabía dentro de Fuentrerrabía[1]. Por otra parte veían tendidos por los rincones de las casas que se pudieron librar de los bombazos, y en otras partes en los zaguanes (para que si caía la casa, pudiesen mejor librarse) los enfermos y otros que no se podían valer, por estar maltratados en los miembros. Ni era muy diferente el aspecto de los sanos: no se veían sino rostros, trafijados todos y macilentos. Poco después pasaron á reconocer los prisioneros, y se dió orden para introducir en la ciudad las piezas de artillería, que se cogieron; y fueron también con chalupas algunos paisanos, para que unos cañones que dejó el enemigo en la batería de Ondarraizu á la otra parte del río, aún sin haberlos retirado á la noche (que á tanto llegó el atropellamiento de la huída) se trajesen igualmente á la plaza. A los prisioneros nobles, cuyo número era grande, se dió orden de poner á buena custodia: á los demás enviaron á trabajar en las murallas con grande complacencia de los del lugar, que veían repararlas por los mismos que tan mal las habían deparado. Pero no tuvieron mejor rato los de Fuenterrabía, que al ver entre las otras piezas de bronce un mortero de un buque extraordinario. Dos habían usado los sitiadores, pero el uno se les había reventado poco antes. [2]Al tiempo, pues, que lo empezaron á tirar, vieras á todos ponerse en gran número al rededor; y haciendo memoria del mal que les había hecho, blasfemaban (digámoslo así) de tan atroz peste para sus casas y bienes; decíanle mil oprobios; y lo maldecían como que era máquina inventada por las furias infernales, amagando aun á pegarle. Mas luego, suavizado algo el enojo, como que ya se habían vengado, iban saltando y brincando por burla delante del mortero, como si fuera un prisionero capaz de sentirlo hasta que lo quitaron de la vista, metiéndolo en el almacén.

A la tarde la armada francesa, que, mostrando en su negro velamen el sentimiento de la pérdida de la batalla, se mantuvo hasta entonces en la concha, abandonando la guarnición del castillo Higuer, levantadas las áncoras, se hizo á la vela para el puerto de San Juan de Luz. Allá mismo se habían congregado las reliquias del desbaratado ejército, siguiendo las huellas del Príncipe y de los demás Grandes; y á toda prisa empezaron á fortificar el lugar. Habiendo hecho reseña de la tropa el de Condé, dice que halló de menos cerca de ocho mil hombres fuera de otros tres mil escogidos, [3]que, según noticias confirmadas por el dicho de los prisioneros, se cree que perdió en todo el tiempo del sitio. Luego pidió cange de los prisioneros, diciendo al mismo tiempo que rescataría á cualquiera precio los escritorios que se le habían quedado con cartas de la Majestad cristianísi-

1 No es nueva expresión de hipérbole esta de Moret; pues es remedo de otra da Ovidio en el lib. 8, del Metamorph. Describiendo el Hambriento, cantó

: : : appositis queritur ieiunia mensis, Inque epulis epulas quærit.

2 Castigo de los vecinos á un mortero.

3 Gente que perdió el francés.

ma, instructivas de esta campaña, las alhajas de su tienda, y sobre todo, la encomienda engarzada en piedras preciosas de la Orden de *Sancti Spíritus*, que en Francia es de grande honor. El Almirante y el de Velez, deseando con igual ansia vencer en lo garbosos al enemigo, que en lo guerreros hicieron vivas diligencias, solicitando lo que pedía, asegurando que ellos lo pagarían. Pero temiendo naturalmente los soldados que era trato muy aventurado meterse en cuentas con quien les podía mandar no pareció cosa ninguna: y asi hubieron de responder que habían sido despojos y victimas del pillaje de la tropa que no se podían rastrear; que si lograran, no aguardiarían á que él enviase el precio del rescate: [1] y aprobaron las veras de esta oferta con la bizarría que gastaron en enviarle luego mil y seiscientos prisioneros por ciento y cincuenta españoles: entre quienes vinieron los capitanes D. Alonso Laredo y D. Francisco Diest, cogidos en la última salida que hicieron con mal suceso, León de Leguía, vecino de Fuenterrabía, aquél tomando cuya voz vinieron los de Hendaya á platicar sobre la rendición, y D. Pedro Baigorri, sargento mayor en Flandes, que fué á quien Ferdinando de Austria envió al Rey con la noticia de la victoria, conseguida en el dique de Caloo, y que aportó con ignorancia al castillo Higuer. [2]¿Quién diría que rotos y rechazados ya los enemigos con tan grande estrago, podrían tener algún peligro los españoles? Tuviéronle, pues; y más grave después de la victoria y en el mismo triunfo que en la misma batalla. Fué el caso que los franceses que asistían en los pequeños cuarteles de Irún, cuando determinaron ya la huída, exasperados con la fuerza del sentimiento; dentro de la casa de Juan de Arbeláez, que es la mejor entre todas las de aquella villa, y en lo más bajo de ella dejaron cubiertos muchos barriles de pólvora, y contigua una mecha encendida, templada de modo que fuese quemándose muy poco á poco, porque discurrieron que se alojaría naturalmente en esta casa la gente de más porte de la tropa; y querían que su desgraciado fin sirviese de algún consuelo, como de hecho no lo erraron del todo los franceses; pues como el Almirante y el de Velez hubiesen enviado á Irún los más de los tercios después de la batalla para que desmoronasen los fuertes que el enemigo había hecho á la otra parte del río; salieron ellos también á ver el trabajo, cortejados de numerosa comitiva de nobles, á quienes favorecían con la estimable honra del hospedaje; y justamente se encaminaban todos á la misma casa que los nuestros habían destinado para alojarse en ella; y los franceses para desalojarlos del mundo. Pero como hubiese ido con alguna anticipación Don Pedro Salazar, mayordomo del Almirante, y anduviese corriendo la casa y registrando todas sus oficinas para disponer el hospedaje, [3] dió por casualidad con la maldita invención de los franceses, á tiempo que ya la mecha suavecitamente estaba muy cerca de la pólvora,

---

1 Galantería de nuestros generales.

2 Mal vista intención de una traza de los franceses.

3 Felicidad con que se evitó la desgracia.

De este modo, pues, á esmeros de la fortuna se rebatió una perversísima traza, con que sin duda hubiera perecido miserablemente la flor de la nobleza española. Buena prueba de que EN los sucesos humanos no hay cosa absulutamente segura; pues en su mismo triunfo casi vemos enterrados á los mismos generales, dueños de la victoria.

[1] Apenas por las provincias de España corrió la noticia de que en Fuenterrabía habíamos vencido y hecho huír al francés con grande estrago, no creerás de qué gran gozo se llenaron los corazones de todos. Ya la fama (con aquella tropelía que suele correr al principio tan sin rienda en exagerar las malas como las buenas nuevas hasta que por fin con el tiempo se le pasa la cólera, y se aquieta) había divulgado y ponderado poco antes sobre toda verdad, que las tropas españolas se habían desvanecido, unas por el mal temporal y otras por deserción. Con los melancólicos rumores que uno sobre otro iban viniendo, habían venido todos á tal grado de desconfianza, que nada se temía más que la rendición de esta plaza. Y aun cuando llegase la noticia, no parece que podría acarrear mucho sentimiento: que la mayor parte de él ya estaba aligerada con la previsión y consentimiento. Una vez cogida esta ciudad, contemplaban que había de reproducirse la guerra dentro de España; y los inconvenientes de una guerra dentro de casa, parte se los pronosticaban, y parte habían aprendido con el magisterio de la experiencia, como es lo desabrido de las levas; nuevas contribuciones de dinero; el atrasado en el comercio; y (lo que también es regular que suceda en la novedad de una guerra) aquella inconstancia y poca seguridad de órdenes por la diferencia de gobernadores, que á cada paso se mudan; y sobre todo, como los oficiales no tienen conocidos los soldados, ínterin el tiempo los vaya arrimando á la buena disciplina militar, aquella osadía y libertad con que roban á diestro y siniestro. Postrados, pues, los ánimos de todos con el sentimiento del lamentable estado presente y con el temor del venidero, les cogió de nuevo la noticia de la victoria, que trocó sus ánimos de una grande pesadumbre á un gozo, que apenas cabía en sus corazones. Resonaba, pues, todo con festivo alborozo: estaban las iglesias llenas de gente, y las plazas de corrillos en que de ninguna otra cosa se trataba sino de ensalzar hasta las estrellas con alabanzas á los generales y sus vencedoras tropas; y sobre todo, Fuenterrabía era el empleo del aplauso universal. Tiénese por cierto que en todo nuestro tiempo ninguna victoria se ha celebrado con tantas y tan varias demostraciones, ni con más expresivo júbilo, en especial en Madrid, en donde la plebe, casi fuera de sí de contento, anduvo corriendo con alegre inquietud en gran número por plazas y calles desenvainadas las espadas gritando afectuosas voces *VIVA EL REY:* [2] y fué tal el concurso al palacio, que, desatendido el respeto de las guardias, penetraron hasta los íntimos aposentos, y no pararon hasta que cara á cara le entonaron al Rey el para-

1 Alegría de España con la noticia de la victoria.
2 Grande expresión de la gente plebeya.

bién de la victoria con voces desafinadas, pero bien afinados los afectos, con tanto más grato obsequio, cuanto le tributaba más con los corazones que con las lenguas una gente que no sabe lo que es adular. Recibió realces la celebridad con la prisa que se dió nuestro Rey en dispensar sus honores á los generales que los habían merecido; pues la misma noche con el Marqués de Aitona, gentil-hombre de Cámara, envió[1] la enhorabuena de la victoria á la Duquesa de Medina, mujer del Almirante, engrandeciéndolo con magníficas expresiones y con muy cumplida recomendación de los aumentos que le deberían él y la nación española.

Al otro día no fué menos el alborozo, aunque más serio y mesurado. [2]La nobleza en mucho número y todos los ministros de los tribunales de los consejos de S. M. (que son tantos, porque son tantas las atenciones de nuestra monarquía) acudieron todos, vestidos de gala, al palacio; y después de besa-manos y haberle dado el parabien, acompañaron al Rey, que, montado en un caballo engalanado con los mejores aderezos, en aire de triunfador, fué al altar de Nuestra Señora de Atocha, cuya devoción en la Corte es bien sabida; y después del hacimiento de gracias, volvió al palacio con el mismo lucido acompañamiento: y luego se empezó á pensar sobre los premios, que fueron muchos los que se determinaron religiosa y saludablemente. A la iglesia mayor de Santiago se dió [3]una lámpara de plata muy grande, que perpetuamente ardiese en honor del Santo Patrono de España y en testimonio de la victoria: que en todas las iglesias de España se hiciesen demostraciones públicas en acción de gracias: [3]señale del erario Real en memoria de la victoria dote para tres doncellas huérfanas y la cantidad necesaria para redempción do otros tantos cautivos; previniendo que fuesen preferidas las doncellas y cautivos que se hallasen de Fuenterrabía, [4]Para quien se decretaron los mayores premios fué para Guzmán; el perpetuo gobierno de la Guipúzcoa con título de *Adelantado*, que es magnífico de España, y doce mil escudos de renta al año; y privadamente se le nombró *Gobernador perpetuo de Fuenterrabía* con sueldo; y que pudiese ejercer este empleo por medio de una persona puesta por él: más una copa de oro, que debería darle el Rey todos los años el día de la victoria con honroso recuerdo de sus méritos, previniendo que estos honores y rentas no fuesen heredándose por derecho de sangre, sino por libre disposición de Guzmán, según á quienes él dejase por herederos en su testamento. [6]El se mantuvo algún tiempo sin acomodarse á la admisión y como que los rehusaba; pero al fin admitió todo, aunque vencido, á lo que se dejó ver, de las instancias de los con-

1 Empieza el Rey á premiar.
2 Viste la corte de gala, y va el Rey á caballo á Nuestra Señora de Atocha.
3 Una lámpara á Santiago.
4 Otros piadosos voto
5 Mercedes del Condé Duque.
6 Murmúrase de la largueza de los premios de Guzmán.

sejeros. Pero no se escapó de la murmuración de algunos, que extrañaban tan grandes premios para quien había empleado tan de lejos y con tanta seguridad; maliciando igualmente que la resistencia que hacía era para que más fácilmente confirmasen las gracias los que por otra parte tenía tan de su mano para todo.

[1]Los premios de Fuenterrabía no padecieron la desgracia de ser censurados por nadie. Diósele el derecho de ciudad, y fué engrandecida con el título de la *Muy Valerosa*, para que en sus instrumentos públicos lo añadiese á los títulos de la *M. L. y N.* que tenía antes. Esta fué una máxima saludable de los antiguos reyes, quienes con esta especie de intrusos apellidos y dictados magníficos premiaban sin dispendio del erario público á las ciudades y lugares que los merecían. Duró esta práctica en todos aquellos siglos, en que la gloria y la fama lograban más estimación que las riquezas. Pero ahora toda la honra consiste en los intereses, y apenas hallarás que se haya practicado otra vez este ejemplo enseñado por los antiguos. Para el reparo de las murallas se les dieron cien mil ducados: quince ducados á cada uno de los ciudadanos por cabeza: cincuenta á las viudas, cuyos maridos murieron en el sitio; añadiendo que á estas ínterin viviesen corriesen el *prest* lo mismo que al soldado. Esta misma atención se tuvo á los hijos de los muertos en el sitio, como tuviesen edad para servir al Rey; y á los que no la tuviesen y fuesen pobres, aunque no por cabeza, no obstante á cada una de las familias se dió el mismo sueldo, ínterin que sus hijos, proporcionados ya para el servicio, lograsen el *prest* por entero. Pagóse con puntualidad el coste de todas aquellas cosas que los paisanos habían empleado en públicos usos en todo el tiempo del cerco: y mandóseles que por memoriales representasen los daños de las casas para repararlas á costa del erario. Se dispuso también que el paso de la ría, que se solía pagar en Irún, se pagase en Fuenterrabía: y mandóseles al juez de sacas y al correo mayor pasasen de Irún á Fuenterrabía. Y no quedó sin premio la iglesia; porque se le agregó el patronato de la iglesia de Elgoibar en Guipúzcoa, habiéndose aplicado sus rentas para la fábrica y adorno del templo. Fuera de eso, remitiéronse las penas de cámara á todos aquellos que se hallasen reos, naturales de Fuenterrabía, como no hubiese parte agraviada que reclamase: y las penas que en adelante con el título de fisco se impusiesen dentro del lugar dejáronse para gastos de la república. [2]De todas estas mercedes las más se han cumplido; pero otras se perdieron, porque no supo anudarlas con la práctica la flojedad de los de Fuenterrabía. [3]Cuando el Almirante volvió de Irún con esta carta-orden de los premios y con la carta que S. M. escribía á la ciudad y vecinos, aquí fueron la bulla y vítores de la gente; porque, engrandecida con magníficas expresiones su fortaleza y ofreciendo reparar prontamente á su costa

---

1 Mercedes hechas á la ciudad de Fuenterrabía.

2 Reprensible descuido de los de Fuenterrabía.

3 Carta del Rey.

las casas, encargábales el mismo Rey con franqueza y humanidad *que sin el menor empacho ni rebozo pidiesen por memorial, si además de las mercedes otorgadas les ocurriese alguna otra más del caso y de mayor conveniencia: que también tenía dada orden en carta privada al Almirante que le enviase una razón de los que se habían señalado en valor para que ningún hecho hazañoso quedase sin el premio merecido.* Y en realidad lo cumplió así el Almirante por aquella su nobleza de genio en hacer comunicables no solo sus haberes, sino sus glorias también; entendiendo bien que de honrados es el honrar, y que cualquiera que lo escasea pasa plaza de envidioso, en memoriales públicos y aún en carta particular recomendó ante el Rey á Butrón, exponiendo los gastos que había tenido en mantener la tropa, su pericia en disponer las contra-minas, su generosidad en alargar la plata para fundir en balas, y últimamente su fidelidad, superior á las tentativas del enemigo (aún cuando éste gastó el primor de ponerle por delante la infamia, que amenazaba á su familia) y la magnanimidad de la respuesta que dió.

El Almirante y el de Velez al instante fueron gratificados con muy honrosas comisiones y gobiernos: y á no haberse hecho tantas honras á Guzmán, no quedaron mal premiados; sino que aquel mismo galardonar tanto á quien no había hecho nada, hizo bajar de la estimación los premios que se dieron á quienes eran más acreedores. Llamado el de Velez de su propio cuidado del reino de Navarra, y por orden que recibió del Rey después de algunos, pero pocos días, que después de la victoria se detuvo en la Guipúzcoa, volvió con el ejército navarro á Pamplona.[1] Recibiéronlo en ésta con una especie de aparato, que parecía triunfo: iba rodeado de sus vencedoras tropas y tenían guarnecida la entrada los pamploneses, armados y puestos en dos filas, resonando en todo esto desde el castillo incesante salva de cañones: á que se siguió un magnífico festejo en celebridad de la victoria. El Almirante se detuvo algo más arreglando el ejército, que se aumentó con nuevas tropas, que después de la batalla llegaron más tarde de lo que se esperaba; hasta que entrando ya el invierno, habiendo dispuesto cuarteles para la tropa en varios lugares de la Cuipúzcoa y en las tierras comarcanas, marchó á Madrid. Salió á Caravanchel á recibirlo el Conde de Monte-Rey con orden que le dió S. M., así por ser uno de los grandes de mucho valimiento, como por el estrecho vínculo de parentesco que tenía con Guzmán, y este mismo también poco después, aunque como persona privada: y de este modo logró su entrada el mayor lucimiento.[2] El ejemplo del Ministro y la autoridad también del Almirante atrajo numerosa comitiva de grandes y nobles; con que desde allí fué llevado á palacio con tan lustrosa corte y crecido concurso del pueblo con el aplauso que se deja conocer, pero para ser testigo de cómo se da-

---

1 Entra Velez en Pamplona.

2 Entra en Madrid el Almirante.

ban á otros los premios de una victoria suya y para ver también la copa de oro de Guzmán, á quien, habiéndosele llevado algunos días después, procuró hallarse también presente á la celebridad del acto entre el lucido concurso de los grandes, aunque primero (según se creyó) pretestó motivos para no hallarse; que fingiéndose destemplado, se mandó sangrar; pero que arrepentido dentro de poco, atando á toda prisa la venda, hubo de ir á paso acelerado: dando así motivo para que unos celebrasen su templanza y otros le notasen de inconstante. Pero yo por sujetos que estuvieron con él tengo averiguado que en realidad estuvo en cama destemplado, y no con enfermedad simulada; y que diciéndole algunos amigos que en la Corte se sospechaba esto, respondió, que, aunque le llevasen un cáliz del altar, no tendría el menor sentimiento; y que por no confirmar los recelos de que era fingida la enfermedad, se vistió y fué allá pareciéndose suficientes premios la satisfacción propia, que con fundamento residía en él y la fama que corría; haciendo también entrar á la parte de sus glorias el que sobre los bienes que redundaron de una victoria suya pudiesen librar premios los que aun no asomaron la cara á la batalla.

FIN.



EPILOGO

DEL TRADUCTOR AL LECTOR.

Bella salva-guardia, amigo lector, para meterse uno á escritor la que no solo para los poetas concede el *Scribimus indocti, doctique poemata pasim* de Oracio en la carta 1.ª de su libro 2.º Fundado en ella, si creemos la modestia con que D. Diego de Torres lo dijo, formo la resolución de empezar á escribir, esto es, por haber conocido la catadura (digámoslo así) de los que por lo común en todas edades han escrito y escriben. Pero ni aún por eso, á no estar de por medio una pía y honrosa emulación, con que no quisiera yo que el traductor de Moret no fuese un paisano suyo, ínterin puede serlo un tal cual, me hubiera pasado por la cabeza el aspirar al especioso título de *traductor*, una vez que ni para *autor* me reconocía proporcionado.

A ti tal vez te habrá parecido que el ser traductor era mucho menos que el ser autor: pero de aquí en adelante has de sentir lo contrario. Escucha: para ser autor basta obrar con la alma propia; y para traductor, no basta; antes, se requiere una como metempsícosis ó transmigración pitagórica del alma del que habló primero en el alma del que habla segundo. De modo que de las dos resulta el compuesto de la traducción; haciendo la una papel de materia y la otra papel de forma: y es tanto más di fí cil, cuanto es una producciónopuesta á las leyes de la Naturaleza.

Dícenos que aquélla en los compuestos sensitivos procede tan obsequiosa, tan prolija y tan atenta á los melindres del alma, que no permite se insinúe en el grosero alojamiento del cuerpo, hasta que éste, no solamente formado, sino organizado también debidamente, la convide con las comodidades de la estancia. La traducción es al contrario: aquí precede la obra del autor original, que es el alma de la obra, y subsigue la traducción, que es el cuerpo, el cual se debe acomodar á aquella

tan íntima y penetradamente, que puedan decir aquello del Mantuano, aunque á otro asunto: *Sensus inest nobis, etc. spiritus idem: sentimos de un mismo modo, y respiramos un mismo aire.*

Podría parecerte algo inadaptable esta metáfora: probemos otra. ¿No te parece que se puede decir que la traducción es un ropaje ó vestidura que de nuevo se le viste á una obra original? A mi me parece que sí: y siendo esto la traducción, esto es, una vestidura, ya se ve que se ha de acomodar con tan buen corte (y esto es muy dificultoso, según lo que todos experimentamos con los sastres) que ni quede tan estrecha, que sofoque y prense; ni tan holgada, que arrugue: que por eso tal vez, cuando se aprueba una traducción, se suele decir que está *ajustada*, esto es, ni larga ni corta, ni ancha ni estrecha: ni tan *holgada*, ó tan *desahogada* como la apología de Tertuliano traducida por Rufino; ni tan *tirante y apretada* como la traducción que de Porfirio hizo Boecio, sin añadir ni mudar una sílaba ni una coma. Y ve aquí de paso el origen de aquella variedad sin igual en los dictámenes que se profieren acerca de las traducciones; porque los hombres no menos en lo intelectual que en lo corporal unos visten *ancho*, otros *estrecho*; estos *cumplido* aquellos *airoso*.

Y si acaso todavía por las razones dichas no entras en creer que es tan dificultoso trasladar á otra lengua; débante hacer fuerza, como á mì me sirvieron de confirmación de mi sentimiento, dos cláusulas, nada menos que del ilustrísimo Feijoo en el tomo V. de *cartas eruditas.* En la 24, § 19, dice: *Comúnmente se juzga que para traducir bien no se requiere más que el conocimiento de la lengua en que escribió el autor, y aquella á que se quiere trasladar el escrito. Pero este juicio común es un error común: pues se requiere, no como quiera conocimiento de las dos lenguas, sino que este conocimiento sea de grande extensión y penetrativo de las finezas de una y otra.* Pero aún es más terminante á nuestra propuesta la otra en la 23, § 54. *Es necesaria*, dice, *tanta habilidad para traducir bien, que estoy por decir que más fácilmente se hallarán buenos autores originales que traductores.* ¿Ves ahora si es más el meterse á traductor que á autor?

Ponderado así lo arduo del empeño, sígase darte razón del modo cómo he habido en el desempeño: si se atemperó mi versión á las leyes de los *Ultra*, ó de los *Cismontanos.* Y vaya

que para que me entiendan que lo que pregunto es cuál sería el camino más seguro de salvar una traducción, ó el de una congoja servidumbre á la letra, ó el de un generoso y franco acompañamiento de la sentencia, me ocurrió una especiosa voz en el *Cis* y en el *Ultra-montanos*, no habiendo por justos juicios de Dios en estos tiempos papeletista el más infeliz que no sepa la significación atonomástica de aquellos epítetos y otras honduras más. Pase por digresión, y vuelvo á mi asunto.

Un montón de autoridades, que tal vez tengo extractadas, podría presentarte en favor de qué, consistiendo lo virtuoso de la traducción en el medio que hay entre los viciosos extremos de una corrugación tenebrosa y una relajación parafrástica; es más venial la declinación hacia la libertad, siempre que por faltar el arte, *in vitium ducat culpæ fuga:* y como estas autoridades sean de un Cicerón y un San Jerónimo, príncipe en materia de traducciones, deben ponernos en salvo de aquella nimia escrupulosidad con que comúnmente se ejercita la materia de la versión. Hallarás estas autoridades en cualquier libro de traducción en su prólogo: por eso escuso el trasladarlas. Solo te acordaré dos pensamientos, con que se abraza todo lo que en el asunto se puede decir, y no los he visto nunca citados. Dice el ilustrísimo Palafox hablando del modo de traducir servilmente que esto no es *traducir* sino *deslucir*. Pocas palabras; pero mucho castigo para todos aquellos que obedecen á la letra con un género de latría. Coincide con este pensamiento de Palafox el otro del ingenioso Cervantes, que de las tales versiones dijo que eran como tapices en los cuales por un lado está hermosamente tejida, lisa y significativa la cara, es á saber, la obra original; y por el envés, esto es, en la traducción no hay sino nudos enredados, filachas pendientes y una confusión de confusiones. No son estos los términos precisos de Cervantes, pero el pensamiento sì.

Conducido de estas advertencias, he procurado que el *Sitio de Fuenterrabía* por Moret, quien se dió á entender en latín, se te presente en un castellano que explique la mente suya; y en aquel castellano en que yo he pensado se explicaría Moret, si como se le antojó escribir en latín, se hubiera propuesto escribirlo en romance; bien que siempre he guardado respeto á la letra cuando ésta se haya hecho compatible con la buena expresión. He de confesar, no obstante, que en los razonamien-

tos anda la versión más desembarazada: pero si es precepto de Retórica que los razonamientos se conciban en un estilo más subido y vehemente, ¿cómo un traductor podrá desobedecer esta ley, si, desatendiéndola, hubiesen de quedar las piezas de los razonamientos desnudas de aquella vehemencia de expresiones que sean capaces de la concitación de ánimos, que es el blanco de aquéllos?

De aquí pasarás á hacer crisis del estilo; y de él dirás que es esto y que es aquello, y que es lo demás allá, sin que tu mismo sepas lo que dices que es: y digo esto, porque contemplo que no hay en toda la vasta provincia de los idiomas sustantivo alguno sobre quien haya granizado predusca más turbulenta de incóngruos, impertinentes, y disparatados epítetos: y si por que yo lo digo no lo crees, toma la diversión de examinarlo por tí mismo, leyendo aprobaciones de libros. Yo, amigo, he procurado que mi lenguaje dé á entender lo que he concebído, impresionado desde siempre de lo que mejor que yo supo decir San Agustín, cuando dijo: *Quid prodest lucotionis integritas, quam non sequitur intellectus audientis; cum loquendi omnino nulla sit causa, si quod loquimur non intelligunt, propter quos, ut intelligant, loquimur?* Y si no he observado con toda exactitud esta dirección, perdona; que yo me iré enmendando; y en lo sucesivo será mi único norte, sin que jamás, como yo dé á entender lo que aprendo, haga caso de que me digas que el estilo mío es zonzo, insípido, flojo. Ténganse allí algunos españoles meridionales de ahora la gloria, que como es razón, les cedemos los septentrionales, de hablar en estilo nervioso, tieso, engomado; que aquí nos acomodamos y nos entendemos con este otro lenguaje montañés; y como tal, blando, tierno y aún aguachinado. ¡Válgame Dios! Y cómo le persigue á este nombre *estilo* la fatal estrella bajo cuyo aspecto nació! Yo mismo, que lo tengo prevenido, sin saber cómo me he dejado caer sobre él que sè yo qué adjetivos, que, casi no los entiendo. ¡Que aún en los inanimados alcanza el transfundirse á los hijos la mala suerte de los padres! ¡Desgraciado nombre! !Oh! nunca hubieses tenido por padre á aquel, á quien ni su deidad le eximió de una negra ventura, de que llegó á tiznarse y á contiznarse á una con él

Brontesque, Steropesque, etc nudus membra Pyracmon.

Ya te he insinuado el modo en común con que he corrido la lec-

ción de este librito, á lo menos con el que quisiera haber corrido: y dicho esto en cuanto á la sustancia, voy á satisfacerte en otros escrupulillos que te podían hacer tropezar. Habrás reparado (y si lo has echo, dígote que no eres de los más tontos) que yo trato de *ciudad* á Fuenterrabía, cuando no era sino *villa*; que llamó *regimiento* á lo que no se decía sino *tercio*, y doy otros nombres de cargos militares que no los había por entonces: y sobre esto fundarás un menos buen concepto de mi trabajo, sin meterte á examinar si por otra parte tiene algo de recomendable: pero es bien que sepas que por esta parte, ó me has de dar por igualmente disculpado, ó has de envolver conmigo en la reprobación de esta práctica á Flechier que en el prólogo de la vida del cardenal Cisneros *(pág. mihi 7.)* dice: *Si he dado á estos últimos* (Ferdinando y Doña Isabel) *y á dos de sus sucesores el título de* Majestad, *aunque no se les tratase entonces sino de* Alteza, *he creído que podía en esto acomodarme á nuestros usos en favor de la mayor parte de mis lectores, que no entran en estas diferencias de tiempos.*

Pero ya veo que te sales de la obra y vienes al prólogo, y dices que *qué novedad es esta de poner el prólogo detras y de llamarle* Epílogo? *Que* Epìlogo *es una voz griega usada comúnmente para significar una de las partes que la buena disposición retórica señala á una oración: que por otro nombre se llama* Anacefaleosis, *cuyo oficio es recorrer y repetir por mayor, ó por encima, lo que eñ la oración se dijo por menor y por extenso: yque fué bien inventada para esto la voz* epílogo, *compuesta de las dos griegas* logos, *que quiere decir* plática *y* epi *que suena* de arriba, *ó* de encima. Pero díme: ¿Por qué por esto mismo no se llamará con grandísima propiedad *epílogo* á esta conversación que entablo yo por fin y postre? Acaso dirás que lo que se te ponga al fin del libro no lo quieres aprender como cosa que está arriba ó sobrepuesta (cuya contemplación es necesaria para salvar la propiedad del nombre *epílogo*) sino como cosa que está abajo, según la práctica universal de que en el curso de escrito, siempre que se cita una cosa dicha, se dice *como arriba dijimos;* y siempre que una cosa por decir, se remite así *como abajo diremos.*

Mas como quiera que huele á demasiada gollería la pretensión de que nuestras composiciones de lugar se hayan de arreglar por las tuyas, sábete que este es un pleito que tienes que reñir con todos cuantos á la conversación, que han esta-

blecido al principio de sus libros han llamado *prólogo*, y principalmente con uno, *qui pro decem millibus computatur*, el ilustrísimo Feijoo, á quien le habrás de hacer enmendar el título de la *carta 9.ª del tom.* V, pues pone allí el mismo título, aunque él con una vos castellana y yo con esa griega, pero sinónima.

Salimos del nombre; vamos á la cosa. Siendo los prólogos unos razonamientos al lector, en que el autor, dando razón de la obra y de la sanidad de su intención, siempre por el servicio al público (y no pocas veces lo es) ponderando la dificultad del asunto, solicita en el mejor modo la disculpa de sus yerros y el agradecimiento de sus aciertos, pregunto: ¿No es más natural hacerlo después que el lector haya visto y notado unos y otros? Defendámoslo por otro lado. Hay para cierto género de presos en algunas repúblicas la piadosa permisión, que consiste en que estos cuelgan por una ventana un casco de sombrero, que, ayudado de las súplicas de un preso, es memorial con que se pide limosna á los que pasan por la calle. ¿Qué otra cosa es un prólogo, sino un casquete colgado á la faz del libro?; aunque las más veces para un lector pasajero, que se detiene, ó no se detiene en nada de lo que dicen? Y si ésta es á tu parecer proporcionada analogía, ¿quién nos quitará, díme, que como otros cuelgan el prólogo por la puerta delantera, nosotros lo colguemos por la puerta de atrás? Más: es verdad que la regular armadura defensiva de los libros es el vestirles un prólogo por delante como *peto*; pero también tengo especie, aunque en confuso, de haber visto libro con prólogo por *morrión:* Con qué ¿porque no le ha de haber con *espaldar?* y más, cuando apenas lo necesita por delante, sino por detrás?

[1]*Sed tamen amoto quæramus sería ludo:* Dijiste que era novedad poner detrás el prólogo, queriendo decir con eso, ya se ve, que esto es moda: y que siendo tal, para introducirla no residen facultades en un particular, que no sea un reverendo quinquillero francés; y lo más que se permite es que lo haga en los lugarejos esta ó la otra dama, que tenga el baño de colegiala del colegio moderno del *aire de taco* [2] que el prólogo prosigues, es la piedra fundamental de un libro: que el no ponerlo delante es sacar ya las cosas de sus naturales quicios;

---

1 Horatius Satyra I. lib. I.

2 Mira el papel Hebdomadario El pensador núm. 8.

que esto es tan quimérico, como el salir libro sin prólogo, según aquello que ponderaban el P. Losada primero después de él unos *aldeanos críticos*, de quienes yo soy muy conocido y reconocido: que quitar de delante el prólogo, es (¡quién lo diría!) uno de los caprichosos devaneos de los físicos modernos; pues es una de las perniciosas consecuencias del sistema de Copérnico, que sacó de su universalmente contestada inmobilidad á la misma tierra: que el prólogo estaba desde *immemorial* en la quieta y pacífica posesión de presentarse siempre delante, ora fuese en la fachada hermosa de aseados palacios, ora en el frontón de casarones, chozas y zahurdas: que allí se ha estado y allí se estaría, sin que de allí osase alguno arrastrarlo, si no le diera alas por otra parte el anzueloso sistema de Newtón, que arrastra todo y con todo.

Amigo, aprietas terriblemente: y si el pleito fuera sobre el artículo de *posesión*, me apartaba: pero yo no litigo sobre una cosa, para la cual se requiere la erudición y aplicación laboriosa de los montianos, mayanses, terreros y otros anticuarios: ellos lo harán. Yo disputo sobre el artículo de *propiedad*, defendiendo con las razones que dije, que si no más, á lo menos es igualmente propio de los libros el epílogo que el prólogo; y que ésta no es moda, no es novedad, no antojo, no capricho; ni de estos, que llamas entusiasmos y devaneos de modernos: es una práctica que peina canas, no de doscientos (que bastaba) ni de trescientos, ni de mil solo, sino al rededor de mil y ochocientos años. Esta ancianidad le hace tener Ovidio, que en sus libros indiferentes usaba del prólogo ya al principio, ya al último; y para desengaño, no tomes sino el pequeño trabajo de leer la décima elegía, última del primer libro de *Los tristes*, y verás que ella hace de prólogo para el tal libro, y lo mismo ejecuta en algunos otros. ¿Basta esto? ¿No? Pues con Altisdora:

Cruel Míreno,
Fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe,
y allá te avengas.

Digo que allá te compongas y te avengas con Pedro, que es de la misma fecha de Ovidio, el cual en su libro 1.º y en el 4.º además del razonamiento delante, que llama *prologus*, pone razonamiento detrás, y le intitula *Epilogus*. ¿Estas satisfecho? Ahora pues: si del cultísimo de Augusto, de cuyo tea-

tro son Pedro y Ovidio grandes personajes (y éste de primera clase) pretende nuestro venturoso siglo hacer revivir los *principales*; ¿por qué, dí, no han de vivir los *accesorios*?

Es bien advertirte también que no ha sido olvido el no haber dedicado este libro (¿pues esto á quien se le olvida?); sino prudente consejo tomado después de alguna deliberación; porque ¿el defender los libros, decía yo entre mí, ó es tumultuario empeño de Marte, ó es séria y pacífica incumbencia de Minerva? Quiero decir: ¿se ha de hacer con copia de municiones y balas, ó con caudal de entendimiento? ¿Se ha de practicar esta sustentación á golpes y empellones, ó á destellos de raciocinios? Si lo primero: ¿á quién con más acierto se podía dedicar este libro que á la misma valerosa ciudad de Fuenterrabía, la cual tiene con tantas pruebas acreditado el buen suceso de las defensas de sus sitios? Yo me guardaría muy bien de poner ni estas ni otras más importantes piezas y plazas en otras manos que en las de los vecinos de Fuenterrabía, ó de quienes yo conceptuase que se les parecían en el valor, y principalmente en la lealtad. Pero la lástima es que la VALEROSA Fuenterrabía, tan suplida de lealtad y sobrante de valor, no está para gastos de guerra; pues aquel lugar á quien no pudieron conquistar los franceses, lo han conquistado los censos. Cuatro censalistas cargaron con quien no lo hubiera hecho el ejército de Jerjes. Y al considerar esta y semejantes opresiones de las más repúblicas nuestras, me ha ocurrido que se podía preguntar con este motivo al autor de la *Estafeta de Londres* este problema: *¿quién inventó mayor mal para los pueblos, ó Bertoldo Schuvart, ó el que inventó los censos?*

Pero no: el defender los libros no es empeño de persianos ejércitos; antes lo hacen aquellos *(quos æquus amavit Júpiter)* que son *pocos:* esto no va por la estrepitosa secretaría de Marte; sino por el mesurado y comedido gabinete de Minerva. Se hace con acopios y aprestos, pero no de marciales provisiones de la maestranza de Vulcano, sino de especies y luces intelectuales, dimanadas del cerebror Júpiter, y de urbanos comedimientos en la congresión, hijos de la fiel posesión de las ciencias. Con estas provisiones y modos se hace todo el negocio

---

1 Ovidie.
Adde. quod ingenuas didicise fideliter artes.
Emollit mores nec sinit ese feros.

del patrocinio de un libro, yendo siempre de retén la ingenuidad (prenda que casi se ha hecho característica de las buenas testas, que han producido estos nuestros últimos años) de confesar el escritor sencillísimente que ha errado, cuando él lo conoce, ó lo convenzan de ello. De este modo yo (*dignus modó provocet hostis)* me presento á proteger y hacer sombra á esta traducción. Con que ve aquí ¿para qué yo había de andar dedicando á nadie el libro? Dirás que tal vez para cuando me muera. Pero sobre que no es para tanto este librito, ya él tiene por otra especie de paternidad mía muchos hermanos, en cuyo número ya se hallará quien llene mi vacio.

Siento que el epílogo, que conozco va largo (bien que este vicio se hace aquí más tolerable que en los prólogos, y júntese á los autos esta otra razón para adoptación de los epílogos, no pueda dejarse aquí; y consiste en tener que hacerme cargo de dos cosas sustanciales, que son de este lugar. Primera: no digo, como es estilo, el juicio y concepto que he formado de la obra original: y es que este negocio de una gravedad desigual á mis fuerzas me ha parecido dejarlo enteramente en manos de las narices de los señores críticos, aunque yo estoy con la esperanza de que la nariz más *criteco doliente* no pasará más allá que de oler en aquel latín algún hispanismo que otro, en cuanto las cláusulas son multimembres, v. g. aquella *Ipse cum validiore turma*:: en el lib. 2°. pág. 275. Segunda: que correspondiendo también dar noticia y conocimiento del P. José Moret, de la Compañía de Jesús (cronista del reino de Navarra, autor de esta obrita, de la grande del tomo de Investigaciones, Anales y otras) no lo hago: y es que tiene el tal Padre la desgracia de que todos andamos de prisa: dígolo, porque naturalmente por la misma razón tampoco lo hizo el P. Francisco de Alesón, de la misma Compañía, sobre quien cayó más de lleno esta obligación como continuador de la obra de Moret.

Iba ahora á epilogarte toda esta pieza; pero me ha parecido que era proceder *in infinitum* andar haciendo epílogos de epílogos. ¿Cuanto más valdrá el remate? Vamos á él.

Y antes de ahora, carísimo lector mío, hice mis esfuerzos por *nacer* á la pública *luz* del orbe literario; pero pararon justamente en *sacar* un brazo ó una pierna: y aunque siempre logré que me pusiesen, ó en el brazo *una cinta*, ó en la pierna una *calcita colorada*, me volví al antiguo *reposo* del descono-

cimiento é inacción, ó por espantado de la *claridad* de los astros, que brillaban en su esfera, ó tal vez (y esto es lo más cierto)' porque los buenos de *mis padres*, que pudieron firme y robusto (si lo hicieron adrede, Dios les pague) me *engendraron* flaco y débil, tanto, que cada *nacimiento mío* lo temía yo *mal parto*. Pero en fin ya he *nacido* con todo el cuerpo al aire; Yo procuraré crecer *(Pauló majora canendo);* pero esto solo te suplico que ínterin me contemples *recién nacido* disimules algunas imperfecciones y defectos.

> Nam vitiis sine nemo nascitur; optimns ille est.
> Qui minimis vigetur.

¿Vale algo esta sentencia para corona de mi alegoría? !Oh¡ es de Horacio en la Satira I del lib. Iº. Vale y revale, amigo, ya no lector, sino ex lector.



APÉNDICE.

El cuidado y prolijidad con que el P. Moret atendió en esta obra á las más menudas circunstancias y particularidades que dicen conexión con el sujeto principal, no parece que dejan qué desear. Solo tal vez daría alguno en que debía haberse puesto una lista individual de todos los que se hallaron en Fuenterrabía al tiempo de una tan vigorosa, constante y plausible defensa; pues ésta no pudo sostenerse solo con los pies derechos (digámoslo así de los que en el librito han logrado la inmortalidad de su nombre sin el firme apoyo, constante arrimo y robustos adminículos de extraordinarios esfuerzos de cuantos estuvieron dentro de los muros desde el primero hasta el último, quienes en favor de sus familias, que ahora serán quintos ó sextos nietos, fundaron un justo título, para que estos vivan en la satisfacción de haber sido sus abuelos, los mejores vasallos que pueden acontecer á un Soberano. Por si tuviere, pues, razón el que echare de menos en Moret esta lista, hételá aquí, cual la ofrece un diario del cerco, que por la semejanza de los contextos juzgo yo ser el que instruyó á Moret en su narración de las operaciones del sitio.

GOBERNADOR.

Domingo de Eguía: primero hizo de interino por D. Cristóbal Mejia; y después de la muerte de D. Miguel Pérez de Ejea, Gobernador en propiedad, hubo de entrar á sus tituir este empleo, y se halló de tal hasta el descerco.

CAPITANES.

Capitán de la ciudad Diego de Butrón como su primer Alcalde, que anualmente se nombran según ordenanza y estilo de la ciudad. --El otro Alcalde Pedro Sanz Izquierdo, á quien como á segundo alcalde tocaba el gobierno político, por estar dispuesto así para en tiempo de guerra.—Los otros del gobierno eran Miguel de Orozco y Juan de Asaldegui, Jurados mayores.—Juan de Cigarroa menor, Síndico; y que por tal le tocó ser Alférez.--Miguel de Añorga, Preboste sargento.—Juan de Lizardi, Juan de Cigarroa mayor, Sancho de Añorga, Regidores; y como tales, cabos de escuadra: de quienes este año dependía el gobierno de ella.—Escribano fiel de Ayuntamientos, Gabriel de Abbadía.

CABILDO ECLESIÁSTICO.

El Licenciado D. Luís Abbadía, Vicario de esta iglesia y Comisario del Santo Oficio de la Inquisición; D. Miguel de Asaldegui, Juez Oficial; D. Martín de la Borda; D. Agustín de Lesaca; D. Miguel de Oyarzábal; D. Alfonso de Mendiguren; D. Sancho de Cigarroa, Sacerdotes—D. Diego de Zuloaga y D. Antonio de Casadevante, estudiantes también del cabildo, aunque no de orden sacro.—El Padre Fr. Francisco de Arrazubia, hijo de esta ciudad.—D. Miguel de Barrenechea, sacerdote habitante en ella. El P. Francisco de Isasi, de la Compañía de Jesus, que asistía aquí por orden de S. M. por ingeniero de las obras.

Vecinos y originarios, que entran en el gobierno de esta ciudad que se hallaron en su sitio.

El capitán Antonio de Ainciondo.
El capitán D. Miguel de Ubilla.
El contador Domingo de Arámburu.
El capitán Juan de Urbina.
El contador Jerónimo de Aramburu.
Miguel Pérez de Ambulodi.
Martín Sanz de Alchacoa.
Esteban de Lesaca.
D. Juan de Justiz.
Juan de Buitrago.
Juan Baütista Zuloaga.
Miguel de Casadevante.
Juan Bautista Mugarrieta.
D. Felipe de Esquivel.
Miguel Martínez Caicuegui.
Pedro de Iburuzteta.
Lázaro de Iriarte.
Juanes de Berrotarán Arsu.
Juanes de Casanueva menor.
Diego de Miranda.
Tomás de Arsu.
Jacobe de Asaldegui menor.
Esteban de Ereñuzu.
Jüan de Ainciondo
Martín de Tellechea.
Juanes de Aduna.
Luís de Eguilluz.
Antonio de Ainciondo menor.
Antonio Casadevante menor.
Miguel de Berrotarán Arsu.
Diego de Justiz.
Juanes de Aranibar mayor.
Sebastián de Aranibar.
Miguel de Aranibar.
Martín Sanz de Asaldegui.
Juanes de Casanova mayor.
Miguel de Elizalecu.
Lucas de Lajust.
Miguel de Lajust.
Miguel de Lizardi Ipisticu.
Antonio de Belzu Ibáñez.
Martín Sanz de Escorza Chumarra.
San Juan de Alzate.
Antón de Beraza.
Juanes de Zabaleta.
Juanes de Echeverría Barrandegui.
Miguel de Asaldegui.
José de Eraujo.
Diego de Arano.
Martín de Justiz.
Juanes de Ugalde.
Juanes Ibargoyen.
Martín Sanz de la Borda.
Carlos de Ibargoyen.
Miguel de Yarza.
Miguel de Aguinaga.
Tomás de Aguinaga.
Gabriel de Ambulodi.
Andrés de Izurrain.
Juanes de Zuzurregui.
Miguel Ugalde Bordacho.
Francisco Echeverría Barrandegui
Miguel de Lacarra.
Esteban de Lacarra.
Antonio de Cigarroa.
Simón de Igola.
Martín de Yarza.
Miguel de Berrotarán.
Vicente de Asaldegui.
Gabriel de Alberro.
Diego de Santesteban.
Marcos de Echave.
Gabriel de Otero
Miguel Párez de Otero.
Francisco del Pino.
Miguel de Celis Otero.
Miguel Pérez de Iburuzteta.
Miguel Pérez de Aranibar.
Gabriel de Goicoechea.
Gabriel de Alcayaga.
Francisco de Asaldegui.
Juanes de Lizardi menor.

Miguel de Aguinaga Camio.
Luis de Zuzuarregui.
Esteban de Zuzuarregui.
Miguel de Yanzi.
Antonio Yanzi.
Diego de Yanzi.
Juan Sánchez de Miranda.
Antonio de Miranda.
Martín Sanz de Articuza.
Juanes de Araujo mayor.
Juanes de Alberro.
Salvador de Alberro.
Gabriel de Lacarra.
Juanes de Eguilluz Alchacua.
Martín Sanz de Elizalecu.
Pedro Jiménez de Guesa.
Juanes de Iparraguirre mayor.
Miguel de Echeverría Aincioudo.
Juanes de Argaiz Arano.
Juan Ochoa de Casanueva.
Juanes de Yanzi.
Tomás de Yanzi.
Miguel de Escorza.
Francisco de Oyanguren.
Martín Sanz de Alcayaga.
Pedro de Basterrechea.
San Juan de Artucuza.
Miguel de Eguilluz Alchacoa.
Tomás de Bulano.
Cristóbal de Yanzi.
Sebastián de Alcayaga.
Antonio de Lajust.
Antonio de Goicoechea.
Cruz de Santesteban.
Simón de Belza Ibáñez
Antonio de Cigarroa.
Lúcas de Lizardi.
Miguel de Jijón.
Juanes de Lizarraga.
Márcos de Eguilluz.
Juanes de Nieto Salcedo.
Sebastián de Gorostiola.
Simón de Igola menor.
Miguel Pérez de Alcayaga.
Martín Sanz de Iguíniz.
Juanes de Aranibarutalta.
Juanes de Azpilcueta.
Gabriel de Caicuegui.
Juanes de Bidarte.
Miguel de Eguilluz.
Antonio de Arámburu.
Martín de Buitrago.
Martín Sanz de Alchacoa menor.
Juanes Ochoa de Alcayaga.
Miguel de Aranibar.
Juan Sanz de Eguilluz Alchacoa.
Cristóbal de Eguilluz.
Jerónimo de Lizardi.
Bernardo de Lafarga.

LOS NATURALES Y MORA-*dores que se han hallado en la Plaza.*

Francisco de Laguna.
Miguel de Careaga.
Ojer de Arburu.
Juanes de Salaverría.
Cristóbal Alonso.
Fernando Blanco Escaro.
Martín de Garate.
Juanes de Careaga.
Juanes de Arburu.
Diego de la Gandara.
Sancho Garay.
Agustín de Miura.
Martín de Iriberri.
Domingo de Iriarte.
Martín de Zelaya.
Martín de Irigoiti.
Juanes de Basterrechea.
Pedro de Arburu.
Juanes de Ugariz.
Gregorio Martínez.
Juan de Calatayud.
Francisco Calatayud.
Toribio de la Fuente.
Juanes de Echeverría
Martich.
Andres de Ugarte.
Juanes de Otagain.
Martín de Echeverría Molín.
Eugenio de Oronoz.
Pedro de Echeverría.
Juanes de Noguera.
Domingo de Elizalde menor.
Pedro de Echeverría menor.

Tomás de Guerecieta.
Tomás de Carricaburu.
Simón de Ugarte.
Pablo Clavel,
Diego de León.
Andres de Elizalde.
Miguel de Vidagaín.
Pedro Sanz de Arander.
Miguel de Elizalde
Sabat de Echeverria.
Martín de Salaberría.
Lorenzo de Echeverría San Martín.
Juan de Sierra.
José de Mendiguren.
Miguel de Sopelena.
Martín de Sopelena.
Martín de Oronoz.
Miguel de Oronoz.
Cristóbal de Oronoz.
Cristóbal de Ibarría.
Alonso Suárez.
Pedro de Iriarte.
Sebastián de Vildasala.
Sabat de Echeverría.
Felipe de Tellechea.
Pedro Sanz de Tellechea.
Martín de Garay.
Juanes de Abaurrea.
José Fernández de Villafranca.
Domingo de Elizalde mayor.
Antonio de Noguera.
Jacobe de Olazábal Urróz.
Juanot de Ugariz
Fernando de Zerro.
Juan López de Avila.
Bernardo de Echauz.
Francisco de Echebelz,
Miguel de Echebelz.
Juanes de Zelaya.
Juanes de Olaberro.
Simón González.
Juanes de Irigoiti
Antón de Labandibar.
Martín de Iriarte.
Martín de Miura.
Miguel de Basterrechea.
Juan de Garate.
Juanes de Celayeta.
Francisco Gordón.
Pedro de Ugarte.
Juanes de Aguirre.
Juanes de Mendiguren.
Diego de Echeandia.
Bernabé de Alegría.
Juanes de Morales.
José de Yartua.
Miguel de Martinena.
Juanes de Besasiartu.
Pedro de la Borda
Diego de Porles.
Martín de Chaniza.
Esteban de Iriarte.
Domingo de Oyanguren.
Juan de Oyanguren.
Pedro de Miura.
Juanes de Labandibar.
Pedro de Irigoiti.
Pedro de Otagain.
Bernat de Pelentín.
Marcos de Iriarte.
Domingo de Zelaya.
Lorenzo de Otagain.
Juanes de Salaverría.
Diego de Mendizábal.
Miguel de Visarray.
Domingo de Morales.
José de Villafranca menor.
Marcos de Echegaray.
Francisco de Mendizábal.
Martín de Iparraguirre.
D. Pedro de Albarado.
Juan de Guillimor.
Cristóbal de Larralde.
Pedro de Larralde.
Martín de Arañaz.
Martín de Vidarray.
Esteban de Vidarray.
Miguel de Alviz.
Sancho de Irisarri.
Lope de Azpilcueta.
Juanes de Echeverría Molín.
Juanes de Errazu.
Bernardo de Iriarte.
Juanes de Iriarte.
Martín Sanz de Arburu.
Pedro de Barrio Canal.
Juanes de Barrenechea.

Martín Pérez de Salaberría.
Juanes de Salaberría.
Juanes de Inza.
Juanes de León Echeberría.
Domingo de Echeandía.
Martín de Oteiza.
Bartolomé López.
Tomás de Juluber.
Domingo de Eleizalde.
Juanes de Echauz.
Martín de Anzamborda.
Juanes de Anzamborda.
Juanes de Arburu.
Juanes de Zubiazar.
Francisco de Salaberría.
Juanes de Salaberria.
Diego de Iriarte.
Miguel de Echeandía.
Lorenzo de Echeverría.
Juanes de Ugarte mayor.
Juanes de Ugarte menor.
Sabat de Arriaga.
Sabat de Labandibar.
Gabriel de Ibargoyen.
Juanes de Portobal.
Juanes de Barrondo.
Petri de Echeverría.
Tomás de Echeverría.
Juanes de Olaso.
Miguel de Aguinaga Herrero.
Juan de Mallona.
Antonio Trabesero.
José de Lopeola.
Juanes de Noguera.
Gregorio Martínez.
Beltrán de Arburu.
Juanes de Aristi.
Salvador de Arburu.
Juan de Aitea.
Luís de Calatayud.
Pedro Zabala.
Juan de Zabala.
Salvador de Echauz.
Juan Antonio Enrique, cirujano.
Juan de Teresa, cirujano.
Francisco Sánchez de Lasarte, cirujano.
El Licenciado Diego López de Mirafuentes, médico de la ciudad é infantería.



EL TRADUCTOR Á LA MUY NOBLE, MUY LEAL Y MUY VALEROSA CIUDAD DE FUENTERRABÍA.

SONETO.

Más á la imitación, que no á la vista;
Más por llenar el mundo, que no el Pliego;
Fuenterrabía VALEROSA, entrego
De tus Valerosos esa lista,
Que defendieron (¡y como!) su conquista:
Allí ni el Jesuita, ni el más Lego,
Ni aún D. Diego Butrón se hizo *el D. Diego*:
Cuanto esta Niobe de otra Niobe dista!
El Viejo, la Mujer, y el de Mantillas,
Todos se granjearon mil blasones.
¿Y quedarse así tus maravillas
[1]Sin largo Canto? Es, que en tus Acciones
Hubo Butrones, y aún habría Ercillas;
Más después no hubo Ercillas, ni Butrones

FIN.

---

1 Dícese **sin largo Canto**, por no mostrarnos desagradecidos al breve, que siquiera apresuró la laboriosidad é ingenio de D. Diego Felipe Juarez, Beneficiado de Falces, celebrando esta victoria en dos **Silvas**.

T. V. S. A. L. C. D. L. S. Y. C. R.

ÍNDICE AÑADIDO DE SENTENCIAS Y APOTEGMAS
más especiales que contiene el Sitio de Fuenterrabía en el tomo XI de los Anales de Navarra.

Contenido del Sitio en el tomo XII.



Traslado de las condiciones con que entró el P. Moret á ser Historiador del Reino de Navarra = año 1654.

Capítulos y condiciones que se han de poner en la elección y nominación que el Reino ha hecho en estas Cortes en la persona del P. José de Moret, lector de Teologia en el colegio de la ciudad de Segovia, de la Compañía de Jesús, hijo de esta ciudad de Pamplona.

Que por cuanto no ha tenido este reino cronista propio, lo haya de haber, y el que ahora fuere nombrado como eregido primero es condición que haya de comunicar su historia desde el principio de este reino discurriendo de cuanto le toca honorífico, antiguo y lo demás que le pertenece, ajustando la verdad de todo con la satisfacción que á tan grande empresa conviene, recopilando todas las cosas notables de lo pasado hasta los tiempos presentes, gobernándose para esto de lo que está escrito por autores históricos y principalmente reales, y de comunidades, y particularmente de este reino y de fuera de él, y de cuanto le pareciere y hallare en ellos y en cualesquiera otros, según que á cronista de tal y tan nueva empresa, y tantos añosdeseada por todos conviene.

=Que haya de residir en este reino contínuamente por obligación del dicho oficio sin otra ocupación, ni hacer ausencia de él más de por tres meses sin licencia espresa de los señores diputados, con la cual si la ausencia es para cosas pertenecientes á descubrir las que tocan á la dicha historia ú otras del reino, puede estar ausente por el tiempo que se le diere licencia sin perder cosa alguna de su salario; y si estuviese ausente sin dicha licencia más de los dichos tres meses, no le corra el dicho salario y el Reino pueda nombrar otro cronista.

=Que por cuanto algunos historiadores han escrito en perjuicio de los derechos y antigüedades y primeros reyes de este reino, el dicho cronista haya de satisfacer con verdad á lo que han escrito, y con los fundamentos que para ello se requieren.

=Que todos los años haya de presentar á la diputación los cuadernos que fuera trabajando en la dicha historia, y los que tuviere ajustados queden en la dicha diputación y su archivo en custodia para

la impresión, y los dé firmados de su mano el dicho cronista, y así mismo los firmen los señores diputados para que con esto se hallen con la autoridad debida al tiempo de la impresión.

=Que acabada la historia principal, así mismo haya de escribir *Anales* de las cosas particulares que dignamente merecen perpetuidad para el lustre y esplendor de este reino y sus naturales, y que para esto todos los años, como se ha dicho, haya de dar y dé á la diputación los cuadernos que fuere escribiendo firmados de su mano, y que firmados también por los diputados, queden en el dicho archivo.

=Y con los dichos capítulos, condiciones y obligaciones, y no de otra manera, le nombran el Reino y sus tres estados juntos en estas Cortes al dicho P. José de Morete por cronista suyo, durante todos los días de su vida natural, con todos los honores, preeminencias y prorogativas que al dicho oficio de cronista le tocaren, y con salario de doscientos ducados en cada uno de los doce años primeros, por cuanto en ellos se reconoce las particulares ocupaciones que ha de tener en reconocer por su persona los dichos archivos en este Reino y fuera de él, y pasados los dichos doce años, en los de adelante sea de ciento cincuenta ducados en cada un año, y se le haya de pagar y pague el dicho salario por tercias partes, de cuatro en cuatro meses, por el depositario del vínculo del Reino, y por los dos años primeros de los dichos doce se le releva de la dicha obligación de entregar á la dicha diputación lo que escribiera de la dicha historia, en consideración de que necesitará del dicho tiempo para la vista y reconocimiento de los dichos archivos. Pero que de allí adelante haya de cumplir con la dicha obligación de entregar los dichos cuadernos cada año á la dicha diputación en la referida, y que haya de aceptar y acepte el dicho P. José de Moret el dicho nombramiento y calidades referidas con licencias de su superior, y obligándose á su cumplimiento en forma al pié de estas condiciones, haga auto ante el escribano en favor del Reino y su dicha diputación, y así lo acordó en sesión de veinte y nueve del mes de *Mayo de mil seiscientos cincuenta y cuatro años*, é hice auto de ello y lo firme.

Julián de Lizarza, Secretario.

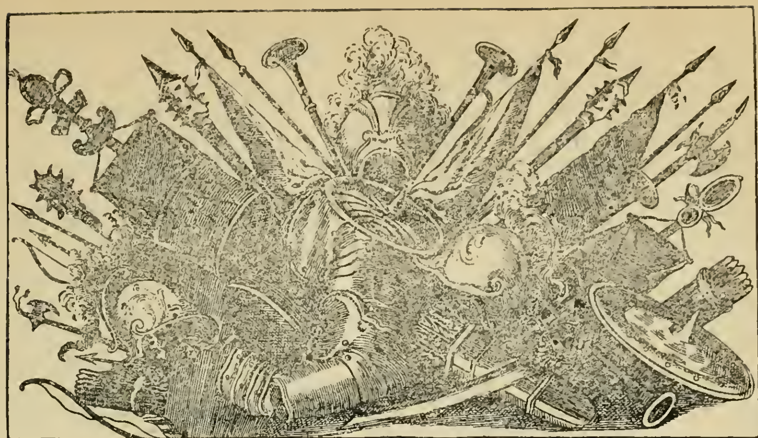
Aceptación del P. José Moret.

En la ciudad de Pamplona á los veinte días del *mes de Septiembre del año mil seiscientos cincuenta y cinco* ante mí el escribano y de los testigos abajo nombrados pareció presente en persona el P. José Moret, de la Compañía de Jesús, lector de *Teología* y rector del colegio de Palencia, y dijo: que como es notorio este Illmo. Reino en sus Cortes generales por auto de veinte y nueve de Mayo del *año pa-*

sado de mil seiscientos cincuenta y cuatro fué servido de elejirle y nombrarle por su cronista durante su oida natural con salario de doscientos ducados cada uno de los doce años primeros y después á ciento cincuenta ducados cada año, y con calidad de que haya de aceptar el dicho nombramiento con todas las condiciones referidas en él y con licencia de su superior y obligándose en forma, á su cumplimiento, y porque ha venido á esta ciudad á cumplir con todo lo acordado en esta razón por el dicho Reino, con licencia que para ello tiene del Reverendísimo P. Goswino Nickel, General de su religión, por carta de Roma, su data veinte y cuatro de Mayo de este presente año, que originalmente que da con este auto, siendo enterado de su contenimiento y de todas las calidades y condiciones en el dicho auto de nombramiento de cronista, dijo que por la presente y su tenor, y en virtud de la dicha licencia del dicho Reverendísimo P. General, aceptaba, como desde luego aceptó, el dicho nombramiento de cronista de este Illmo. Reino, hecho en el otorgante, en todo y por todo conforme lo tiene acordado el Reino, y con todas las calidades y condiciones contenidas y expresadas en el dicho auto de nombramiento de cronista de veinte y nueve de Mayo del dicho año de mil seiscientos cincuenta y cuatro, sin faltar en cosa alguna y á su entero cumplimiento se obligó en forma. Y requirió á mí el presente escribano hiciese auto público de todo ello, é yo lo hice así, siendo presentes por testigos: Diego de Sola y Martín Felipe, criados de mi el dicho secretario y lo firmaron todos=José Moret=Diego de Sola=Martín Felipe=ante mi Julián de Lizarza, Secretario—Por traslado, Julian de Lizarza, Secretario=Por traslado,

Antonio Pérez de Luna.





INDICE GENERAL

De lo contenido en los siete tomos de Anales del reino de Navarra, y en los cinco de Investigaciones, Congresiones, Ensayo apologético, histórico y crítico de la Monarquía Nabarra por D. Arturo Campión, y Sitio de Fuenterrabía.

LAS INVESTIGACIONES SE SIGNIFICAN EN LAS LETRAS **Inv.** LAS CONGRESIONES EN LAS **Cong.** LA **T.** SIGNIFICA TOMO. LA **P.** PÁGINA, Y LA **N.** NÚMERO.

A.

ABARCA.

ABARZUZA.

ABDELAZIZ.

ABDELMELIC.

ABDERRAMEN.

ABETITO.

ABLITAS.

ACEDO.

ADRIAN.

ALMOGABARES.

ALMORAVID.

ALMORAVIDES.

ALODIA.

ALONSO.

AMUNARRIZ.

Pueblo de Navarra, con exenciones de Teobaldo I. t. 4. p. 271 n.º 21.

ANAYA.

Apellido de Castilla parece originario de Navarra. t. 2. p. 377 n.º 38.

ANDALUCIA.

Provincia de España, llamada asi de los vandalos, que la ocuparon, en lo antiguo *Betica*. t. 1. p. 55 n. 8.

ANDIA.

Monte de Navarra llamado así por su grandeza. t. 1. p. 131 n.º 13.
Célebre por los pastos de ganado, antes mayor y ahora menor. t. 4. p. 194 n.º 31.

ANDION.

Pueblo de Navarra, el antiguo Andelo, que dió nombre á los Andelonenses, Estipendiarios de Romanos. *Inv*. t. 8. p 49 n.º 33. 34. t. 8. p. 80 n.º 86. t. 1. p. 39 n.º 13. t. 5 p. 80 n. 2.
Memorias de Romanos en él. t. 1. p. 42 n.º 20.

ANDUEZA.

Martin, Señor de Andueza, premiado por los Condes de Fox, herederos y gobernadores de Navarra, con los bienes de Miguel Ezquer, rebelde. t. 6. p. 471 n.º 15.

ANIBAL.

Su entrada en España, y toma de Sagunto. t. 5. p. 7. n.º 8. sig.
Minas de oro llamadas (y por qué) en España *Pozos de Anibal*. p. 8. n.º 8.
Uno en Navarra muy abundante. *Inv*. t. 8. p. 150 n.º 2.

AÑO.

Contóse algún tiempo desde 25 de Marzo. t. 4. p. 312. (donde dice) *Se advierte*. t. 6. p. 77. n.º 47. t. 6 p. 106 n.º 58.
De cuatro meses le contaron Egipcios y españoles. *Inv*. t. 8. p. 98 n.º 11.
Los moros por la luna, de once días menos que los nuestros. t. 8. p. 343 n.º 25. *Cong*. t. 10. p. 188 n.º 14 sig.
Correspondencia de unos á otros. t. 10. p. 189 n.º 17.
Principio de los años, ó Egira de los moros. t. 11. p. 192 n.º 3. sig.

AÑOZ.

Pueblo de Navarra. Véase Duplices.

ANTOÑANA.

Pueblo á la frontera de Alava, con especial fuero de Sancho el Sabio de Navarra. t. 4. p. 58 n. 4.º

AOIZ.

Villa de Navarra, que fué Almirantazgo. Véase Balanza.
Monasterio, que allí donó García VI á Fortuño Lopez. t. 2. p. 267 n. 53.

APELLIDO:

Nombre de milicia, su significa-

AQUITANIA.

ARACELI,

ARACIEL.

ARAGO.

ARAGON.

ARANAZ.

ARANDIGOYEN.

ARAQUIL.

ARAZURI.

ARBACIOS.

ARCOS.

ARELLANO.

ATARES Pedro, perdió (y porqué) la Corona de Aragón t. 3. p. 261. n. 5 p 267 n. 16.
Ofendido pasó á Navarra: volvió después á Aragón. t. 3. p. 272. n. 23.
Envióle á Navarra el Aragones sobre la unión de las dos Coronas. t. 3. p. 275. n. 6.
Siguió á los Reyes de Navarra, con que causa, y modo t. 3. p. 319. n. 28. p. 359. n. 4.

ATARESA.

Pedro Ataresa Fundador del Monasterio de Veruela. Véase allí.

ATONDO.

Pueblo de Navarra. Véase Alantón.
ATONDO Juan, Oidor de la Cámara de Comptos, obtuvo para su Escudo las Armas de Navarra: y cómo. t. 7. p. 14. n 7. p. 19. n. 17.
ATOÑDO Casa emparentada (y como) con la de San Javier. t. 7. p. 177. n. 4.

AUGUSTO CESAR.

Octavio Emperador, llamado *Augusto* por decreto del Senado, memorias suyas en España con la guerra de Cantabria. Véase Cantabria.

AUTRIGONES.

Pueblos de España y cuales. *Inv.* t. 8. p. 28. n. 11. sig. t. 1. p. 165. n. 14.

AVIÑON.

Ciudad de Francia, Estado del Papa y porqué. t. 5. p. 143. n. 17.
Silla de los Papas muchos años con que ocasión. t. 5. p. 142 n. 14.

AYANZ.

Diego Fernández de Ayanz siguió á su Rey Teobaldo II. á la guerra de Palestina t. 4 p. 395. n. 19.
AYAÑZ Fernando con otros Navarros sacó (con que industria) de la prisión de Francia á su Rey Carlos II. t. 5. p. 335. n. 14 y 15.
Premióselo con el Gobierno de Normandía. t. 5. p. 377. n. 1.
Prisión suya larga en París. t. 6. p. 81. n. 6 y 7.
AYANZ Ferran Martinez, hijo de Fernando, casó (y como) con Sobrina de Carlos III. t. 6. p. 229. n. 54.
AYANZES, traición, que experimentaron en los artiedas. t. 7. p. 66. n. 12.
Hidalga fidelidad á su Rey Francisco Pebo de un caballero de esta Casa. t. 7. p. 73. n. 10.

AYBAR.

Villa de Navarra, repoblada (en qué término, y modo) por los del Valle de Aezcoa, en la división de los reinos por D. Sancho el Mayor quedó por Aragón. t. 2. p. 343. n. 12.
El Señor de Aibar con las gentes de la Ribera siguió á su Rey Teobaldo II. á la guerra de Palestina. t. 4 p 395. n. 19.
Y con caballeros, é hijos-dalgo de su conducta á Carlos III á la guerra de Portugal. t. 6. p. 114. n. 14.

B.

BACINETES.

BADARAN.

BALANZA.

BALSION.

BAMBA.

BARASOAIN.

BARCELONA.

BARRIENTOS.

BOIL.

BOLEA.

BORBON.

BORGOÑA.

BORJA.

BRETAÑA.

BRINAS.

Señorío de D. Sancho Fortuñez. Véase en él.

BULA DE ORO.

Llámase la de las ordenanzas Imperiales, compuesta por Carlos de Luxemburg. t. 5. p. 334 n. 13.

BUÑUEL.

Pueblo de Navarra, que la Casa de Oriz dió en empeño, y vendió á Sancho el Fuerte. t. 4. p. 184 n. 5. 6.
Donóle Juan II (y por qué) á Doña Teresa de Arellano. t. 6. p. 307 n. 23. 27.

BURDEOS.

Landas de Burdeos que son, y porqué se llaman. *Inv.* t 9. p. 26 n. 37.

BUREBA.

Provincia de España, su situación y nombre de *Castilla la Vieja.* t. 2. p. 335 n. 2. 5.
Dominación y sucesos en ella de Reyes de Asturias y Navarra. Véase Navarra.
Venida del Rey D. Fruela á Bureba, y en que año. t. 1. p. 167 n. 17. sig.
Y erros de Garibay acerca de ella t. 1. p. 168 n. 21. sig.
Y del Arzobispo D. Rodrigo. t. 1. p. 173 n. 31. sig.
Alborotábase á los de Asturias en los nuevos Reinados. t. 1. p. 265 n. 14. p. 196 n. 1. 4.
Usurpada por Alonso VI de Castilla, restaurola Sancho el Sabio de Navarra. t. 4 p. 14. n. 1. 2.
Cedió parte de ella (y cómo) á Castilla. t. 4. p. 48 n. 4. sig.
Tuvo Sede Episcopal, en Valpuesta: Iglesias, que le adjudicó (y por qué) Alonso el Casto. t. 1. p. 170 n. 25.
Monasterio célebre de Monjas, S. Miguel del Pedroso. t. 1. p. 167 n. 17.

BURLADA.

Pueblo de Navarra y cofradía en él muy antigua del Salvador. t 4. p. 66. n. 12.



CABALLOS.

Usáronse en Prigia los primeros, y juntaron en tiros de Carrozas. *Inv.* t. 8. p. 97. n. 10.
Alfaraches, caballos de España, que el Papa Juan VIII. pidió á D. Alonso el Magno. t. 3. p. 11. n. 4.

CABERIA.

Contribución Sueldo de Hidalgos de á caballo. t. 5. p. 24. n. 13.

CABO.

CABO de Creus en España, su situación. *Inv.* t. 8. p. 27. n. 10.
CABO de Gata Promontorio en Almería, antiguamente Caridemo y Cabo de Agata por las piedras preciosas. t. 3. p. 340. n. 21.
CABO de Higuer, por las higueras, antiguamente Easón en la Jurisdicción de Fuenterrabía. *Inv.* t. 8. p. 34. n. 5 sig.

CABRERA.

CADREITA.

CAJAL.

CALAHORRA.

CALATAYUD.

CALATRAVA.

CALIFA.

CALIGULA.

CAMARA.

CAMDESPINA.

CARPETANOS.

CARRILLO.

CARRION.

CARTAGO.

CASCANTE.

CASEDA.

CASTEJON.

CASTELAR.

CASTELBON.

CASTELLON.

CASTELNOVO.

CASTILLA.

CILLAS.

CIRAUQUI.

CIRESA.

CIRUEÑA.

CISMA.

CISNEROS.

D.

po de Pamplona al Rey, y por otro Rey al Obispo; con qué condiciones y resultas. Véase Sancho VIII. Teobaldo I.

Favor al valle por Felipe de Francia, tutor de reyes de Navarra. t. 5. p. 81. n. 4.

Otras memorias del Castillo. t. 4. p. 265. n. 6. 7.

DIOCLECIANO.

Persecución del Emperador á la Iglesia. t. 1. p. 44. n. 24. sig.

DIONISIO.

El Ateniense predicó, fué Obispo y padeció martirio en las Galías *cong*. t. 10. p. 253. n. 59. sig.

DOMEZAIN.

Juan Domezain, Caballero por Carlos III. t. 6. p. 141. n. 14.

DOMINGO.

Santo Domingo de la Calzada, ciudad en Rioja, que en obsequio al Santo, que allí floreció en santidad y milagros, fundó Alonso el batallador, razón de llamarse *de la Calzada*. t. 3. p. 217. n. 6. sig.

SANTO DOMINGO de Silos, Abad del Monasterio, que por la fama de su Santidad tomó su nombre. Véase Silos.

DONACION.

Para asegurarlas más, recibían en lo antiguo los donadores alguna recompensa. t. 2. p. 230. n. 94.

DUEÑAS.

Donación que al Monasterio de San Isidoro de Dueñas en Castilla hicieron diviseros. t. 2. p. 38. n. 15.

DUPLICES.

Llamáronse así Monasterios, que antiguamente huvo de hombres y mujeres. t. 2. p. 357. n. 38.

Húvolas en Añoz junto á Pamplona. t. 2. p. 296. n. 43.

DURANGO.

Villa de Vizcaya, que pobló, fortaleció y honró con fueros Sancho el Sabio de Navarra. t. 4. p. 74. n. 28.

Fué Señorío aparte, sus iglesias por lo común Monasterios: sujetólos al Obispo y eximió de sus patronos (y porqué) García VI de Navarra. t. 2. p. 304 n. 9 10.

Sus Condes Nuño Sanchez, y Leguncia dotaron allí cerca el Monasterio *San Agustin de Chabarri*, en que hasta hoy viven en comunidad beneficiados. t. 2. p. 321. n. 43.

DURAZO.

Luis Infante de Navarra, Duque de Durazo, por casamiento con Juana, hija del Rey de Sicilia: situación de esta ciudad, y genealogía de Juana. t. 6. p. 21. n. 25.

Linaje y descendencia de Luís. Véase Beaumont.

Cargos que le fió Carlos II de Navarra. Véase en él.

Rehenes en que dejó á su hijo en concordia de Carlos con Aragón. t. 6. p. 10, n. 4.

E.

EASON.

EBRO.

ECHALAR.

ECHALAZ.

ECHARRI-ARANAZ.

ECLIPSE.

EDUARDO.

ESPARZA.

ESPINAL.

ESPRONCEDA.

ESTARAC.

ESTEBAN.

ESTEFANIA.

ESTELLA.



FERNAN GONZALEZ

FERNANDO.

FRANCIA.

G.

de Aragón. Véase Sancho VI.
Pretensiones sobre el Oficio Eclesiástico y ser España Patrimonio de San Pedro. Véase España.
Anatema contra Hugón Candido, inventor de este fabuloso Patrimonio y lances con él. t. 3. p. 26. n. 35. sig. n. 41. 42.
Reconocimiento anual, que á Francia pidió, como debido desde Carlo Magno. t. 3. p. 24. n. 32.

GRISON.

Merced, que recibió de Garcia VII. t. 3. p. 333. n. 2.

GUARDIA.

La Guardia, villa en Rioja, fué de la Corona de Navarra y su celebrado Fuero juró el Rey D. Enrique. *Inv.* t. 9. p. 159. n 62. t. 5 p. 11. n. 4.
Merced de Felipe III y Doña Juana. t. 5. p. 270. n. 8.
Tratado de Navarra con Aragón, que juró. t. 6. p. 10. n. 4.

GUEBARA.

Apellido, que, como propio de familia, viene del Conde D. Ladrón, Príncipe de los Navarros y de su padre Iñigo Velaz. t. 4 p. 210. n. 31. 32. t. 3. p. 285. n. 26 27.
Don Ladrón, Gobernador de Alava y Guipúzcoa, en ausencia de Garcia VII. t. 3. p. 342. n. 26.
Memorias de hijos y parientes suyos. t. 4. p. 50. n. 7. *Inv.* t. 9. p. 315. n. 1. sig.
Fué Compatrono de San Miguél de Excelsis t. 9. p. 308. p. 24.
Vela Ladrón, hijo de D. Ladrón, obsequio suyo á San Miguél de Excelsis con hacienda de su padre t. 8. p. 108. n. 2. t. 4. p. 26. n. 9.
Embajador á Castilla por Sancho el Sábio de Navarra. t. 3. p. 367. n. 23.
GUEBARA Ladrón y su hermano Iñigo Velaz de Guzman siguieron á Teobaldo II, á guerra de Palestina. t. 4. p. 395. n. 19.
GUEBARA Beltrán, Señor de Oñate, recibió de Carlos II, á Etayo, Oco y Riezu. t. 5. p. 309. n. 26.
Quitóselos y volvió á dar. t. 6. p. 53. n. 59.
Concordia de Carlos con Aragón en que dejó en rehenes á sus hijos. t. 6. p. 10. n. 4.

GUIENA.

Ducado de Francia. Véase Aquitania.

GUILLELMO.

Duque de Aquitania, feroz protector del Cismático Anacleto II, invasor de Estados de Navarra y Francia, convirtióle San Bernardo y religioso de San Agustin le canonizó la iglesia. t. 4. p. 301. n. 45. t. 3. p. 234. n. 1. sig.
Disposición y piadoso testamento. t. 3. p. 287. n. 5.
Matrimonio de hija y heredera suya con Luís VII, de Francia y Enrique de Inglaterra y sus efectos. t. 4. p. 301. n. 45.

GUIPUZCOA.

Fué de la Corona de Navarra, bajo el nombre de Alava, en

H.

HONORATO.

HONORIO.

HOSTAGES.

HUARTE.

HUERTOLO.

HUESCA.

I.

cuarto concilio Toledano. t. 1. p. 94. n. 39.
Compúso el oficio Eclesiástico Gótico. Véase España.
Su cuerpo, trasladado de Sevilla, acompañó de Zamora á León, donde con pompa y donaciones en Monasterio de su nombre le colocó Fernando I, el Magno. t. 2. p. 361. n. 7.
Las piedras de su altar manaron agua por tres días: anúncio de este prodigio, celebrado con procesión y sermón. t. 3. p. 165. n. 18.

ITANOS.

Pueblos de España, y cuáles, *Inv.* t. 8. p. 31. n. 17.

ITUREN.

Pueblo de Navarra. Véase Iturisa.

ITURISA.

Pueblo de los Vascones cerca de Itúren en Navarra, Estipendiario de romanos. t. 1. p. 39. n. 13. *Inv.* t. 8. p. 31. n. 1. sig. p. 80. n. 86.

IJAR.

Casa de Aragón, viene de D. Pedro, hijo natural del Rey D. Jaime, que casado con Doña Marquésa, hija natural de uno de los Teobaldos, juntó bastones de Aragón con cadenas de Navarra t. 4. p. 274. n. 30. p. 330. n. 15.
Volvióse á enlazar (y cómo) con sangre de Navarra. t. 6. p. 65. n. 22.
IJAR Margaríta, dama de la Reina de Aragón, que mandó ahogarla, por celos. t. 6. p. 318. n. 1.

IZCUE.

Pueblo de Navarra, censo, que tomó al rey Felipe III. t. 5. p. 254. n. 15.

J.

JACA.

Pueblo antiguo de vascones y no jacetanos. *Inv.* t. 8. p. 50. n. 36. sig.
Estipendiario de romanos. t. 8. p. 80 n. 86. t. 1. p. 39 n. 13.
Memorias aquí de estos. t. 1. p. 42 n. 19.
No entraron los moros en la pérdida general. t. 1. p. 119. n. 14
Fué cabeza del primitivo reino de Aragón y Señorío de reyes de Navarra. t. 1. p. 119. n. 14. *Inv.* t. 9. p. 148. n. 39.
Ganóselo de moros el caballero Aznar. t. 1. p. 205. n. 24.
Erigiólo en Ciudad y le dió su celebrado fuero, Sancho VI, en qué año t. 3. p. 99. n. 10. sig. *Inv.* t. 9. p. 148. n. 39. sig.
Mejoróselo (y porqué) Ramiro I, de Aragón y confirmóselo Alonso II, concurso de otras tierras á informarse del fuero. t. 3. p. 99. n. 10. p. 265. n 11. 12.

JAQUES.

JASO.

JAIME.

JUBILEO.

JUDIOS.

JULIO II.

L

LABASAL.

LEON.

LEONOR.

LOGROÑO.

LONDOÑO.

LOPE.

LUDOVICO PIO.

LUIS.

LUMBIER.

LUNA.

LUSA.

LUTERO.

M.

MILITE.

MILLAN.

MINISTERIO.

MIRAFUENTES.

MIRAMAMOLIN.

MIRANDA.

MOMPELLER.

MONACATO.

MONTE-ARAGON.

MONZON.

MOROS.

N.

NOBLEZA.

NORMANDOS.

NOVENARIOS.

NUMANCIA.

NUNILONA.

O.

P.

PALENCIA.

Ciudad, que restaurada su Catedral, repobló Don Sancho el Mayor, prodigio que le obligó. t. 2. p. 216. n. 65. sig.
Su iglesia en lo antiguo fué después de la de Toledo: restauración concluída y magníficas donaciones, que con exenciones continuaron sucesores de D. Sancho. t. 2. p. 234. n. 104. sig.

PAMPLONA.

Cabeza del Reino de Navarra, se ignora, cuándo y quién la fundó. *Inv.* t. 8. p. 38. n. 14. sig. 23. p. 102. n. 19.
Falsas derivación de este nombre, é invención de otros. *Inv.* t. 8. p. 47. n. 29 p. 167. n. 15.
Llamose *Iruña* (porqué) y sus Obispos *Iruniensis*. t. 8. p. 40 n. 18. t. 4. p. 63 n. 5. t. 1. p. 373 n. 49.
Fué ciudad libre, gobernada por sus naturales, aun en tiempo de godos y moros. t. 1. p. 130 n. 8. *Cong.* t. 10 p. 1 n. 1. *Inv.* t. 8 p. 263 n. 21.
Memoria de fenicios en Pamplona. t. 8. p. 266 n. 27. 28.
De romanos, y honor de ella á Publio Sempronio. t. 8. p. 266 n. 25. 27. p. 39 n. 17. t. 9. p. 350 n. 34. sig. t. 1. p. 39 n. 14. sig.
Honor que tuvo de romanos. t. 1. p. 39 n. 13. *Inv.* t. 8. p. 80 n. 86.
Ganola, y perdiola Eurico, rey de los godos. t. 8. p. 80 n. 1.
Fué título de reyes de Navarra. Véase allí.
Y capital de una de sus Merindades, y como tal, firmó tratados de Navarra con Aragón y Castilla. t. 6. p. 59 n. 8. p. 10 n. 4. p. 320 n. 5.
Tomola Carlo Magno, y derribó sus murallas: con qué intento, y resulta. t. 1. p. 185 n. 12. 13. *Inv.* t. 8. p. 228 n. 8. sig.
Apoderose de ella dos veces Ludovíco Pio. t. 8. p. 245 n. 42. 43. t. 1. p. 211 n. 12. 27. 28.
Cercada de moros, la libró heróicamente Sancho II. t. 1. p. 312 n. 8. sig.
División de Pamplona en tres pueblos, con sus justicias y murallas, discordias entre si, providencias de Sancho el Fuerte para atajarlas. t. 4. p. 182 n. 1. sig. 9 sig. p. 202 n. 8. sig.
Repoblación, fuero y privilegios del pueblo, ó Burgo de S. Saturnino por Alonso el Batallador. *Inv.* t. 8. p. 44 n. 24. sig. t. 3. p. 228 n. 4. sig.
Armas de este Burgo, y de Villava, barrio antes de la poblacion de S. Nicolas, ahora del Burgo y porqué. t. 4. p. 59. n. 27. p. 180 n. 52. *Inv.* t. 9 p. 349 n. 32. 33.
Moneda de Navarra sellada con las armas del Burgo, y tuvo el sello en su poder, ni se le quitó Teobaldo II. t. 9. p. 349 n. 33 t. 4. p. 332 n. 20. sig.
Resistencia del Burgo, ó Navarrería (y porqué) en publicación de entredicho. t. 4. p. 263 n. 1.

ORDEN Y HECHOS DE

Obispos de Pamplona.

PANCORVO.

PANNO.

PARDIAC.

PARIS.

PAULO EMILIO.

PEDRO.

PIEDROLA.

PIMENTEL.

PIRINEOS.

PLINIO.

POLVORA.

POMPEYO.

PORTALES.

PORTUGAL.

Tuvo caballeros templarios. t. 3. p. 333. n. 2.
Tiénelos de San Juan. t. 7. p. 118. n. 8. 9.

PUEYO.

Pueblo Novenario de Navarra, con privilegio de Teobaldo II. t. 4. p. 340. n. 15.
PUEYO Martin ganó á Tortosa para su rey Juan II de Navarra. t. 6. p. 437. n. 10.



QUINTILIANO.

Natural de Calahorra, llevado á Roma por el emperador Galba, abrió el primero escuela de retórica con salario. t. 1. p. 34. n. 2. *Inv.* t. 8. p. 58. n. 47.

CUARTOS DE COTOS.

Cierta imposición sobre montes en Navarra. t. 1. p. 330. n. 18.



RADA.

Villa célebre por su fortaleza y dueños: su ruína. t. 6. p. 392. n. 25.
Mención primera de su Señorío en Aznar Aznarez. t. 3. p. 155. n. 24.
Controversia y composición de su Señor, Bartolomé Jiménez de Rada, con Sancho el Fuerte sobre Señoríos. t. 4. p. 203. n. 11. sig.
Convenio de su Señor, Gil de Rada, con Teobaldo I, sobre qué. t. 4. p. 256. n. 1.
Pactos de Gil y Marquesa Lopiz con el rey D. Enrique sobre este Señorío t. 5. p. 23. n. 11. sig.
Reparos y efecto de ellos. t. 5. p. 25. n. 18. sig.
Unión del Señorío á la Corona t. 5. p. 122. n. 7. 8.
Rentas por él, aprobadas por Luís Hutín en Doña Marquesa de Narbona y otros. t. 5. p. 159. n. 17.
Donación del Señorío por este Rey á Ojer de Mauleón, confirmada por Carlos II, á Juan de Mauleón. t. 5. p. 309. n. 24.
Donación posterior del mismo Rey, al Señor de Umér. t. 6. p. 147. n. 25.
Y de Carlos III, á su Camberlan, Martin de Aibar. t. 6. p. 141. n. 14.
RADA, su Señor, Ojer de Mauleón, asistió de derecho á Cortes de coronación de Juan II y Doña Blanca. t. 6. p. 278. n. 22.
RADA Pedro Albarez juró concordia de Carlos I, de Navarra con Aragón. t. 6. p. 59. n. 8.
RADA Diego Velazquez siguió á Teobaldo II, á guerra de Pa-

RAMON.

SANCHO.

SANDOVAL.

SANGÜESA.

SAN SOL.

SANTACARA.

SANTA GEMA.

SANTIAGO.

SOLA.

SOMBRERO.

SONSIERRA de NAVARRA.

SORACOIZ.

SORLADA.

SOTOMAYOR.

SUBIZA.

SUELDO.

SUESETANOS.

SUEVOS.

T.

TAFALLA.

TARANTO.

TEOBALDO.

TEODOSIO.

su Monarquía. t. 5. p. 188. n. 2. sig.

Batalla y crueldad con franceses. t. 6. p. 183. n. 3.

TURDETANOS.

Pueblos antiguamente los más doctos de España. *Inv.* t. 8. p. 98. n. 11.

U.

UBAGO.

Pueblo de Navarra, realengo por Teobaldo I. t. 4. p. 235. n. 25.

UL.

Pueblo en Aragón, cuyo señor Jimeno Artieda, defendió con valor: honras de su valor, y otras memorias. t. 5. p. 90. n. 26.

UNS.

San Martín de Uns, pueblo de Navarra, con merced de Pedro I. t. 3. p. 150. n. 24.

Donólo (y cómo) Carlos III, al señor de Castelbón. t. 6. p. 107. n. 61.

URDAX.

Monasterio de Navarra, cuyo Abad juró concordia de Carlos II, con Aragón. t. 6. p. 59. n. 8.

URGEL.

Ciudad de Cataluña, gobernada por condes en lo antiguo. t. 2. p. 76. n. 6.

Confederado como en guerra de religión, con facción de moros contra Suleimán moro, perdió la vida el conde Armengol, llamado de aquí *el de Córdoba*, causa y efectos de la liga. t. 2. p. 143. n. 11. sig.

URIZ.

Rodrigo de Uriz, navarro, que por lealtad á su rey Carlos II, mató con otros, al Condestable de Francia. t. 5. p. 306. n. 16.

Sacó también al mismo Rey de la prisión de Francia. t 5. p. 335. n. 14. 15.

Premióselo el Rey con las Alcaldías de Sangüesa, Olite y Tudela. t. 5. p. 377. n. 1.

Hízole su camarero, y juró concordias suyas con Aragón. t. 6. p. 59. n. 8. p. 10 n. 4.

Fuele pérfido, y lo pagó con la vida. t. 6. p. 72. n. 36. 37.

Arrepentimiento de ello en el Rey. t. 6. p. 83. n. 9.

URIZ Martín Martínez quedó por rehenes en una, y juró en otra concordia de Carlos II, con Aragón. t. 6. p. 10. n. 4. p. 59. n. 8.

URIZ Juan, señor del palacio de Sarasa, recibió de Juan II y Doña Blanca el lugar desolado de Olaz.

URRACA.

Mujer de Sancho Abarca III, de Navarra, hija del conde de Aragón Fortuño Jimenez, y no



VASCUENCE.

de S. Voto. Véase allí.
Culto de S. Voto y S. Felix. *Cong.* t. 10. p. 229 n. 1. sig. 14. sig. t. 10. p. 257 n. 67. sig.

X.

La X' por número con rayuelo vale cuarenta. t. 1. p. 167 n. 18. sig. t. 3. p. 364 n. 16. sig. *Inv.* t. 9. p. 302 n. 11. sig. *Cong.* t. 11. p. 20. n. 57. sig.

XALON.

Rio de Aragón, celebrado por el temple, que dan sus aguas á las armas. t. 3. p. 199 n. 18.

XAVIER.

San Francisco Javier, Patrón de Navarra igual á S. Fermín. t. 1. p. 89 n 27. *Inv.* t. 8. p. 215 n. 44.
Año de su nacimiento, memorias suyas y de su linaje. t. 6. p. 395 n. 32. t. 7. p. 176 n. 1. sig.
Juan de Jaso, su padre, alcalde de Dorte en Navarra, recibió (y porqué) el juramento á Juan III en su coronación. t. 7. p. 130 n. 2.
Presidente ya del consejo, fué (en qué circunstancias) Embajador suyo á Castilla. t. 7. p. 220 n. 26.
Siguiole fiel, cuando, despojado de la corona, se abrigó en Francia. t. 7. p. 292 n. 24.
Prisionero en el sitio de Maya, se escapó de la prisión.
JAVIER, castillo y villa donaron (y cómo) á Sancho el Fuerte, Fernando, hermano de Pedro II de Aragón y un caballero D. Ladrón: Teobaldo I, le donó á Adan de Sada de por vida, y en juro de heredad á los progenitores de Javier en D. Aznar, que dió á la casa, el apellido *Aznarez.* t. 4. p. 206 n. 19. 20. p. 231 n. 15. sig. 19.

XAVIERRE.

Señorío del infante D. García. Véase en él.

XIMENO.

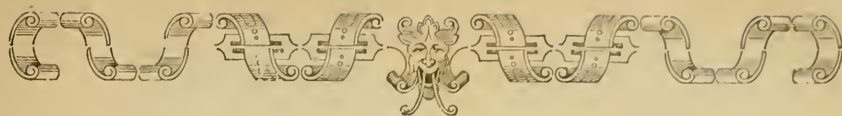
JIMENO Iñiguez, rey de Navarra, hijo de Iñigo I, y padre de Iñigo Arista. t. 1. p. 220 n. 1. 2. *Inv.* t. 8. p. 276 n. 8. sig.
Equivocación sobre su nombre, reinado (fué el tercero de Navarra) y otras cosas. *Inv.* t. 8. p. 282 n. 19. sig. t. 9. p. 48 n. 85. sig. t. 1. p. 221 n. 3. sig.
Justicia y liberalidad suyas. t. 1. p. 223 n. 7.
Muerte y entierro en Leire. t. 1. p. 226 n. 14.
JIMENO, conde en Aragón, crió al rey García IV, de Navarra. Véase en él.
XIMENO obispo de Pamplona. Véase Pamplona.
Dos de este nombre pone erradamente Juan Briz. *Cong.* t. 11. p. 124 n. 61. sig.



Z.

FIN DEL TOMO DUODECIMO.

El día 1.º de Enero de 1893 se terminó la reimpresión de esta importante obra.



LISTA DE LOS SRES. SUSCRITORES

Á los Anales del Reino de Navarra.

PAMPLONA.

El Excmo. é Illmo. Sr. Obispo.
La Excma. Diputación foral y provincial de Navarra, acordó en sesión de 21 de Noviembre de 1889, adquirir cien ejemplares de esta obra, y recomendarla especialmente.
El Exmo. Ayuntamiento de Pamplona, en sesión de 24 de Mayo de 1890, acordó adquirir veinte ejemplares de esta obra.
Sr. D. Francisco Gonzalez, Pbro.
» D. José Milagro, Pbro.
» D. Eugenio Arbunies, Pbro.
» D. Pio Idoy, Pbro.
» D. Mariano Arijita, Pbro.
» D. Manuel Limón, Pbro.
» D. Isidoro Azcoita, Pbro.
» D. Felipe Tarrancón, Pbro.
» D. Isidro Vitas. Pbro.
» D. Feliz Braco, Pbro.
» D. Pedro Santa Cruz, Pbro.
» D. Miguel Bisie, Pbro.
» D. Urbano Ros, Pbro.
» D. Pedro María Arraiza.
» D. Francisco Guillen, Pbro.
» D. Modesto Pérez, Pbro.
» Guardian de Capuchinos.
» D. Francisco Aldaz.
Sr. D. Arturo Campión.
» D. Juan Pina, Pbro.
» D. José Labastida.
» D. Julian Hernandez.
» D. Martín Irigaray.
» D. Estanislao Aranzadi.
» D. Ramon Velaz.
» D. Justo Mejia.
» D. Pedro Unsalo.
» D. Ramón Dominguez.
» D. Julio Altadil.
» D. Wenceslao Alfonso.
» D. Juan Huici.
» D. Restituto Viscor.
» D. Nicasio Echaso.
» D. Esteban Iribarren.
» D. Aniceto Lagarda.
» D. Eloy Armendariz.
» D. Francisco Gonzalez.
» D. José Gorriz.
» D. Ramón Sanchez.
» D. Javier Valencia Ezpeleta.
» D. Julian Galar.
» D. Segundo Rodríguez.
» D. Fermin Ilundain.
» Director del colegio de San Luís.
» D. Serafin Mata y Oneca.
» D. Joaquin Echarte y Perez.

Sr. D. Pablo Romeo, Pbro.
» D. Nicasio Caballero (2 ejemplares.)
» D. Martin Dendiareno.
» D. Ceferino Retal.
» D. Isaac Vidaurreta.
» D. Pascual Vigurio.
» D. Hipólito Ramirez.
» D. Lorenzo Aldaz.
» D. Nicanor Hernan.
» D. Antonio Pomeres.
» D. Gregorio Noviain.
» D. Pedro Ortigosa.
» D. Crisóstomo Lacunza.
» D. Eustaquio Inundain.
» D. Francisco Javier Navascues.
» D. Manuel Aramburu.
» D. Lucio Armendaris.
» D. Regino Isturiz.
» D. Nicolás Onuaga.
» D. Cristóbal Andueza.
» D. Leoncio Ostiz.
» D. José Aldaz.
» D. Juan Roich.
» D. Bienvenido Solabre.
» D. Justo Albizu.
» D. Valeriano Zara.
» D. León Braute.
» D. León Juangorri.
» D. Dámaso Legaz, Pbro.
» D. Martín Roncal.
» D. Victorino Aoiz.
» D. Blas Gurualueni.
» D. Julian Leganet.
» D. Eladio Celaya.
» D. Francisco Elizau.
» D. Eugenio Goñi.
» D. Luis Ortigosa.
» D. Francisco Huarte.
» D. Hipólito Ramírez.
» D. Juan Seminario.
» D. Pascual Dinx.
» D. Pedro Arraiza.
» D. Joaquin Balleztena.
» D. Juan Artola.
» D. Javier Olaso.
» D. Alonso Ibañez.
» D. Domingo Sagües.

Sr. D. Salvador Echaide.
» D. Benito Diez.
» D. Leocadio Luna.
» D. Crispin Diaz Pbro.
» D. Balbino Ciaurriz.
» Marqués de Echandia.
» D. Leandro Arcaya.
» D. Juan Elio.
» D. Alejo Fernández.
» D. Joaquin María Elizalde.
» D. Martin Eguaras.
» D. Dionisio Ibarlucea.
» D. José Pozueta.
» D. Santos Garnica, canónigo arcediano.
» D. Antonio Poyo, (Maestrescuela).
» D. Juan Garcia Abadia.
» Doña Fermina y Agustina de Antillón.
» D. Esteban Anaria.
» D. Facundo Munarriz.
» D. Eusebio Echalecu.
» D. José Iguerategui.
» D. Leocadio Echarte.
» D. Francisco Prevoste.
» D. Andres Pastor.
» D. Márcos Larcoz.

ARIZALETA.

Sr. D. Angel Salaverri.

ARIZCUN.

Sr. D. Gaspar Legaz.

ALMANDOZ.

Sr. D. Hipólito. Iturralde, Pbro.

ARRIBA.

Sr. D. Manuel Sasturain.

ALDAZ.

Sr. D. Juan Otegui.

ARRAOZ.

Sr. D. Féliz Percáz.

ANDOSILLA,

Sr. D. Francisco Agós.
» D. Narciso Etayo, Pbro,
» D. Dorotéo Mauleón.

ARGUEDAS.

Sr. D. Basilio Falces.

ARTÁJONA.

Iltre. Ayuntamiento.

ALLO.

Sr. D. Manuel Nuvencio.

ARANO.

Sr. D. Juan Miguel Miqueo.

AIBAR.

Iltre Ayuntamiento.

ACEDO.

Sr. D. Eusebio Armendariz.

ARAS.

Sr. D. Cesareo Merino. Pbro.

AZPELICUETA.

Sr. D. Pedro Inza.

ARANAZ.

Sr. D. José María Almandos.
» D. Vicente Alzuri.
» D. Victoriano Alli.
» D. Marcial Tapia.
» D. Cenón Echaide.

ALLOZ.

Sr. D. Nicolás Vergara.

AZPEITIA.

Sr. D. Juan B. Acilona.

AZCOITIA.

Sr. D. Javier Gamundi.
» D. Antonio Unanue. Pbro.
» D. Juan María Eguino.

ARRAYOZ.

Sr. D. Francisco Miguelena.

AOIZ.

Sr. D. Demetrio Ripalda, Pbro.
» Doña Lucia Bezunartea.
» D. Juan Cilveti.
» D. Gabino María Vela.
» D. Lorenzo Ortiz.
» D. Tomás Goiburu.

ATAUN.

Sr. D. Inocencio Dorronsoro.

ARRAIZ.

Sr. D. Martín Aldave, Pbro.

ARTAIZ.

Sr. D. Francisco Elizari, Pbro.

ALSASUA.

Iltre. Ayuntamiento.
Sr. D. Victoriano Echavarri.
» D. Pio Sayas.
» D. Felix Arano.
» D. Miguel de Jorge.
» D. Casto Goicoechea.
» D. Luis Aroz.
» D. Antonio Urquijo.
» D. Francisco Olagüe.

ALGORTA.

Sr. D. Angel Amunátegui. Pbro.
» D. Melchor Munarriz.

AZAGRA.

Sr. D. Miguel Armendariz.

ALCAÑICES.

Sr. D. Julio Nebreida.

BURGUI.

Sr. D. Pedro Pablo Hualde.
» D. Miguel Marracos.

BACAICOA.

Sr. D. Bautista Goñi.
» D.Francisco Urain.
» Doña Lucía Dorronsoro.
» D.Miguel Zubiaurre.

BETELU.

Sr. D. Cecilio Recalde. Pbro.
» D. J. Vicente Balda.
» D. Gumersindo Saragüeta.

BARBARIN.

Sr. D. Sotero Bacaicoa.

BARASOAIN.

Sr. D. Santiago Osaute.
» D. Lorenzo Garin.
» D. Antonio Sanchez.

BARGOTA

Iltre. Ayuntamiento

BILBAO.

La Excma. Diputación de Vizcaya (6 ejemplares).
Sr. Marqués de Casatorre.
» Marqués de Isasi.
» D. Telmo de Ibarra.
» D. Conrado Quintana.
» D. Felipe Zulueta.
» D. Vicente Arana.
» D. Jaime Labairu. Pbro.
» D. José Caballero.
Srtas. de Novia de Salcedo.
Sr. D. Agustin Emperaile.
» D. Fidel Willalonga.

BURGOS.

Sres. Hijos de Rodriguez Alonso

BARCELONA.

Sr. Conde de Peralada.
» D. Genaro Sorrariain.

BURGUETE.

Sr. D. Lázaro Zabalza.

CIZURQUIL.

Sr. D. Juan Lorenzo Garmendia.

CASEDA.

Sr. D. Lucio Oses.

CALAHORRA.

Sr. D. Leon Olazábal.

CASTILLO NUEVO.

Sr. D. Pablo Sánchez.

CENDEA DE OLZA.

Sr. D. Lino Sesma.

CAPARROSO.

Sr. D. Santiago Leranoz, Pbro.
» D. Francisco Ortiz.
» D. Joaquin Berruezo.
» D. Eugenio Puyuelo.
» D. Hilario Pascual.

CIRAUQUI.

Iltre. Ayuntamiento.
Sr. D. Felipe Rodriguez.
» D. Eulogio Ciriza.
» D. Tirso Lacalle.
» D. Nicolas Iribas.
» D. Casimiro Lasanta.

CENTRUNIGO.

Sr. D. Manuel Solana.

CASA LA REINA.

Sr. D. Deogracias Fernández.

CARCAR.

Sr. D. Martin Agreda.
» D. Pedro Ruiz.

CASCANTE.

Sr. D. Angel Munarriz Gano.
» D. Martin Enrique de Guelvenzu.

CORELLA.

Iltre. Ayuntamiento.
Sr. D. Bernardino Jiménez, Pbro.
» D. Francisco Gomez y Escuder.
» D. Manuel Jiménez y Ayala.
» D. Genaro Viscarillas.
» D. Liborio Zueco Garcia.
» D. Pablo Francés.
» D. Baltasar Librada.
» D. Raimundo Virto.
» D. Antonio Izal.
» D. Martin Sánchez.
» D. Mateo Gomez, Pbro.
» D. Rafael Fernández.
» D. Eusebio Marcílla.
» D. Celestino García.

DICASTILLO.

Iltre. Ayuntamiento.
Sr. D. Venancio Macua.

DURANGO.

Sr. D. Narciso Ortega.

DOMEÑO.

Sr. D. Ramón Buruete, Pbro.

DONAMARIA.

Sr. D. Manuel Albiztur.
» D. Andrés Urdapilleta.

DEUSTO.

Colegio de Estudios Superiores.

ECHALAR.

Sr. D. Manuel Zubigaray.
» D. Martín Manisquizanos.
» D. José Mario Taberna.

EIBAR.

Sr. D. Enrique Biardeaur.

ELIZONDO.

Iltre. Ayuntamiento.
Sr. D. Andres Errea.
» D. Roman Garacoechea.
» D. Ildefonso Argain.
» D. Francisco Cortea.

ERMUA.

Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.

ERRAZU.

Sr. D. Crisóstomo Palacios.
» D. Cándido Goñi.

ESTELLA.

Iltre. Ayuntamiento.
Colegio de San Luis.
Círculo Tradicionalista.
» D. Luis Eraso.
» D. Inocèncio Zalba.
» D. Donato Bayona.
» D. Julian Jaen.
» Doña Eugenia Ruiz de Alda.
» D. Eustaquio Carrasquilla.

Sr. D. Salvador Arregui, Pbro.
» D. Alvaro Lasarte.
» D. José María Arrastia.
» D. Pablo Arguiñano.
» D. Javier Azagra.
» D. Mauricio Merino.
» D. León Díaz.
» D. Julian Ocón.
» D. Ignacio Lezaun.
» D. Hilario Olaran.
» D. Severiano Lizarraga.
» D. Francisco Narvarte.
» D. Felipe Elguezabal.
» D. Ildefonso Garate.
» D. Ignacio Santa Cruz.
» D. Roque de Uria.

ECHEVERRI.

Sr. D. José Odoriz.

ESAIN.

Sr. D. Fermin Aldaya.

ERASUN.

Sr. D. Francisco Hernandorena.
» D. Genaro Sagastibelza.

EZCURRA.

Sr. D. Lúcas Garciandia, Pbro.

ECHARRI-ARANAZ.

Iltre Ayuntamiento.
Sr. D. Juan Erviti.
» D. Felix Garciandia.
» D. Alejandro Gaztaminza.

FUENTERRABIA.

Iltre. Ayuntamiento.
Sr. D. Sabino Otaegui.

FITERO.

Sr. D. Agapito Garbayo.

Sr. D. Melitón Hernandez.
» D. Joaquin Aliagal.
» D. Brramur Val Abun.
» D. M. M. Alfaro.
» D. Baldomero Pina.
» Doña María Morales.

FUSTIÑANA.

Sr. D. Juan P. Estéban.

FUNES.

Sr. D. Sinforiano Lacalle.
« D. Ignacio Ibarbia.
« D. Maximiano Díaz.

FALCES.

Sr. D. Enrique María de Poveda, Pbro.
Casino Principal.

FLORENCE (Italia.)

M. M. Loescher &. Seeber.

GAZCUE.

Sr. D. Martín Berasain.

HUARTE.

Sr. D. Simeón Ilárraz.
» D. José Idarte.
» D. José María Aparram.
» D. Angel Mocoroa.
» D. Valentin Yoldi.
» D. Joaquin Sarrasin.
» D. Felix Larrea.

IRAÑETA.

Sr. D. Manuel de Irañeta, Pbro.

ITURMENDI.

Sr. D. Cristobal Goicoechea.
» D. José Miguel López.

Sr. D. Antonio Urain.
» D. Fernando Zubiria.

ITURGOYEN.

Sr. D. Miguel Zuñiga.

ISABA.

Iltre. Ayuntamiento.
Sr. D. Pancracio Anaut.
» D. Eusebio Sarasa.
» D. Mariano García.
» D. Florencio Anaut.
» D. Diego Irigoyen.
» D. Mariano Salanova.

ITUREN.

Sr. D. Manuel Arrechea.
» D. Juan Angel Echarri.
» D. Juan Bautista Espinosa.

IRURZUN.

Sr. D. Norberto Barrio. Pbro.

IRURITA.

Sr. D. Joaquin María Gaztón.

LEGASA.

Sr, D. Francisco Lacunza.

LUMBIER.

Sr. D. Manuel Urrizburu.
» D. Carlos Rivera.
» D. Ramón Eseverri.
» D. Redolfo Uriarte.

LABAYEN.

Sr. D. Mariano Vertiz, Pbro.

LARRAGA.

Sr. D. Lucas Ochoa.

Sr. D. José Basarte.
» D. Leandro Palacios.
» D. Cayetano Goñi.
» D. Feliciano Barquín.
» D. Cecilio Carredo.

LESACA.

Sr. D.Modesto Esparza.
» D. José Angel Ochotorena.
» D. Higinio Pérez Vergara.
» D. León Echeverria.
» D. José María Hernandorena.
» D. Ramón Leyarte.
» D. Miguel Plaza.
» D. Plácido Carrión.
» D. Francisco Lazcano.

LECUMBERRI.

Sr. D. Zacarias Zubieta.
» D. Manuel Astiz.
» D. Melitón Irisarri.
» D. José Vicente Astiz.

LOS-ARCOS.

Iltre. Ayuntamiento.
Sr. D. Simeón Díaz Ilarraza.
» D. Anselmo Urbe.
» D. Esteban Pujadas.
» D. Pablo Oroz.
» D. Luis Yaniz.

LERIN.

Sr. D. Ramón Esparza.

LODOSA.

Sr. D. Leopoldo Romeo.
» D. Alejandro Oderiz.
» D. Sebastian Urisarri.
» D. Antonio Aguirre,
» D. José María Romero.

LECAROZ.

Sr. D. Lino Plaza.

LARRAINZAR.

Sr. D. Policarpo Maritorena.

LUQUIN.

Iltre. Ayuntamiento.

LIEDENA.

Sr. D. José María Rada.

LEGARDA.

Sr. D. Inocencio Inzausti.

LOGROÑO.

Escuela Normal superior.
Instituto provincial.
Sr. D. José María González.
» D. Saturnino Uloigui.
» D. Francisco Iriarte y Echarri.
» D. Vicente Martin y Cereceda

LEQUEITIO.

Sr. D. Fausto Ibañez de Aldecoa.

LIZARRAGA.

Sr. D. Juan Lacunza.

LEZAUN.

Sr. D. Domingo Alfonso.

LEIZA.

Sr. D. Miguel Eizaguirre.

MURCHANTE.

Sr. D. José Bosque.
» D. Juan Pedro Carcar.
» D. Rafael Serrano.

MONREAL.

Sr. D. Ramón Uriz.
» D. Antonio Erviti.

MENDIGORRIA.

Iltre Ayuntamiento.
Sr. D. Bartolomé Goñi.
Casino de Mendigorria.

MENDAZA.

Sr. D. Manuel Gorria.

MORENTIN.

Iltre. Ayuntamiento.
Sr. D. Francisco Soto y Torres.
» D. Martin Barbárin y Sabalza.

MUNGUIA.

Sr. D. Pedro Guibelalde, Pbro.

MONTEAGUDO.

Sr. D. Pedro Gonzalez Bargas.

MARCILLA.

Sr. D. Nicolás Abadia.
« D. Joaquin Monzón.

MAÑERU.

Sr. D. Isidoro Logroño.
» D. Eustaquio Miqueleiz.
» D. Aniceto Fernández de Ezquide.
» D. Juan Garmendia.
» D. Felipe Lambea.

MURILLO EL CUENDE.

Sr. D. Nicolas Iturralde.

MADRID.

Congreso de Diputados.
Excmo Sr. Marqués de Cerralbo.
Sr. Conde de Muguiro.
Sr. D. Benigno Rezusta y Abendaño, Diputado á Cortes.
» D. Luís Aspe.
» D. Albaro Ansorena.
» D. Javier Los-Arcos.
» D Cecilio Gurrea.
» D. Joaquin Argueda.
» Doña Paula Zalva.
» D. Federico Arrillaga.
» D. Francisco Zabalza.
» D. Santos Carrillo. Pbro.
» D. Mariano Bayona.

Sr. D. Dámaso Zabalza.
» D. Sergio Larrea.
» D. Alejandro San Martín.
» D. Aniceto Loret.
» D. Miguel Irigaray.
» D. Norberto Irigoyen.
» D. Eduardo Garcia Goyena.
» D. Carmelo Carrillo.
» D. Eduardo del Castillo Piñeiro.
» D. Ignacio de Potier.
» D. Eugenio Jimenez Corera.
» D. Juan Goizueta.
» D. M. Recarte.
» D. Francisco de Echavarne.
» D. Andrés Cabañas.
» D. Manuel Martínez Deblas.
» D. Mariano Murillo.
» D. Ricardo Becerro Bengoa.
Escuelas Pías San Antón.

MANILA.

Sr. D. Pascual Aboitiz.

MÉJICO.

Biblioteca Nacional de S. Agustín.
Sres. Fernandez Hermanos.
Sr. D. F. Juliet de Elizalde.
» D. Eustaquio Larrea.
» D. José Arrache.
» D. Pedro Albaitero.
» D. José Meoqui.
» D. Enrique Zabala.
» D. Pedro Fernandez Suero.
» D. Fermín Zubiaur.

MUEZ.

Sr. D. Francisco Orcoyen.

MENDAVIA.

Sr. D. Rufino Lafuente.

NAVASCUES.

Sr. D. Ciriaco Jabar.

NUIN.

Sr. D. José Unisa.

NARVARTE.

Sr. D. Juan Bautista Arrechea.

NAGORE.

Sr. D. Antonio Goitia.
» Nicomedes Minondo.

NEW-YORK,

Sr. D. Pio Echeverría.

OROZ-BETELU.

Sr. D. Leopoldo Garmendia.

OCHAGAVIA.

Sr. D. José Urrutia.
» D. Emeterio Echeverria.
» Nicolás Garralde.

OBANOS.

Iltre. Ayuntamiento.
Sr. D. Francisco Martínez Goñi.
» D. Abundio Inian.
» D. Francisco Ardaiz.
» D. Jorge Asanza.
» D. Ildefonso Orio.
» D. Ramón María Badaran.

OLITE.

Iltre. Ayuntamiento.
El Marqués de Zabalegui.
Sr. D. José Diego Tirapu, Pbro.
» D. Justo Andueza.
» D. Miguel Andueza.
» D. Angel Cembrano.
» D. Victor Suescun.

OTERGA.

Sr. D. Lucio Aibar, Médico.

OTEIZA.

Sr. D. Ramón Cejalvo, Pbro.

OYON.

Sr. D. Jacinto Rodríguez.

OÑATE.

Sr. D. Federico Anel.

PUENTE LA REINA.

Iltre Ayuntamiento.
Sr. D. Niceto Ochoa.
» D. Julio Morondo.
» D. Patricio Domezani.
» D. Cruz Ochoa.
» D. Bernardo Lecumberri.

PITILLAS.

Iltre. Ayuntamiento.
Sr. D. Manuel San Juan. Pbro.
» D. Luís Epifanio Sos.
» D. Pedro Eseverri.
» D. Francisco de Goñi.

PERALTA.

Sr. D. Eustaquio Sola, Pbro.
» D. Juan Cruz Corroza.
» D. Feliz Irizarri.
» D. Aniceto Orduña.
» D. Cipriano San Martín.
» D. Carlos Moreno.
» D. Antero Aguirre.
» D. Miguel Sagardia.
» D. José Sagardia.

RONCAL.

Sr. D. Matias Saries.
» D. Gabriel Anaut.
» D. Santiago Aquerrota.
» D. Marcelo Celigueta, Pbro.
» D. Pedro María Garjón.

SAN MILLAN DE LA COGULLA.

Fray Baltasar Vicente.

SANTESTEBAN.

Sr. D. Miguel Jaunsaras.
» D. Miguel Machin.
» D. Ceferino Theus.
» D. Wenceslao Zubiburu.
» D. Jesus de Lasa.
» D. Lázaro Tellechea.
» D. José Miguel Crespo.
» D. Victor Arraraz.

SANGÜESA.

Iltre. Ayuntamiento.
Casino de Sangüesa.
Sr. D. Babil Barón.
» D. Felix Domínguez.
» D. Roque Irurozqui.
» D. Romualdo Los-Arcos.
» D. Gabriel Barasoain.
» D. Modesto Iraizos.
» D. Facundo Gomez.
» D. Rufino Urroz.
» D. Gregorio Los-Arcos.

SAN GREGORIO.

Sr. D. Estéban Acedo.

SANTANDER.

Sr. D. Salvador Ordoñez. Pbro.
» D. Modesto Leza.

SAN JUAN DE LUZ.

Sr. D. Juan Eloy Udave, Pbro.

SARASA.

Sr. D. Manuel Perez de Ciriza.

SANSOL.

Sr. D. Emilio Rodriguez.

SAN ADRIAN.

Sr. D. Sabas Segura, Pbro.

» D. Máximo Muru.
» D. Angel Garcia Esparza.

SAN SEBASTIAN.

La Excma. Diputación de Guipúzcoa (25 ejemplares).
El Excmo. Ayuntamiento.
El Instituto provincial de Guipúzcoa.
Sr. D. Teodoro Iraizos.
» D. Antonio Arzaac.
» D. Mónico Ochoa y Zabalegui.
» D. Miguel J. Sagardia.
» D. Alfredo Laffitte.
» D. Blas Escoriaza.
» D. H. Seminario.
» D. Miguel Salaverria (2 ejemplares).
» D. Ramón Artola.
» D. Lucas García Ruiz.
» D. Francisco Vergara.

SUMBILLA.

» D. Bruno Bayona.

SALINAS DE ORO.

Sr. D. José Quintana Goñi.

SARA.

Mr. W. Westster.

TAFALLA.

Iltre. Ayuntamiento.
Colegio de Escuelas Pías.
Sr. D. Miguel Navascues.
» D. Genaro Pérez Moso.
» D. Remigio Saravia.
» D. Ignacio Cenubillos.
» D. Jesús María Iribas.
» D. Victor Larralde.
» D. Florencio de Villanueva.
» D. Gabino de Urra, Pbro.
» Larrinaga, procurador.
» D. Felipe Garces de los Fayos
» D. José Ildefonso Goñi.
» D. Juan de Dios Barrio.

TUDELA.

Iltre. Ayuntamiento.
Sr. D. Miguel Navasa, Magistral.
» D. Féliz Conde.
» D. Nicolás Forcada.
» D. Manuel Cuadra.
» D. Féliz Villar.
» D. Mariano Sainz.
» D. Manuel Espadas.
» D. Pedro Nolasco Díaz.
» D. Isidro Huarte.
» D. Mariano Ignacio Sagasti.
» D. Manuel Alaiza, Canónigo.
» D. Miguel Morea.
» D. Caracciolo Hermoso de Asendoza.
» Doña. Balbina Sanjulian.
» D. Julian Díaz
» D. Juan Agreda.
» D. Federico Pérez.
» D. Ignacio Ezcay.
» D. Claudio Aibar.
» D. Manuel Miranda.
» D. Juan Perez Sagaseta.
» D. Rufino Eslava.
» D. Rafael Serrano.

TORRES.

Sr. D. Tomás Agos.

TARAZONA.

Sr. D. Saturnino Ruiz.
» D. Juan Zamorano.
» D. Manuel María Sesma.
» D. Mariano Martínez Aguado.
» D. Buenaventura Andia.
» D. Vicente Hernandez.
» D. Raimundo de Carlos.
» D. Pedro Suescun, Pbro.
» D. Ignacio Ansefo.

TOLOSA.

El Iltre. Ayuntamiento.
Sr. D. Fermín de Alegría.
» D. José de Elósegui y Zavala.
» D. Juan José Garralde.
» D. Gregorio Retana. Pbro.

URROZ VILLA.

Sr. D. Esteban Gano.
» Julio Grafulla.

URDAX.

Sr. D. José Ramón Loitegui.
» D. Benito Irigoyen.
» D. Manuel Mocoroa.
» D. Angel Echenique.
» D. Javier Salaverria.
» D. Pablo Plaza.

UZTARROZ.

Sr. D. Julian Marco.
» D. Dionisio Martín.
» D. Robustiano Echegaray.
» D. Vicente Surio.

UTERGA.

Sr. D. Lucio Aibar.

VALLE DE ALLIN.

Sr. D. Maximino Ancin.
» D. Juan Chavarri.
» D. Nicolás Asurci.
» D· Genaro Lander.
» D. Dionisio Murugarren.

VILLAFRANCA.

Iltre. Ayuntamiento.
Sr. D. Inocencio Insarri.
» D. Tomás Aranda.
» D. Miguel Malo.
» D. Manuel Azcona.
» D. Romualdo Arregui.
» D. Antonio Contreras.

VILLABONA.

Sr. D. Miguel Lanz.

VALCARLOS.

Sr. D. Mauricio Urroz.
Sr. D. Cenón Arroyo.
» D. Beltran Echepere.

VILLAVA.

Sr. D. Luís Urdapilleta.
« D. Antonio Larrañeta.
» D. Nicolás Vizcay.
» D. Eugenio Olaso.
» D. Celedonio Velasco, Pbro.
» D. Jacinto Olaso.
» D. Regino Echariz.
» D. Juan Santesteban.
» D. Julian Videgain.
» D. Hipólito Insausti.
» D. Estéban Armendariz.

VERA.

Iltre. Ayuntamiento.
Sr. D. Esteban Agesta.
» D. Fermín Endara.
» D. Pedro José Echarri.
» D. Juan Jausi.
» D. Manuel Rodríguez.
» D. Bautista Elgorriaga.
» Doña Martina Aguirre.
Superiora del Colegio de Niñas.

VITORIA.

La Excma. Diputación de Alava (2 ejemplares).
El Instituto provincial de Alava.
Seminario Conciliar.
Escuela Normal de Maestros.
Círculo Vitoriano.
Casino Artista.
Sr. D. Juan José Berástegui.
» D. Antonio Andia.
» D. Federico Baraibar.
» D. Antonio Echeverria.
» D. Martín Susaeta.
» D. Elias Martínez.
» D. Isidro Múgica.
» D. Sotero Irisarri.
» D. Francisco Berrueta.

VILLAFRANCA (Guipúzcoa.)

Sr. D. Juan Vignau Escoriaza.

VALTIERRA.

Iltre. Ayuntamiento.
Sra. Marquesa de Oroquieta.
Sr. D. Ricardo Agreda.
» D. Roque Pérez.
» D. Gabino Arraraz.
» D. Marcelino Arteta.

VIANA.

Iltre. Ayuntamiento
Sr. D. Santos Pereda. Pbro.
» D. Luís Ripa.

VALLE ECHAURI.

Sr. D. Domigo Martínez.
» D. José Erazo.
» D. Celestino Beloqui.

YABAR.

Sr. D. Javier Bengoechea.

YANCI.

Sr. D. Anacleto Esparza.

Sr. D. Marcos Echeveste.
» D. Martin Sorafuria.

ZUMARRAGA.

Sr. D. José María Lasa. Pbro.
» D. Jósé Itarte.

ZUGARRAMURDI.

Sr. D. José Antonio Alducin.
» D. Romualdo Yoldi.
» D. Anastasio Echeverri.

ZARAUZ.

Sr. D. José María Bargas.
» D. Servando Solis.

ZARAGOZA.

Colegio de los RR. PP. de la Compañía de Jesús.
Sr. D. Juan Cruz Aranaz, canónigo lectoral.
Sr. Conde de la Viñaza.
Sr. Marqués de Las Hormazas.
» D. Valentín Alegría.
» D. Juan Cancio Mena.
» D. Pedro Vergara.



Obras de fondo publicadas por esta Casa Editorial

Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa por Don PABLO DE GOROSABEL. Consta de seis tomos, 30 pesetas.

Las Antigüedades de Cantabria, por el P. Gabriel de Henao, tiene 7 tomos, encuadernación de lujo, 35 ptas.

Diccionario basco-español, por D. José Francisco Aizkibel. Consta de 300 páginas en folio en dos tomos, contiene unas ciento diez y siete mil voces.—En rústica, 25 ptas.

Diccionario etimológico del idioma bascongado, por D. Pedro Novia de Salcedo.—Consta de 1600 páginas en folio, 25 pesetas en rústica.

Sermones en latín por D. José Ignacio Claus 10 tomos de Pláticas Dominicales y Panegíricos encuadernados 70 pts.

Cuadros del Evangelio por D. Juan V. Araquistain, un tomo de 310 páginas en rústica 2.50 ptas, encuadernado 3.

Gramática de los cuatro dialectos de la Lengua Euskara escrita por D. Arturo Campión. Forma esta obra un precioso volumen en cuarto mayor, con unas 900 páginas y ocho grandes cuadros sinópticos.—Encuadernada, 12,50 pesetas.

Testamentu Zarreta Berrico Condaira por don Francisco Ignacio de Lardizábal. Tercera edición corregida por D. Patricio A. de Orcaiztegui con un prólogo del mismo. Un tomo encuadernado, 6 ptas.

Leyenda del Cristianismo. Recuerdos histórico-bíblicos sobre el origen de las grandes festividades del año. Un tomo de 300 páginas en cuarto mayor.—En rústica, 2,50 pesetas. Encuadernado, 3,50.

Anales del Reino de Navarra, por el P. José de Moret en 12 tomos, encuadernado lujosamente con cortes dorados y planchas en cinco colores, 50 pesetas, y en 6 tomos 30 ptas.

Pinceladas de Basconia, por D. Adrián de Loyarte; dos tomos en rústica de 360 página cada uno, 4 pesetas.

D. García Almoraví. Crónicas del siglo XIII, pertenecientes á Navarra, por D. Arturo Campión. Forma un precioso tomo de 306 páginas, octavo francés, impreso con tipos nuevos y lujosamente encuadernado; su precio 2'50 pesetas y 3 por correo certificado.

La Ley del Cristiano, Enseñanza Educativo Religiosa. Con su correspondiente licencia eclesiástica. Un tomo de 360 páginas encuadernado 3 pesetas.

Diccionario manual basco-castellano y castellano-basco por D. Pedro Novia de Salcedo, consta de 1240 páginas, encuadernado en tela, su precio 7 pesetas.

Jesusen amore-nequeci dagozten cembait otoitz-gai por el P. Sebastian de Mendiburu 3 tomos encuadernados, 21 pts.

Jesucristo es el Modelo del Sacerdote, un libro de 170 páginas, encuadernado en tela, su precio una peseta.

Sermonenos dominicales y panegíricos en euskera, en dos tomos encuadernados, 14 pesetas.

Gipuzcoaco dantza gogoangarrien condaira edo historia por D. Juan Ignacio de Iztueta un tomo de 2?0 páginas, 4 ptas.

Aita Santu amargarren Pio-ren dotriña, traducida por Isaac López Mendizabal. Precio, 2.50 ptas docena.

Manual de conversacion castellano-euskera el más completo aparecido hasta la fecha, con extensos vocabularios de adjetivos, verbos, y modismos, tablas de verbos, diálogos, estilo de cartas y un compendio de gramática, por Isaac López Mendizabal un tomo de 400 páginas, encuadernado 4 pesetas.

Ipuyak. Fábulas en euskera, por Iturriaga.—Un tomo una peseta.

Completo surtido de devocionarios en euzkera y castellano.

Objetos de escritorio.


THE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LOS ANGELES